UN CARMELITA DESCALZO

ALEGRIA DE MORIR

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA
www.apostoladomariano.com

ISBN:84-7770-640-9
DL.Gr.5.211-03
Impreso en España
Printed in Spain

J.M.J.T.

VIRGEN SANTISIMA Y MADRE MIA DEL CARMEN

A TI, a quien Dios llenó de gracia sobre todas las demás criaturas desde tu Concepción inmaculada mientras viviste en la tierra oculta y pobremente, y ahora, ya en el cielo, llena para siempre tu alma, junta con tu cuerpo ya glorificado por singularísima merced del Señor de gloriosa felicidad, superior a la de todos los ángeles y bienaventurados, dedica y ofrece este tu amante hijo las ansias que tiene de que le lleves Contigo a gozar de la visión de Dios y de la vida de gloria.

MADRE MIA, ten eternamente a tu lado en el cielo a este hijo tuyo y a todas las almas. MADRE DE MISERICORDIA, preséntame a tu hijo Jesús. que es la resurrección. la vida y la felicidad

Te suplico esta gracia en el día de tu INMACULADA CONCEPC1ON, del año 1953. en Las Batuecas.

EL ULTIMO DE LOS CARMELITAS.

LECTOR

Para Ti, si de verdad buscas a Dios, escribo estas páginas, confiando te den, como a mí, luz, alegría y nostalgia del cielo.

Gozo pensando que sentirás, como yo, paz y alegría al recordar qué estamos preparando el vuelo para subir muy alto y adentrarnos en la luz, que no tiene ocaso. Porque al sentimiento de miedo que tengas sobre la muerte, sustituirá la alegre esperanza en la promesa y en la misericordia divina, sobre una muerte santa, puerta de entrada a la vida feliz. Encontrarás dichoso y deseable aquel instante de llegar a la visión de Dios, cuando empezarás a vivir la vida del mismo Dios y a verle en Sí mismo sin velos ni sombras.

No quiero que veas con lo que voy a decirte menos dificultades de las que ahora ves para salvarte y creas segura tu salvación.

Las verdades que aquí expongo son aliento para esforzarnos a vivir mejor y más santamente y para que tengamos vivo en la memoria el recuerdo de que Dios da su cielo y se da a Sí mismo a todos los que viven la virtud; pero nadie puede tener la certeza de su salvación ni de si está en gracia de Dios.

Nuestra confianza ha de estar inconmovible en la misericordia del Señor, Nuestro Padre, infinitamente bueno y amoroso.

Que El nos conserve en su amor y nos lo acreciente cada día más hasta que nos ponga en su Reino.

Santo Desierto de San José de Las Batuecas, día de la Inmaculada de 1953.

CAPITULO PRIMERO

PLACIDEZ Y ESPERANZA DE LA MUERTE DE SOCRATES

Platón inmortalizó maravillosamente la muerte de Sócrates con su serena y ática creación literaria.

Todos nos complacemos en releer sin cansancio las reflexiones que pone en boca de su maestro y a todos nos sobrecoge de admiración la perenne serenidad del semblante, de las palabras y acciones con que Sócrates se despide hasta muy pronto de todos. Toma el mortal veneno a que había sido condenado y espera sereno y gozoso el inmediato momento «de ir al lado de los dioses supremos, que son verdaderamente buenos»(I). «Por esta razón, dice, no me causa disgusto el morir.»

Sabido es que Sócrates fue injusta o equivocadamente condenado a muerte por el pueblo ateniense. Ni siquiera se quejó.

El último día de su vida le acompañaban en la cárcel, desde muy de mañana, sus discípulos más queridos. Sin muestra de tristeza les habla de la inmortalidad del alma y de la vida feliz que espera al que practicó las virtudes y buscó la verdad mientras estuvo en la tierra.

Recrea a sus discípulos y se recrea él mismo describiendo los Campos Elíseos y la vida dichosa y feliz que allí disfrutará en compañía de los hombres buenos y sabios y de los mismos dioses. Era el premio señalado para la virtud, en cuya práctica él se había esmerado; era la descripción del cielo que soñaba y el que únicamente podían concebir los paganos, tan infinitamente distinto del que nos promete nuestra fe.

Habían aconsejado a Sócrates que huyera de la cárcel y le proporcionaban la huida; pero no lo quiso aceptar, porque no había cometido falta alguna y no tenía por qué huir. Además, no temía la muerte.

La vida es propiedad de Dios y nadie puede quitársela a sí mismo sin desagradar a Dios, razona Sócrates; pero cuando Dios le manda la muerte, no puede menor de alegrarse su ánimo. Detrás de la muerte ve una mejor vida ; ve la compañía de Dios y de los hombres buenos y sabios, entre quienes pronto estará viviendo. Le era amable la muerte, pues le ponía en posesión de un mayor bien, que desea y al que espera llegar. Con la muerte, se le entregaba la posesión y goce de ese bien prometido y esperado. «¿Ha de repugnar el morir, dice, y no se ha de marchar gustoso?.. No lo repugnará... porque en ninguna otra parte más que allí ha de alcanzar una prudencia inmaculada. Y si esto es así, ¿no sería, como poco antes decía, una gran inconsecuencia que temiese la muerte?» (2).

«Los cisnes, añade, cuando presienten que van a morir, cantan mucho más y mejor, llenos de gozo, porque están para emigrar a unirse con el Dios a quien sirven. . . ; yo. . . no saldré de esta vida de peor gana que ellos» (3). «y el alma así preparada, ¿no caminará a lo que es semejante a ella, a lo invisible, a lodivino, a lo inmortal, a lo inteligible, y cuando allí llegue no comenzará a ser feliz, libre de error.. ?» (4). Cicerón también describe la serena muerte de Sócrates, quien, ya casi con la copa del veneno mortífero en la mano, de tal manera se despide que más que un condenado a muerte parecía iba al cielo. Recogiendo la doctrina de Platón y haciendo alusión a los escépticos, razona el gran prosista latino que la muerte no debe infundir temor a nadie, como no se lo infundió a Sócrates. Porque si después de la muerte no existe la inmortalidad, como decían los escépticos, muriendo se deja de sufrir y dejando de existir no hay mal ni dolor ninguno.

Y si después de la muerte existe la inmortalidad del alma, como enseña la verdadera filosofía y él defiende, ¿cómo no se ha de mirar con serena alegría el momento de ir a la dicha de los Campos Elíseos, que era la felicidad inmortal concebida y enseñada por la religión y la filosofía pagana? Y no sólo no se debía sentir pena ni temor por esto e ir gustosos a convivir con los hombres buenos e ilustres en una sociedad pacífica y dichosa, antes el gozo debía inundar el ánimo en apacibilidad.

Es verdad que Cicerón no alude para nada aquí a las penas eternas, que también admitían los paganos como castigo del mal obrar, y que tan vivamente describe su coetáneo Virgilio, y ésta es precisamente la causa por la cual el cristiano teme la muerte.

La posibilidad de la muerte para desgracia eterna es lo que llena de pavor al cristiano y le hace suplicar humildemente al Señor le libre de tanta desdicha. Cicerón exhortaba a la serenidad apacible de la muerte y enseñaba que la muerte no es un mal del que se deba huir, porque lleva a la compañía de los hombres inmortales sabios y buenos y a la felicidad sin término, que él mismo describe según sus pobres conocimientos paganos.

«Y cuando lleguemos a la vida del cielo, dice, entonces viviremos verdaderamente. Porque la vida de aquí es más bien muerte y, si nos fuera permitido, debiéramos lamentarla» (5).

Y diciéndole uno de sus dialoguistas : «Veo que tu miras muy alto y quisieras ir al cielo», Cicerón le da esta admirable respuesta: «Espero ir y deseo esto para todos los que aquí estamos» (6).

Catón de Utica, vencido en una guerra, no quiere sobrevivir a su derrota. Toma los diálogos platónicos y lee en el *Fedón* las reflexiones de Sócrates a sus discípulos en el día de su muerte, sobre la inmortalidad y vida futura del alma. Esforzado con la luz de esas lecturas y reflexiones, sin atender al principio de

que a nadie le es lícito quitarse la vida, Catón se quitó la suya para entrar en la inmortalidad. No faltarían después, al correr los siglos, equivocados seguidores del funesto error del suicidio.

(I) Platón, *Fedón,* VIII. Traducido del griego por Anacleto Longue y Molpeceres. Madrid, 1880.

(2) Platón, *Fedón,* XII.

(3) Platón, *Fedón,* XXXV.

(4) Platón, *Fedón,* XXXIX.

(5) Cicerón, Tusculanae Disputationes, lib. I, capítulo XXXI. núm.75. Todo el libro trata de esto, en especial los capitulos XXIX-XXXI;

(6) Idem *id.,* núm. 82.

CAPITULO II

LA MUERTE ES ARCO TRIUNFAL PARA EL CIELO

Del concepto que los paganos tenían sobre Dios, sobre el alma y sobre la felicidad futura, al concepto que nos da la fe a los cristianos, hay distancias infinitas. La filosofía pagana de todos los tiempos -aún en la más alta representación de Platón y Aristóteles- con ráfagas de esplendores de verdad, estaba llena de errores. No había alcanzado la idea clara de un Dios infinito en toda perfección, único, bondad suma y comunicador de todo bien a cuanto goza de alguna perfección; veía, al contrario, un Dios limitado, que no era Dios. No conocía claramente ni con certeza lo que era el alma, sus perfecciones, ni su fin eterno y sobrenatural, y mucho me nos había alcanzado el conocimiento de la gloria esencial e imperecedera. Los filósofos paganos no conocían, ni conocen, la verdad, y la que alcanzan, aparece inundada de errores.

La fe nos enseña con seguridad absoluta a los cristianos, sin vacilaciones ni dudas, las verdades más sublimes y hermosas.

Nos enseña que Dios es infinito, todo sabiduría, todo amor, todo perfección; que es nuestro Padre y quiere ser nuestra dicha en la eternidad, siendo El nuestra misma vida.

Por la fe sabemos que el cielo es la visión de la esencia de Dios, y el goce en Dios de todo bien, sin la menor sombra de tristeza ni de temor de perderle; que todo lo conoceremos en El, según el amor que cada alma haya vivido y adquirido en la tierra.

Por la fe sabemos que el cielo es un bien tan intenso, tan sobre todo bien, que ningún hombre puede merecerlo ni ser digno de conseguirlo; pero Dios nos ha creado para el cielo libremente y para que entraran en él cuantos lo elijan, si quieren cumplir la voluntad divina manifestada en sus mandamientos y si practican las virtudeComo en el cielo no hay nada manchado, en desorden, ni injusto, todo allí es luz y brillo, no pueden entrar en él los soberbios, ni los impuros, ni los avarientos acaparadores.

Nuestro Señor Jesucristo nos dijo: *Bienaven-turados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos, y bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (I). Da su cielo a los humildes de corazón ya los que viven en la hoguera de su amor. Caridad y gracia son el vestido que cubre y hermosea el alma, dándola derecho a la gloria.

La puerta de entrada al cielo es la muerte y por este arco triunfal ha de pasar el alma a recibir su premio de gloria eterna, a la posesión del palacio de

Dios, donde Cristo lo colocará en los vergeles siempre amenos de su paraíso (2).

El alma cristiana, que vive la verdad, que está hermoseada con la luz de la gracia y se ha cuidado de agradar a Dios con los actos de su vida, siente un tierno amor y una ilusión creciente por pasar el arco triunfal, que le ha de poner en la luz y posesión de Dios.

Atrás quedan las oscuridades, incertidumbres y tristezas; después ya todo será gozo y luz. Abajo quedan los lamentos y luchas; arriba empieza la visión de paz y en los oídos resuenan melodiosas las palabras del mismo Dios: *«Entra en el gozo de tu Señor»* (3).

Se estremecerá de admiración la naturaleza humana ante la presencia de esta puerta, pues sabe muy bien que, una vez franqueada, Dios se hace presente al alma en gracia, envolviéndola y llenándola de luz y felicidad eterna; sabe que, pasado este arco de triunfo, si está del todo limpia, aparece el cielo con todas sus luminarias y bellezas infinitas y entra a la vida y sabiduría de Dios. «Venturosa fue vuestra suerte» (4), decía Santa Teresa a tales almas.

Ya muy cercana a la muerte la carmelita Francisca de la Encarnación, en Jaén, tuvo una suspensión de los sentidos y cuando volvió en sí estaba llena de alegría. Preguntóla una hermana suya, también religiosa con ella, por qué estaba tan gozosa y contestó: «He sido llevada por un camino áspero lleno de cru-

ces y al término he visto una puerta llena de resplandores. Ya he andado el camino y sólo me falta un paso, el de la muerte, para entrar a gozar de la luz esplendorosa» (5).

¿Cómo es posible no sentir amor a lo que nos ha de colocar en el mismo cielo?

(1) *San Mateo,* V. 3-8.

(2) «Jesucristo Hijo de Dios vivo te ponga en los siempre floridos vergeles de su paraíso.» *(Recomendación del alma. Oración III.)*

(3) *San Mateo,* XXV 21-23.

(4) Santa Teresa de Jesús, *Exclamaciones,* XIII, «Oh almas, que ya gozáis sin temor de vuestro gozo, y estáis siempre embebidas en alabanzas de mi Dios. . . Ayudad a nuestra miseria y sednos intercesoras ante la divina misericordia, para que nos dé algo de vuestro gozo y reparta con nosotros ese claro conocimiento que tenéis.»

(5) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D. Tomo III, día 7 de diciembre.

CAPITULO III

LA HUMANA NATURALEZA DESEA LA VIDA Y RECHAZA LA MUERTE

Vemos que casi todos los hombres temen la muerte y la miran como el mayor mal. ¿No podemos decir con razón que la muerte es un bien inmenso para el hombre? y siendo así, ¿no debiera producir un gozo proporcionado a su grandeza? ¿No podremos decir con toda verdad que la muerte trae consigo belleza y luz a raudales?

Sabemos los cristianos que la muerte fue el castigo que Dios impuso al hombre por su desobediencia y San Pablo nos dice que la muerte entró en el mundo por el pecado (I).

Adán y Eva fueron creados en justicia original y, pasado el tiempo del mérito y de la prueba en el paraíso, serían trasladados desde allí al cielo sin pasar por la muerte; pues el alma, inmortal por naturaleza, comunicaría su inmortalidad al cuerpo y el hombre llegaría a la vida eterna sin pagar contribución a la muerte; recibiría la glorificación del alma y del cuerpo sin descender al sepulcro. Pero el hombre desobedeció a Dios y recibió el castigo de la muerte, la cual consiste en la separación temporal del alma y del cuerpo. El alma puede ser feliz sin el cuer-

po y lo es en el cielo, pero siempre dice relación al mismo cuerpo que informó y dio vida mientras estaba en la tierra, y un día, por la omnipotencia divina, volverá a unirse a su mismo cuerpo y a darle nueva vida según las propiedades que ella tenga. La misericordia del Padre ha decretado la resurrección de los muertos para ya nunca volver a separarse alma y cuerpo, ni, por lo tanto, volver a morir.

Se tiene miedo a la muerte, porque es contra la naturaleza íntima del hombre creado para la inmortalidad del cielo y porque es un castigo de Dios a la naturaleza, por el pecado de rebeldía y desobediencia de nuestros primeros padres (2).

Naturalmente todos deseamos vivir, pues hemos sido criados para la vida y para la luz, que son preciosísimos efectos de la verdad, y la verdad es la vida y la luz de la inteligencia. Condición nata y como instinto de nuestra naturaleza, es desear la vida perfecta y poseer la verdad. El hombre busca sediento la vida perfecta sin dolencias ni sinsabores, ajena de luchas; busca una vida de luz sin sombras, sin enfermedades ni desvelos; busca un vivir radiante de verdad, sin nube alguna de equivocación ni error. Anhela la vida perfecta y segura sin límites ni ocaso.

Siempre había tenido San Pedro Pascual vehementes ansias de dar su vida a Dios por medio del martirio. Condenado por los moros en Granada, sintió un gozo superior a cuanto había soñado; pero ya inminente la hora de sufrir la muerte por Cristo, se

apoderó de su razón un terror tan grande que no se lo explicaba. Acudió por la oración al Señor, y apareciéndosele Jesucristo en la Cruz, le dijo: «Pedro, no te asustes porque la naturaleza haga su oficio. Yo mismo estuve triste hasta la muerte la noche antes de mi pasión, y por tu amor padecí aquella larga agonía.» Con esto cesaron los temores y volvió la alegría más intensa que antes (3). Tan pasajera suele ser la tristeza que atribula al alma guiada por la fe. El sol de la esperanza luce rutilante sin ocaso.

No se destruye el hombre en la muerte ni se aniquila; sólo se separan por un tiempo los dos componentes esenciales de la naturaleza humana, en la hora que el Señor ha prefijado para cada uno de los mortales.

El alma, obediente al mandato divino, deja el cuerpo. Dirá la anatomía que vino la muerte por falta de vitalidad en las células y tejidos. Se dirá que la enfermedad, conocida o desconocida, lenta o rápida, la vejez o uno de los múltiples accidentes, causó la muerte. Que el organismo está gastado. Pero llega porque Dios lo dispuso así y en el momento en que lo determinó para cada hombre.

Venturosamente la muerte no destruye, transforma. Se puede decir que es cosecha. En la vida se siembran obras para recoger en la eternidad y se cosechará lo que se sembró.

«Los justos, dice Fray Luis de Granada, no tienen por qué temer la muerte; antes mueren alabando y

dando gracias a Dios por su acabamiento, pues en él acaban sus trabajos y comienza su felicidad» (4).

Con la muerte se siembra la desintegración del cuerpo para recoger vida de inmortalidad en la resurrección. El cuerpo recogerá, igualmente que el alma, los frutos de sus obras.

No ha querido el Señor que haya hombre alguno - ni aún Jesús, ni su Purísima Madre- que se libre de pagar el tributo de la muerte, paso obligado y necesario para penetrar alegres en la deseada mansión de la Patria celeste (5).

(I) San Pablo, *A los Romanos,* V, 12; *Sabid.,* 24. San Agustín, *De Trinitate,* lib. IV, cap. XII.

(2) Santo Tomás de Aquino, *Summa. Suplemento;* Q. 75-79 ; *Summa contra Gentes,* lib. IV, cap. 79 Suárez, *De Anima,* lib. VI, caps. IX-X.

(3) *Año Cristiano,* por el P. Juan Croisset, 24 de octubre.

(4) *Guía de Pecadores,* por el R. P. Fray Luis de Granada, O. P., lib. I, part. II, cap. XXII, pár. 1.

(5) *Oraciones de la recomendación del alma,* III.

CAPITULO IV

CIENCIA DE LAS COSAS EN DIOS

El dogma de la resurrección de la carne para vida de inmortalidad derrama en el espíritu alegría y luz sobre cuanto puede soñar la fantasía humana. El cuerpo que caminó con dolor durante su carrera en la vida terrestre, recibirá en la vida gloriosa inmarcesible corona según las obras realizadas durante su vida perecedera y transitoria.

Hasta las gentes más sencillas y de menos estudios comprenden perfectamente la verdad filosófica que se encierra en este dicho popular: *lo violento no es duradero.* La separación del alma y del cuerpo es de inmensa violencia, porque dos naturalezas creadas para formar una sola y estar siempre unidas, constituyendo la esencia del hombre, se separan. Como el alma humana vivirá por toda la eternidad, el cuerpo humano deberá estar siempre recibiendo vida del alma, porque forma, en unión con ella, el hombre; pero Dios puso el castigo de la separación, que sólo Él podía poner, porque sólo Dios es creador de la naturaleza y de los seres.

En su infinito poder y con amor de Padre, halló remedio a esa violencia, y un día restablecerá de nuevo la naturaleza íntegra del hombre después de

haber pagado el tributo y cumplido el castigo impuesto a todos los hijos de Adán (I). Su omnipotencia hará que el alma vuelva a vivificar y transmitir sus propiedades al *mismo cuerpo* que antes había animado. Es el dogma preciosísimo de la *resurrección de la carne,* que nos enseña la fe. Este cuerpo mío resucitará y volverá a recibir la vida del alma mía. *Volveré a ser yo mismo,* todo vivo en el cielo, después del Juicio Final, para nunca más morir.

Sólo el poder infinito de Dios puede realizar esta maravilla, como sólo Él pudo crear mi ser, y ha revelado que lo hará; la fe me enseña y yo lo repito gozoso todos los días cuando rezo el Símbolo de los Apóstoles, diciendo: *Creo en la resurrección de la carne y en la vida perdurable.*

El alma comunicará entonces al cuerpo sus propiedades según sus obras y según la capacidad de recibir de la materia. Se reflejarán en el cuerpo resucitado las cualidades del alma, e irradiará belleza y luz correspondiente al grado de gloria y amor del alma, o mostrará fealdad y dolor en proporción del castigo merecido por sus malas obras.

Ahora, mientras vivimos aquí, no están los cuerpos en proporción con sus almas, ni aparece al exterior lo que el espíritu es en realidad ante Dios. En general, ni la hermosura ni el talento o simpatía guardan relación con la gracia. Vemos con frecuencia que almas muy santas viven en cuerpos enfermizos, contrahechos, desgarbados y débiles; en cambio, almas

pecadoras y viciosas animan cuerpos de gran belleza, de inmenso talento y atractivo admirable.

No será así cuando los cuerpos resuciten para la vida de inmortalidad. Dios dará a cada uno su merecido y su premio. Los cuerpos serán el exacto reflejo del alma. Se traslucirá el espíritu en los cuerpos y en ellos se verá su perfección, su gloria, su luz, su hermosura. Los cuerpos de los que se salvaron resucitarán llenos de cualidades gloriosas, serán claros, ligeros, sutiles e impasibles. Su gloria, brillo y perfección serán en todo como sea la bondad y luz del alma. Cada uno resplandecerá con los destellos que ganó con su amor al Señor.

Vivirá ya el hombre para siempre con las perfecciones y bellezas que le comunique su espíritu.

Dios, infinito en misericordia, pero exacto premiador, dará a cada uno su merecido.

De modo semejante será la ciencia y el conocimiento que el alma tenga de los seres de la naturaleza, de los mundos creados o creables y de los misterios y verdades de Dios, en proporción de su santidad. Sabrá más y comprenderá mejor y verá horizontes más dilatados el alma más santa, la que más amó, la que más se ofreció y mejor hizo la voluntad de Dios. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (2). Benditos los que todo lo dejaron por Dios, porque todo lo encontrarán en El con infinita medida. En Dios vivirán para siempre, gozando de su gozo. En el cielo no será el conoci-

miento de Dios y de las cosas según la ciencia, el estudio y el talento que se tuvo en la tierra, sino según el amor a Dios. Sabrá más y conocerá mejor y recibirá mayor luz de gloria el que amó más, ejercitó mejor las virtudes y estuvo más perfectamente ofrecido a su Creador.

Por idéntica causa el alma que sufra el apartamiento de Dios y padezca las tinieblas y la desesperación de los condenados, comunicará a su cuerpo- el mismo cuerpo que pecó en la tierra- todo el tormento e irresistible despecho, dolor e impaciencia del infierno para siempre. El cuerpo será en todo exacto retrato y reflejo del alma.

Después de pagar el tributo a la muerte, cuando el poder infinito de Dios y su misericordia resucite a todos los muertos, viviremos eternamente y no tendrá ya poder la muerte sobre el hombre. Pero vivirán de muy distinta manera los justos y los pecadores. Cada uno recogerá lo que sembró y tendrá la compañía que buscó en la tierra y de la cual se hizo acreedor: los buenos, con Dios entre el ejército de los bienaventurados, gozarán de la dulzura de la contemplación divina por toda la eternidad; los malos, con los malos y con el príncipe de toda malicia, para siempre.

(I) Santo Tomás de Aquino, *Summa. Suplemento,* Q. 75 y sigs. ; *Summa contra Gentes,* lib. IV, capítulo 79.

(2) *San Mateo,* V, 8.

CAPITULO V

POR QUE TEME MAS LA MUERTE EL BUENO QUE EL MALO

Observamos un hecho a primera vista extraño: que muchos cristianos, aun fervorosos, tienen, a veces, más miedo a la muerte que los impíos y descreídos. Parece inexplicable, pero así es. El pecador anda continuamente con la vida expuesta y nada le importa. Vive despreocupado de que en cualquier momento le puede llegar la muerte. En cambio, el cristiano fervoroso piensa en ella y en sus efectos.

La razón es porque el impío y descreído, o no quiere pensar en la muerte, o porque detrás de ella ve sólo el vacío y la nada. Juzga que con la muerte deja de existir y que no hay infierno o cielo. La desagradable sorpresa, sin posible remedio, será cuando se encuentre el alma ante la realidad de sus pecados y la infinita justicia de Dios; ante su impiedad y el inexorable castigo. Entonces, tarde ya, verá su error tristísimo: haber obrado con malicia, haber menospreciado a Dios y no haber querido ni creer ni orar. Desde aquel momento ya no podrá jamás amar ni retroceder. Recogerá inexorablemente lo que sembró.

Algunos cristianos, aun muy fervorosos, tienen miedo a la muerte, no por ella en sí misma, sino por-

que ponen sus ojos, y deben ponerlos, en la eternidad. Por la muerte pasará a vivir el *para siempre* y no sabe el estado actual de su conciencia; el alma, que desea la luz, porque su fin es la luz, no la ve claramente en la tierra y siente ansias inmensas de felicidad; sabe que el cielo es un bien tan sobre todo bien y una dicha tan sobre toda imaginable aspiración, que se considera indigna de entrar en la gloriosa morada de Dios y teme no estar en disposición de poderla alcanzar.

Y en verdad que nadie es digno de entrar en el cielo, ni nadie por sí mismo puede merecerlo, ni llegar a la posesión de la verdad infinita ni del gozo inefable de Dios. Las alas del hombre son impotentes para remontarse a tanta altura. Un bien tan inconmensurable y sobrenatural no puede merecerse con ninguna obra humana, porque la gloria y el cielo verdadero son el mismo Dios o la *visión esencial de Dios,* y con nada finito ni con ninguna obra finita se puede merecer.

Pero el Señor es tan infinitamente generoso y amante como es infinito su poder y nos creó para verle y gozarle, y ha prometido dar su cielo a todos cuantos le amen y obedezcan; a todos los que se sometan a su voluntad cumpliendo sus mandamientos.

La fe viva y ferviente dictaba a Raimundo Lulio este temor y seguridad, y escribía. «Pensó el Amigo en la muerte y temióla, hasta que se acordó del

Amado, y con alta voz dijo a los que tenía presentes: Oh señores, amad mucho para que no temáis la muerte ni los peligros en honrar y servir a mi Amado» (I). El amor que el hombre tiene a Dios en la tierra es la moneda de seguridad para entrar en el cielo. El que en la tierra está con Dios, eternamente le gozará con amor infinito; eternamente vivirá en Dios la vida de Dios; porque *El nos comunicará su Vida.*

El cristiano tiene miedo a la muerte, porque sabe muy bien que al cielo no entra nada manchado; sabe de modo clarísimo que el pecado mortal cierra para siempre el paraíso y conoce por experiencia la fragilidad humana. Recuerda las palabras del Eclesiástico que *nadie sabe si es digno de amor o de odio* (2), o lo que es igual, que nadie puede asegurar si se encuentra en estado de gracia. Teme, por todo esto, que su alma, en lugar de poseer el inapreciable tesoro y la hermosura incomparable del amor de Dios, carezca de él y no pueda llegar a recibir el galardón con que el Señor premia al alma en gracia, y tenga que estar para siempre separada de El en el espantoso caos de la noche eterna.

Si nos fuera concedido ver el estado en que nuestras almas se encuentran y la hermosura y riqueza con que están adornadas por la gracia, como vemos el estado de nuestros cuerpos, no solamente no tendríamos miedo a la muerte, sino que la amaríamos y suspiraríamos por ella como por hermana muy que-

rida que nos conduce a la luz indeficiente y a la dicha deseada; como a ventana abierta por donde nos ha de entrar la luz del sol eterno; como arco triunfal por donde pasaremos al palacio de Dios, como se desea el amoroso abrazo del padre adorado después de larga ausencia o cautividad dolorosa.

Pero el Señor ha dispuesto que no podamos ver nuestras almas mientras vivimos en la tierra, ni conocer el estado de belleza o fealdad en que se encuentran; ni si están en miseria de pecado o en hermosura de gracia.

Tan sólo indirectamente, por el examen de las obras, puede deducirse el estado de las almas ajenas, y aunque no con certeza, ver el de la nuestra.

Teme también el cuerpo aquella hora y quiere comunicar su inquietud al espíritu, porque en la muerte se siente abandonado del alma y pide auxilio, suplicándola no le deje en desamparo; quisiera acompañar al alma y entrar con ella en seguida en la vida inmortal. Le horroriza la corrupción del sepulcro, aunque sepa que recobrará más tarde vida inmortal y gloriosa. Rehúye la destrucción.

Pero el alma acepta la muerte como dispuesta por Dios y en esperanza de dicha. El alma se une al querer divino, que es eterno bien.

Reflexionando sobre el deseo de vivir y el temor y la necesidad de morir, razonaba así San Francisco de Sales: «Esta unión y conformidad (del alma) al beneplácito divino se hace por la santa resignación o

por la santa indiferencia. Pues la resignación se practica a manera de esfuerzo y de sumisión; porque se querría muy bien vivir en vez de morir; y, sin embargo, porque el beneplácito divino es que se muera, confórmase el alma con él.

«Se querría vivir si pluguiese a Dios y, además, se querría que fuese del agrado de Dios continuar viviendo. Se muere de buena gana, pero se viviría aún con más gusto. Se pasa a la otra vida de bastante buena voluntad, pero se quedaría aún con mayor placer en ésta» (3).

Ya San Pablo nos había dejado escrito «que aun cuando *suspiramos aquí, deseando la sobrevestidura del ropaje de gloria, o la habitación nuestra del cielo, si es que fuésemos hallados vestidos de buenas obras..., mientras nos hallamos en este cuerpo gemimos agobiados bajo su pesadez, pues no querríamos vernos despojados de él, sino ser revestidos como por encima; de manera que la vida inmortal absorba y haga desaparecer lo que hay de mortal en nosotros*» (4).

(1) Raimundo Lulio, *Del Amigo* y *del Amado,* 60.

(2) *Eccles.,* IX. 1.

(3) San Francisco de Sales, *Tratado del amor de Dios,* lib. IX, cap. III.

(4) *A los Cor.,* V, 4.

CAPITULO VI

LA MUERTE, MENSAJE DE ALEGRIA

Nos enseña la fe con toda seguridad que la muerte pone al alma, que ama a Dios y está hermoseada y vivificada con su gracia, en el mismo Dios y si se encuentra en aquel momento totalmente purificada y limpia, *le da la inmediata posesión y gozo infinito de Dios, que es* en lo que consiste la gloria.

No debemos permitir que se apodere del alma el pesimismo, interpretando la frase del Eclesiástico en el sentido más inquietante. Porque aun cuando no podemos ver si el alma está o no en gracia, ni nadie puede tener la seguridad de que vive en la amistad divina, sí se puede tener la certeza moral de no estar en pecado grave por el testimonio de la recta conciencia, por el humilde arrepentimiento de las faltas cometidas o por haber conservado siempre la inocencia del bautismo.

Dios no desecha a nadie que se ponga en sus manos y en ellas está el inocente y el arrepentido. Dios no puede desechar de Sí, como lo dice en la Sagrada Escritura, al que sencillo y confiado le pide su amor y se entrega a El. Ama a Dios el que quiere amarle siendo humilde y Dios enriquece con su gracia a quien le ama. El cristiano que recibe a Jesús en la Eucaristía cree que está en gracia, por ser ésa la

condición necesaria para recibirle bien; y le reciben las almas buenas, porque se consideran en estado de gracia, aun cuando no vean en sí mismas toda la limpieza y perfección deseada ni se encuentren tan embellecidas de virtudes como es su ardiente deseo.

Felizmente son muchísimas las almas eucarísticas.

La muerte es luz para el cristiano humilde iluminado por la gracia y por el amor de Dios; es ilusión de segura entrada a la bienaventuranza y goce del cielo. Sentir la muerte, rechazarla o verla como tremenda desgracia, o como hundimiento en el vacío y negrura de la nada, considerarla como algo triste y repulsivo, además de ser una deslealtad y defección a la fe de cristiano, sería rechazar el amorosísimo abrazo de nuestro Padre celestial y no querer la felicidad para la cual hemos sido creados, ni aceptar la casa y palacio del Señor, Sumo Bien y Padre de infinito amor, que llama y espera para entregar la herencia.

La muerte, como heraldo de Dios, está encargada de descorrer el velo que oculta la luz para que la claridad sin sombra ilumine el rostro del alma. Dulce mensajero, con mano blanda y suave, quita el impedimento del cuerpo para que la inteligencia del hombre pueda llegar a la sabiduría infinita, y la voluntad, a la atmósfera del amor increado, manantial de toda dicha y felicidad perfecta, superior a cuanto en la tierra se puede soñar. La amable muerte nos pone, no con mano áspera y odiosa, sino amorosa y suave, en el regazo de Dios.

Fue esto una señalada misericordia del Señor; porque si bien castigó la rebeldía y desobediencia del hombre, lo hizo como Padre lleno de amor, que castiga para premiar y levantar a mayor bien.

No era posible que el hombre pudiera soñar tanta ni tan luminosa grandeza como es la resurrección gloriosa del cuerpo después de la muerte. Dios quiso, con amor paternal, revelarnos tan preciosa verdad para consuelo y alegría de nuestra esperanza.

La vida sobre la tierra es incesante caminar hasta la meta, donde el alma, forzada a separarse momentáneamente del cuerpo, ha de presentarse ante el Señor, y, si vivió en gracia, será introducida a la posesión de la verdad y de la hermosura de Dios, para quien fue criada. Dios, infinito en toda perfección, la meterá amoroso en su reino de luz, de sabiduría, de amor, de bienaventuranza. En él vivirá feliz hasta que por disposición divina vuelva a buscar el cuerpo que dejó en el sepulcro, comunicándole las dotes gloriosas y llevándole consigo a gozar de la felicidad eterna, ganada por la cooperación fiel y abnegada que prestó al alma en el ejercicio de las virtudes y obras santas. El poder infinito reunirá los elementos componentes del cuerpo, hasta entonces disgregados, y le resucitará como ha prometido.

Cuerpo y alma oirán la sentencia del Señor en el Juicio Final, unidos como estuvieron en la tierra; la oirán delante de todas las generaciones; todos entonces nos conoceremos; todos veremos la causa del

premio y gloria de los buenos e igualmente del castigo de los malos; alabaremos y admiraremos la exacta equidad y la infinita misericordia del justo Juez. El alma y el cuerpo de los buenos, ya gloriosos, serán siempre felices con una felicidad que no puede en la tierra concebir la inteligencia del hombre ni imaginar su fantasía.

Para el alma que esmaltó su vida con virtudes y obras buenas en gracia y por amor de Dios, con recta voluntad, conciencia limpia y corazón humilde, se presenta la muerte como lo más precioso y deseable de todo lo creado. Ve en ella el feliz y apetecido momento de empezar a recoger el premio en luz de inmortalidad.

Por la muerte levanta el Señor al hombre justo y fiel de lo finito a lo infinito; de lo criado al Creador; de lo ruin, miserable e incierto, a la seguridad y gloria de lo sobrenatural; de la oscuridad, ignorancia y flaqueza, a la luz, al amor y a la sabiduría de los bienaventurados; de la aspereza y dolor de la tierra, a la suavidad y gozo de los brazos de Dios. Es el momento deseado y feliz de entrar, conducido por Cristo, a tomar posesión de la casa de Dios para siempre, a beber en la fuente de aguas vivas, a gozarse en la fruición del amor eterno y de la vida esencial de la Trinidad Beatísima. La muerte gloriosa nos envolverá en la luz del cielo tanto tiempo codiciada.

CAPITULO VII

ANSIAS DE LA VIDA PERFECTA

Las almas santas han deseado la muerte, aun cuando la naturaleza humana no dejara de poner recelos y sembrar temores. Más aun: las almas fervorosas, en gran mayoría, han llamado con gozo a la muerte; ponían con amor sus ojos en Dios y le pedían no prolongase su destierro en este mundo. Deseaban ver al Criador en su esencia y gozar de su gloria, vivir ya con El en su reino y en su luz y se veían aquí muy lejos del Padre amadísimo. No se conformaban con llevarle presente por fe y por amor en su corazón y en la memoria, sino que se gozaban soñando en los suaves brazos de la muerte, pues ella les colocaría en la gloriosa mansión de su Padre Celestial y en la luz increada.

Todos sentimos deseos de vivir. Está en la naturaleza de los seres vivos defender su existencia y procurar perfeccionarla cuanto sea dable. Dios nos ha creado para la vida y los seres que gozan de entendimiento sienten doblada vehemencia por la plenitud del ser y el conocimiento de la más clara verdad.

No busca el ojo con tanto afán la luz, ni se esfuerza tanto el pulmón por absorber el oxígeno del aire, como el hombre ansía la vida y el entendimiento codicia la luz de la verdad. La vida es la verdad más amable. Dios es la vida y la verdad esencial, de quien

la reciben todos los demás seres. En Dios, verdad y vida son una misma divina realidad. *Todas las cosas en Dios tienen vida* (I). Puede el filósofo hablar de la verdad y discurrir sobre ella y, no obstante, estar muy lejos de vivir la verdad y aún de entenderla. Puede el escritor expresar con bellas palabras errores contrarios a la verdad y sembrar la muerte espiritual en que él vive.

Las personas justas no sólo están en la verdad, sino que la viven y tienen sed y anhelo de la verdad más amplia y más clara. Es preferible vivir la verdad sin saberla expresar, a decir frases brillante estando en la oscuridad y viviendo en la muerte del error. La verdad en Dios, es verdad esencial infinita y eterna. Toda vida y toda verdad creada es participación de la verdad eterna, y la verdad creada que no participa de la eterna no puede ser sino error, aunque agrade la belleza con que esté expuesta.

Las almas limpias y santamente soñadoras con ideales de fe y sed de Dios, están sumamente agradecidas a la bondad y misericordia que las dio la vida del cuerpo y de la gracia y las puso en la hermosura de la verdad; pero ante los horizontes de la luz sobrenatural y de eternidad enseñados por la fe, no pueden satisfacerse con esta limitada y pobre vida de la tierra, tan llena de sombras y errores, y ansían llegar a la dichosa posesión y disfrute de la verdad infinita, perfecta, feliz e imperecedera.

Todos los seres caminan necesariamente hacia su

último fin, que es el *sumo bien.* En el fin último encuentra cada ser su descanso y su dicha; por eso no puede menos de ser querido y buscado.

Dios es nuestro último fin, Bien soberano, dicha perfecta, verdad absoluta, vida infinita; encierra por esencia todas las perfecciones y ha creado todas cuantas existen; es el gozo supremo de la verdad infinita; es su propia dicha infinita y da la plenitud de gozo a las criaturas, las cuales no pueden menos de desearle.

Las almas piadosas, más iluminadas por la luz de la fe y más atraídas por la fuerza del amor increado, ven con mayor claridad y certeza la inmensidad y hermosura de su último fin, le aman con mayor intensidad, mas aún que a su propio ser, como se prefiere el fin último al fin particular y el cuerpo entero a un miembro cualquiera.

En el cielo no hay sombras y en Dios todo es luz y vida, todo amor y gozo. Estas almas piadosas, enseñadas por el mismo Espíritu Santo que mora en ellas, con altos y bellos ideales de inmortalidad desean, piden y esperan del Señor la vida perenne, toda hermosura. Desean la muerte en el ejercicio de sus virtudes, para entrar a recibir el premio en la plenitud de Dios.

La vida sobre la tierra tiene bellezas y alegrías, pero tiene también muchos pesares, contratiempos y penas irremediables; a todos se nos hace pesada y triste ya muchos insoportable. Pasa rápidamente la

hora de la alegría y sobreviene la del sufrimiento y tristeza. Se ama el día del gozo, y abruma irresistible el día del tedio y del dolor. Se codicia el rato de gloria y se hace insufrible el del menosprecio y opresión. La negrura del dolor, de la desgracia o de la necesidad empuja a muchos a quitarse la vida. Estos desgraciados aceleran la muerte para verse libres del sufrimiento, sin darse cuenta de que, por su rebeldía, escogen un mayor y más rápido sufrimiento y para siempre...

Si la vida sobre la tierra se nos hace pesada, no es por lo que tiene de vida, sino por lo que le falta para ser perfecta y completa; es vida mediatizada ; las necesidades, los dolores, las flaquezas, son falta de vida, nubes y sombras que impiden la posesión y goce de la plena vida.

La naturaleza de cada uno nos pide y exige procurar una existencia perfecta, de paz, de salud, de sabiduría y de amor; nos enseña y estimula a codiciar el bien sin sombras. y es que Dios nos crió para la vida perfecta y feliz y, si nosotros no nos alejamos voluntariamente de El, si somos obedientes a sus mandatos y le amamos, no dejará de dárnosla.

Decir vida es sinónimo de luz, de bondad y armonía, porque el concepto de vida encierra todo lo que es perfección y amor. Los niños tienden al desarrollo y crecimiento para llegar a la madurez del hombre; los animalitos se desenvuelven y crecen hasta adquirir su plenitud; las mismas plantas suben

al espacio cubriéndose de hermosura al mismo tiempo que se desarrollan hasta llegar a la más prodigiosa floración y suavísimos frutos. Todo va buscando en el desarrollo la perfección de su ser.

También el hombre desea y busca la vida perfecta. Con el desarrollo de su cuerpo y de sus sentidos, con el cultivo de su inteligencia y sensibilidad, no logra su plenitud; con ansia anhela el perfeccionamiento de todo su ser y brota de todos los hombres un deseo de inmortalidad. ¿No podrá llegar a la posesión de una vida perfecta?

Siento que mi ser tiende a superarse, a mejorar hasta la perfección si es posible, y en nada tanto como en mi propia vida. Con solas mis fuerzas no puedo llegar a esa perfección, pero no puedo menos de desearla, y sé que Dios ha prometido dar vida perfecta y dichosa y para siempre a cuantos le buscan, le aman y obedecen. Sé que esa vida prometida es tan alta, tan bella, tan llena de claridad, de una perfección tan soberana, que no hay imaginación que pueda formarse ni una idea aproximada, *porque ni ojo alguno vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman* (2).

Sé que Dios me dará; y dará a todos cuantos le amen, una existencia perfecta y feliz, que es participación de su misma vida y premio de la virtud de la tierra. Sé que esa vida es tan maravillosa sobre lo que yo puedo concebir o fantasear, por ser promesa y

premio de Dios, que este solo pensamiento me explica el *muero porque no muero* de Santa Teresa.

Pero mientras estoy en la tierra tengo que pasar privaciones, enfermedades y contratiempos mil, efecto del castigo del pecado original. En este tiempo debo dignificar y ofrecer a Dios todos estos sufrimientos, e ir abriendo lenta y trabajosamente, sin descanso, el surco para echar semilla de inmortalidad y de gozo con las penas y dolores. La tierra es sólo noviciado y prueba para adquirir tesoros que he de disfrutar en la gloria; destierro en que he de esperar hasta llegar a la patria celeste donde manan ríos de leche y de miel.

¡Quien vive fielmente la caridad y la fe marcha con alegría y siente ansia por llegar pronto a recibir el abrazo de Dios y ser iluminado con su luz fascinante. Desea que nazca, florezca y dé sazonado fruto la semilla de penas que enterró en el surco, sembrada por el amor!.

(I) *San Juan,* I, 6; San Agustín, *De T,initate.* Iibro IV, c. I.
(2) San Pablo, *A los Cor.,* 11, 9.

CAPITULO VIII

SAN PABLO, Y CON EL LAS ALMAS SANTAS, DESEABAN Y PEDIAN LA MUERTE

«Los siervos del amor» (I), como llamaba Santa Teresa a los que se determinan a ser almas de oración, o mejor dicho, las almas que ya han recibido del Señor el don de la oración, viven el amor y han sido extraordinariamente iluminadas con una muy especial luz sobre el conocimiento de Dios y de sus perfecciones y atributos y sobre la insuperable hermosura y felicidad de la vida del cielo, que es la verdadera.

No hay conocimiento filosófico ni teológico sobre aquella vida de luz eterna que pueda compararse al íntimo conocimiento puesto por el mismo Dios en las almas ofrecidas a su amor; porque aquello es ciencia enseñada por los hombres, y este otro conocer lo da el mismo Dios; aquél es conocimiento teórico accidental y exterior, siempre con oscuridades, y lo que Dios enseña es en la sustancia del alma, como iluminando lo íntimo de la verdad con espléndidas clar dades; es ciencia tan manifiesta y tan gozosa, como puesta con delicadísimo amor por la mano del Espíritu Santo en el centro del alma.

Con la clara noticia que estas almas de oración

habían recibido de la belleza y felicidad que hay en la vida sobrenatural, deseaban llegar a ver a Dios en su gloria, donde está la verdadera vida segura y feliz, con mayor ardor y más crecida ansia que puede desearse cualquier otro bien. Codiciaban la vida, que es toda luz y gozo sin sombras ni pesares; y como es Dios la vida misma y el amor esencial, suspiraban por la posesión de Dios. Santa Teresa de Jesús, hablando con las almas ya glorificadas en el cielo, las decía: «¡Oh bienaventuradas ánimas amadoras! Alcanzadnos a entender el gozo que os da ver la eternidad de vuestros gozos, y cómo es cosa tan deleitosa ver cierto que no se han de acabar» (2).

San Pablo, en la explosión de su entusiasmo y de su amor ante esta hermosísima verdad, enseña con genial inteligencia doctrina tan subida y alentadora como llena de luz. No veía él la muerte ni tétrica, ni llena de horror, ni mensajera de males, sino transformadora y bella como esplendoroso triunfo. y con gozosa confianza y encantadora alegría habla de la gloriosa resurrección de su cuerpo: *Es necesario que este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad y que este cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad.* Y continuaba saboreando la dicha de tan gloriosa victoria: *La muerte ha sido absorbida por la vida. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? Demos gracias a Dios que nos ha dado victoria contra la muerte y el pecado, por la virtud de Nuestro Señor Jesucristo* (3).

Y mirando aquella vida, que es la visión de Dios y la unión con El, deseaba morir y suplicaba al Señor le mandase la muerte.

No es malo desear la muerte como muchos equivocadamente piensan. Es malo deseársela a sí mismo o a otro cuando el fin del deseo es malo. Pero quererla para entrar en la gloriosa e inamovible visión de Dios, para llegar al último fin y suprema felicidad para que hemos sido creados, lejos de ser malo, es muy bueno y una gran virtud nacida del divino amor y del conocimiento de las perfecciones de Dios, infinitas como El es infinito. Ni existe bien más digno de amor ni más deseable que el bien soberano del último fin. Y es el mismo San Pablo quien nos da el ejemplo. Desea para sí la muerte como el mayor bien: *Tengo deseo,* escribe, *de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo* (4); y en otra parte : *¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?* (5).

Deseaba San Pablo morir para entrar en la vida verdadera; dejar esta dura esclavitud, destierro y dolor, para entrar en la patria y poseer la vida, toda claridad y gozo; quería morir para dejar la incertidumbre de perseverar en la gracia y gozar de la seguridad perfecta; la muerte le pondría una corona de piedras preciosas; quería verse libre de las ignorancias, errores y caídas de !a tierra, y gozar en la claridad y hermosura donde todo es dicha, armonía y alabanzas al Señor; llegar a la patria verdadera, donde

tenía su corazón. Vivía en Dios por el amor y anhelaba el momento de estar ya todo envuelto y transformado en su gloria, poseer y gozar la insondable plenitud de la luz, de la hermosura, inmensidad, sabiduría y vida del Creador. Desea dejar la tierra y salir de la lucha para volar al cielo y estar recibiendo de su Vida felicidad eterna.

Injusto, perjudicial y erróneo es desear seguir abrazado a esta vida, aun cuando no encerrase las amarguras y tristes vicisitudes que encierra, y menospreciar el abrazo y la compañía de Dios; es locura preferir esta cárcel a la luz indeficiente de armonía y dicha del cielo, al eterno gozo de la sabiduría de Dios y a la dulcísima compañía de los ángeles.

No se perdona sacrificio ni esfuerzo para adquirir nuevos conocimientos de las cosas y sabiduría del mundo, de la historia y la ciencia; ¿pues cómo no desear ir a Dios, que es la misma sabiduría, la misma verdad y el Creador de todos los seres y mundos, ante el cual toda la ciencia de los hombres y todo el saber de los ángeles es ignorancia absoluta? Desgracia la nuestra es no conocer lo infinito de las perfecciones y grandezas divinas y la nada de la criatura, la diferencia que hay de la luz purísima de Dios a la total oscuridad de lo criado.

No vacilaríamos, si lo meditásemos, el desear ir al cielo. Yo quiero ver a mi Dios y quiero gozarle.

El alma constante en el amor de Dios ansía, como

San Pablo, la llegada de la muerte y la considera como visita del Señor; piensa con dulzura inexpresable en la muerte, porque sabe que solamente por esta amada puerta puede entrar a los rayos de la luz eterna y a la posesión de la felicidad completa; porque con ella ve llegar la dicha suprema, la visión de la esencia divina, en la cual, escribe San Agustín, «no diré nada más que se nos promete la vista de la belleza, de cuya semejanza reciben bellezas las cosas bellas y en cuya comparación son feas todas las hermosuras» (6).

Lleno de entusiasta alborozo nos dice San Pablo que la muerte se convierte en vida maravillosa y canta la victoria de la vida sobre la muerte y cómo en aquel preciso momento son convertidas las temidas tinieblas en triunfales resplandores *«cuando este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad, y este cuerpo mortal sea revestido de la inmortalidad. Entonces se cumplirá la palabra escrita: la muerte ha sido absorbida por una victoria»* (7).

La muerte -el mayor y más temido enemigo del hombre al parecer-, vencida y transformada por Cristo, introducirá en la gloria a cuantos hayan buscado y vivido la verdad y el amor. Feliz el que sirve a Dios y más feliz el que le haya amado con todo su corazón y con todas sus fuerzas, porque recibirá mayor conocimiento y más alta sabiduría de las perfecciones y de los seres y mundos por El creados,

«pues con cuanta más vehemencia amemos a Dios, con mayor certeza y paz le veremos, porque en Dios contemplaremos la forma inconmutable de toda justicia» (8).

El celoso Apóstol de las gentes no apreciaba su vida sino para darla a Dios por amor, y le amaba sobre todas las cosas, y tenía todas sus ansias centradas en ofrecerse y unirse a El; amaba y deseaba la muerte para llegar a la vida y se gozaba pensando en su próxima partida y en la corona inmortal que el Señor le tenía preparada. En esto consiste el amor sobrenatural: en estar adheridos a la Verdad y en despreciar todas las cosas terrenas por lo eterno (9) ; esta inconmovible unión con su Creador y su Amor pedía el Apóstol. ¡Oh muerte, bienhechora y deseable, porque me llevas a la segura y perfecta vida, porque me unes a mi necesario y felicísimo amor y me das luz de su luz y calor de su fuego! ¡Oh muerte, mensajera de paz y de bien andanza, precursora de la luz del día eterno, codiciable y deseada, porque me sacas de esta oscuridad e inquietud para ponerme en la claridad y sosiego perpetuo; me levantas de esta tierra de dolor y discordia para sentarme en la paz de la gloria; porque me liberas de la opresión, del trabajo y de la pena y me levantas al gozo permanente; porque, con tu visita, me libertarás de la malicia, bajeza y mala voluntad o incomprensión de los hombres y me presentas ante la infinita belleza y sabiduría de mi Creador, ante la omnipotencia y bondad

incomprensibles de mi Dios, cantada por los ángeles del cielo y por los bienaventurados con quienes viviré y a cuyas alegrías para siempre estaré unido! Mi gozo es ahora repetir con San Pablo: *Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo, para que este mi cuerpo mortal sea revestido de inmortalidad* (10). O con el profeta David: *Mi alma tuvo sed de Dios fuerte y vivo; ¿cuándo me será concedido que yo llegue y me presente ante la infinita hermosura de tu rostro viéndote ya en el cielo?* (11).

Desde hace veinte siglos no ha sido otro el delicado suspiro de amor que vienen elevando al cielo las almas fervorosas hasta que les llega el momento de emprender el vuelo a la eternidad. Fue doctrina enseñada y ejemplo dado por el Divino Maestro.

Lo enseñó San Pablo, pero lo dicta el amor, cuya propiedad es unirse al amante y, en lo posible, hacerse una misma cosa con él.

A mí me lo grabó en el corazón un santo ermitaño. Me acerqué un día a su pequeña y rústica ermita. Estaba en gran soledad y apartamiento, emplazada sobre unas rocas, como un nido en una quiebra, cubierta casi de vegetación, rodeada de madroños, de brezos y jaras. Un corpulento alcornoque la cobijaba y daba sombra y media docena de cipreses la cercaban vigilantes; mirando, como ellos, sin cesar al cielo, pasaba su vida el ermitaño en oración continua, pensando en la gloria e inmortalidad y alabando

a Dios. A mi tímida pregunta, respondió con muy breves y amables palabras:

«Dicen que el amor es ciego, pero nadie sabe más ni enseña mejor. El amor no se equivoca nunca. Quien precipita en el error es el egoísmo, el torcido interés y la pasión. Es propio del amor unirse a la verdad y está en lo íntimo del amor de Dios adherirse al mismo Dios, verdad eterna e inconmovible. La alegría de amar es el canto a la Verdad, de la que no quiere separarse, busca su unión, hacerse una misma cosa con ella.

»Por eso el amor da nueva vida, y está siempre pronto a emprender el vuelo e impaciente suspira mientras llega ese momento. Dios es su centro y su fin y el alma ansía unirse y hacerse una misma cosa con El y permanecer unidos eternamente.

»Recuerda -me dijo el ermitaño- las historias de la Divina Escritura y las de los santos. En ellas verás las obras del amor y te llenarás de gozo. En mi soledad siento consuelo de la continua compañía de mis admirables amigos los santos; no me dejan solo. Hacen de mi soledad la antesala del cielo.

»Recuerda que el amor rejuveneció a Jacob. Estaba inconsolable el santo anciano, siempre lloroso, desde que supo que su querido hijo José había sido devorado por las fieras. Pero un día le dicen que su hijo vive y con extraordinaria prosperidad, y que era dueño de Egipto; al oír esto, dice la Sagrada Escritura, que rejuveneció y se sintió tan fuerte que

exclamó: «Si vive, he de verlo» ; encontró energías para ir a Egipto y pudo abrazarle. Si el amor humano hace tales prodigios, ¿qué hará el sobrenatural, más alto y más noble? (12).

»Y la buena Ana, madre del joven Tobías, diariamente oteaba el horizonte para ver *si* por ventura volvía el hijo de su largo viaje. y cuando el perrito con sus caricias anunció al viejo Tobías la proximidad del hijo amado, se llenó de alegría y, olvidando su ceguera, echó a correr para abrazarle, sin dar importancia a los tropezones y peligro de caer. El cariño le dio impulso y no pudo esperar para abrazarle (13).

»Pero fíjate que nada hay tan irresistible como el amor espiritual, como el deseo de unirse a su fin, que es Dios ; así como no hay nada semejante a El en perfección, tampoco hay cariño que arrastre y levante como el del Creador. Todos los días me complazco en recordar esto en la vida de los diversos santos, todos abrasados de amor y con deseos del cielo. Ellos me hacen amable mi soledad, porque me hacen sentir que estoy más cerca del cielo y más dentro del Señor; que El es mi gloria hasta que me llame, como se lo suplico, y deseo tanto que no tarde. ¿Qué hago entre estos árboles sino estar con el pensamiento en el cielo, y, al mismo tiempo que amo a Dios y me ofrezco a El, recordarle que le estoy esperando ?

»Cualquier santo nos puede servir de modelo: Santa Catalina de Sena era joven; su vida, singular y admirable, de gran provecho a la Iglesia y a las

almas; pero sus deseos de estar en Dios no tenían medida. Veían los que la rodeaban, durante ciertos transportes místicos, que hablaba con Dios y la oían decir estas palabras: *¿Cuándo, Señor? ¿Por qué no ahora?*

»Por ese tiempo obró el Señor otra misericordia muy singular en su sierva y que fue notoria a cuantos convivían con ella. Vieron cómo había expirado y era cadáver. Durante cuatro horas su alma separada del cuerpo, vio el infierno y sus tormentos, el purgatorio y sus dolores, y oyendo las dulcísimas armonías del cielo, llegó hasta sus puertas. Mas en aquel instante volvió a la vida, porque era aún necesaria sobre la tierra para lo que el Señor deseaba hacer por medio de ella.

»Cuando Santa Catalina, terminado el rapto, volvió en sí, miró con ojos extraños a todos y durante dos días no hacía sino llorar y repetir: *¡Qué desgraciada soy!* Preguntándola su confesor la razón de aquellas continuas lágrimas y de tan extraña e inexplicable exclamación, sin dejar de llorar, le respondió: *«He visto los misterios de Dios.* Llegaron a mis oídos las armonías del cielo, llegué a la puerta y cuando ya estaba para entrar, me mandó el Señor volviese a este destierro a cumplir el ministerio que me daba para bien de la Iglesia y de las almas» (14). Lloraba con inconsolable desgracia el no haberse quedado en la gloria después de haber oído las divinas armonías.

»Mira tu propia alma y tus inclinaciones. El centro del amor es el Amado y no es posible dejar de desearlo con gran vehemencia, cuando se ve que es el bien mayor, el Sumo Bien y el manantial y origen de todo bien.»

Estas y otros verdades me recordó el apacible ermitaño. «Yo -me dijo al final- gozo en mirar esta infinita verdad y esto hace de esta hermosa soledad un paraíso. Aquí estoy como en luz de eternidad, con mi Dios; mi vida, en cuanto puedo, es lo más semejante a la del cielo. Dios llena mi ermita, mi corazón y estos riscos y quebradas cubiertas de verdura. Le canto al Señor el himno del deseo y de la alabanza unido a sus ángeles. Le digo que desfallezco por él y jubiloso estoy esperándole. Creo que de un momento a otro ha de llegar, y, entre tanto, gusto de repetir con David : *Tengo todo mi gozo en vivir en el Señor* (15). *Como brama el sediento ciervo por las fuentes de aguas vivas, así, oh Dios, clama por Ti el alma mía»* (16).

El ermitaño quedó en silencio y yo fui meditando sus palabras.

(I) Santa Teresa de Jesús, *Autobiografía,* cap. XI.
(2) Santa Teresa de Jesús, *Exclamaciones,* XIII.
(3) San Pablo, *A los Cor»* XV,
(4) San Pablo, *A los Filip.,* I. 22.

(5) San Pablo, *A los Roman.,* VII. 24.

(6) San Agustín, *De Ordine,* cap. XIX, núm. 51.

(7) San Pablo, *A los 9'.,* XV, 53, 54.

(8) San Agustín, *De Trínitate,* lib. VIII, cap. VII, núm. 10.

(9) San Agustín, *De Trinitate,* lib. VIII, cap. IX, núm. 13.

(10) San Pablo, *A los Filip»* I, 23; *A los Cor* ., XV, 53, 54.

(11) David, *Salmo* 41.

(12) *Génesis,* cap. XLV. 27. 28

(13) *Tobias,* cap. XI.

(14) Juan Jorgensen, *Santa Catalina de Siena,* Ubro II, pár. IV.

(15) *Salmo* 103. «... Porque en aquel estado de la bienaventuranza perfecta es una, continua y perfecta la operación por la que se une la mente del hombre con Dios. Pero en la vida presente tanto distamos de la bienaventuranza perfecta cuanto de la unidad y continuidad de tal operación. Existe, no obstante, alguna bienaventuranza participada; y cuanto la operación de la unión de la mente a Dios sea más perfecta y una, tanto tendrá más de bienaventuranza. Por esto, en la vida activa, que se ocupa de muchas y variadas cosas, hay menos de bienaventuranza que en la vida contemplativa, que sólo se ocupa de una cosa, a saber: de la contemplación de la verdad.» (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica,* l-llda, Q. III, a. 2, ad 4.)

(16) *Salmo* XLI, 2.

CAPITULO IX

LA MUERTE ES TRANSITO PARA ENTRAR EN LA FELICIDAD ETERNA

Las virtudes y toda buena obra son tesoros para comprar cielo y las almas que los adquieren suspiran por conseguir la gloria eterna.

Escuchando de los labios del dicho ermitaño los encantos y alegrías de la muerte, me atreví a decirle: «¿Por qué, si la muerte es un bien tan grande y lleva a la felicidad, todos se estremecen y sienten miedo de ese momento»

«No todos -me dijo-, sino aquellos que no aman o meditan, ni llevan por guía la fe viva, es decir, la fe acompañada del esfuerzo para practicar las virtudes, la fe que impulsa a llevar vida cristiana, vida interior y espiritual; la fe que se humilla ante Dios y con amor le llama *Padre;* esa fe tiene la virtud y hace el milagro de poner gozo en donde los demás sienten tristeza; porque tal fe, cual sapientísima maestra y cariñosa madre, enseña que ese momento es preciosísimo.»

«¿Cómo, con tales enseñanzas, no he de sentir alegría pensando en la muerte, si el recuerdo de su llegada pone pensamientos y esperanzas de luz, y agranda los ensueños de la ya próxima realidad de

vivir en la sobrenatural ilusión del cielo, y ver la esencia de Dios y con ella tomar posesión del Sumo Bien y ser transformado en luz inmortal de bienaventuranza?»

Esto, que con toda atención le escuché, procuré grabarlo muy diligentemente en mi memoria.

Pienso yo ahora que la fe y la esperanza me enseñan a ver con hermosísima claridad, no ya los Campos Elíseos, que fantaseaban y describían los poetas paganos, sin la luz de la verdad, ni tan sólo una inmortalidad con gozo natural sin la resurrección de los cuerpos, aunque en compañías de personas sabias y buenas, como ponía Platón en los labios de Sócrates o razona Cicerón en sus *Tusculanas.* Mi fe cristiana me enseña con certeza que la muerte es para el bueno la entrada en la felicidad gloriosa e inmortal para ser feliz para siempre. Sé, por la misma fe, que, tras la muerte, Dios comunica al alma totalmente limpia la visión de su esencia, que es la gracia sobre toda gracia y que con nada puede merecerse, *en la cual visión consiste la vida eterna* (I), y Dios da no un bien, sino *el bien que es el último fin, es el bien perfecto y sacia en gozo todo deseo* (2).

No debo sentir tristeza en pensar que llega esa hora, sino sumo júbilo sabiendo que, como dice Santo Tomás, *por la muerte se entra en la bienaventuranza, la cual consiste en el sumo bien del hombre, porque es la consecución o posesión y la fruición gozosa e ilimitada del Sumo Bien,* y por esa puerta

entra en la *bienaventuranza, cuya esencia es la unión o adhesión misma del hombre con el Bien increado, el cual es el último fin, la bienaventuranza, o sea la más suprema y alta operación de la más noble facultad del objeto más soberano, como es el Bien Divino* (3), y tras de la muerte, el alma entra *en la bienaventuranza, que, como dijo San Agustín, es el gozo de toda verdad, porque se ha de tener presente que este mismo gozo es la bienaventuranza perfecta* (4).

Esa es la hora tan esperada, en la cual quiere el Señor premiar con regalo inefable y enriquecer con lo infinito de sus misericordias y lo inmenso de sus tesoros a las almas que vivieron con ansia de El, le buscaron y le amaron. Las adormece un instante con el sueño de la muerte, y despierta a las limpias de corazón en su palacio del cielo; cuando abran sus ojos, la luz inextinguible iluminará sus pupilas y se encontrarán ante la infinita belleza del Rostro Divino, en los brazos del Padre de infinita ternura, viviendo la vida nueva, llenas de sabiduría, de hermosura y perfecto amor.

Pensando en el alborear de esta luz increada del rostro de Dios, que todo lo embellece y viste de felicidad y hermosura, ponía el ardiente corazón de Raimundo Lulio en los labios de sus personajes estas reflexiones de esperanza y de rebosante gozo: «Amigo -dijo el ermitaño-, es cosa tan gustosa el conocer y amar a Dios, que todos aquellos que verdaderamente saben conocerle y amarle desean verle

y gozarle eternamente, y por ello menosprecian las vanidades de este mundo poco durable. Por esto yo no he tenido miedo a la muerte, antes deseo morir para estar con Dios» (5).

Inundado de alegría en el gozo de esta firme y consoladora verdad, al ver San Carlos Borromeo la estatua de la muerte con una guadaña en la mano, como suelen ponerla los hombres de poca fe, manda que quiten la guadaña y se ponga en su lugar una llave de oro, porque la muerte es ella misma, la llave de oro que abre las puertas del cielo y da paso a la luz inmarcesible de la eternidad ya la presencia de Dios en visión beatífica y con ella a la felicidad sin término y siempre nueva (6).

San Flaviano de Cartago se había dedicado a la enseñanza durante su vida, y condenado a muerte por ser cristiano, acudieron sus discípulos paganos para ver si pudieran libertarle de la muerte. Indicábanle renunciase a ser cristiano y de ese modo no padecería el martirio y se vería además honrado por los que gobernaban, más él les decía: «Aun cuando nos matan, vivimos. No somos vencidos, sino vencedores de la muerte. Y vosotros, si queréis llegar al conocimiento de la verdad, debéis hacer os cristianos.»

Por la muerte se entra y llega a la posesión y goce de la verdad y del bien sumo, infundidos por el mismo Dios en el alma; la sabiduría y la bienandanza serán su vestido. Desde aquel momento cumple el Señor en el alma acrisolada su palabra: *Yo seré tu*

galardón soberano (7). Esa es la hora feliz de la glorificación sobrenatural, cuando el Señor llenará de su misericordia y de Sí mismo a las almas que no tengan impedimento de pecado o reato alguno. Entonces, en ese instante mismo, terminada la prueba de la tierra, encontrados fieles en el examen de amor los humildes y cargados de virtudes, llenos instantáneamente de lo que nunca habían podido no ya comprender, pero ni aún tener idea aproximada, empiezan a recibir la vida de Dios ya vivir su misma vida, de su misma felicidad y de su misma hermosura.

La intensidad con que el Señor comunica estas perfecciones está en proporción de la capacidad de recibir que el alma tenga, y ella misma labró y adquirió esta capacidad con las virtudes y el amor de Dios que ejercitó y con los deseos que vivió y el ofrecimiento que de sí misma le hizo. Para siempre se verá ya llena de felicidad y en la fuente de un bien que no puede concebirse mayor. A tanta dicha conduce la muerte.

(I) Santo Tomás de Aquino, *Surnrna,* III, Q. 59, 5.

(2) Santo Tomás de Aquino, *Surnrna,* I-II, ae. Q. 2, a. 7.

(3) Santo Tomás de Aquino, *Summa,* I-II ae, Q. III, toda.

(4) Id., id., a. 4.

(5) Raimundo Lurio, *Félix o Maravillas del Mundo,* lib. I, cap. I.

(6) *Año Cristiano,* 4 de noviembre.

(7) *Génesis,* XX. 1.

CAPITULO X

LA ESPERANZA DEL CIELO HACE DESEABLE EL MOMENTO DE IR A DIOS

Muy hermosa es la muerte de los justos delante del Señor, cantaba el profeta David (I). Y Santa Teresa de Jesús, llena de confiada esperanza, repetía momentos antes de su muerte el salmo: *Eternamente estaré cantando las misericordias del Señor* (2). Como diciendo : desde este momento se acabaron ya las angustias y las tristezas las incomprensiones y las ignorancias, las estrecheces y las preocupaciones, y para siempre huye el temor y la inseguridad. Todo me lo convertirá la misericordia del Señor en luz y vida, en gozo y felicidad, en armonía y júbilo con los bienaventurados y en su seno. Porque en el momento de haber entrado el alma, a continuación de la muerte, en la hermosura de Dios, la llenará de Sí mismo en insondable sabiduría y altísimo deleite de amor, y la dará capacidad, con la luz de la gloria, para ver su esencia y sus atributos o perfecciones altísimas e infinitas y en Dios verá clarisímamente los seres y los mundos creados y muchos creables que nunca tendrán existencia.

Aún ahora mi espíritu se llena de alegría al pensar que si amo a Dios, obedezco sus mandamientos y

cumplo su voluntad, mi alma, al separarse del cuerpo -terminada la purificación si aún no estuviera limpia-, recibirá del Señor su luz, lo que llamamos *la luz de la gloria,* y con ella, una capacidad tan alta, tan clara, tan profunda e iluminadora, que veré la verdad y el amor en sí mismos, que es ver a Dios. También esto me lo enseña con toda certeza la fe, y repito en las palabras del Salmo: *en tu luz veremos la luz* (3). La claridad que eternamente brota del rostro de Dios y tantas veces le había suplicado el alma se la concediese, va a envolverla en el mismo instante de la muerte, si no tiene impedimento de pecado, ya convertirla toda en luz. El alma era ya luz por la gracia y el divino amor, pero el velo del cuerpo se lo ocultaba. Era luz, porque el alma, para entrar en el reino de la pureza, necesita ser pura; para entrar en la posesión de la bondad necesita ser buena; para ser convertida en luz necesita haberla vivido.

Esta es la ganancia y el inmenso tesoro adquirido Con la gracia, el amor de Dios y las virtudes. Va a entrar desde el momento de la muerte en la dicha sin fin y sin límites. Ya puede soñar lo que va a recibir: Dios será suyo y ella de Dios y recibirá participación de las perfecciones divinas. Al separarse del cuerpo, que la impedía ver, aparecerá la grandiosa luminaria celeste.

Si las maravillas sobrenaturales que hay en el alma mientras aún vive en la tierra causan una admiración inexplicable cuando el Señor con su luz espe-

cial las hace ver a alguno de sus amigos, los santos, y ellos cuando pretenden darlas a entender a los demás, después de servirse de comparaciones y de cuantos medios puedan usar, dicen que todo se les queda por decir, porque no cabe lo que han visto en el lenguaje de los mortales, ¿qué maravillas y grandezas no se podrán discurrir y soñar de las perfecciones de *Dios* ? ¿Qué no se verá en Dios?

Alma mía, repite tú las palabras de San Agustín: *Mostrásteme, Señor, que viese que había que ver.* Que es decir: que supiese lo infinito de las perfecciones de Dios y de sus atributos, que serán la sabiduría perpetua, la eterna fruición y nunca llegarán a comprenderse del todo y siempre estarán produciendo renovado gozo y felicidad.

Recordando esta belleza, nos explicamos el deseo y la prisa que tenían las almas enamoradas y ofrecidas a Dios de que llegase el momento de verle y de entrar en su gloria y la alegría que las inundaba la proximidad.

Ya moribundo en el Palacio Real de Viena, preguntaban al Padre Domingo de Jesús María qué sentía en aquellos momentos, y contestó con el fuego de amor divino que le había quemado toda la vida: *Voy a ver a Dios; voy a ver a su Santísima Madre. Muero felizmente. Iré, iré, veré, veré. Sea Dios eternamente glorificado* (4).

Pensar que en seguida vería a Dios sacaba fuera de sí misma a la Carmelita Juana Bautista de

Granada, en la hora de su muerte. Ya durante su vida sus ansias eran tan vehementes que con frecuencia repetía: *Yo no puedo vivir sin Dios. ¡Qué vida esta tan intolerable! ¡Qué pena este vivir tan terrible!*

Pero viéndola sumamente gozosa en su última hora, la preguntó su hermano, también sacerdote carmelita, cómo se encontraba, y le respondió toda apasionada y animosa: N*o tengo sino mucho gozo, porque presto espero ver a Dios,* y entonó el *Te Deum* para dar gracias al Señor de que ya se llegaba la hora tan deseada. Advirtiéndola cariñosamente su hermano que la diría misas para que estuviera poco tiempo en el purgatorio, le contestó con la más confiada espontaneidad: No *se canse, Padre, porque me será imposible pasar un instante sin ver a Dios* (5).

No se apartaban de mi memoria las luminosas verdades que el ermitaño me había enseñado y dejaba yo volar gozosamente mis potencias para mejor comprenderlas y grabarlas. Esto mismo puso en mi nuevo deseo de saber y dirigí, confiado, otras preguntas sobre nuestra vida posterior a la muerte.

El ermitaño respondió como iluminado a mis preguntas sobre lo que veremos y seremos en la vida de Dios, ya en la gloria y quiero recordarlo para bien de todos, pues sé que se animarán sabiéndolo.

Ya perfectamente limpia el alma -dijo con la mayor dulzura-, estará desde ese instante rebosando siempre dicha del mismo Dios, sin contaminación ni polvo de tierra. Estará siempre cantando y alabando

a Dios con nuevo y altísimo conocimiento y no menor deleite, pues a pesar de lo muchísimo que conozca y goce mi alma de Dios, siempre estará recibiendo nuevo conocimiento y más clara luz ya que de la criatura, aun la más sublime y maravillosamente dotada, hasta la realidad infinita de Dios, siempre habrá infinita distancia.

Verá el alma a Dios y la que más le vea, más verá lo que la queda por conocer. «Una de las grandes mercedes, dice San Juan de la Cruz, que en esta vida hace Dios a un alma por vía de paso es darle claramente a entender y sentir tan altamente a Dios, que entienda claro que no se puede entender ni sentir del todo: porque es en alguna manera al modo de los que ven en el cielo, donde los que más le conocen, entienden más distintamente lo infinito que les queda por entender» (6).

Por esto, aunque las almas bienaventuradas ven en la esencia divina según su capacidad de conocer y lo ven con mayor perfección y claridad de la *que tienen en* si mismas, y con mayor precisión en detalle y en conjunto, y las causas y la relación mutua de los seres, estarán eternamente viendo maravillosas novedades del universo y de los seres creados y creables siempre con reno.. vado deleite y nueva alegría.

Ahora es ímprobo el trabajo y sacrificio que cuesta adquirir la poquísima ciencia que se puede llegar a tener, y siempre de lo externo y accidental, sin que se pueda llegar al conocimiento íntimo de las esencias;

sólo unos cuantos pueden llegar a adquirir esa poquísima ciencia, y mas que con certeza, con probabilidad, sujeta a cambios y correcciones.

Desde el momento en que entre mi alma en la gloria de Dios y reciba misericordiosamente su luz, veré no ya con microscopio y telescopio ni con otros instrumentos más perfectos si el universo actual tiene de diámetro veinte mil millones de años de luz, como decía Einstein, o doscientos mil millones como enseñaba Huble, y dentro de unos años, la ciencia, corrigiendo a los que creían saber tanto, diga que tiene no doscientos, sino cuatrocientos mil millones de años de luz, para quedarse, al fin, sin saber nada con certeza, sino que veré en la esencia divina y conoceré en el mismo Dios con toda certeza, no solamente las dimensiones de este mundo, sino también la esencia de los seres criados, materiales o espirituales, y veré otros mundos que Dios no creará nunca, y puede crear o que creará en lo futuro. Y veré que la omnipotencia de Dios es tan sobre todo conocimiento que podría estar creando cada segundo y siempre no ya un universo como éste, sino universos mucho mejores que en nada se parecieran a éste, y que todo está actualmente en Dios con la misma perfección que si lo hubiera creado. Veré en un instante que todo lo que llamábamos geniales inventos es pura ignorancia ante lo que allí se conoce con plenitud.

Dicen que el mundo ha sido creado para el hom-

bre y que el hombre es rey de la creación o al menos de la tierra. Yo, en: mi soledad y bajo la mirada de Dios, me complazco en meditarlo, pero lo veo de muy distinto modo.

El hombre no conoce más que un rinconcito muy diminuto de la tierra y lo conoce muy imperfectamente. Aquí gozo de la contemplación de esta naturaleza virgen y bravía y de estos hermosísimos cielos inmensamente dilatados en noches apaciblemente serenas como no pueden gozar los que viven en las ciudades entre el bullicio e inquietud de la sociedad. Pero ¿qué sé yo de los secretos ni de las leyes de esta naturaleza que me rodea? ¿Qué sé yo de la maravilla de la vida de esta vegetación tan variada como hermosa ni del origen, formación y millares de millones de años de existencia de esta roca en que me siento?

¿Y cómo puedo saber ni aun imaginar en estas noches hermosísimas de admiración y alabanza a Dios, la inmensidad del volumen de los astros y de las nebulosas de que nos habla la ciencia moderna en sus descubrimientos, ni el incalculable número y magnitud y brillo de los soles y estrellas de las galaxias conocidas, cada vez más numerosas, ni de las incomprensibles distancias espaciales, ni de la naturaleza y propiedades de estos mismos astros que vemos brillar tan esplendorosa y continuamente y girar entre sí sobre nosotros tan armónicamente ya velocidades inconcebibles?

Y aún podemos conocer menos los seres que en ellos viven y las perfecciones de que están dotados ni la santidad que hayan adquirido las personas racionales que en ellos habiten.

Gozo yo, no obstante, en pensar aquí y dar gracias a Dios, porque el universo todo, no sólo la tierra, sino los astros y todos los soles de las galaxias y supergalaxias han sido hechos para el hombre como todas las criaturas y el mismo cielo; no para que los posea ni aun conozca mientras vive esta sombra de vida en este momento de momento que está sobre la tierra, aunque dure algunos años, sino para después de terminar esta vida y pasada la puerta de la muerte, empiece *aquella vida de arriba,* que es la vida verdadera, cuando empiece a vivir la vida gloriosa en Dios para siempre lleno de la ciencia infundida por Dios con su visión beatífica y lleno de amor de Dios rebosando dicha y felicidad.

Entonces tomará el hombre posesión del mundo y conocerá perfectamente sus maravillas desde su origen y en toda su evolución y lo conocerá perfectamente sin trabajo ni fatiga, sino en gozo y en alabanza a Dios sin cesar y sin decrecer. Porque todo lo recibe de Dios, lo ve en Dios y lo posee y lo domina y disfruta en Dios, como le ven y gozan los ángeles y unido a su alabanza ya su felicidad.

¡Oh alma mía! Goza soñando en esas altísimas y nunca imaginadas realidades, que te están esperando para el momento en que, cerrados los ojos de tu cuer-

po -ahora miopes en demasía-, entres en el gozo inefable de Dios. Entonces, cuando hayas sido levantada a la luz de la gloria que Dios te dará, verás directamente, alma mía, en Dios y con toda perfección, todas las cosas y todos los secretos y propiedades de las cosas y todas las altísimas maravillas de los seres espirituales y angélicos; los verás en la misma esencia divina y en sí mismos, pero mucho más perfectamente que en sí mismos, en Dios. En el mismo Dios verás con gozo incomprensible de felicidad la infinita verdad y amor, y las perfecciones y hermosura de su esencia, que transportan en continuo éxtasis a las Jerarquías angélicas, y después de ver a Dios y en el mismo Dios, conocerás también íntimamente y sin oscuridades el universo en general y todas sus partes y todas las criaturas individuales en particular en su misma esencia y en todas sus leyes y propiedades.

Dios ha criado el mundo para los ángeles y para el hombre y para ti, alma mía; pero no para esta vida del destierro, sino para después de la muerte en la vida gloriosa que han de tener los que amaron a Dios y murieron en su gracia; y lo poseerán en proporción de las virtudes y del amor que aquí tuvieron.

El alma gloriosa conocerá y poseerá el mundo inmenso de los astros y el mundo microscópico de los infusorios; el mundo corpóreo y el mundo espiritual; y lo conocerá y poseerá en la mayor paz y gozo y en la compañía de los bienaventurados y de los mismos ángeles. No verá un mundo lejano como

ahora, ni con discordia o envidia de los demás, sino un mundo presente. Lo poseerá y conocerá no un solo momento y en el exterior, sino para siempre y en su misma esencia. Gozará el alma y alabará a Dios en su sabiduría y se gozará de que aquí le amó. El universo ha sido creado para el hombre glorioso en la eternidad.

Y sobre el mundo material, conoceré el espiritual. Que si un alma encierra mayor maravilla que todo el universo, ¿qué será ver tantas almas santas y tantos ángeles y serafines? ¿Y cómo será el alma purísima de la Virgen Madre de Dios y el centro de toda la creación y que vale inmensamente más que todo lo demás, cual es el alma creada de Jesucristo y el misterio de su unión al Verbo?.

Pues del alma de Jesucristo, tan riquísimamente dotada y unida a la Persona divina por misterio tan admirable, hasta lo infinito de Dios en todas sus perfecciones, hay distancia infinita, porque con todo lo admirable que en sí encierra, es creada y finita y Dios es infinito, infinito, infinito.

El medio de penetrar en tan sublimes misterios es la muerte.

Esta subida ciencia no impedirá que conozcamos nuestro mundo y los seres queridos que aquí teníamos o que dejemos de protegerlos, antes bien se entenderá todo mucho más perfectamente y se prestara mas segura protección; porque en la esencia divina se ven todas las cosas que tienen relación con

el bienaventurado, las que pertenecen al estado en que vivió, los efectos de sus obras y la satisfacción de su deseos, el conocimiento de las personas con él relacionadas o de la familia. Todos son efectos justos y santos; en todos se da gloria a Dios y la recibe el alma en el cielo, y como dice Santo Tomás, «la última bienaventuranza debe colmar todos los deseos legítimos, honestos y santos» (7), y esto es lo que Dios hará con creces no soñadas. Ni un solo deseo pasará por mi mente que no sea satisfecho.

Desde el mismo instante de la muerte, si no hay obstáculo por mi parte, el Señor me introduce en su luz y su gloria; en ella veré todo y eternamente estará mi alma en la bienaventuranza, conociendo insondables misterios y verdades de Dios, de los cuales nada sabía la ciencia sagrada de los hombres, y siempre estaré conociendo más sublimes y más fascinantes novedades. Porque, por mucho que se dilate y aumente la capacidad humana, nunca acabará de recibir noticias de los abismos insondables de sabiduría y bondad de Dios; y todo lo conocerá con descanso y gozo inefables.

Mi alma en aquella novedad y sorprendente extrañeza (8) sumará su gozo y alabanza al cántico de adoración de todos los coros de los ángeles y bienaventurados, de la Virgen sin mancilla y del mismo Jesucristo. No tienen allí cabida ni la envidia ni la desconfianza. Todos cantaremos el cántico nuevo de divina y deleitosa armonía en la unidad del amor.

Uno de los consuelos que inunda aquí mi espíritu es considerar que en la gloria todos veremos el amor que cada uno de los bienaventurados tiene a Dios, lo equitativamente que lo tiene según la intensidad con que amó en la tierra al Señor y las virtudes que practicó, y veremos el cariño tan íntimo que los bienaventurados se tienen entre sí, pues el cielo es la exaltación de la caridad. Allí ya no es posible el engaño; todo es verdad y gozo, todo es luz y transparencia.

Veremos los encumbrados soles de los Angeles supremos, la maravillosa gloria y honor de la humildísima María y la gloria incomparable sobre todas las demás del alma de Nuestro Señor Jesucristo. Todos ofreceremos a Dios como propios la alabanza, el gozo y la felicidad de los demás. Todos nos gozaremos en las grandezas de todos. *Eternamente cantaré las misericordias del Señor.* Gózate, pues, alma mía, viendo que todos los bienaventurados verán mi amor hacia ellos en Dios y yo veré el amor de cada uno hacia mí, siempre en la hoguera de caridad, que es el Señor. Gózate y esfuérzate ahora por amar a Dios con todas tus fuerzas, y ser sumamente limpia y fiel y abrazarte con todas las virtudes, porque esto será allí el preciosísimo tesoro.

El recuerdo de esa luz de gloria que enseña la fe daba heroísmo a los mártires para abrazar alegres y determinados todos los tormentos, dolores y afrentas que sufrieron en testimonio de su amor a Dios, con

ansia de predicarle con su cuerpo y de ir a gozar el paraíso.

San Ignacio, mártir, hablará a las fieras animándolas a que le despedacen pronto y deshagan su cuerpo para que su alma vuele rauda a gozar de Dios. San Vicente de Húesca, deseoso de ganar más para el cielo y mostrar su amor al Señor, anima valeroso a sus verdugos durante su martirio, diciéndoles que aumenten su fiereza, y llama tranquilo y alegre a la muerte. El joven San Pancracio, mientras oye el rugido de los leones que le despedazarán, va contando con regocijo las horas que le faltan para entrar en el cielo.

El recuerdo del Señor y de su gloria comunicó a tantos confesores y a tantas vírgenes la ciencia de, ofrecerse al Señor en vida penitente y en retiro admirable, no cuidando de vivir mucho sobre la tierra, sino de vivir muy santamente y ser en todo del Señor y estar con El mientras se llegaba la hora de partir. y cuando más tenían que ofrecer, más gozo sentían en poder ofrecer más. Dejaban el dulce amor de la familia y los bienes de fortuna; dejaban las amistades y el mundo y ofrecían las cualidades personales en obsequio agradable del Creador: la hermosura de su cuerpo, el brillo de su inteligencia, los afectos de su corazón, y se gozaban en repetir: *Soy sólo de Dios y todo para Dios.* Se ofrecieron en el pasado y continúan ofreciéndose almas selectísimas, lo mejor de todos los estados de la sociedad.

Inmensidad de bienes materiales y una posición social e influencia sobre todos los de su tiempo dejaba San Arsenio para encerrarse en el Desierto, y allí encontró una vida de cielo. San Félix de

Valois se marcha a la soledad, y para que no puedan llamarle al trono de Francia, que podía corresponderle, se ordena de sacerdote y fue heraldo de Cristo, fundando la Orden de la Santísima Trinidad.

Mujeres de grandísima fortuna, de belleza y atractivo, se encierran en el claustro, en plena juventud, para toda su vida y se abrazan con la Cruz y están ofrecidas a Dios, gozándose de haberle podido dar tanto. Decían a la joven que se llamaría en el Carmelo de Sevilla María de la Concepción del Nacimiento, cómo siendo tan guapa y teniendo tan brillantes cualidades se encerraba y sepultaba en un claustro y sonreía ella pensando que si más tuviera más desearía ofrecer al Señor, y en cierto modo quisiera tener infinitas cualidades buenas para darlas todas a su Dios, porque todo es nada para lo que quisiera dar el alma enamorada y para lo que Dios merece.

El mártir se ofrece a la muerte inmediata por Dios, y las almas apartadas del mundo y consagradas al Señor en retiro se ofrecen a muerte lenta y continua de todo lo mundano, para vivir en Dios hasta que El venga a buscarlas. El alma consagrada en la soledad y recogimiento se siembra en el mismo Dios, y como se entierra la semilla y allí tapada y con humedad se descompone y transforma hasta germi-

nar y brotar en verde planta y ser blancura de azucena, aroma de violeta o fuego de rosa, así nace el alma en Dios, en oscuridad y silencio, para ser pureza de cielo, perfume de vida inmortal y amor llameante.

El deseo de la gloria enseña lo mismo al mártir que a cuantos se consagran a Dios en retiro y soledad, el cántico maravilloso de la donación perfecta. La fe viva mostró a los pasados, y muestra a los presentes, la sin igual hermosura del cielo, el infinito gozo de Dios, y les pone ansia y prisa por llegar al dintel de la muerte. Porque el amor no conoce esperas ni tardanzas.

El amor aviva la esperanza y la hace en todo confiada. La esperanza confiada envuelve en luces de dicha y de alegría el presentimiento y la proximidad de la muerte. ¡Ya se ve acercar el momento del abrazo con Dios! ¡Ya está alboreando la ansiada visión de Dios infinito en todo bien y en luz inextinguible de bienandanza eterna!

Más sienten estos gozos las almas más retiradas y que dejaron y ofrecieron más y se inmolaron mejor a sí mismas en delicada y continua vida interior y presencia y compañía de Dios.

Nunca puedo olvidar la impresión tan delicada, tan íntima, tan cercana al inexplicable sentimiento que tendremos en el cielo, que se produjo en mi alma cuando en un convento santo de hijas de Santa Teresa, que habían dejado mucho en el mundo, y tenían magníficas prendas personales, y vivían con

intimidad grande con Dios, me cantaron con voz y calor de ángeles el gozo que sentían en la vida escogida de estar a solas con Dios, en las ansias de ver pronto a Dios y que estaban como muriendo en esos deseos. Porque decían :

¡Aquí se vive muriendo!
¡Aquí se muere cantando! ...
¡Ya está el cielo abierto! ...
¿Ya se abre la puerta?
¡Tú llegas allí!...

(1) *Salmo* 115.

(2) *Salmo* 87. 2.

(3) *Salmo* 35. 10.

(4) *Año Cristiano Carmelitano,* por el Padre Dámaso de la Presentación, C. D. Tomo I, día 16 de febrero.

(5) *Año Cristiano Carmelitano,* por el Padre Dámaso de la Presentación, C. D. Tomo III, día 6 de noviembre.

(6) San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* capítulos VII y XIV.

(7) *Suma Teológica bilingüe de la B. A.* C. Introducción por el P. Santiago Muñiz, O. P. Tomo I.

(8) « Y no es maravilla que sea Dios extraño a los hombres que no le han visto, pues también lo es a los santos ángeles y almas que le ven; pues no le pueden acabar de ver ni acabarán, y hasta el último día del Juicio van viendo en El tantas novedades según sus profundos juicios acerca de las obras de misericordia y de justicia que siempre les hace novedad y siempre maravillan más.» (San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* caps. X, XIV .)

CAPITULO XI

ALEGRIA DEL JUSTO AL APROXIMARSE LA HORA DE IR A DIOS

¡Qué dulce es, oh muerte, tu memoria para el alma que sueña en la luz y vuela a regiones de inmortalidad! ¡Cuándo viviré en la sabiduría y me envolverá la claridad eterna, y me abrasará la llama del amor que sueño! Salta mi corazón de gozo pensando cuándo haré mi entrada en el día del resplandor perpetuo, donde no se conoce la noche y siempre brilla la alborada.

Tanto mayor son el gozo y el deleite que inundan al alma justa, cuanto más crecido es el amor a Dios y ve más próximo el momento de emprender el vuelo en alas de la muerte, guiada por los ángeles, a las moradas del Señor. ¡Oh día venturoso! Mi corazón suspira por ti y te llama. ¿Cuándo entrarás por mi puerta y cuándo respiraré tus auras de inmortalidad?

Dios, en su bondad, me ha enseñado por la fe que la muerte no aniquila ni hunde en el vacío de la nada. Esas negras y erróneas doctrinas de aniquilación son propias de los paganos y de los paganizados, de los descreídos y ciegos con incurable ceguera de racionalismo materialista, adonde los arrastró la apostasía y la soberbia. Mi fe de cristiano me enseña que la

muerte me visita para transformarme, para iluminarme, para sobrenaturalizar y vestir de gloriosa inmortalidad mi alma si he vivido amando a Dios y ejercitando actos y obras espirituales.

La muerte viene para llevarme a la misma morada de Dios y recoger allí en felicidad el fruto sembrado aquí en trabajo; para subirme al cielo a vivir la luz y la bienaventuranza de Dios, en compañía de todos cuantos le amaron y obedecieron en la tierra. Seremos levantados todos mucho más alto ya mayor claridad y gloria de la que soñamos ; a la ciencia y sabiduría del amor increado. Alma mía, bate tus alas y gózate de la próxima vida eterna.

Ni ha de ser causa bastante para impedirme este gozo la sombra de tristeza que pudiera infundirme el temor natural de la muerte, por ser, como queda ya dicho, castigo puesto por Dios a la naturaleza, o la incertidumbre y miedo de que pudiera no llegar a ver a Dios, o el juicio que sigue a la muerte, o el purgatorio que lava las faltas veniales.

Viendo yo la serenidad del rostro del eremita santo, en la visita que le hice, me atreví a preguntarle: «¿Cómo es su vida en esta soledad? ¿No tiene preocupación y miedo a la muerte?» ¡Cuán llenas de luz y de ánimo fueron las palabras que salieron de sus labios! Ni una sola se borró de mi memoria. Vi juntas y abrazadas en él la dulzura y el sosiego: «Mi soledad -me dijo-es mi cielo. Todo me lo llena Dios, y yo cierro, a ratos, estos ojos del cuerpo, y me olvi-

do de esta vegetación que me rodea para gozar más a Dios en el centro de mi alma; en este silencio de todo, se le oye mejor. Aquí vivo a Dios, y Dios pone en mí su cielo. Es alegría de alma, no de sentidos, la que inunda mi espíritu, ya veces inunda también los sentidos. Dios está aquí, y donde está Dios no puede faltar la felicidad ni envidiarse cosa alguna, sino desear venga la muerte a romper el lazo que aún me ata a la tierra y me lleve a la gloria.»

«Hablan del miedo a la muerte. ¿Cómo he de tenerla miedo aquí? Abierto la tengo esta puertecilla; siempre la estoy esperando y la llamo. ¡Qué gozo me dará oír sus pasos! Es la claridad de la aurora que precede al sol; son los pasos que me anuncian que ya voy a ver a Dios. ¡Hace tanto que le espero!, ¡le tengo tan metido en mi alma! »

«Ahí sentado sobre esa piedra, para ver mejor, sin el estorbo de los árboles, lo hermoso del firmamento, he pasado noches enteras mirando la obra de Dios. He hundido mi mente en lo inmenso del universo, más allá de a donde llegan los aparatos y las matemáticas de los astrónomos, y si de mis lecturas recordaba que la tierra metida en el sol sería como una pequeña semilla metida en la pulpa del melocotón, así el sol, metido en astros inmensos e incontables, era aún más pequeño, en proporción, que la pequeña semilla metida en el melocotón.»

«Y todos los astros inmensos, brillantísimos en cantidad hablan los astrónomos de trillones, ¿y qué

saben los astrónomos ni de la vigésima parte?), y con los astros, todos los hombres, los ángeles, todos los seres que han sido, son y serán, comparados con Dios son nada. y veía al hombre, que tanto presume, menos que un microbio, ante el Creador.»

«Y cerrando los ojos de nuevo veía a Dios, al mismo Dios, inmenso, omnipotente, creador de todo, simplicísimo e infinito dentro de mí y para mí. ¡Oh noches serenas, en las cuales leía la obra del Creador! ¡Cómo encendíais mi espíritu! ¡Cuántas lágrimas de amor me habéis hecho derramar! Lágrimas que no cambiaría por nada de lo criado. Unas veces en silencio, otras dejando sonar mi voz en la soledad, o mezclándola en los amaneceres con la melodiosa del ruiseñor y la pastosa y llena de la oropéndola, me unía a la creación entera cantando al Hacedor. y las alabanzas de la Virgen y del mismo Jesús las hacía mías y míos sus amores para ofrecerlos al Señor. Porque con los ojos cerrados me veía como rodeado de los ángeles y de los bienaventurados todos, mis íntimos; con ellos he pasado y paso mi vida, y parece que siempre me dicen: Mira lo infinito de nuestro Dios: ¿cómo podrás soñar la gloria suya y nuestra gloria en El? Angeles, mis queridos Bienaventurados, bien oigo y muy dulcemente resuena en mi alma vuestra invitación.»

«¿Cómo he de tener miedo a la muerte, si lo que hago es quererla y llamarla? Cuentan de San Hilarión que su naturaleza se resistía a salir de este mundo, y

se animaba diciéndose a sí mismo: Has vivido casi setenta años del todo consagrado a Dios, ¿qué temes? ¿No vas a ver al Señor, a quien has amado y por quien todo lo dejaste? Muchos favores y muy especiales había recibido el santo en su soledad, y muchas bellezas del cielo había visto y gustado para resistirse a morir. Más bien creo que desearía con ansia, como casi todas las almas consagradas de verdad a Dios y desprendidas de todo, volar pronto a su Dios y llamaría a la muerte. ¿A qué podía tener apego el que lo dejó todo por vivir en Dios y para Dios, el que siempre estuvo totalmente des asido de bienes y de personas para que sólo el Señor ocupara todo su corazón? ¿Cómo no desearía cambiar la soledad, con tanto esmero buscada, por los brazos amorosísimos del Padre que en esa hora le llamaba?»

«Ni quiero con esto decir se esté siempre libre, durante la vida, del temor de la muerte. Permite el Señor que a veces acongoje el temor de condenarse para prueba del alma y su mayor ganancia. y aún puede en algunos ser ese temor casi habitual, pero desaparece en los buenos al acercarse la hora de presentarse ante el Señor. San Hilarión no sufrió ese temor durante la vida, y querría el Señor probarle con él antes de su muerte, para que fuera como la última prueba, fuerte y rápida, y con el ofrecimiento especial de su vida, mereciera más y fueran sus últimos momentos de mayor gozo y más alegre aspiración. Porque eso hizo el santo: aceptar la muerte y ofre-

cerse a Dios venciendo la tentación con generoso espíritu y muriendo gozoso en las manos del Señor. Porque ¿a quién buscó el santo en el desierto sino a Dios?».

«Cuando el Señor permite que algún fiel servidor suyo sea tentado con el miedo especial a la muerte, le comunica una gracia y una confianza también grandes, con las cuales se disipan todas las incertidumbres y recupera la alegría y desea ir a la morada del Amado.»

«Esa misma particular gracia, y luz de Dios pone confianza y perfecta contribución en el alma, con las cuales desaparece el temor a perderse para siempre y extiende anhelosa los brazos de su deseo y esperanza. Así como los niños pequeños corren hacia sus padres, cuando les hacen señas llamándoles para abrazarles, así el alma corre hacia su Padre celestial, a quien siempre había querido y buscado, para cobijarse en el abismo de su ternura. A los brazos de Dios tiende y en ellos se pone, confiada, porque sabe por la fe que Dios nunca rechaza ni puede rechazar lejos de sí a quien se entregó a El.»

«Se pierden para siempre los soberbios y altaneros, porque se creen mucho no siendo nada, y no quieren ponerse en las manos de Dios. La soberbia no puede entrar ni tener su morada en el cielo ni acercarse a Dios, y se retira al horror de la separación, donde siempre vivirá en negruras y odio. Pero el humilde, reconociendo su nada e impotencia, se

entrega, confiado, al Señor para que le lleve al Paraíso.

»Cogen los padres a sus hijitos, por enfermos que estén, en sus brazos y los estrechan contra su pecho, y les dan calor y besos de amor; pues mucho más amorosamente estrecha el Señor en su pecho y clarifica con su luz al alma humilde que se pone confiada en él. Jamás, repito, arrojó ni arrojará a quien se le entrega y confía.

»El humilde tiene seguridad completa en la misericordia y bondad de Dios, a quien procuro amar y continua amando. No puede temer, porque sería desconfiar del amor de su Padre. No miraba San Juan de la Cruz sus obras para esperar su salvación, cuando estaba ya en sus últimos días, sino la misericordia del Señor y la Pasión de Jesús. y la Carmelita Madre Josefa de Jesús, que había padecido de escrúpulos durante su vida, ya moribunda, estaba tan serena y alegre, que extrañaba a las religiosas, y ella les dijo: «Yo de mi salvación no tengo cuidado, ni de muerte ni de vida que a mí me toque, porque parece que mi salvación la tengo metida en una gaveta y que allí está muy segura; porque la tengo vinculada en sólo la misericordia de Dios, los méritos de Nuestro Redentor y la intercesión de la Virgen Santísima... Me entregué al servicio de Jesús, María y José tan de veras, que estoy creída que mi salvación corre de su cuenta» (I).

«Ni el recuerdo del juicio, que sigue a la muerte,

hace perder la paz, ni ahuyenta la alegría el deseo de morir. y no es que se tenga olvidada la sentencia de David: No *quieras entrar en juicio con tu siervo; porque ningún viviente puede aparecer justo en tu presencia* (2), sino porque con corazón contrito mira la misericordia del Señor y en ella confía. Es el juicio de Dios todo precisión y exactitud, pero es juicio de Padre que viene a examinar en el amor (3) y mi alma está muy arrepentida de no haber amado cuanto ha podido o de haber faltado en las obras de amor, y en este momento me confío al amor, todo humillado, sabiendo que Dios no desprecia el corazón arrepentido» (4).

«Con muchísima frecuencia nos repite la Iglesia, en el *Oficio Divino,* la enseñanza de San Gregorio sobre el momento en que Dios llama al alma y la respuesta del alma: «Dios llama, dice el santo, cuando por las molestias de la enfermedad hace ver que ya está cercana la muerte y le abrimos prontamente si le recibimos con amor. Quien tiembla salir del cuerpo y se llena de miedo al recordar que va a presentarse ante quien despreció, no quiere abrir al Juez que ya llama. Pero el que está seguro de su esperanza y de sus obras, abre prontamente y con alegría y recibe gozoso al Juez que viene. Cuando llega el momento de la muerte próxima salta de gozo pensando en la gloria que recibirá como premio» (5).

«Nadie es digno de presentarse ante Dios, y no hay limpieza que resista a la claridad del Señor, pero

El pone su misma claridad y transforma al alma en luz.»

«Con su decir de madre, tan natural, tan ingeniosa y tan amante, daba aliento Santa Teresa de Jesús a sus Carmelitas para esta hora, recomendando vida santa y sufrida. Porque esta vida es una mala noche en una mala posada, y «será gran cosa a la hora de la muerte ver que vamos a ser juzgados de quien hemos amado sobre todas las cosas. Seguras podremos ir con el pleito de nuestras deudas; no será ir a tierra extraña, sino propia, pues es a la de quien tanto amamos y nos ama....; esforcémonos a hacer penitencia en esta vida. Mas ¡qué dulce será la muerte de quien de todos sus pecados la tiene hecha y no ha de ir al purgatorio! Como desde acá aún podrá ser comience a gozar de gloria, no verá en sí temor, sino todo paz» (6).

«Mueren los justos no sólo en la paz del Señor, sino en gozosos deseos de entrar en la posesión de la herencia de Dios. Y aunque pasajeramente permitiera el Señor que actuase la debilidad de la naturaleza, dejando sentir el miedo a la muerte, como vimos en San Hilarión y San Pedro Pascual y otras muchas almas, sus vidas habían estado llenas de deseos de cielo y su muerte fue en gran paz y ansias de Dios, con dulcísimo consuelo.»

«He visto que los aeroplanos, antes de despegar del suelo y emprender el vuelo, recorren veloces la pista tomando las curvas necesarias para ponerse en

dirección conveniente para elevarse, y en el momento antes de remontarse se paran y aumentan las revoluciones de las hélices y crece el zumbido y se estremece todo el aparato al impulso de la maniobra cual brioso caballo que tiembla e intenta encabritarse sólo detenido por las bridas, como deseando, y simultáneamente temiendo, dejar la tierra y subir a la atmósfera; pero al instante se repone, empieza de nuevo sereno y vertiginosamente su carrera y se eleva raudo del suelo a la clara luz y sube seguro sobre las nubes a cruzar la diafanidad de horizontes amplios y abiertos para dominar desde la altura la belleza y moverse en la límpida transparencia del aire. Así puede el alma estremecerse un momento al recuerdo de la muerte que llega para levantarla al cielo, pero es para hacer más conscientemente el ofrecimiento de sí misma a Dios, ponerse en su manos y entrar a ver su divina hermosura y su infinita belleza, para recibir la luz, la sabiduría, el amor y goce eterno y empezar la inmortalidad feliz y gloriosa en perfecta e inacabable dicha. Entra ya a vivir para siempre la codiciada felicidad. Sube a ver a Dios y a vivir su vida, sabiendo que ya nunca la perderá.»

«Está en nuestras manos proporcionarnos esta paz y este deseo: Quiero exponerlo con palabras de Santa Teresa, pues son más autorizadas y están escritas con elegante encanto: «Vida, dice la Santa, es vivir de manera que no se tema la muerte, ni todos los sucesos de la vida... En nuestra mano está el vivir y morir

con ella (la paz y alegría), como veis que mueren las que hemos visto morir en estas casas» (7).

«La había prometido el Señor «que tuviese por cierto que a todas las monjas que muriesen en estos monasterios El las ampararía así, y que no hubiera miedo de tentaciones a la hora de la muerte». «yo quedé harto consolada y recogida.» Desde a un poquito lleguéla a hablar (a la religiosa moribunda), y díjome: «Oh Madre, qué grandes cosas tengo de ver.» Así murió como un ángel.

»Y algunas que mueren después acá, he advertido que es con una quietud y sosiego, como si les diese una quietud y arrobamiento de oración» (8).

«Las almas buenas y humildes no tienen asegurada su salvación, pero tienen toda la confianza de que Dios las salvará; ni desean se prolonguen los días de su peregrinación sobre la tierra por miedo al juicio que han de pasar, pues cuanto más vivan, de más obras tendrán que dar cuenta, se ven más expuestas al peligro de la inconstancia y más se retrasa el momento de ver a Dios.

»Por otra parte, el amor, cuando es crecido, quita el recuerdo de todo lo que no es el mismo amado y sólo tiene presente la imagen y la memoria de poseer al amado, que es Dios. Ni de cielo) ni de juicio, ni de purgatorio, ni de infierno, dice la Santa, se acordaba, sino de Dios» (9).

«Si se siente alguna pena o tristeza al salir de la tierra para ir a Dios, es por falta de fe viva y confia-

da, o por no vivir tan santa y recogida en Dios, como se debiera, y por la pobre condición de este barro, que aún llevamos, que se apega a la vida, porque no sabe dónde está la verdadera vida. Ni esto ni los efectos de las amistades de acá debieran ser bastantes para quitarnos el gozo de ver aproximarse la hora de la muerte y el deseo de ir a Dios.

»La buena hija rebosa de contento por el afortunado matrimonio, que cree haber realizado en lejanas tierras, con el hombre de sus sueños y está deseando dejar la tierra de sus padres para marcharse al país remoto y unirse allí con el esposo escogido, y vivir sus ensueños y su ideal de felicidad. No la quitan su alegría ni la aminoran sus deseos de partir unas lagrimillas de tristeza al despedir a sus buenos padres, que tan bien la criaron y tanto la aman. Los deja por su marido, por la realización del ideal del corazón, por la futura felicidad que sueña para toda su vida, felicidad que pocas veces llega. Pero se ilusiona y llena de contento pensando en él y en aquel momento y marcha gozosa.

»Cierta tristeza invade al labrador curtido en su trabajo y hastiado del duro bregar con el arado, con las crudezas del tiempo, la esterilidad de la tierra y la incertidumbre de frutos poco remunerados, al despedirse de sus convecinos y compañeros de trabajo para marcharse a un lugar lejano, donde le llama un hijo que ganó cuantiosa fortuna y que le asegura la abundancia, la comodidad, el descanso y la

convivencia con personas agradables y amistades poderosas; pero se va lleno de gozo y parece tarda en llegar el momento de partir a la vida tan halagüeña como nunca soñó. Deja las bestias y el áspero trabajo para empezar vida más suave y encumbrada.

»El pobre minero que trabaja en las tristes galerías, siempre entre peligros, trabajos fuertes y en la oscuridad, salta de gozo cuando le anuncian que deje la mina y se traslade a la ciudad a vivir con fortuna heredada, sin que la despedida, siempre penosa, de los compañeros de trabajo le enturbie el contento recibido.

»Y mientras los jóvenes soldados conviven entre sí sirviendo a la patria, contraen amistades tan fuertes que no olvidan en toda la vida. Pero ¡cómo cantan y qué gozo sienten cuando les anuncian que ya quedan libres y pueden marchar a su casa a vivir con los suyos! Habían hablado y gozado con sus amigos pensando en este día de libertad y de la anhelada vuelta a los seres amados, y ahora que ya es llegado el momento, vocean y saltan de gozo y todo lo olvidan preparándose a la partida.

»¿Cómo vamos a comparar la alegría que experimenta la joven esposa que va con su marido, ni el contento del labrador libre de su trabajo, ni la satisfacción del minero al dejar la mina, ni el gozo de la licencia del soldado con la alegría que siente el alma que ama a Dios sobre todas las cosas, cuando la notifican y ve por los efectos de la enfermedad que

llega la hora de partir de la tierra para el cielo, de dejar a los hombres para ir a gozar de Dios ? Por que quien ama al Señor se olvida entonces, por una especial gracia, del infierno y del juicio y no ve nada más que a Dios que le llama para estar con El, como tanto se lo había pedido. Da el último adiós en la tierra a los seres queridos y se despide gozosa de su mismo cuerpo, esperando que pronto volverá a buscarle y entonces le hará glorioso. A todos les dice con los ojos radiantes de esperanza, por lo que inmediatamente va a recibir: «Aquí quedáis vosotros, mis amados, por un poco más de tiempo. Yo salgo ya de este destierro y me voy a la seguridad y gozo de la casa de mi Padre Celestial, ya los deseados brazos de mi Dios que me llama. Allí os espero en la alegría y en la claridad del cielo. Me inunda el gozo de que se llega el momento de ir a Dios y con El recibiré la luz y el bien celestial para siempre. Desde allí, radiante en la luz de Dios, os veré, os acompañaré y amaré. Vivid de modo que nos veamos allí.»

«No es posible tenga tanta prisa el ciego para abrir los ojos y ver como el alma por recibir la claridad sobrenatural del nuevo mundo del cielo.»

Preguntaba el Señor a su sierva Catalina de Jesús si quería ir con El, y ella respondió: «Sí, Señor». De nuevo la pregunta que cuándo quiere, y ella le dice : «En seguida, Señor, en seguida.»

«Era la pregunta que hacía al Señor, como vimos ya, Santa Catalina de Sena: *¿Por qué no ahora?*»

«Cuando moría en Córdoba, el Hermano José de la Madre de Dios, viéndole que rebosaba alegría, le preguntó el Prior la causa y él respondió: «¿Pues qué le parece, Padre ? Como Dios me quiere llevar, estoy alegre.» y murió diciendo : «Adiós, hermanos míos, que me voy al cielo» (10).

«Días antes de la partida, hermosea Dios el alma con las últimas purificaciones de la enfermedad y la pone un conocimiento más alto, por el cual ve que ante la hermosura, grandeza y sabiduría del Señor, es oscuridad y nada toda la belleza criada y toda la ciencia que pueda soñarse, y pura flaqueza y ruindad el poderío y estruendo de los grandes de la tierra y amargura los placeres apetecidos. Ella se va al Sumo Bien, al que es por esencia Bien, y en El para siempre vivirá. Desea el momento de cerrar los ojos a esta oscuridad terrenal, para abrirlos en la luz y hermosura del cielo. Ya se aplica a sí misma las palabras del Evangelista San Juan: *Porque conozco que voy a ser trasladado de la muerte a la vida»* (II).

«Esta verdad se comprueba diariamente. El 20 de octubre de 1948 moría, muy jovencita, la Hermana Ana María del Santísimo, Carmelita Descalza, del convento de Mancera de Abaio. Durante las recreaciones canta aquella Comunidad cánticos piadosos y sencillos, compuestos por las religiosas o tomados de otros poetas santos, para conservar mas viva y con mayor alegría la presencia de Dios y salir más fervorosas de aquel acto, sin perder la alegría. Entre otros,

entonan frecuentemente la poesía de Santa Teresa de Jesús a San Andrés, con una música montañesa popular de deje nostálgico, mezcla armoniosa de himno vibrante y de remembranza elegíaca, muy apta para levantar el espíritu, con añoranzas de cielo. En esa poesía repiten a coro las religiosas el verso de la Santa: *¡Qué será! ¡Qué será cuando veamos aquella soberana Majestad!*

»Y la joven religiosa, que había salido del convento a una clínica, escribía, ante lo inminente y seguro del fin, a sus hermanas religiosas, animada y contenta, una carta de despedida hasta el cielo, y las decía, refiriéndose a ese estribillo de la poesía: *Ya va a dejar de ser enigma para mí el «¡Qué será!» Voy a ver a Dios.*

»Y gozosísima se fue al encuentro de la infinita hermosura.»

* * *

Estas consoladoras ideas me decía dulcemente aquel santo ermitaño en la apacible y callada naturaleza; yo lo escuchaba encantado y sentí que en mi pecho había nacido la llama del deseo de ver a Dios, y me dije: *«Quién hay semejante a Ti, oh Señor»* (12). Oh hermosura y felicidad eterna y siempre nueva, ¿cuándo me veré en tu hermosura y me darás a beber de tu felicidad?

(1) *Año Cristiano Carmelitano»,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D. Tomo III, día 28 de septiembre.

(2) *Salmo* 142, 2.

(3) San Juan de la Cruz, *Avisos,* 57.

(4) *Salmo* 50.

(5) San Gregaria Papa, *Lecciones del tercer nocturno de Confesor Pontífice.*

(6) Santa Teresa de Jesús, *Camino de perfección,* cap. XL.

(7) Santa Teresa de Jesús, *Fundaciones,* capitulo XXVII.

(8) Santa Teresa de Jesús, *Fundaciones,* capítulo XVI

(9) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VI, capítulo XI. *Vida,* cap, XX. *Relaciones,* V.

(10) *Año Cristiano Carmelitano,* tomo I, día 12 de marzo.

(11) San Juan, *Epístola I,* III, 4.

(12) *Salmos* 70, 19 y 88, 9.

CAPITULO XII

GOZO DEL ALMA EN LOS DESEOS DE VOLAR A DIOS

Querer a Dios sobre todas las cosas, más aún que a la propia vida, es el amor más noble y hermoso que puede vivirse y es no sólo el más conforme a razón, sino el que está en la naturaleza de todos los seres que consciente o inconscientemente le viven (I). Los ángeles, con absoluta claridad, sin temor a equivocarse y gozosos, le viven perfecto en el cielo; aman a Dios con plena conciencia y dichosamente más que a sí mismos y sienten soberano placer en vivir ese amor.

Con toda precisión expone Santo Tomás de Aquino este principio. y *La Imitación* pone admirablemente en los labios de Dios estas palabras: «y (los Santos) sobre todo más me amen a mí que a sí mismos y a todos sus merecimentos. Porque elevados sobre sí y libres de su propio amor, se pasan del todo al mío y en él descansan y se regocijan con gozo inextinguible» (2).

La voluntad que libremente escoge como lo más santo y perfecto amar a Dios sobre todas las cosas, porque El es la causa perfectísima e infinita de todo lo criado, y el Bien Sumo de donde procede todo

bien, se ofrece a sí misma, ofrece su ser y su vida en obsequio a tan soberano amor y daría gustosa por El mil vidas que tuviera.

El deseo de ver a Dios y el ansia de poseerle con seguridad y para siempre ha sido y continuará siendo la obsesión y el impulso más grande, más vehemente y dulce que sienten las almas puras, ardiendo en amor e iluminadas por una especial luz de la gracia divina durante su vida sobre la tierra..

Pudiera decirse de ellas, con un sentido más alto, lo que Homero escribe de Ulises, que menospreciaba las comodidades, bellezas y abundancia de bienes que le rodeaban en la isla de los encantamientos y se sentaba solo en el campo, lleno de nostalgia, mirando hacia su patria con el anhelo de marchar y reunirse con los suyos; o como los israelitas que oraban a Dios en su cautiverio de Babilonia con el rostro vuelto hacia Jerusalén y su templo, avivando con cánticos tristes el recuerdo de su patria. Las almas puras, iluminadas por la llama del amor de Dios y con la luz de la revelación, no pueden dejar el pensamiento del cielo, su verdadera Patria de luz y de dicha, poniendo todo su afecto y recuerdo en su Padre Celestial, de quien han de recibir la dicha y hermosura eterna.

Dios solo puede llenar los insaciables deseos del hombre de amar y de saber. El recuerdo de Dios dilata los horizontes del alma que ama, pone sabiduría de sobrenatural amor, que enseña más encumbradas perfecciones y grandezas del Padre y, por lo mismo,

aumenta la sed de ofrecerse y demostrarle con obras el amor; se adquiere o perfecciona el deseo de gustar eso inefable que enseña la fe y se recibe un conocimiento que excede al que pueden comunicar los hombres; con ese conocimiento aprende a ofrecerse toda el alma con todos sus pensamientos y afectos al Señor. Para El solo quiere su ser y sus obras y escoge estar consagrado sólo a Dios en la vida que haga, no teniendo otro ideal en sus recuerdos ni en sus aspiraciones que el Señor .

Esto es ya oración muy santa y provechosa. Santa Teresa de Jesús llamaba, como ya recordé, a las almas de oración *los siervos del amor* (3). La oración es ejercicio de divino amor, es el acto de unirse a Dios y estar recibiendo el fuego de la divina hoguera; es estar con el Señor en sus brazos, porque Dios siempre está en el centro del alma y el alma en la oración le está mirando y amando. En la oración crece y se desarrolla la llama del amor, aun cuando el alma no lo perciba ni le parezca hace apenas otra cosa que estar delante de Dios.

Como la oración es, según la misma Santa, la puerta por donde se recibe todo bien, en ella comunica el Señor los conocimientos y las noticias singulares de sus tesoros soberanos y de sus perfecciones y grandezas, con las cuales el alma ve mundos nuevos de luz sobrenatural y siente mayor sed de Dios y de verle en su inefable hermosura y de quemarse en la hoguera dichosa de su amor para hacerse una

misma cosa con la llama divina. David, ardiendo en deseos de la luz eterna, pide con frecuencia al Señor en sus Salmos *que dirija hacia él su rostro y le ilumine con su luz. Que le muestre su hermosura y con la hermosura de Dios recibirá toda seguridad* (4).

Muy bien sabe el alma que a tan alto y soberano bien no puede llegar sino después de haber vencido y superado muchas y grandes dificultades. Pero a todo se lanza y determina. Desea a Dios, porque Dios ha de ser su felicidad; busca al Señor porque de El ha de recibir todo bien. En ansia de llegar hasta el Creador, dice con San Juan de la Cruz:

Buscando mis amores
Iré por montes y riberas;
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras
Y *pasaré los fuertes y fronteras,*

(1) Santo Tomás de Aquino, *Summa,* I, Q. 60. a. 5.
(2) La *Imitación de Cristo,* lib. III, cap. 48.
(3) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XI.
(4) *Salmos* 79, 4; 118, 135.

CAPITULO XIII

ANSIAS DE VER A DIOS EN EL CIELO Y GOZO DE ACOMPAÑARLE EN LA TIERRA

El centro del amor es el amado y siempre tiende hacia él procurando su trato y unión. Porque el alma buena ama a Dios y le ama sobre todas las cosas, busca estar con Dios y no separarse de El.

Dios es la hermosura y el bien infinitamente amable y deseable. Nada hay ni puede haber comparable a su amor. Todos los amores creados son nada comparados con el amor de Dios, de quien participan y toman los demás sus propiedades; como todas las cosas creadas son nada comparadas con el Creador de todas ellas. El alma buena, porque ama, desea a Dios y le desea sobre todas las cosas. Cuando le ha encontrado, lejos de sentir cansancio en estar con El, cuanto más le acompaña y le vive, más goza y siente deseo mayor de estar y vivir en Dios.

Como nada hay comparable al amor de Dios, nada hay que tenga semejanza con la compañía de Dios; y estamos con El en la oración, que es el acto de mirarnos en el Señor o de mirarle a El en sí mismo y estar en ejercicio de adoración.

No siempre la oración es gustosa al espíritu; muchas veces y por largo tiempo es desabrida y

pesada; pero es siempre sumamente provechosa. La oración, en estos casos, es estar en Dios, pero como quien le espera. No voy a tratar de esa oración.

Si gustan los que se aman de estar solos y a solas, Dios y el alma quieren soledad; es El por excelencia amante, y el alma enamorada, sumamente agradable a los ojos de su Dios, que la mima con amor infinito y es correspondido por el alma buena entregándose a El sin reservas.

Dios es el único que puede estar con su ser en el alma y el alma en el ser de Dios. La oración es estar a solas con Dios, recibiendo el alma secretamente los tesoros de su gracia y ofreciendo su nada; el alma entrega su pequeñez y recibe amor infinito. Decía muy bien la Hermana Mariana de los Angeles cuando estaba en la oración: *Estoy dejándome amar de Dios* (I). Enseñaba Santa Teresa de Jesús que el alma en la oración debe «hacer cuenta que no hay en la tierra sino Dios y ella» (2); y San Juan de la Cruz, extendiendo esta enseñanza a todas las acciones de La vida, para convertirlas todas en oración y en amor, escribía: «Viva como si no hubiera en el mundo más que Dios y ella; para que no pueda su corazón ser detenido por cosa humana» (3). Están Dios y el alma solos y no inactivos, sino amándose ; el alma recibe bienes del cielo por la nada de sí misma que ofrece. Con verdad debo decir: *Soy amado por Ti, infinito Amor.*

Las almas puras y espirituales se entregan sin

medida a la vida de oración ; su mayor deleite es permanecer a solas con Dios y nunca separarse de El. Verdaderamente son siervos del más alto y más regalado servicio y se ven enriquecidos con tesoros del cielo y recreados con la más íntima alegría y más esplendorosa luz. Dios dice al alma: *Te daré a Ti todos los tesoros escondidos y las riquezas recónditas, para que sepas que yo soy el Señor* (4).

Estas almas espirituales no viven en el cielo, pero abrazadas y gustando el sabor de la cruz saben que viven en Dios y que el Señor las envuelve y las llena y que está más íntimamente en ellas que su alma en su propio cuerpo. Saben que el Señor es el cielo verdadero, invisible hasta que reciban la luz de la gloria después de la muerte.

No aspiran ni pueden aspirar a compañía más noble ni más sabia ni más poderosa de la que tienen, ni pueden soñar conocimiento o luz mayor; porque su trato y su amistad es con el Creador de todas las cosas y el cariño con que aman y son amadas es el mismo que han de tener en el cielo, aunque aquí todavía no es glorioso por impedirlo el cuerpo, ni seguro mientras vivan en la tierra. Se miran aquí como desterradas de la gloria; pero saben que están y viven en Dios, gustando de mirarse a solas con El, que las está amando y ellas le aman.

En el gozo del cielo recibirán, en delicadísima fruición, el infinito amor de Dios y estarán en no interrumpida alabanza; y mientras están en la ora-

ción, en su vida terrenal, reciben este mismo, amor y esta misma compañía, pero en la misma oscuridad de la fe y en la prueba purificadora y meritoria de dolorosa cruz para mayor desarrollo del amor y más alto premio en la eternidad.

Vivir en Dios y en su amor es mayor grandeza en su realidad, aunque no en sus manifestaciones y efectos sensibles, que vivir en el cielo donde están los bienaventurados. De la claridad y dicha de ese cielo creado a lo infinito de Dios hay infinita distancia. El cielo, con todas sus hermosuras, armonías y paz, es cielo porque Dios le llena y le ha creado para comunicar en él su bienaventuranza a los que salvó. Y me enseña la fe y la teología que el mismo Dios está también en mi alma y me llena de su gracia, pero aún a oscuras, y convierte mi alma en cielo sin sus gozos y dicha.

La oración, como la gracia, aunque de muy distinto modo, es participación y principio de vida eterna, donde Dios se comunica; pero las luces de gloria y de felicidad todavía no iluminan al alma, ni la hace el Señor sentir sus gozos, El alma en la oración está en Dios y vive en su amor, pero no en la fruición y en el goce, sino en la purificación y en la esperanza y algunas veces en atisbos fugaces como alborear de inmortalidad.

Aun así nada hay tan hermoso ni tan enaltecedor como la oración, ni tan deseado por el alma ya determinada a ser de Dios; nada que tanto ilumine, ni le-

vante tanto en perfección, porque es ejercicio de amor divino, donde se recibirá fortaleza y sabiduría para estimar y practicar las virtudes. Dios en ese tiempo mira de un modo especial al alma y el alma se ofrece rendida a su servicio. Es propio del amor escudriñar la intimidad del amado y tender a su perfecta posesión con todas sus cualidades y riquezas, que, tratándose de Dios, son Dios mismo.

La vida eterna consiste en conocerte a Ti, solo Dios verdadero, ya Jesucristo, a quien Tú enviaste (5). La vida eterna es goce eterno de eterno amor. El alma creyente sabe por la fe que vive en Dios y que la oración es ejercicio de amor, y sabe también que está participando de la vida eterna y creciendo en amor, aunque a través de la oscuridad de la fe y de la esperanza. Vive en Dios y está comunicándose con El. Todas las demás verdades son oscuridad comparadas con ésta, toda la sabiduría de los mortales es total ignorancia comparada con ésta y toda la grandeza de la tierra es absolutamente nada ante Dios. En la oración, el alma trata directamente con la misma hermosura, con la misma grandeza y con la misma sabiduría infinitas.

¿Cómo es posible que sea triste ni oscura la vida Que se desenvuelve en la misma presencia de Dios y en el trato íntimo con El? No era triste, sino muy llena de luz y de una alegría que no conocen las gentes del mundo, aquella vida con sabor de vida eterna, que tan largos años -quizás el más prolongado aisla-

miento voluntario que se ha vivido sobre la tierra-gozó muy a solas con Dios, San Pablo, el primer ermitaño, viviendo en el desierto y recibiendo tales luces del cielo, que transformaban aquella soledad en paraíso. Cuando el Abad San Antonio llegó a la puertecita de su cueva, implorando que le abriese, salió sonriente y le llamó por su nombre, aunque nunca le había visto ni le conocía. Hablaron los dos del Señor y mutuamente se comunican sus maravillas con una sabiduría, una luz y un gozo superior a todo el conocimiento de los hombres. Los dos habían experimentado verdades y bellezas inefables comunicadas por el Espíritu Santo, sólo accesibles a los ángeles, como siglos más tarde Santa Escolástica y San Benito, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, quedando transportados y fuera de sí al recordarlas.

Dios, aun en las fuertes pruebas de oscuridad e incertidumbre, por las cuales hace pasar al alma, irradia de Sí resplandores divinos, que al mismo tiempo que esclarecen las almas, las adornan y enseñan con ciencia muy superior a cuantas disquisiciones sobre la verdad pudieran comunicar los entendimientos de los sabios más eminentes. Son verdades comunicadas por el mismo Dios y ponen tanta luz y tanto cielo en el alma, que San Juan de la Cruz dijo de ellas que con sólo un momento que se vean, superaran a cuanto puede naturalmente concebirse y llenan de tan gozoso contento

que a vida eterna sabe
y toda deuda paga,

«porque en el sabor de vida eterna que aquí gusta siente la retribución de los trabajos que ha pasado para venir a este estado, en el cual no sólo se siente pagada y satisfecha lo justo, pero con grande exceso premiada de manera que entiende bien la verdad de la promesa del esposo en el Evangelio que daría ciento por uno» (6); antes de recibir este conocimiento parecían los trabajos muchos y grandes; después de recibido se ve que no tienen proporción con el bien ganado.

Los rayos que de Dios emanan son de luz penetrantísima y encienden y abrasan a las almas con mayores deseos de amar, sin que puedan impedirlo las tentaciones con que, por divina Providencia, se vea el alma atormentada. Al contrario, las tentaciones y oscuridades, al mismo tiempo que purifican al alma, acrecientan en ella las más vehementes ansias hacia el dador de todos esos bienes.

Si necesariamente todos desean su último fin, según recordábamos con Santo Tomás, ¿cómo podrían no desear la felicidad infinita cuantos han recibido algún conocimiento sobrenatural y extraordinario de su inconcebible hermosura? Habiendo recibido especial luz de que la verdad eterna excede a toda capacidad de entender, y sabiendo que en el momento de la muerte empieza el nuevo y altísimo

conocer y gozar, ¿cómo no recibir la muerte con júbilo? Todo cristiano sabe estas verdades con la certeza de la fe, pero sin el brillo de la luz divina.

La ciencia humana, con toda su fascinadora penetración, es menos cierta que la fe oscura. Podrá el cristiano tener tentaciones, podrá momentáneamente sentirse como alejado de la verdad y hermosura de Dios y como amortecida su esperanza en las promesas; pero sabe con certeza que Dios, infinito, perfectísimo, inmenso y simplicísimo, está en su alma, y si vive en gracia, aunque no lo sienta, el Señor está amándola con su infinito amor, y si sobreviene la tentación, sabe que Dios la convierte en mayor virtud, y el desconsuelo, en la más firme y heroica esperanza, y lo que se presenta como mal, es grandísimo bien; sabe que Dios no se aleja de ella por la tentación, sino que en ella presta mayor ayuda y de este modo la prueba la hace sentir más intenso deseo de unión con su Creador.

Ver a Dios excede a cuanto se puede soñar ni concebir; y no es posible quepa en entendimiento alguno creado, mucho menos en el del hombre. Después de la muerte, para alcanzar a verle, necesita el alma *la luz de la gloria* que la levanta en capacidad de entender. La visión de Dios, he dicho y repetiré por ser verdad primerísima, es la gloria esencial. Dios es tan infinitamente perfecto en toda perfección, que su mismo entendimiento infinito no puede concebir nada más perfecto que su propio ser, ni cualidad

alguna buena que actualmente no tenga. Si pudiera entender algo más grande que su propio ser, o concebir alguna perfección que no poseyera, ya no sería infinito, no sería Dios.

Pues Dios mismo es el único que puede enseñar al alma algo digno de El, y nos ha revelado lo que El es. Sobre estas verdades de la esencia de Dios no podemos tener imagen proporcionada, ya que lo creado no es el Creador, el cual está sobre toda imagen o semejanza, porque lo finito no puede compararse con lo infinito.

De aquí que la fe esté sobre la cumbre de todas las ciencias y conocimientos. La fe levanta y da certeza, aunque en niebla de oscuridad. Ella nos enseña que en Dios hay infinita hermosura e infinita perfección, y nos dice que es inmenso, simplicísimo, amor y verdad, uno y Trino.

El Señor, que por la fe enseña a todos los cristianos, pone una secreta y o más alta claridad en algunas almas fieles, a quienes ilustra con luz y conocimiento especial sobre sus atributos y perfecciones; luz y conocimiento superior a toda la sabiduría de este mundo. Ni los libros ni los hombres pueden enseñar esta ciencia. Sólo Dios puede hacerlo y lo hace cuando quiere y a las almas que elige. Es regalo que con ninguna obra se puede merecer, anticipo de cielo que pone en lo íntimo del alma. Suele comunicar esta regalada merced de amor en el silencio y recogimiento de la oración; entonces la oración

se convierte toda en luz y en acentos y armonías de ángeles; y el lugar de la oración, y el alma misma, es un cielo. Entonces el alma codicia la oración sobre todo otro bien, y recogerse en sí misma, porque sabe que dentro de ella está Dios y la ilustra íntimamente. También sabe que Dios no se comunica, sino por excepción y por milagro, a quienes no guardan recogimiento, silencio, atención a lo interior y soledad de corazón.

El alma justa y humilde se centra en intenso silencio y soledad; busca y pide el amor en el retiro, donde se encuentra a Dios y, sobre el amor que busca, la comunica el Señor luces especiales de sus misericordias, con las cuales como que vislumbra algo de la infinita belleza y dulzura divina, las cuales sólo en la otra vida pueden gozarse sin interrupción, por lo que vehementemente se aumentan los deseos de entrar pronto a poseer este infinito Bien y pide no se tarde, diciendo como David: *Acelera el sacarme* (7). *Sedienta está el alma mía del Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo me será concedido que yo llegue y me presente ante la cara de Dios!*

Sabemos que no hay otra entrada que el arco triunfal de la muerte para llegar a tanto y tan deseado bien.

Como una madre saca con ternura de la cuna a su hijo querido para estrecharle con amor, así nos tomará la muerte para ponernos en los brazos de Dios y decirnos: «Abre ya los ojos de tu alma, ahora

iluminados con los resplandores de la gloria, y mira la infinita hermosura de Dios, por la cual te conservaste fiel. Entra en la felicidad de tu Señor.» La muerte no podrá ejercer dureza alguna con los sellados con la marca del amor. Subiremos al cielo, guiados por el mismo Dios, por el sendero de luz trazado por la muerte santa, que nos guía hasta la gloria.

Las ansias y deseos de ver a Dios, especialmente en los años postreros de la vida, suelen ser proporcionados al amor, a la gracia de Dios y a las virtudes que el alma tiene.

Dios enciende e ilumina al alma, si bien no siempre siente ella con la misma intensidad la iluminación de la inteligencia y la hoguera del corazón.

En el cielo el conocimiento de Dios, comunicado por la luz de la gloria, es según el grado de gracia y de amor vivido en la tierra; pero cuando el Señor quiere hacer sentir sus luces especiales a un alma mientras vive en este destierro, entonces ni el conocimiento de los atributos, ni los sentimientos de la bondad de Dios, están en proporción de la santidad del alma, sino según los fines que el Señor se propone en cada hombre.

Pero la fe pone continuamente en las almas el conocimiento de Dios más grande, más cierto y el que más acerca al Señor y más santifica. Ese conocimiento siempre es oscuro, pero es el que más pone en lo infinito y los deseos de amar son la capacidad de amar y entender eternamente a Dios (8).

(I) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D., tomo I, día 29 de enero.

(2) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XI.

(3) San Juan de la Cruz, Aviso 350, en *Cautelas y...*

(4) *lsaías,* 45, 3.

(5) *San Juan,* XVII, 3

(6) San Juan de la Cruz, *Llama de Amor viva.* canción II.

(7) David, *Salmo* 30, 3.

(8) Santo Tomás de Aquino, *Summo Theologico,* I, q. 12,a. 6.

CAPITULO XIV

DIOS, EN LA ORACION, COMUNICA LUZ

Es verdad muy consoladora para los humildes que Dios no comunica las noticias o conocimientos de sus perfecciones o atributos ni de su grandeza o misterios según la ciencia o el talento del hombre, ni atiende, por lo tanto, a los conocimientos filosóficos o teológicos adquiridos, sino al grado de amor y de gracia divina a que haya llegado por las virtudes practicadas y la santidad del alma. Como manifestó San Pedro: N*o hace Dios aceptación de personas, sino que... el que teme a Dios y obra bien, merece su agrado* (I).

La historia nos da elocuentes pruebas aun en el orden de éxito de los libros y del apostolado. Pasamos los hombres estudiando incansables para llenarnos de conocimientos y poder luego influir con nuestros trabajos, y después nadie se ocupa de leer nuestras obras. En cambio, almas sencillas que sólo se ocuparon de amar mucho a Dios y hacerse santas, cuando el Señor quiso que escribiesen algo, llegaron a cautivar tan íntimamente que son buscadas y codiciadas hasta sus más pequeñas páginas. y ha querido el Señor presentar estos ejemplos en todos los siglos para que sus ministros y cuantos se ocupan de apos-

tolado estimen la oración más que el estudio y prefieran quitar tiempo del estudio para darlo a la oración.

En la Edad Media se buscaban más los libros de Santa Brígida, de Santa Gertrudis y de Santa Catalina de Sena, que los escritos por teólogos y sabios, y eran leídos con más provecho espiritual. Posteriormente, ¿cuántos libros han alcanzado las ediciones y han sido tan alabados como los de Santa Teresa de Jesús?

¿Y quién se preciará en nuestros días de ser tan leído ni hacer tanto provecho y tantas conversiones como Santa Teresa del Niño Jesús? Dios quiso hablar y enseñar por sus almas de oración, sencillas y santas, y las dotó de su sabiduría y del don de llegar a los corazones.

En el cielo no serán mayores los conocimientos de quienes estudiaron y aprendieron más en la tierra, sino que conocerán más y con mayor gozo los que amaron más a Dios y fueron más santos, porque sabrán más de la esencia divina, en donde se verán todas las verdades y todos los acontecimientos. En Dios verá mejor y comprenderá más de los seres y mundos creados y creables un santo, que en la tierra fue iletrado, que el sabio más famoso. En el cielo es el amor la medida de la sabiduría y se adquirirá mayor ciencia, no por el ansia de conocer, sino por la sed de amar (2).

Podemos considerar dos clases de conocimientos aquí en la tierra: el adquirido por el estudio o con la

enseñanza de los hombres y el infundido por Dios directamente en el alma. Este es más claro y se expresa más sencillamente; porque el alma ve dentro de sí misma la verdad infundida con más claridad que si la viera con los ojos de su cuerpo. El Señor pone dentro de ella misma las verdades divinas y naturales que quiere comunicarla, con una seguridad maravillosa y con inmenso gozo, y la da la capacidad para que vea y entienda sin acudir a razonamientos. No a todas las almas infunde el Señor las verdades que quiere comunicar, con la misma claridad ni con la misma hondura, ni en proporción de la divina caridad que el alma vive, sino según los fines que quiere y que en cada caso se ha propuesto su divina Providencia. Esto mientras se vive en la tierra. Y así, por almas de menos santidad manifiesta, cuando quiere, muchas y grandes verdades.

Pero en el cielo la capacidad del conocimiento y del gozo es la gracia y el divino amor de cada alma. Tanto verán de la esencia divina y tanto tendrán de gozo, cuanto hayan adquirido de gracia o lleven de mérito y virtudes; y tanto mayor será la claridad y extensión del conocimiento de las cosas criadas o creables, cuanto mayor sea la intensidad de la visión de la divina esencia y la grandeza de la gracia, siendo tan grande la diferencia de unos y otros, según nos enseña la teología, como no podemos en la tierra comprender. Dios infunde mayor conocimiento y mayor gozo de ciencia para toda la eternidad, no al

mayor talento ni al más estudioso, sino al más humilde y que se ofreció más perfectamente, porque es más santo.

Aun en esta vida sobre la tierra, es la divina claridad -iluminada con particular conocimiento sobre las riquezas de Dios y sus divinas perfecciones y misericordias- la engendradora de los deseos y de las ansias de gozar la gloria de Dios y de entrar y a en sus misericordias. El Señor bendice tan santos deseos y nobles aspiraciones.

Tiene el Señor inexplicables complacencias en comunicarse amorosamente a los humildes. Cuanto mayor humildad ve en un alma, más se acerca a ella y más generosamente la engrandece y colma de santidad. Los Santos son almas llenas de Dios. Cuanto más llena Dios a un alma, más santidad tiene: Dios es la santidad por esencia, y quien más participa de Dios, más santidad recube. Porque Dios tiene su complacencia con los humildes de corazón y los llena más de Sí, son también más santos y saben amar y conocer mejor a Dios, aun cuando carezcan de instrucciones y de conocimientos humanos. La divina caridad es la lámpara que ilumina y pone reflejos de cielo en la inteligencia y amores de ángel en el corazón; y esta lámpara de la caridad brilla más y pone mayor conocimiento de Dios en los humildes. Los ilumina la fe, pero el mismo Dios es el maestro que les enseña su ciencia y les muestra los resplandores de su hermosura (3).

La Virgen fue humildísima, por eso fue Santísima y Dios la llenó como a ninguna otra criatura de sus misericordias; ella cantó maravillosamente en el *Magnificat* las alabanzas de Dios por las gracias que de El habían recibido.

San Simón el Estilita no tenía instrucción alguna especial y careció de conocimientos científicos y de lecturas literarias. El gran San Antonio Abad tampoco estaba versado en las ciencias humanas ni había estudiado filosofía, ni conoció lo que los filósofos dijeron de Dios y de sus perfecciones, y, sin embargo, los dos recibieron tanta luz divina y tan inefable conocimiento de la infinita bondad de Dios y experimentaban tanto contento y tan regalado gozo en estarse recogidos en su soledad con el Señor, que pasaban totalmente las noches velando en muy alta oración, recibiendo muy grandes ilustraciones de fe, gozando claridades y suavidades de cielo y haciéndoseles tan cortas las horas de la noche, que daban amorosas quejas al sol cuando amanecía, porque con sus rayos les quitaba de la atención divina.

San Pablo, el primer ermitaño, no sentía tedio ni se le hacían pesados los largos años de su total soledad en apartado y desconocido desierto sin trato con criatura alguna, antes vivía allí en un cielo de luz, de paz y de alegría. Dios le comunicaba noticias y conocimientos de sus divinas perfecciones, con las cuales nada hay comparable, y estaba muy lejos de sentir nostalgia alguna por las cosas de la tierra. Gozaba

dentro de sí mismo de mayor belleza y claridad que toda la que puede entrar por los sentidos; sólo tenía nostalgias de cielo y ansias por entrar en la posesión de aquellas riquezas eternas que entreveía en Dios.

¿Dónde aprendió Santa Catalina de Sena, sino de los labios de Dios en la oración, aquellos conocimientos tan profundos de la Verdad Eterna, que pasmaban a los teólogos que la trataban, y de quién recibió aquella clarísima luz de la bienaventuranza, que la hacía llorar en deseos de entrar a gozarla?

¿Cómo han de poderse comparar las bellezas de aquí abajo con las hermosuras de allá arriba; esto, tan limitado y pequeño, con lo soberano del Señor; la ciencia humana con la sabiduría infinita, ni la compañía de los hombres con la de los bienaventurados y la de Dios ?

Santa Teresa de Jesús, alma de oración por excelencia y de trato tan íntimo y extraordinario con Dios y con los bienaventurados, compara unos bienes con otros y encuentra toda la hermosura de la tierra como fealdad ante la hermosura que ha visto en Dios (4). Cuando para distraerla un poco la enseñaron oro, diamantes y piedras preciosas, dice: «Pensó que me alegraran; yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estiman los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible sería, aunque yo misma lo quisiera procurar, tener en algo aquellas cosas, si el Señor no me quitaba la memoria de las otras. Esto es

un gran señorío para el alma, tan grande, que no sé si lo entenderá quien lo posee. . .

»*Quedóme también poco miedo a la muerte,* a quien siempre temía mucho; ahora paréceme facilísima cosa para quien sirve a Dios, porque en un momento se ve el alma libre de esta cárcel y puesta en descanso.»

Dejando para más adelante mayores detalles, quiero ahora recordar algunos de los efectos sentidos en la oración por San Juan de la Cruz.

Dice el Santo: «En esta soledad, que el alma tiene de todas las cosas en que está sola con Dios, El la guía, y mueve y levanta a las cosas divinas, conviene a saber, su entendimiento a las divinas inteligencias» (5).

En la oración de amor quieta y solitaria recibe el alma vida eterna y efectos de bienaventuranza de inefable luz, «y así la deia en olvido y sin tiempo...; aunque dure mucho le parece brevísima... y deja al alma... con levantamiento de mente a inteligencia celestial» (6).

El silencio y la soledad de la oración, iluminados con luz del mismo Dios, se convierten en imán, de donde no acierta a separarse el alma sierva del amor, y allí encuentra todo su contento hasta que llegue el permanente del cielo. Maravillosamente lo dice fray Luis de Granada, aduciendo una cita de San Bernardo: «El ánima-dice-, que ya una vez aprendió del Señor a entrar dentro de sí misma por su presencia y

goza de ella en su manera, no sé si tomaría antes por partido padecer por algún tiempo las penas sensitivas del infierno que ser desterrada y carecer de la dulzura de estos pechos divinos y quedar obligada a volver otra vez a buscar recreaciones sensuales de las cosas humanas» (7). Mejor no se puede expresar ni encarecer.

Dios, infundiendo sabiduría suya en el alma, que se queda sola con El y atenta a El en prolongado recogimiento, produce deleites inestimables y acrecienta los deseos que ya sentía el alma de llegar a la posesión perfecta ya la clara visión de su esencia en el cielo.

Solamente Dios puede comunicar noticias de tanta luz y dar a conocer algo de Sí mismo. Las almas santas, que han recibido tan provechosa merced, no encuentran en el lenguaje de los hombres palabras para poder expresar tanta grandeza, tanta claridad y tanta hermosura. Sienten la mayor complacencia y contento en estar con el Señor, en recogerse dentro de sí mismas en la luz y misericordia del Creador; pero no saben expresar lo mismo que ven y sienten, contentándose con decir que Dios es sobre toda verdad, sobre todo deleite y sobre toda belleza.

«Quedóme una verdad, dice Santa Teresa de Jesús, de esta divina Verdad que se me representó, sin saber cómo ni qué, esculpida, que me hace tener un nuevo acatamiento a Dios, porque da noticia de su majestad y poder de una manera que no se puede

decir... Entendí grandísimas verdades sobre esta Verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado. Paréceme que en ninguna manera me pudieran imprimir así, ni tan claramente se me diera a entender la vanidad de este mundo. Esta verdad, que digo se me dio a entender, es en sí misma verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza, aunque esto va dicho oscuro para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender» (8).

(I) *Hechos de los Apóstoles,* X, 34.

(2) Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica,* I. q. 12, a. 6.

(3) San Agustín: *De Trinitate,* lib. IV. Proemio.

(4) Santa Teresa de Jesús, *Relaciones,* 1. *Vida.* cap. XX.

(5) San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* canci6n XXXV.

(6) San Juan de la Cruz, *Subida,* lib. II, cap. XIV. No hay belleza, ni encanto, ni riqueza como la belleza, encanto y riqueza de la soledad vista a la luz de la doctrina de los santos. Véase el libro *Al encuentro de Dios.*

(7) Fray Luis de Granada, *Adiciones al Memorial.* cap. IV.

(8) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XL.

CAPITULO XV

EL MAYOR BIEN PROPIO QUE EL ALMA PUEDE DAR A DIOS ES EL OFRECIMIENTO DE LA VIDA

No puede menos de ser amable la muerte a quien ama y abrasa el deseo de unirse al objeto amado, que es su último fin, y entrar en el gozo de la felicidad perfecta e increada.

Pero el amor de Dios es también el mejor maestro para enseñar muy claramente quién es Dios y que todo acatamiento es nada para lo que Dios se merece. Si Dios es sobre toda alteza, el amor de Dios será un bien y un tesoro superior a los otros bienes que el hombre estima y codicia.

Dios es el infinitamente amable, el sumamente deseable y el que todo lo me rece. Dios es el que tiene todas las cosas en Sí: las creadas, las creables y las posibles; las tiene todas presentes, y en El todas son vivas. Dios es la infinita verdad, el infinito bien y el amor infinito. *La bienaventuranza,* que es la posesión de Dios en felicidad, *es el gozo de la verdad, o sea el gozo de Dios, infita verdad* (I). Porque el alma sabe que Dios es todo luz y verdad, se entrega toda ella a Dios y siente inefable gozo en este ofrecerse totalmente. Con frase de Santa Teresa de Jesús

se puede decir que la gloria que en esto se siente no se puede escribir ni sentir, ni la podrá pensar quien no hubiese pasado por ello. Porque ante Dios "lo que podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar la nonada que era todo en comparación con aquello» (2). El alma, entregándose a Dios, se entrega a la felicidad perfecta.

La muerte es una alegría tan limpia, tan pura, tan impalpable y hermosa, porque es el mayor y más preciado don, la joya de más valor y de mayor belleza que el alma puede dar a Dios, y se la ofrece gustosísima y voluntariamente.

La obra del amor y el don del amor no puede ser tristeza. Si el amor. es luz, belleza y atracción; si el amor es lo que todos deseamos, el don del amor será claridad, sonrisa, gozo, transparencia y suma alegría.

Ya quedó indicado en otro capítulo que todos los seres aman el fin último y el bien universal necesariamente más que a la propia existencia y más que al propio ser y el último fin es también el primer principio y el Creador de todo.

Los ángeles, que son criaturas nobilísimas y perfectas, aman más a Dios que a sí mismos y que las perfecciones con que han sido hermoseados. Conocen y ven en el mismo Dios clara y directamente la infinita grandeza y perfección divinas, y ven que El es toda verdad, y que en El está toda la dicha y es la fuente de todo bien. Ven con toda certeza y en gozosísimo deleite que Dios es tan infinito

y perfecto, que no solamente no puede ser más de lo que es, ni tener más bienes de los que posee, sino que ni su infinito entendimiento puede pensar en toda la eternidad nada más grande que su propio ser, ni concebir alguna perfección que actualmente no posea y goce.

Con su altísima ciencia, los ángeles aman a Dios y sienten inmenso gozo en amarle como a supremo bien y último fin; se le están deleitable e incesantemente ofreciendo, y en este voluntario acatamiento reciben del Señor felicidad eterna e inenarrable deleite.

Si pensamos en la bondad de Dios, ella nos enseñará igualmente que debe ser amado sobre todas las cosas y más que nuestra vida. Porque Dios es la bondad esencial. Nuestro entendimiento no puede pensar ninguna cosa más amable que la suprema Bondad, ni bien alguno que atraiga el amor y produzca el amor como la Bondad infinita, origen y causa de toda otra bondad.

La muerte, voluntariamente aceptada y ofrecida, es la entrega a la Suma e infinita Bondad; al Sumo amor, a la perfecta dicha. Por eso huir de la muerte es rechazar la felicidad.

San Agustín ya señalaba el orden en que hemos de amar a Dios, a nosotros y al prójimo: «A Dios -dice- hemos de amarle incomparablemente más que a nosotros mismos; al hermano, como nos amamos a nosotros mismos; *y cuanto más amemos a Dios, más*

nos amamos a nosotros mismos. Con el mismo amor de caridad amamos a Dios y al prójimo, pero a Dios, por Dios; a nosotros y al prójimo, por Dios» (3).

El amor es inclinación del corazón al ser amado, es darse y ofrecerse a él. Se abraza el sacrificio voluntario por amor. Por eso la madre sufre gustosa por su hijo; tiene complacencia en llevarle entre sus brazos, porque es peso amoroso, y la medida para aceptar el sacrificio es el amor; cuanto mayor sea éste, más se puede sufrir .

Por igual razón se hace el ofrecimiento según es el amor, y su intensidad es según la perfección del objeto amado y el conocimiento que de sus cualidades tenga el amante.

El amante se da gustosa y voluntariamente, con el alma inflamada, para ser toda de su Amado; para agradarle y vivir en El quiere ser digno del infinito amor y se considera dichoso sintiéndose amado de Dios. No gusta tanto de pertenecerse a sí mismo cuanto de ser de su Dios. Dirá con San Pablo: *Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí.* No una vida, sino muchas que tuviera quisiera dar a Dios. Los mártires fueron magníficos testigos de esto.

Santa Teresa exclama, movida de este amor: *¿Qué hace, Señor mío, el que no se deshace por Vos? ¿Qué se me da a mí de mí, sino de Vos?* Busca, ante todo, la honra de Dios y goza en llevar la bandera de su amor, aunque vaya en ello la vida, que lo tendría por regalado premio.

El mayor don y el más precioso que el hombre puede hacer, y la manifestación más abnegada, íntima y real de verdadero amor, es el ofrecimiento de la propia vida; darse totalmente y para siempre al Amado, tener siempre a disposición del Señor la vida y todas las demás cualidades recibidas. El heroísmo magnífico es dar la vida, acompañada de los más crueles tormentos, por no renunciar al amor y para probar la grandeza del mismo. Esto hicieron los mártires, y nuestro Señor Jesucristo nos dijo: *Que nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos* (4).

Las cualidades y excelencias del don que se ofrece está en relación con la alegría del que da y del que recibe. El don de sí mismo produce el mayor gozo, porque es el mejor don y la prueba más fina y honda de cariño.

Los bienes que poseemos, los amigos y familia, y aun las cualidades personales, son, en cierto modo, algo exterior a mi propia persona, relacionados conmigo, pero fuera de mí. Riquezas, honores, salud, talento y belleza, son todas cosas que puedo perder y seguir viviendo; pero la vida me la ha dado Dios para mí, y aun siendo Dios el dueño absoluto de todas las cosas y el dador de todo, sin dejar de tener dominio sobre mi vida, me la ha dado para mí, y es lo más alto y preciado que yo puedo ofrecer a Dios, poniéndome voluntariamente en sus manos ya su total disposición. Yo no puedo vivir ni un segundo más de lo que

el Señor haya dispuesto; soy, en este sentido, administrador temporal de mi existencia; pero ofrecerla a Dios voluntariamente es mi mejor dádiva, lo que más agrada al Señor y por lo que otorga más alta recompensa. ¡Dios mío, voluntaria y libremente os doy mi vida con todo mi amor! Me doy todo a Vos, porque sois mi amor y quiero ser todo vuestro y perteneceros en todo. Gozo en entregarme, porque os amo más que a todas las cosas y más que a mí mismo. Mi vida es mi tesoro y os la ofrezco, Amado mío. N o poseo nada mejor.

Os la doy también porque quiero veros; quiero vivir vuestra vida y poderos decir con David: *Transpórtanse de gozo mi corazón y mi cuerpo contemplando al Dios vivo.*

Todo se da por conservar la vida. Si falta la vida, sobra todo lo demás; es lo que más estimamos, mi mayor bien y donde se reciben los demás bienes. Mi vida es lo que más propiamente es mío y yo se la ofrezco al Señor.

Digo que es lo más grande que puedo ofrecer de las cosas naturales, porque Dios me da las sobrenaturales para que las haga mías y se las pueda ofrecer como mías; tales son, además de la gracia divina, los méritos de Jesucristo y su mismo amor eterno e increado. Con el ofrecimiento de estos bienes sobrenaturales merece el alma más y agrada más al Señor, por ser, sin comparación, más perfectos y más altos que los bienes naturales.

Ofrecer a Dios mi vida es darle muy agradecido, con la vida, todo mi ser y todo lo que El tan paternal y amorosamente me ha dado. Es la más íntima y verdadera manifestación de mi sincero agradecimiento a su amor.

Es también la alegría más grande que puede nacer en mí de mis propias obras; porque doy todo lo mío, todo lo que soy y puedo ser, y me doy a mí mismo al Ser a quien amo sobre todas las cosas y más que a mí mismo, porque es digno de infinito amor, y todo es como nada para lo que El se merece. Mi gozo es agradarle y que todo lo mío sea suyo y para siempre. Quiero más pertenecer a Dios que a mí, y más vivir para Dios y en Dios que para mí y en mí. Quiero vivir y ser una misma cosa con la dichosa y feliz vida de Dios. Mucho me alegra leer en San Agustín que «cuando hayamos recibido la participación de su vida eterna, seremos también, cuanto lo permita nuestra condición, inmortales» (5).

No tengo nada más grande ni nada que estime tanto para ofrecer al Señor sino es su mismo ofrecimiento y su amor eterno, que también se lo ofrezco, como acabo de decir (6). Mi gozo más grande y más feliz es corresponder a su amor, no como El se merece, porque es imposible, sino dándole el don más grande y más preciado que tengo. Que mi vida esté en sus manos y a su disposición. Quisiera también, Dios mío, ayudado de vuestra gracia, dárosla con el heroico amor con que os la dieron los mártires, por

confesaros y pasando los tormentos más crueles; porque, aunque tiemble mi pobre naturaleza, confío en la ayuda de vuestra misericordia y de vuestro amor, como les ayudó a ellos. No una vida, sino millones de vidas que tuviera os las ofrecería juntas, Dios mío, y con amor proporcionado a tantas vidas, las pondría en vuestras manos ya vuestra voluntad, y con todas ellas querría cantar vuestra gloria y que todos los seres os conocieran y os amaran.

Y luego de haberme dado todo al Señor, ofrecerle lo suyo, su amor, sus infinitas perfecciones y atributos, el ofrecimiento de su propio ser infinito, de su incomprensible gloria y la alabanza de las tres divinas personas (7).

Esto me recordaba el dulce ermitaño sentado junto a un ciprés, y recordaba textos de muchos Santos y de la teología. Con paz del cielo y nostalgia de eternidad, decía: «En buena hora *me marché del mundo y he permanecido en la soledad*» (8). Aquí vine ardiendo en deseos de ofrecer mi vida a Dios y con ella cuanto soy. Este ciprés me habla de la inmortalidad y de la gloria (9). Aquí encontré el ciento por uno y un amor que no se puede explicar ni los hombres comprenden hasta que no lo experimentan. Aquí se siente el alma muy encima de sí misma en una gustosísima soledad de criaturas y en una atmósfera de cielo; se ve llena de Dios y empapada en divinidad. ¡y es tan dulcísimamente inefable. . . ! ¡Qué tarde comprendí la hermosura y la luz de que

está bañada la soledad! Aquí gozo de repetir en mi interior, y a veces de gritar entre estos árboles: *¿Quién como Vos, Dios mío? Todo soy para Vos: sólo para Vos.* ¿Por qué no comprenderán esto los hombres y se ofrecerán todos a Dios? Por todos pido aquí. Pero parece que esta inocente y hermosa naturaleza me responde por ellos y me dice: «Nosotros también somos sólo para Dios y todo para Dios.» Y gozo de repetir esta verdad de día y de noche, hasta que el amor ahoga dulcemente mi garganta y mis lágrimas piden por todos los hombres. En la soledad me enseñó el Señor también la alegría del ofrecimiento de Jesucristo a su Padre.

El amor tiene complacencia y gozo en dar, y quiere manifestarse en la esplendidez de la dádiva. Amor que no da, es egoísmo, no amor. «Aunque me pidas la mitad del reino te lo daré», dijo en un momento de exaltación Herodes a Herodías. «Por ti sola hubiera creado el cielo», dijo el Señor a Santa Teresa. Jesucristo, que se nos da a Sí mismo en la Eucaristía, concederá su gloria a todos los que no se alejen de El.

El amor abre la mano y enseña a dar y a darse; está siempre ofrecido y a disposición del amado. Estar ofrecido a Dios y gozar de su compañía es el inexplicable placer del alma espiritual, que encuentra en su Dios algo mayor y más hermoso que cuanto soñaba.

Tanto mayor es la complacencia, la alegría y pla-

cer que se experimenta, cuanto más preciado es el don que se ha hecho y con más espléndida generosidad, sin reservas ni condiciones; o cuando más ampliamente se corresponde a los beneficios recibidos o a la grandeza del amado. Según esto, no habrá gozo comparable ni alegría que se aproxime al acto de poner la vida incondicionalmente en manos del amado, cuando el amado es nada menos que el mismo Dios. Se ofrece la vida cuando florece el amor, sea en los años frescos de la juventud, sea en la vejez. Cuando se tiene miedo, es que no ha florecido el amor. No es razón para no ofrecer la vida ver que es ruin; las manos de Dios son maravillosas para trocar la fealdad en hermosura. ¿A quién puedo ofrecer mejor mi vida que a Vos, Dios mío? ¿A dónde estaré mejor que en las manos que hicieron los cielos y me hicieron a mí? Dios me transformará y cuando me lleve, podrá decirme: «Toda hermosa eres, amiga mía; no hay defecto alguno en ti» (10).

Santa Teresa de Jesús repetía :

Ya toda me entregué y di,
y de tal suerte he trocado,
que mi amado es para mí
y yo soy para mi Amado (II).

En las *Moradas* nos explica cómo queda el alma, después que el Señor la ha enriquecido y hermosea-

do, ardiendo en deseos de ofrecerse. «Vese -dice- con un deseo de alabar al Señor, que se querría deshacer y de morir por El mil muertes» (12). Y en otra parte añade que le quedan «los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios, de todas cuantas maneras se quiere servir de ella. Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios, y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella. Los deseos de hacer penitencia, grandísimos; y no hace mucho en hacerla, porque con la fuerza del amor siente poco cuanto hace y ve claro que no hacían mucho los mártires de los tormentos que padecían, porque con esta ayuda de parte del Señor es fácil» (13).

Esta entrega al Señor resalta con gran belleza en la vida de los Santos. Todos se dieron y vivían para Dios; pero el principal ofrecimiento fue el de su vida.

Nuestro Señor Jesucristo es el acabado modelo en esto como en toda virtud. Hizo a su Eterno Padre el ofrecimiento de Sí mismo, dando su vida y todo su ser. En un mismo acto de infinito amor, de total abnegación y de supremo agradecimiento, ofreció su gusto, su honra y su sangre por nosotros, porque nos amó; y se entregó totalmente a su Eterno Padre en sacrificio de alabanza y de expiación. Con la aceptación voluntaria de la muerte, realizó el acto más grande que se puede hacer en todos los siglos. En este voluntario abrazo a la muerte, acompañado del mayor menosprecio, de la más grande deshonra y de

crudelísimo dolor, inmolando su vida y todo su ser a Dios, *sintió su alma un gozo tan intenso y altísimo* como nunca en la tierra podremos comprender. Se entregó a su Eterno Padre *voluntariamente* (14) porque sólo este sacrificio suyo era digno de Dios y porque le amaba más que toda la creación; se ofreció lleno de amor, con total generosidad y suma complacencia; aunque el cuerpo lo rechazaba y sentía, *se entrego porque quiso,* porque amaba con el amor más excelso. No es posible decir la alegría que sintió su alma en ofrecer con la vida, la honra, la fama y los más crueles dolores.

Pensaremos en esa verdad tan poco meditada, pero muy cierta.

Todo lo ofreció también por mí, porque me amó y con amor inexplicable.

Al pie de la Cruz estaba la Virgen Purísima, compenetrada con Jesús y ofreciéndose con El. También ella aceptó todos los desprecios y ser madre de Jesús en el oprobio y deshonra. Ofreció su vida a Dios en compañía de Jesús y aceptó, como el máximo sacrificio, continuar viviendo sobre la tierra en altísima y espiritual soledad.

Mucho se recrea y goza mi espíritu pensando que por ofrecer continuamente Jesús su vida y su amor, en alabanza perpetua a su Eterno Padre, se quedó en la Eucaristía con nosotros, donde con estupendo milagro de amor se inmola a Dios y se nos ofrece a los hombres. ¡Cómo nos amas, Jesús mío !

La Iglesia me exhorta a que ofrezca incesantemente mi vida al Señor. Todos los días, como cristianos, rezamos la oración hermosísima del *acto de contrición.* En esta fórmula de oración española le digo diariamente al Señor: *Os ofrezco mi vida, obras y trabajos.* Con palabras expresas pongo mi vida en las manos de Dios. ¿Y temblaré después, medroso, pensando que me puede llegar de un momento a otro la muerte, cuando yo la ofrezco voluntariamente y por amor? ¿Será que no rezo de verdad el *acto de contrición*? Dios mío, conscientemente, porque os amo, os ofrezco de corazón y voluntariamente mi vida como lo mejor que tengo y lo que más estimo. En vuestras manos la pongo. *Confiará mi alma en tus palabras y esperard en Ti, Señor* (15).

Los Santos mártires ofrecían a Dios su vida en testimonio de fidelidad; porque le amaban se abrazaron con cruentas torturas antes que negarle y le confesaban delante de todos. Por una especialísima y regalada gracia del Señor sintieron un contento, que les salía al exterior, imposible de decir, y, al dar su vida, iban cantando el himno del triunfo de la inmolación en amor.

Dios es el ideal absorbente y el amor esplendoroso de los Santos. Vimos que Santa Teresa de Jesús gustaba de repetir: *¿Qué se me da a mí de mí, sino de Vos?* (16), y San Francisco de Asís, el *Dios mío y todas las cosas.*

En todas las criaturas buscaba y hallaba el amor

San Juan de la Cruz; pero sobre todo le encontraba, dulcísimo, dentro de sí mismo y repetía el ofrecimiento de su vida con las palabras del Salmo: *Dios, a Ti he presentado mi vida* (17). Yo también la presento y continuamente la ofrezco y pongo en tus manos. Recíbela cuando gustes y haz de ella lo que quieras. *Mi alma suspira y padece deliquios ansiando estar en los atrios del Señor* .

¡Cuántas almas de todos los tiempos, nobles, grandes y puras, en alas y ansias de amor, han huido del mundo y de toda comodidad, han dejado el trato de las personas queridas y todo lo que distrae o disipa, acogiéndose al silencio de la soledad, y han ofrecido y ofrecen su vida con todas sus actividades, para quedar desconocidos de los hombres y estar presentes a los ojos del Señor! Escogen vivir en verdadera soledad y olvido para vivir solas con Dios, siendo indirectamente luz y calor de todas las almas, como las centrales potentísimas y focos iluminadores, aunque invisibles, del mundo espiritual. Esas almas gustan de repetir lo que sólo ellas saben apreciar: «*Soy toda de Dios y sólo para Dios.* Le ofrezco mis pensamientos, mi memoria y cuanto soy. He puesto mi vida en sus manos y estoy esperando, en vigilia de amor, que venga por mí. Mientras llega, mi compañía es con los bienaventurados.»

Viven solitarias y gozosas con el placer más puro que en la tierra se puede disfrutar. Por haberlo dejado todo, Dios se complace sobremanera en estas

almas y por ellas comunica sus gracias al mundo, el cual no puede conocerlas ni apreciarlas, pero Dios las cuida con ternura infinita.

La soledad en Dios es luz de paraíso, vida de ángeles y gozo de bienaventurados; con ellos y en compañía del Señor se *vive* el silencio y recogimiento espiritual.

El ruido ahuyenta la paz del cielo.

(1) San Agustín, *Las Confesiones*, lib. X, capítulo XXXIX.
(2) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XXXIX.
(3) San Agustín, *De Trinitate*, lib. VIII, núm, 12
(4) *San Juan* XV, 13.
(5) San Agustín, *De Trinitate*, lib. I, cap. VI, número 10.
(6) San Juan de la Cruz, *Llama de Amor viva*, canción I.
(7) San Juan de la Cruz, *Llama de Amor viva*, canción I.
(8) David, *Salmo* 54, 8.
(9) El ciprés es símbolo de la inmortalidad y de la esperanza; ésta es la razón de ponerle en los cementerios católicos.
(10) *Cantar de los Cantares,* IV, 1.
(11) Santa Teresa de Jesús, *Poesías,* III.
(12) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* V, cap. II.
(13) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* IV, cap. V.
(14) San Pablo, *A los de E/eso,* V, 2; *lsaías,* 53, 7.
(15) *Salmo* 118.
(16) Santa Teresa de Jesús: *Vida,* cap. XXXIX.
(17) *Salmo* 53, 9.

CAPITULO XVI

PORQUE DIOS ME AMO, ME DIO EL SER

La creación entera alaba al Señor pregonando su gloria y su omnipotencia. Los mundos siderales entonan sin cesar el himno de su poder y de El reciben la luz ya El, Señor de infinita bondad, confiesan con sus esplendores.

Las criaturas racionales, que viven en obediencia a Dios, cantan conscientemente sus misericordias. Los ángeles y los bienaventurados se le ofrecen en alabanza y los hombres en súplica de inmortalidad gloriosa. Los siervos del amor unen su voz a la de David, diciendo: *Alma mía, alaba al Señor, y todo cuanto hay dentro de mí bendiga su santo nombre* (I).

Por su alabanza y ofrecimiento recibirán premio de eterna gloria, como lo suplican y esperan, repitiendo las palabras del Salmista: *Sálvanos, Señor, Dios nuestro, sácanos para reunirnos Contigo y ya nos gloriemos en tu gloria* (2).

Decía San Francisco de Sales que el alma que está enamorada de Dios tiene un insaciable deseo de alabarlo y quisiera poder cantarle con alabanzas infinitas en reconocimiento de sus infinitas. perfecciones y en gratitud de cuanto de El ha recibido y espera recibir .

Dios amoroso me pide lo que yo puedo darle, que es la nada de mi pobre corazón. Por este pequeñísimo amor que yo doy al Señor, El me da el suyo infinito para que yo pueda amarle mejor y merecer más. Yo, gustoso, me entrego; sé que en sus manos no puedo encontrar sino dicha y que de ellas no puede salir otra cosa que luz, alegría y felicidad eternas. Porque es mi Dios, infinito en perfecciones y comunicador de todo bien, siento inconmensurable gozo en pensar el momento que me llame y me diga: *Ya pasó el invierno, ya han cesado las lluvias; levántate, amiga mía, y ven.*

Santa Teresa de Jesús, como alma fervorosa y encendida en amor, le decía a su Dios :

Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma,
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y aflicción;
dulce Esposo y redención,
pues por vuestra me ofrecí,
¿qué mandáis hacer de mí?

Tampoco yo puedo contentarme con menor ofrecimiento que el de Santa Teresa; pues Dios me amó expresamente a mí con amor infinito desde toda la eternidad y siempre he estado presente a Dios, sin interrupción alguna, como ahora soy, con todos mis actos, mis pensamientos y deseos. En el claro diamante divino se han representado desde la eternidad,

sin interrupción, las perfecciones que su amor en este momento me daba. Siempre, Dios mío, me amaste; siempre estaba yo presente en Ti y eternamente lo estaré, porque en Ti no hay mudanza, no hay pasado ni futuro. Desde la eternidad me señaló como último fin su misma gloria y me ha prometido hacerme participante eternamente de su misma vida, si soy fiel a su amor.

Además de darme la existencia, además de la gracia y su amor en la tierra, determina dárseme eternamente en el cielo. Su vida será mi vida. Viviré en el Señor; será mío y para mí. y me manda la muerte del cuerpo para que mi alma vaya a tomar posesión de la gloria. ¿Qué menos puedo hacer que darle mi vida como regalo y obsequio mío en agradecimiento amoroso? ¿Cómo no dar alegre la vida a Dios? ¿Cómo no he de desear me la reciba pronto para entrar en la posesión de su gozo?

¿Cuándo me será concedido que yo llegue y me presente ante la cara de Dios? (3).

Amaré eternamente al Señor que eternamente me estará amando y colmando de felicidad.

Estos son efectos del amor, y sólo quien ama llega a entenderlos, como lo advertía ya San Agustín al explicar el Salmo: *«Gózate en el Señor y te concederá cuanto tu corazón le pida. Porque en ti está la fuente de la vida y en tu luz veremos la luz.* Dame un alma que viva el amor y comprende lo que digo. Dame un alma que suspira por la vida eterna, y cono-

ce esto que expongo. Mas si hablo a un tibio, que no conoce el amor, no me comprende» (4).

Si sé con toda certeza, como lo sé, que Dios me ha amado y me ama con amor eterno e infinito, ¿cómo procuraré pagarle su infinito amor? No de manera menos generosa que ofreciéndole mi vida.

No quiero incurrir en el error ya condenado por San Agustín: «Si el alma no se ama en toda la extensión de su ser; por ejemplo, si el alma humana se ama como se ha de amar el cuerpo, siendo ella superior al cuerpo, peca, y su amor no es perfecto, y si se ama más allá de las fronteras del ser, es decir, si se ama como sólo a Dios ha de amarse, siendo ella infinitamente inferior a Dios, peca en exceso y no se ama con amor de perfección y su malicia y aberración es completa si ama a su cuerpo como sólo a Dios se ha de amar» (5).

Dando mi vida a Dios por amor suyo, le amo más que a mí mismo, y en ello está mi mayor ganancia y con ello me amo más a mí mismo, y ofrezco también al Señor este mi cuerpo, que rehuye morir, porque no comprende la ganancia del ofrecimiento ni la transformación que tendrá con la muerte.

(I) *Salmo* 102.
(2) *Salmo* 105.
(3) *Salmo* 41, 2.
(4) San Agustín: *Tratado* 26 *sobre San Juan.*
(5) San Agustín, *De Trinitate,* lib. IX, cap. IV, núm. 4; traducción del P. Fray Luis Arias, O. S. A.

CAPITULO XVII

GRANDEZA Y MERITO DE LOS SUFRIMIENTOS; GOZO QUE CAUSAN

De tanta estima son y tantos bienes eternos traen los dolores que la gracia que el Señor nos hace cuando nos lleva por este camino del sufrir es inestimable.

Porque el sufrimiento, en cualquiera de las manifestaciones que se presente, siempre es, a semejanza de la muerte, una donación que hacemos a Dios, que El galardona con recompensa eterna.

El sufrir, como el morir, es expiación y obsequio a Dios. El Señor es el maestro que enseña las maravillas y riquezas que ha querido encerrar en el sufrir. Sólo el que ama puede llegar a conocer el tesoro y hermosura del dolor; por esto, sólo quien ama puede abrazarle. Es misterio de amor querer penar.

Se abraza y aun se ama el dolor, no en sí mismo y por ser dolor -esto sería una perturbación mental-, sino porque es obsequio a Dios. La muerte es ofrecimiento total del propio ser; el dolor físico es donación parcial como lo es la honra, la fama, el gusto y comodidad; son todos ofrendas gratas a Dios.

El amor enseña a abrazar con gozo los padecimientos. El dolor santificado por el amor es lo que más levanta, después de la oración, y lo que más

ayuda a progresar en las virtudes y en la vida espiritual; fortalece en la fe y esclarece la vista del alma para conocer las misericordias del Señor y las altísimas recompensas de las pruebas y sacrificios.

En el sufrimiento nos damos a Dios y con ello le tributamos alabanza y amor . Pero el sufrimiento es, además, expiación, que limpia el alma de las propias manchas y flaquezas, y la transforma, preparándola para poder recibir nuevas gracias y para ver mejor la bondad divina; porque *los limpios de corazón verán a Dios* (I).

El sufrimiento santificado sirve también para expiación de las almas de nuestros prójimos y es un gran intercesor para conseguir de Dios la conversión de las alejadas de El y para ayudar a crecer en la gracia a las que le están ya consagradas. La penitencia con la oración fueron los dos medios más poderosos señalados en el Evangelio para convertir el mundo.

Ni deja de ser la penitencia manifestación de amor a Dios; el amor es sumamente ingenioso para inmolarse.

Se abraza el dolor por la misma razón que se abraza la muerte; porque si la muerte saca de la oscuridad y del destierro y pone en la luz perpetua y en la patria verdadera, el dolor hace crecer en el amor, prepara los caminos de Dios para recibir su gracia y da fortaleza para llegar a la plenitud del desarrollo espiritual. Amor y dolor unidos en Cristo redimieron al mundo y santifican a todo el que se determina a seguir a

Cristo. El sufrimiento vivido por amor de Dios, llena de luz y de sabiduría de cielo.

Con el dolor temporal se compra gozo de eternidad, que es lo mismo que comprar cielo con tierra, y por un segundo de padecer, un eterno gozar.

Porque la vida entera del hombre, por larga que sea, es un momento, nada más que un fugacísimo momento, comparada con la eternidad; y el tiempo del dolor, en relación a la eternidad, es menos que un solo aliento, menos que una rápida pulsación en toda una vida larga.

¿Quién no escogerá un momento de dolor, por intenso que sea, si con ese dolor asegura una buena salud para toda la vida? ¿No se escogen y se pagan las operaciones quirúrgicas, por muy dolorosas y difíciles que sean, para procurar, no ya perfecta salud, sino mejoría solamente?

Pues un segundo es una respiración, que ya se pasó cuando se quiso dar cuenta de ella. Y la vida toda del hombre, comparada con la eternidad, aunque se nos haga aquí larga, es, sin embargo, menos que un segundo, menos que una rapidísima respiración comparada con una vida larga.

La eternidad siempre está en el ahora presente, en el ahora que empieza. Desaparecerán todos los mundos actuales después de millones de millones de años, suponiendo que los mundos sigan las leyes que dicen los físicos; quizá cree el Señor otros mundos que sucedan a éstos y también desaparecerán y la

eternidad siempre está en el ahora; es el instante presente. ¿Pues quién que no haya perdido su razón no aprovechará y escogerá esta billonésima de billonésima de segundo que ahora en la tierra se nos concede para gozar, después de la muerte, la dicha, felicidad y bienaventuranza por toda la eternidad?

Y la mano de Dios es de inmensa largueza para premiar el sacrificio y la penitencia, por lo cual el dolor por amor es una ganancia superior a todas las ganancias. Los Santos y las almas fervorosas vieron y ven clarísimamente esta verdad, que no pueden comprender los que no se abrazan con la humildad o no tiene vida limpia. También en esto se cumple que los limpios de corazón ven a Dios y sus verdades. La humildad clarifica los ojos del alma y la limpieza los hace aptos para recibir la hermosa luz celeste.

Santa Teresa de Jesús, que subió tan alto en la ciencia del amor, porque se deshizo en profunda humildad, aprendió de los labios del mismo Dios la grandeza y mérito de los trabajos aceptados con amor y la hermosura que recibe el alma que los abraza, por lo que escribió esta admirable sentencia: «Si me dijesen cuál quiero más, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él y después subir un poquito más en gloria, o sin ninguno irme a un poco de gloria más baja, que de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantico de gozar más de entender las grandezas de Dios» (2).

Los Santos son los verdaderos doctores de la cien-

cia del dolor. Dios nos ha hablado por ellos y nos ha dicho maravillas del gozo que sentían en el sufrimiento y del inapreciable tesoro que en él hay escondido.

Preguntaban a San Félix de Cantalicio cómo le iba con sus dolencias y él respondió: «¿Qué decís vosotros de dolencias? Son rosas y flores que produce el Paraíso y distribuye a sus amigos» (3).

De todos es sabido el perdón que San Francisco pedía en la hora de la muerte a su hermano cuerpo, porque comprendía le había tratado muy duramente. y el Siervo de Dios Padre Juan Bautista, llamado de sobrenombre por sus contemporáneos «El Remendado», decía a su cuerpo dolorido para consolarle: «Callad, corpezuelo. No estéis tan enojado, que buena gloria os espera; presto se acabará y descansaréis» (4).

En la ciencia del dolor, no me atrevo a decir que se destacan más y son más eminentes las mujeres, pero quizá sea verdad y sobre todo parece en ellas más general este conocimiento y se las ve más generosas y abnegadas. Yo las veo -quizá sea error mío- más adelantadas en general que los hombres y ellas, a mi parecer, llevan más alta la bandera de la Cruz; por eso las envuelve mayor claridad.

Santa Rosa de Lima nos hace un gráfico hermosísimo del sufrimiento y de su eminente recompensa. Escribe que vio a Jesús dando trabajos y luego gracias, y con majestad incomparable dijo Jesús:

«Conozcan todos que la gracia sigue a la tribulación; sepan que sin el peso de aflicciones no se llega al colmo de la gracia; entiendan que conforme al incremento de los trabajos se aumenta la medida de los carismas. No quieran errar ni engañarse; ésta es la única verdadera escala del Paraíso y fuera de la Cruz no hay camino por donde pueda subirse al cielo.

»No se adquiere gracia sin preceder aflicciones; necesidad hay de trabajos acumulados sobre trabajos, para conseguir la participación íntima de la divina naturaleza, la gloria de los hijos de Dios y la perfecta hermosura del alma. ¡Oh, si conociesen los mortales qué gran cosa es la gracia, qué bella, qué preciosa es, cuántas riquezas esconde de sí, cuántos tesoros, cuántos júbilos y delicias, sin duda emplearían toda su diligencia, afanes y desvelos en buscar penas y aflicciones y andarían todos por el mundo en busca de molestias, enfermedades y tormentos, en vez de aventuras, por conseguir el tesoro inestimable de la gracia» (5).

No es fácil llegue nuestra inteligencia natural a persuadirse del goce en los sufrimientos. Esto lo enseña el amor Porque los Santos amaban, lo sentían y las almas fervorosas que aman lo entienden muy bien sin tener que acudir a que se lo enseñen.

Maestra en esta ciencia era la Venerable María de Jesús, y decía, admirándose de que el Señor la hiciera la merced de trabajos: «¿Cuándo merecí yo, Señora mía, padecer por quien tanto padeció por mí?

Cierto que lo tengo a dicha muy grande que nunca lo merecí yo ni de mil leguas. Si el Padre Eterno libró en esta finca (de sufrimientos) las glorias de su Hijo, ¿qué duda hay que ésta es la mejor riqueza?»; y frecuentemente repetía como lema de su vida: *Mas quiero padecer que gozar* (6).

Preguntaban a otra Carmelita, la Hermana Catalina de San Jerónimo, por cuánto daría los grandes trabajos que padecía y ella siempre contestaba : «¿Dar, Hermana? Por cuanto Dios tiene criado no me desposeería del menor» (7).

Y contestación aún más admirable me parece la del Padre Alonso de Jesús María. Estaba ya muy viejo y ciego y con muchos y fuertes dolores y achaques. Toda su vida había sido de extraordinario fervor y espíritu; todos le querían y reverenciaban. Deseando animarle, le decían que presto mejoraría, y el santo viejo, lleno de un espíritu más alto, contestó: «Es tanta la luz que debo a Dios del bien del padecer, que si Su Majestad me diera a elegir una de dos cosas: o estar sin trabajos de ningún género, o con los mismos trabajos que padezco, y me dijera que la misma gloria me había de dar por lo uno que por lo otro, escogería de mejor gana el padecer lo que estoy padeciendo, siendo su voluntad, que verme libre de trabajos» (8).

Esto no es posible decirlo si el alma no está muy abrasada de amor y no ha sentido regalos especiales de Dios, ni pueden creerlo los tibios.

Superando a todos expresaba San Juan de la Cruz

con mayor hondura de pensamiento y con intensa luz la grandeza inestimable del sacrificio y el tesoro de gozos que se adquiere en el padecer por Dios. Iluminado por la ciencia del divino amor escribía: «Le son al alma tan sabrosos y tan íntimo deleite estos toques, que con uno de ellos se daría por bien pagada de todos los trabajos que en su vida hubiera padecido, aunque fuesen innumerables; *y queda tan animada y con tanto brío para padecer muchas cosas por Dios,* que le es particular pasión ver que no padece mucho» (9).

Y una explicación bellísima de su *Cántico Espiritual* dice que el alma desea entrar en la «multitud de trabajos y tribulaciones..., por cuanto le es sabrosísimo el padecer; porque el padecer le es medio para entrar más adentro en la espesura de la deleitable sabiduría de Dios, porque el más puro padecer trae más íntimo y puro entender, y, por consiguiente, más puro y subido gozar, porque es de más adentro saber» (10). El alma desea entrar *hasta los aprietos de la muerte por ver a Dios.*

Porque experimentaba el gozo inmenso con que Dios regala el alma que se ofrece al sufrimiento por su amor, escribía San Pablo apóstol, enseñándonos a todos esta tan alta como poco meditada verdad: *Estoy rebosando consuelo y rebosando de gozo en todas mis tribulaciones* (II).

Sufrimientos y trabajos se hacen amables por la misma razón que se hace amable la muerte. Los

dolores santificados llevan a la luz ya la sabiduría de espíritu y hacen crecer en la gracia y en el amor; al mismo tiempo que expían, transforman el alma en santidad y ponen hermosura de cielo.

El alma, que en su pobreza y en su nada da cuanto puede, recibe de Dios tesoros de cielo y nueva sabiduría deleitosa y sobrehumana.

Santa Teresa hace resaltar la soberana paga con que Dios galardona el sufrimiento, cuando dice que, apenas murió San Pedro de Alcántara, le vio glorioso y la dijo estas palabras: «Dichosa penitencia había sido la que había hecho que tanto premio había alcanzado» (12).

(1) *San Mareo,* V. 8.
(2) Santa Teresa de Jesús: *Vida,* cap. XXXVII.
(3) *Leyendas de Oro,* día 8 de mayo.
(4) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación; tomo I, día 21 de febrero.
(5) *Santa Rosa de Lima.* por el P. L. O. Oetino; O. p, *Autobiografía,* cap. XXXVII.
(6) *La Sierva de Dios Sor María de Jesús,* por el P. Joaquín de la Sagrada Familia; cap. XII.
(7) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D., tomo III, 2 de octubre.
(8) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D., tomo III, 8 de diciembre.
(9) San Juan de la Cruz, *Subida,* Lib. II, cap. XXVI, 7, y *Llama,* canc. II.
(10) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* can. XXXVI.
(11) *A los de Corinto,* cap. VII, v. 4.
(12) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XXXVI.

CAPITULO XVIII

OFRECIMIENTO A DIOS DE LA PROPIA VIDA Y DEL SER

Sólo en el cielo podré comprender la intensidad y grandeza del amor que Dios me tuvo desde toda la eternidad. Mi aspiración es no hacerme indigno de este amor y pedirle agrande en mí la capacidad de amar. Amadme, Dios mío, amadme para que yo os ame cuanto deseo y Vos queréis.

No hay hermosura ni grandeza ni encanto que pueda asemejarse a este amor de Dios, ni hay nada que tenga poder para transformar el alma como este divino amor. «Amar Dios al alma, escribía San Juan de la Cruz, es meterla en cierta manera en Sí mismo, igualándola Consigo, y así ama el alma en Sí Consigo, con el mismo amor con que El se ama» (I).

Como es imposible que el alma pueda tener amor infinito, no la es posible llegar a amar a Dios con amor infinito propio, según es el deseo del alma fervorosa enamorada, y para acercarse en su pequeñísima capacidad a este anhelo, se esfuerza y esmera en ofrecerse continuamente a Dios y en hacer con toda delicadeza y con todo heroísmo cuanto puede en obsequio del Señor.

Ve que en su pequeñez puede intentar dos cosas: primero, deshacerse ante Dios en amor humilde, de

reconocimiento y de gratitud. En este deshacerse delante de Dios espera una nueva gracia y un nuevo fuego para poderle amar con más fidelidad y con mayor fuerza.

Ve que lo segundo que puede hacer es ofrecer totalmente a Dios la nada de su propio ser y de hecho le ofrece este pequeñísimo tesoro y el inmenso caudal de la gracia. Lo natural es su propio ser y su vida con todas sus acciones, pensamientos y amores. Todo lo ha recibido de la bondad de Dios y tiene su mayor gozo en podérselo ofrecer todo en agradecimiento y para su gloria. Quiere ser toda de Dios, repitiendo con gozo y haciendo suya la exclamación de Santa Teresa de Jesús : *Ya toda me entregué y di. ¿Qué hace, Señor mío, el que por Vos no se deshace?* No me pertenezco a mí mismo; soy de Dios y para Dios. Sólo quiero y busco su gloria y su alabanza. Por esto renuncia el alma a sus gustos y delicadezas, abrazando el sacrificio; escoge la muerte de las alegrías y disipaciones del mundo, buscando el retiro del claustro para estar con Dios y sus ángeles; se entrega al apostolado para que todos amen a Dios y espera la muerte para vivir la verdadera vida.

Toma las palabras de David para ensalzar al Señor, diciendo: *A Ti te entregué el corazón, a Ti te buscó el alma mía. Alma mía, bendice al Señor y bendiga su santo nombre cuanto hay en mí* (2).

Sobre su vida y su ser está el tesoro sobrenatural recibido del mismo Dios, más valioso que todos los

mundos y que todas las criaturas; es el mismo Dios, que se da al alma en amor. Yo, pobre y ruin criatura, llena de defectos e imperfecciones, si tengo grandes deseos puedo ofrecer al Señor lo que vale más, sin comparación, no sólo que mi pequeñez, sino que las criaturas más excelsas y puras; puedo ofrecer el mismo amor de Dios, y a El mismo.

En una misericordia inexplicable e infinita, Dios no sólo me da su amor sobre la medida de mi deseo, sino que se me da El mismo como Padre amoroso; se me da para ser mi tesoro, para que yo me lo apropie y pueda ofrecérselo a El de nuevo. Yo, pobre y nada, si soy humilde, si amo, puedo dar a mi Dios esa infinita ofrenda de infinito valor como propia mía. ¡Misterios y carismas insondables de la Caridad! San Pablo nos decía que *el Espíritu Santo se nos había dado y llenaba nuestros corazones* (3); Jesucristo nos da su pasión y sus méritos y Dios se nos da a Sí mismo (4).

En verdad, con este ofrecimiento puede decir el alma que su alabanza *es sobre todos los cielos* (5), porque es la alabanza infinita y perfectísima del mismo Dios y éste es el ofrecimiento sobrenatural.

Dios me pide que le dé yo esta gloria externa del ofrecimiento de mi vida y me lo exige el amor que yo tengo a Dios. Esta gloria de mis acciones y de mi voluntad yo sólo se la puedo dar. Con toda mi alma y con todo mi corazón quiero unir mi pobre canto de acción de gracias al himno majestuoso que entona toda la creación visible e invisible, alabando a su

Criador y al amor infinito con que desde la eternidad El a Sí mismo se amó.

Hablándome del agradecimiento a Dios oía decir al ermitaño: «Sé, Dios mío, que sólo puedo daros la gloria que Vos tengáis a bien poner en mi alma. U n cuadro o una obra de arte da tanto honor al artista como belleza haya puesto en ellos. Pues yo soy vuestra obra, Señor, embellecedme para que os dé gloria.» «Las flores, con su perfume y color, cantan todas vuestra gloria, Dios mío, tal cual son, lo mismo la pequeña amapola silvestre como la mejor cultivada orquídea de invernadero, cada una según la belleza con que la habéis dotado, la pequeña y rústica como la exquisita y cultivada, sin estorbarse y en su puesto cada una. Dios mío, poned belleza en esta vuestra flor de mi alma para que os dé gloria.

»Todos los astros cantan vuestra magnificencia con la luz, la grandeza, los movimientos que de Vos recibieron. Todos cantan vuestra gloria con ordenada obediencia. Poned luz de amor en mi alma, para que yo cante mejor vuestra gloria y sea fiel.

»La molécula negra de carbón se torna incandescente y brillante en el fuego y el átomo de oxígeno se hace refulgente en la llama y canta vuestra gloria. Poned brillo en mi alma oscura aún, y con sus reflejos cantaré mejor vuestra gloria.

»Oscuro es y negruzco el filamento de los focos eléctricos y el fluido le hace brillante; iluminando la oscuridad con su luz, canta vuestra gloria; Señor,

cambiad lo renegrido de mi alma, aún imperfecta, en brillo de amor y en luz de vuestra gracia para que yo os alabe.

»Aquí en estos montes y valles resuenan los arpegios de las aves llenándolos de armonías y cantando cada una a su Criador según los dones que de Vos recibió; poned en mi alma, Dios mío, aquella armonía dulcísima de aspiración y amor a Vos, para que también cante yo vuestra gloria.

»Mi alma, mis potencias, mis sentidos, mi ser, mi vida y cuanto me habéis dado es vuestro y os lo ofrezco. Poned la belleza del más ardiente amor en mí, para que con las virtudes cante el himno de vuestra gloria y pregone vuestras misericordias.

»Quiero que mi amor y mi vida sean para Vos; quiero ser luz de vuestra luz, belleza de vuestra belleza. Poned vuestra santidad en mi alma para que alabe y cante como lo hacen las florecillas con sus colores, los astros con su brillar, las aves con sus trinos en compañía de los santos y sus virtudes y con los ángeles y sus gozos.

»Bendice, alma mía, a tu Dios y cuanto hay dentro de mí alabe el nombre del Señor» (6).

(1) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritualidad* can. XXXVI.
(2) *Salmos* 26 y 102.
(3) San Pablo, *A los romanos*, v. 5
(4) San Juan de la Cruz, *Llama*, canc. II; Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XXXIX
(5) *Salmos*, 8, 2, 7 y 112, 4.
(6) *Salmo* 102.

CAPITULO XIX

POR QUE SINTIO GOZO EL ALMA DE JESUCRISTO EN EL OFRECIMIENTO DE SU VIDA

Todos los libros hacen resaltar el dolor de Jesucristo en su pasión y hacen muy bien, enseñándonos a unirnos a sus penas; pero no se medita bastante el gozo del alma de Jesús tanto en el ofrecimiento de su vida como en los tormentos de su pasión.

Esto no es opinión mía, ni son mías las ideas. Es doctrina de la teología y del santo ermitaño a quien yo admiraba y oía. El hombre de Dios me dijo cosas pocas veces oídas, y que en aquella amena soledad me orientaban hacia una vida más interior .

«Pienso yo aquí en mi retiro, me decía, muy unido a Nuestro buen Dios, que el dulcísimo Jesús sintió durante toda su vida un gozo inmenso e inexplicable en ofrecer la vida a su Padre Celestial y en aceptar la muerte. Que en los treinta años pasados en el silencio de Nazaret, continuamente se estaría ofreciendo y gustando el gozo de ofrecer su vida escondida y de morir públicamente y deshonrado. Porque el futuro no era ningún misterio para Jesús.

»Gozan los religiosos que de verdad han salido del mundo y viven sólo para Dios, y los santos soli-

tarios en su desierto, de haberse ofrecido del todo a Dios, hasta en sus pensamientos y recuerdos. ¿No había de sentir Jesús un placer mayor que todos juntos al estarse continuamente ofreciendo con la seguridad, que no tenían los solitarios por santos que fuesen ni tienen los religiosos más espirituales, de que su Padre Celestial se complacía en su ofrecimiento y lo aceptaba con amor? Sabía El que había venido a darse; que su persona y todos sus actos eran sólo para la gloria del Padre y que de ese modo labraba también la redención de los hombres. El corazón de Cristo con todas las divinas ilusiones de sus años de niñez, pubertad y juventud, saltaba de gozo ofreciendo las alegrías y el brillo de su inteligencia a su Eterno Padre; por este ofrecimiento, era muy superior su alegría a las alegrías de todos los hombres; este goce inefable y el placer de ofrecer su vida al Padre fueron inconmensurablemente más grandes e intensos que el más intenso dolor de su sacratísima y dolorosa pasión. »Quizá, me decía, le causen sorpresa estas afirmaciones. Yo siento gozo en meditarlas y juzgo que si se meditasen más, a muchos alentarían como me alientan a mí.

»No es esto un entusiasmo infundado. Es la verdad de la teología. ¡Quién me diera la soledad de Jesús en Nazaret y su ofrecimiento, para poder sentir su altísimo gozo! ¡En aquel silencio y oscuridad, como desde la cruz, daba gloria a Dios, más que toda la creación junta!

»Nadie ha comprendido como Jesús lo que es dar gloria a Dios. Decimos que Dios hizo el mundo y todas las cosas para su gloria, y así es en verdad, porque Dios no puede tener un fin menos noble que El mismo, ni menos alto.

»San Juan Crisóstomo repetía, como expresión del deseo de su corazón, *que todo sea en gloria de Dios.* San Ignacio de Loyola tomó como lema suyo y de su Orden esta frase: *Todo sea a mayor gloria de Dios.* El anagrama final de los escritores e impresos de los Carmelitas y de otras Ordenes religiosas es: *Loado sea Dios y la Virgen Madre.* Santo Tomás de Aquino, al recibir al Señor como *Viático* en los últimos momentos de su laboriosa vida, hizo esta manifestación: «Te recibo a Ti, precio de la redención de mi alma; a Ti, por cuyo amor estudié, velé y trabajé; y te prediqué, y enseñé a Ti, ni dije algo contra Ti; pero no soy pertinaz en mi pensamiento, y si dije algo incorrecto de este Sacramento, todo lo someto a la corrección de la Santa Iglesia Romana, en cuya obediencia salgo ahora de esta vida» (I). Muchos años antes había hecho una declaración semejante al morir San Edmundo, Obispo. En todo habían buscado la gloria de Dios.

»Santa Teresa de Jesús, con estilo más difuso, pero más encantador y no menos expresivo, dice de sí misma: «Esto sabe El (Señor) bien, o yo estoy muy ciega, que ni honra, ni vida, ni gloria, ni bien ninguno en cuerpo ni en alma hay que me detenga, ni quiera ni desee mi provecho, sino su gloria» (2).

Pero nadie ha podido ni podrá jamás comprender como Jesucristo lo que es dar gloria a Dios; nadie como El ha sabido el mérito encerrado en el ofrecimiento voluntario y amoroso hecho a Dios de la propia vida y del propio ser con todas sus actividades y perfecciones; porque nadie puede comprender como Jesucristo lo que es Dios, las infinitas perfecciones y magnificencias del Señor. El entendimiento humano de Jesús, desde el momento de su creación, excede en capacidad de entender no sólo a todas las criaturas que tienen actualmente inteligencia, sean hombres o sean ángeles, sino a cuantas criaturas inteligentes quiera crear el Señor en toda la eternidad; excede a todos desde el momento en que fue creado y unido hipostáticamente a la Persona Divina del Verbo. Nadie puede ni acercarse al conocimiento que el entendimiento humano de Jesucristo tiene de Dios y de sus perfecciones infinitas. Sólo El conoció y vivió los efectos insondables del divino amor *Nadie como Jesucristo sabe lo que es dar gloria a Dios,* porque este conocimiento está en proporción del conocimiento que se tiene del mismo Dios, de su magnificencia y perfecciones.

Y por esto mismo, perfectísimo como era, buscó en todo y procuró en todo la gloria de Dios y su gozo fue dar esa gloria al Padre.

Primero, en el silencio de Nazaret durante treinta años. Nadie ha podido ser tan humilde como Jesús, porque nadie ha visto como Ellas perfecciones que

tenía y que todas las había recibido gratuitamente. Sin ningún merecimiento anterior, Dios, por pura bondad, al crear su alma, la dotó soberanamente y la unió al Verbo. El alma de Jesucristo había recibido más dones que toda la creación y los había recibido gratuitamente de Dios; no podía engreírse; era la humildad misma y se ofrecía toda a Dios en agradecimiento.

Vive treinta años en Nazaret, sabe todas sus altísimas perfecciones, las recoge todas y, en su incomprensible silencio de amor, las dirige a Dios y vive sólo para el Padre. ¿Qué sabe el mundo sobre esta vida de ofrecimiento continuo en divino amor y heroico silencio de Jesús? Y con ello está dando a Dios ininterrumpidamente gloria infinita.

Después, con la predicación del Evangelio, y por último, en la cruz. Ofreció su vida en Nazaret, en los campos de Palestina y en el Calvario.

Jesucristo vino al mundo para redimirnos. Esta verdad es ciertísima; nos la enseña la fe. Pero la teología enseña igualmente que Jesucristo vino al mundo y se encarnó para que hubiese en lo creado quien pudiera dar gloria a Dios como merecía y amarle con amor infinito. La Encarnación del Verbo es el gran misterio de Dios en sus obras; el centro de la creación y lo que da más eminente gloria a Dios. Así lo resume San Pablo: *Todas las cosas son Vuestras....; vosotros, empero, sois de Cristo, y Cristo es de Dios* (3).

Jesucristo fue el amor infinito en la tierra. Amó a Dios sobre todo cuanto se le puede amar y recogió todo nuestro amor y nuestro ofrecimiento y el amor de todas las criaturas espirituales que aman al Señor, y como Sacerdote Eterno, se lo ofreció unido a su propio amor y ofrecimiento con mérito infinito, ya que por la unión hipostática con la Segunda Persona de la Trinidad beatísima es Dios. El alma de Jesucristo, su entendimiento humano y su voluntad humana, eran una sola persona divina con el Verbo Eterno y todas las acciones eran divinas.

Sólo Jesucristo ha sabido lo que era dar gloria a Dios y sólo El ha podido dársela perfecta. y lo hizo. Esto explica el silencio misterioso de treinta años en Nazaret. Allí estuvo consagrado sólo a Dios. El nos dijo en el Evangelio: N*o busco mi gloria* (4) ; recogió toda la alabanza y todo el amor de las almas puras, humildes y santas; todo lo que tiene eco y luz de agradecimiento y perfecciones en la creación y uniéndolo a su propia alabanza, como Sacerdote Santísimo, como Cabeza y Rey Supremo de la creación, lo entregó al Padre.

Tú recogiste, oh Jesús mío, mis obras, mis deseos y los de tantas almas santas como te aman, y para bien y mérito mío, los uniste a los tuyos y los ofreciste con amor infinito a Dios. ¡Bendito seas por tu amor y tu bondad! Quiero cada día amarte más. Por Ti buscamos tantas almas la silenciosa y apartada soledad. Como Tú y por Ti, aspiramos a ser sólo para Dios.

Porque Jesucristo comprendía tan altísimamente lo grande que era buscar la gloria de Dios, vivió casi toda su vida enseñando con su ejemplo pobre y desconocido. Medios no claros para la razón humana, pero los más aptos según la voluntad divina. Vivió ofreciéndose total, continua y perfectamente a Dios. Toda su vida fue una continua renuncia, una muerte de sus gustos y un perfecto y ardentísimo holocausto que terminó en la Cruz. Era todo eso la gloria de la creación y se la ofrecía a su Eterno Padre. Nadie ha podido igualar este ofrecimiento, que, a imitación suya, han hecho después millones de almas, las más puras del mundo, consagradas al Señor.

Jesucristo sabía el modo de cantar la perfecta alabanza y lo hizo con soberano silencio y total donación.

Si leemos de muchos Santos que la luz recibida sobre alguna de las perfecciones divinas les sacaba fuera de sí y les arrebataba en éxtasis; si hablando de las grandezas de Dios, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz quedaron los dos suspendidos en el aire por el exceso de conocimiento y regalo, ¿qué no sentirla el alma de Jesús en aquella altísima comprensión? ¿Cómo no ungiría su espíritu con suavísima dulzura el bálsamo del Espíritu Santo? .

A sus Apóstoles comunicó esta preciosísima noticia: *Yo te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra, cuya ejecución me encomendaste. Ahora, glorifícame Tú, oh Padre, en Ti mismo, con aquella*

gloria que, como Dios, tuve yo en Ti antes que el mundo existiese (5).

Cuando Jesús dijo estas palabras, ya había aceptado la muerte y se había despedido de los Apóstoles con la última cena.

Si Santa Teresa de Jesús decía que el alma que ha bebido en la fuente de la Vida «querría tener mil vidas para emplearlas en Dios, y todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle» (6), Jesucristo lo realizó. Ofreció su vida una vez e instituyó la Eucaristía, para poder ofrecer millones de veces su vida de un modo maravilloso y con insondable amor para la gloria de Dios y bien de las almas (7).

(1) *El espíritu sacerdotal del Angélico en su testamento intelectual,* por el Cardenal Gomá.
(2) Santa Teresa de Jesús, *Relaciones,* m.
(3) San Pablo: I, *A los Corintios*, III, 23
(4) San Juan, VII, 26.
(5) San Juan, XVII, 4, 5.
(6) Santa Teresa de Jesús, *Morada* VI, cap. IV.
(7) *De la hermosura de Dios y de su Amabilidad,* por el P. I. E. Nieremberg, lib. II, cap. VII, pár. V.

CAPITULO XX

GOZO INMENSO DEL ALMA DE JESUCRISTO DANDO A DIOS, CON EL OFRECIMIENTO DE SU VIDA, LA MAYOR GLORIA DE LA CREACION

Esta doctrina sobre el gozo de Jesucristo en el ofrecimiento de su vida toda, desde Belén y Nazaret hasta la cruz, mal expuesta por mí, la oí brotar dulcísima de los labios del santo ermitaño. Ni sé expresar el efecto gratísimo y profundo que hizo en mí. Recobré nuevos ánimos de espiritualidad y hasta me parecía casi del todo nueva por lo poco que en ella se medita.

La vida oculta de Jesús en Nazaret no estaba envuelta en penumbra de tristeza, sino iluminada con fulgor y gozo. Jesús llevaba dentro de Sí mismo la lámpara inextinguible de alegría. Los sufrimientos, lejos de apagarla, aumentaban su llama y sus reflejos. El ofrecimiento continuo de su vida en trato silencioso de altísimo amor no perturbado por nada, y la aceptación de su muerte en el momento señalado por su Eterno Padre, aumentaba sin cesar el raudo manantial de gozo dentro de su alma. Yo entendí con esta luz que la vida de Jesús fue de inmensa mayor

alegría que de pena, como lo es la vida santa de todos los que a El se entregan; tanto sobrepasa el gozo al dolor cuanto mayor es el silencio y la soledad. Movido por este sentimiento, se vio obligado a exclamar un enamorado de la vida oculta: *¡Oh bienaventurada soledad! ¡Oh sola bienaventuranza!* En ella se vive más a Dios y El lo llena todo. Y esta es la causa de que el dolor encierre inmenso gozo espiritual, tanto mayor cuanto más íntimo y crecido. Quisiera continuar lo que oí al dulce ermitaño, no de las penas y dolores de la sacratísima pasión de Jesús, sino del placer y gozo que dentro de su alma sentía, en contraste maravilloso con los dolores terribles exteriores y la causa o razón de ese gozar. Quisiera que fuera para ti, que esto lees, de tanto efecto y santo estímulo como para mí lo fue.

Y bien mirado, ¿cómo se ha de encontrar extraño que Jesús sintiera ese gozo en su pasión, cuando lo sintieron los mártires que por confesarle a El murieron en los más crueles tormentos y cantando su alabanza? Siendo inmensamente más grande el amor de Jesús y más puro e intenso el amor con que se ofrecía, y más alto y claro su conocimiento de la grandeza de Dios que el de todos los mártires, es natural fuera sin comparación mayor su gozo. Si las almas fervorosa sintieron gozo en el dolor, ¿no lo sentiría Jesús?

Tenía reunidos en torno suyo a sus discípulos en la Cena Pascual. Sabía El, no los discípulos, que era la última que celebraba en su compañía. Empezó ex-

presándoles su grande amor, diciéndoles el deseo tan vehemente que había tenido de que llegara esa hora.

Había llegado el momento de dar su cuerpo y su sangre en manjar a los apóstoles y a todos los discípulos que en la sucesión de los siglos viviesen, por medio de la Eucaristía. Es misterio de un amor, que no es posible comprender en la tierra por mucho que lo admiremos; nos será dado entenderlo en el cielo.

Por la Encarnación y nacimiento se dio a los hombres en misterio de amor. Se encarnó para redimirnos. Lo infinito se abrazó y unió a lo finito, creado por El mismo. Ahora se daba a los hombres en alimento. Con un milagro de su omnipotencia, en muestra de su infinito amor hacia nosotros, cambiaba la sustancia del pan y del vino en su propio cuerpo vivo y entraría toda su Persona divina en el pecho de cada uno que le recibiese, para ser alimento del alma y comunicar gracia y amor suyo a medida del deseo y de la preparación y amor con que se le reciba.

Quiso darse en una modalidad nueva, que confirmaba su amor sin límites y su poder infinito, obrando sobre la esencia de los seres y cambiando la sustancia de los elementos. Se dio a los apóstoles; se me dio a mí. Quiso hacerse sustancia de amor y que, entrando en mí, le hiciera yo amor mío, y me convirtiera yo en amor suyo.

Quiso que los hombres pudiéramos ofrecer al Criador una oblación digna, una alabanza infinita y un amor perfecto, y se nos dio en la Eucaristía, para

que todos pudiéramos ofrecer a Dios como don nuestro, como amor y tesoro nuestro, y en agradecimiento y alabanza, el amor del Verbo.

Su cuerpo y su alma entran realmente como está en el cielo en nuestro cuerpo para hacerse sustancia nuestra y poner en nosotros vida sobrenatural y eterna; para que nos hiciéramos una cosa con El y viviéramos su vida sobrenatural y sus virtudes, su amor a Dios y su inmolación santa.

Se quedaría con nosotros para enseñarnos amor y oración; para pedir en nuestra compañía. Era aquel el momento de una manifestación nueva de sublime amor.

Pero más aún que por esto, con ser tan alto, tan hermoso y tan incomprensible, había deseado Jesús aquel momento, a mi parecer, porque iba a ofrecer a Dios lo que nunca se había ofrecido. y Dios iba a aceptar la consumación del ofrecimiento que le tenía hecho. Jesucristo se entregaba en holocausto y oblación suprema e infinita; ofrecía su vida y aceptaba la muerte. Había dado a Dios, viviendo en Nazaret, todas sus acciones, su nombre, su ciencia y saber en secreto silencio; había ofrecido los bienes materiales viviendo en pobreza y oscuridad, teniendo derecho a todas las cosas y siendo el señor del mundo. Había ofrecido su vida, pero no había llegado el momento hasta aquella hora. De nuevo ofrece a su Eterno Padre su vida y su honra, y sabe que es aceptada. Abraza morir en la mejor edad de su vida terrena y

con los más grandes dolores, en la más ignominiosa deshonra y desprecio. Se ofreció en inmolación total, purísima y voluntaria a su Eterno Padre, en su alabanza y para su gloria,

Desde el momento de su encarnación, Jesucristo había amado a Dios con toda la intensidad de la potencia de su alma y de su cuerpo, con un amor muy superior a toda la creación junta, por su unión en la Persona del Verbo. Fue el amor infinito, amando a Dios por todos los hombres, tanto en el silencio y pobreza de Nazaret como en la predicación de su Evangelio por las ciudades de Palestina. Ahora estaba a punto de consumar este amor infinito en alabanza y en ofrecimiento a Dios, y por la redención de los hombres, abrazando la muerte y ofreciéndose como víctima.

Más grandes de lo que puede decirse fueron los dolores de Jesús durante su vida y, sobre todo, en su sacratísima Pasión y muerte, que empezaba con la Cena Pascual. Muchos admirables y devotos libros se han escrito haciendo resaltar estos sufrimientos para mover el corazón a la compunción, al agradecimiento y a una vida santa, para que sean bálsamo de consuelo en nuestras penas.

Pero aún más grandes que sus dolores fueron los gozos de su alma, lo cual parece algo extraño y es muy hermosa verdad, muy alentadora y muy en consonancia con la doctrina del sufrimiento enseñada por los Santos. Con toda certeza se puede asegurar

que ninguna persona hubiera podido resistir gozo tan intenso y seguir viviendo sin especialísima ayuda del Señor.

El sufrir de Jesús en su pasión fue superior al de todos los hombres; pero su gozo fue también inmensamente más grande que todas las alegrías y gozos de los mortales. Con su vida daba lo que valía más que la creación entera y más que millones de mundos que Dios creara de nuevo. Ofrecía a Dios más amor y más mérito que todos los ángeles y que todas las criaturas más santas juntos pueden ofrecer.

Decía Jesucristo a sus apóstoles: «Con deseo he deseado que llegue esta hora, porque en ella, con el ofrecimiento de mi vida se dará más gloria a Dios que jamás pueda dársele. Tengo el gozo inmenso de darle yo esa gloria. Para esto he venido al mundo. Ofrecí mi vida antes; ahora la consumo con mi pasión y muerte. Sólo yo puedo dar a Dios esta gloria, y lleno de amor y de gozo se la doy.»

La inteligencia de Jesucristo, abarcando claramente todas las acciones de todos los tiempos, de todos los mundos creados, de todas las generaciones del correr de los siglos, de todas las criaturas capaces de amar y de entender, que por ventura más perfectas que el hombre de la tierra pueblan otros mundos sin haber ofendido a Dios, las recoge y se las ofrece con su vida a Dios.

Y con un gozo inmensamente mayor que el tormento que va a atenazar sus sentidos y todo su cuer-

po, que la tristeza, el desprecio y la deshonra, lleno de alegría interior, ve clarísimamente que desde ese momento hasta el de expirar en la cruz, da a Dios la mayor gloria y la mayor alabanza que jamás se le ha dado.

Grande era el dolor de tu cuerpo, -pero el gozo de tu alma era inenarrable y capaz de quitar la vida de alegría a otro que no fueras Tú, oh Jesús amabilísimo. La muerte fue de sumo gozo para tu, espíritu. Diste con ella gloria a Dios y me redimiste a mí.

¿Cómo no había de sentir Jesús inconmensurable gozo en los sufrimientos? Sería contra la ley natural del amor. Santa Teresa de Jesús dice de sí misma -y ésta es la norma de las almas santas- que cuando la daban los ímpetus de amor buscaba algo para hacer penitencias, pero todo era como nada, y explica *que no sé yo qué tormento corporalle quitase* (I) la pena y gloria juntas que ponía el amor. ¿Qué deseo y qué gloria, qué sed de ofrecimiento no pondría en Jesús su amor, ante el cual es nada el de las almas más ardientes y el de todas juntas? La misma Santa hizo una poesía al sufrimiento:

Si *el padecer con amor*
puede dar tan gran deleite,
¡qué gozo dará el verte!
. . . . . .
¡Oh, que no puede faltar
en el padecer deleite! (2)

Fue en su Pasión cuando mejor pudo Jesús decir a su Eterno Padre: «Padre, así te he amado y glorificado sobre todas las cosas; te he amado más que a mí mismo; te he ofrecido todo lo que me diste; te he dado la suma alabanza y la gloria que es posible darte. Yo sólo podía dártela, y te la he dado. Me deshago en amor tuyo y por la redención de los hombres, como es tu voluntad, abrazando la cruz. Tuyo soy y seré eternamente para Ti. *En tus manos pongo mi espíritu.*»

¡Qué bien cumplió Jesús el dicho de Santa Teresa: «¿Qué hace, Señor, el que no se deshace por Vos? »

Jesús ennobleció la muerte y la hizo amable, transformándola en ofrecimiento de amor y en gozo de esperanza de cielo.

El gozo de Jesús no fue en su cuerpo, en el cual padeció fuertísimos dolores. Los mártires sintieron muchas veces en su cuerpo placer y contento mientras eran atormentados, porque el gozo de su espíritu revertía en sus miembros. Alguna vez se derramaba y hacía sentir en el cuerpo de los santos muy penitentes una suavidad dulcísima y regalada, pero no era esto lo ordinario, sino la excepción. El santo y el mártir tienen su alegría en la prueba; sienten gozo en el alma, con dolor en su cuerpo. Les nace el gozo de la fe, por]a cual saben que están agradando a Dios y cumpliendo su voluntad santísima. No aspiran a otro placer en esta vida, antes buscan los trabajos, los menosprecios y la desestima de los hombres. Todo

ello es doloroso a los sentidos y al gusto, pero produce alegría de espíritu.

Tampoco los gozos de Jesús fueron en su cuerpo; en sus sentidos y en sus miembros sintió dolor crudelísimo; parte de su alma estuvo sumergida en amarga tristeza. Pero la voluntad estaba radiante y henchida de alegría, porque estaba haciendo la voluntad de su Eterno Padre, porque estaba amando subidísimamente a Dios y dándole gloria, porque estaba amando a los hombres y redimiéndoles. y Jesús sabía con certeza lo que nunca supieron los santos: que Dios se complacía sobre manera en esta su obra. Sabía que El era la santidad y vivía la santidad. Sufría su cuerpo con el dolor, y eso aumentaba la alegría y gozo interior, pero era también como contrapeso para no morir de gozo espiritual. No le faltó a Jesús el gozo.

¡Oh, que no puede faltar
en el padecer deleite!

Es doctrina de San Juan de la Cruz, como veremos más adelante, que la muerte de los que han llegado a la unión Con Dios no es por enfermedad ni por lo avanzado de la edad, sino por un ímpetu irresistible de dulcísimo amor (3). No hay duda que el mayor ímpetu de amor y el más intenso que se ha vivido ha sido el de Jesucristo.

Este ímpetu es de suyo inefable y tanto más deli-

cioso cuanto es más doloroso. «El más puro padecer trae... más puro y subido gozar, porque es de más adentro saber» (4). y se desea entrar «hasta los aprietos de la muerte por ver a Dios». Jesucristo se ofreció a su Eterno Padre, a quien amaba sobre todas las cosas, en un acto de amor sobre todo amor y sobre todos los amores juntos de la creación y se ofreció en un dolor, que tampoco ha sido igualado. Pero el gozo más excelso, el deleite infinito y más grande que jamás se ha vivido ni se podrá vivir en la tierra y con dulcísimas alegrías e indecibles complacencias, los tuvo Jesús.

Nos parece esta contraposición de grandísimo dolor y excelso gozo algo imposible y que no sabemos comprender, pero no por eso deja de ser menos verdad, y Santa Teresa, que había pasado algo de ello, lo intenta explicar en los versos copiados y en esta exclamación: *Oh gran deleite padecer en hacer la voluntad de Dios* (5).

Jesucristo aceptó y abrazó la muerte y pudo, lleno de humildad, decir a su Eterno Padre: «Me inundáis en gozo de amor por este ofrecimiento que de mi vida y de mi honra os hago en agradecimiento y en alabanza a vuestra gloria y por la redención de los hombres. Con la entrega de mi vida os doy gloria como nadie os la puede dar. El hacerlo yo me llena de dicha. Soy vuestro y para Vos.»

El gozo que recibió Jesús en el ofrecimiento de su vida por su pasión y muerte, sólo es comparable a El

mismo; la certeza de que recibiría gloria eterna y premio el más excelso para siempre, hizo que la alegría sobrepasara a cuanto se pudiera soñar.

Porque Jesucristo abrazó los más grandes sufrimientos, porque ofreció la vida y la muerte a la gloria de su Eterno Padre con la mayor perfección y el más alto amor, porque redimió al mundo con su amor, derramando su sangre, mereció ser el Rey inmortal de los siglos, Juez de todos los hombres, y poseer más gloria eterna que la que pueden poseer todos los demás bienaventurados juntos. Fue equitativa justicia de Dios dar tan alto premio a su ofrecimiento, siempre supuesto el misterio de la unión hipostática con el Eterno Verbo, fuente y causa de todas sus grandezas.

Tan generoso y grande es Dios en sus dádivas, que a sufrimiento de una vida, que es menos que un instante comparada con la eternidad, premia El con gloria inconcebible y eterna. A un momento de obsequio de amor corresponde El con un *para siempre, para siempre de gloria.* ¿Quién no querrá ofrecer gustosísimo su vida con esperanza de recompensa tan alta? ¿Quién no abrazará la muerte para darse a Dios? «Muchos, me decía el ermitaño, no encontrarán fácil meditar en el gozo que sintió Jesús en su pasión y en su muerte; yo encuentro tanta hermosura con esta verdad, que me llena de consuelo y convierte esta amabilísima soledad en verdadero paraíso, y el gozo de Jesús en su pasión me enseña a recrearme

en mi dolor y en mis pruebas, a gozar en mis desconsuelos ya levantarme sobre mí mismo y verme ya entre los bienaventurados; con ellos vivo aquí y me comunico; con ellos alabo y amo al Señor que aquí lo llena todo y estoy esperando de un momento a otro me llame para llevarme con El. Mientras ese momento llega, le llamo con el cariño de un niño a su madre.»

Y yo nunca había sentido la luz de lo sobrenatural como oyendo al ermitaño, y nunca el impulso de amor que entonces sentí contagiado por su alegría. Además, vi pasar ante mí la soledad como una ráfaga celeste, como una brisa eternal, y de lo más profundo de mi alma le decía al Señor: «Quiero yo también ofreceros, Dios mío, mi vida como Jesús os la entregó en la cruz y en su compañía, y, por sus manos, os la doy con tanto más amor cuanto mayor sea la resistencia que mi naturaleza quisiera oponer.»

(1) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XXIX.
(2) Santa Teresa de Jesús, *Poesías,* XXI. Véase en el apéndice V.
(3) San Juan de la Cruz, *Llama de Amor viva.* canción I.
(4) San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* canción XXXVI
(5) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* V, cap. II.

CAPITULO XXI

LA MUERTE FISICA ES APACIBLE Y SERENA

Ante las reflexiones tan hermosas de la felicidad que trae la muerte, ¿qué pensaremos de su llegada? ¿Será tan suave y tan dulce como es meritorio el ofrecimiento que de nuestra vida hacemos a Dios?

Los cristianos oímos y leemos repetidas veces textos de la Sagrada Escritura, en los cuales se presenta la muerte muy hermosa. En los Salmos se dice que la *muerte de los justos es preciosa delante de los ojos del Señor* (I). San Juan, en su *Apocalipsis,* escribe que son *bienaventurados los muertos que mueren en el Señor* (2), y el libro del *Eclesiástico* añade que el *justo espera en su muerte y no le tocará el dolor de la muerte* (3). Hay otros muchos textos semejantes. De ellos parece deducirse que la muerte será dulce y consoladora.

Una y otra vez hemos considerado que la muerte, cuando se acepta habiendo ofrecido a Dios la vida, es raudal de toda esperanza de luz y de alegría; es transparencia de eternidad feliz. Si la analizamos fisiológicamente, encontraremos que es más temida cuando se la ve aún lejana que cuando se la contempla de cerca. Temen muchos hasta recordar la muerte cuan-

do viven en perfecta salud, como si sólo su nombre pudiera entristecer la vida, cuando más bien es principio de vida, y su recuerdo, manantial de alegría, que nos enseña a sobreponernos a las cosas terrenas.

Cuando en la enfermedad se da cuenta el paciente de que le faltan las energías, acoge la presencia de la muerte con la facilidad con que se acogen todas las cosas de la naturaleza; no se recibe con sorpresa ni espanto, sino con sencillez y naturalidad. Si a la muerte ha precedido enfermedad dolorosa, suelen desaparecer los dolores y se tiene un período de paz y quietud; de ordinario, fisiológicamente se muere en paz. La fatiga de la muerte es para los que la presencian y rodean al enfermo; esos sí andan llenos de miedo y de sobresalto y suscitan la inquietud en el enfermo; pero éste en los últimos momentos y a casi ni siente llegar la muerte. La naturaleza se ha ido lentamente apagando como se extingue en los animales, como se suspende el conocimiento en quien se ha producido la anestesia para una operación. Si alguna muestra dolorosa se ve en el moribundo, es ya puramente fisiológica e inconsciente.

La muerte natural no es ordinariamente dolorosa, aunque lo haya sido la enfermedad o la lesión por la cual viene. El moribundo se extingue como una lámpara al consumirse el aceite: se amortigua la llama y el resplandor, se recoge la luz en sí misma y se acaba suavemente; algunas veces da como un fuerte parpadeo de luz y seguidamente se apaga.

De semejante manera, en el hombre se desvanecen lánguidamente los sentidos, se va perdiendo sensibilidad, como el que se siente mareado, se pierde la agilidad de la lengua y de la razón y se queda dormido en el sueño de la muerte, sin darse cuenta si los que están alrededor no se lo advierten, y aun así, el moribundo ya no lo conoce. Se queda dormido para no despertar más. Ni aun los que están observándolo lo notan muchas veces. Menos frecuentemente se ve en el moribundo como un momentáneo reanimarse para seguidamente expirar.

De ordinario no hay en la hora de la muerte ni dolores exacerbados ni remordimientos de conciencia, como suelen decir los libros. La naturaleza se va insensibilizando y durmiendo paulatinamente, y antes de expirar ya se está casi muerto e inconsciente. La muerte natural viene como un sueño natural o artificial, con amodorramiento y pesadez de los sentidos y del entendimiento, pero con sensación más bien suave y hundiéndose insensiblemente en la inconsciencia. Algunos hombres que habían quedado como muertos y volvieron a recuperar vida y salud normal, decían no haberse dado cuenta de nada, ni aun tenían recuerdo de los actos espirituales que habían practicado a última hora con todo su conocimiento al parecer de todos y de ellos mismos. Habían caído en inconsciencia sin pena ni alegría; no recordaban molestias ni inquietudes. Así hubieran muerto.

Citaré dos casos entre muchos que conozco. Era un hombre muy instruido, de cincuenta años; había siempre gozado de buena salud, pero empezó a perderla, y continuó empeorando hasta el último extremo. No era notablemente malo ni notablemente fervoroso, sino un hombre bueno, como la mayoría, de vida corriente y de práctica religiosa algo rutinaria, pero cumpliendo los deberes de cristiano. Estando muy grave, recibió los Sacramentos con todo su conocimiento a juicio de los que le rodeaban. Continuó la gravedad hasta perder todo el conocimiento y uso de los sentidos y llegar casi hasta el total desenlace. Pero por una de esas reacciones, que no sabe explicar el médico más perspicaz y sólo Dios conoce, empezó a mejorar hasta ponerse completamente bien. Contaba después que no recordaba en absoluto que hubiera recibido los Sacramentos a última hora, ni de haber tenido dolores ni fatigas especiales Se hubiera muerto como de ordinario se muere, sin darse cuenta y apaciblemente.

El otro caso ha tenido realidad en este mismo año de 1954, no ha mucho tiempo Era un señor, ya de edad, muy instruido, bien formado en religión, de muy grande y sólida piedad.

El mismo señor expone lo que por él pasó en una hermosísima y emocionante carta, escrita a una hermana suya, de este modo: «No sé si sabrás que he estado cuatro o cinco días, después de la operación, entre la vida y la muerte, de lo que desgraciadamen-

te yo no me he dado cuenta, pues estaba en un estado de inconsciencia absoluta. Dicen que yo mismo pedí el Santo Viático y la Extremaunción, y que no cesaba de rezar, pero te aseguro que hubiese sentido mucho morirme así, pues no pude hacer a Dios Nuestro Señor el sacrificio de mi vida» (4).

Era un señor buenísimo, hacía los actos de devoción y no recuerda ahora ni de haberlos hecho ni de que entonces ofreciese su vida, como lo deseaba.

Ni quiere esto decir que, aun cuando no recordaban haber hecho los actos de piedad a última hora, no los hicieran conscientemente, sino que ya, por falta de vitalidad, no se graban, no son casi sensibles y mucho menos dolorosos, ni quedan impresos en la memoria.

Santa Teresa de Jesús nos dice de sí misma que la dio «un parasismo que me duró estar sin ningún sentido cuatro días, poco menos... Teníanme a veces por muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos» (5). Los dolores, dice, se acrecentaron después; pero al morir hubiera sido inconsciente, a pesar de la preparación y del fervor que ella tenía.

No se esperen a la hora de la muerte especiales remordimientos de conciencia ni se teman dolores físicos fuertes. Ya la naturaleza no siente. Un animal moribundo no acusa casi el golpe o el pinchazo que se le da, y en esto somos como los animales. En el orden espiritual o religioso, se muere como se ha vivido, pero con menos sensibilidad y emoción por

la debilidad de la naturaleza. Dios nos dé entonces, más que nunca, buenas personas que nos acompañen, para que susciten en nosotros la contrición de corazón, el amor de Dios y los deseos de la vida eterna. Porque a última hora el moribundo hará, mas o menos conscientemente, los actos que le susciten los que le rodean.

Esto en cuanto a la muerte física.

Los que conservaron la lucidez de su inteligencia hasta el último instante no cambiaron de manera de pensar ni mostraron especiales inquietudes, sino en casos excepcionales. Los sentimientos continuaron hasta el fin; si habían sido buenos, terminan bien; si malos, mal. Nuestro Señor Jesucristo, dueño de la vida y en toda su consciencia hasta el último momento, termina ofreciendo al Padre su vida: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Repitiendo estas mismas palabras han muerto y mueren continuamente millones de cristianos, porque las repetían durante la vida. San Beda el Venerable termina dictando una lección de historia religiosa a ruego de sus discípulos. La mayoría de los cristianos mueren repitiendo la oración de todos los días: *Os ofrezco mi vida, obras y trabajos, porque os amo de todo corazón.* César Augusto dice que si ha representado bien su papel de Emperador, le aplaudan; Herodes termina mandando degollar a cinco mil judíos cuando expire. Son los sentimientos vividos que llegan hasta el fin.

El alma que en su vida desea amar a Dios termina

procurando amarle más. Quien ha meditado frecuentemente con humildad en su nada y aspirado a la perfección y a hacer la voluntad de Dios, muere viendo su nada, pidiendo a Dios confiadamente su ayuda y poniéndose en las manos del Señor hasta despertar en la luz infinita de la gloria. ¡Bendito, mil veces bendito despertar! Quien ha repetido día tras día actos de amor a Dios, muere haciéndolos y despierta en el Amor infinito, encontrándose con la hermosura y felicidad de su Criador. ¡Feliz encuentro!

Quien se ha ofrecido a Dios y deseado ir a El, termina viéndose vestido de gloria inmortal ante los ojos del Señor. Sea así, Dios mío.

No sentimos cuando nuestra alma se unió a nuestro cuerpo y empezamos a vivir, ni tampoco sentiremos o apenas sentiremos cuando se separen para empezar la vida eterna.

Menos consciencia se tiene quizá en las muertes rápidas violentas o imprevistas. Obra el instinto de conservación más que la conciencia.

Manolete, cogido mortalmente por el toro al darle la estocada, se recobra un momento y pregunta: «¿Murió el toro?» En la vida del venerable Fray Luis de Granada cuenta don Luis Muñoz que cuando vivía en Lisboa, de edad muy avanzada, atravesando un día el Tajo en una barquichuela, naufragó, y Fray Luis daba voces pidiendo auxilio. Libre ya del peligro, aconsejaba que estuviesen siempre bien preparados, porque él no se había acordado en aquel

momento de nada sino de pedir instintivamente auxilio para que le salvaran. La impresión violenta impide toda otra reflexión y hay que estar preparados y vivir en gracia, no esperando que a la hora de la muerte se arrepentirá y podrá hacer un acto de amor a Dios.

¡Qué sereno y feliz momento aquel para la conciencia recta! La Carmelita de Segovia Madre María Antonia exclamaba los últimos días de su vida «que no era posible que la muerte fuera tan dulce, pues aquello no era morir, sino empezar a gozar» (6).

(1) *Salmo* 115, 15.
(2) *Apocalipsis,* 14, 32,
(3) *Proverbios,* 14, 32, y *Sabiduría,* 3, 1.
(4) Carta de don Miguel Muguiro a su hermana M. Mercedes del Sagrado Corazón. C. D. en el Santo Cristo de Cabrera (Salamanca).
(5) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. V.
(6) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D., tomo III, día 1 de diciembre.

CAPITULO XXII

MERITO Y ALEGRIA DEL ALMA ARREPENTIDA EN OFRECERSE A DIOS

Dios mío, en Ti confío, no he de quedar confundido ni avergonzado (I).

Estas palabras de David son dulces y regaladas para el alma que se ha propuesto como aspiración suprema y única vivir el amor de Dios y ha fijado sus ojos con ilusión infinita en la iluminada belleza de futura inmortalidad.

He obedecido, se dice, y obedezco a Dios con amor y El mismo será mi inmerecida recompensa, mi herencia soberana y mi felicidad eterna; como me lo tiene prometido, me trasladará a Sí, a vivir su misma vida.

Aunque hemos de labrar nuestra salvación con temor y temblor y es el *temor de Dios el que nos ha de conducir hasta conseguir la perfección* (2), nunca debiéramos permitir que el temor miedoso que no es amor ni reverencia a Dios, sino desconfianza y falta de amor se apoderara de nuestra voluntad.

Porque con demasiada frecuencia se observa en los cristianos no menos que en los demás hombres; y no sólo en los cristianos que llevan vida tibia, sino en los fervorosos y en los mismos sacerdotes y consagrados a Dios en las religiones, que un desmedido miedo a la muerte se apodera de su espíritu, tan grande, si no mayor, en los religiosos y en los sacerdotes que en los

cristianos que viven en el siglo, como queda indicado antes. Este miedo no es ciertamente tanto por la muerte en sí misma, cuanto porque a la muerte sigue toda una eternidad y estamos en la incertidumbre de caer en la desgracia de los condenados.

Recuerdo de nuevo aquí -y no se debe olvidar- que no ha de extrañarnos ese miedo, que es de la flaqueza humana y tiene el sello del castigo impuesto por Dios a la naturaleza; Por esto, aun en las muertes de amor, en las cuales se desea morir, dice Santa Teresa que se siente como si el alma no quisiera separarse del cuerpo; y quiso sufrir esto también Jesucristo en el huerto. y si el alma pudiera llegar sin morir a la visión y gloria de Dios, no deseara la muerte, sino la transformación y glorificación sin que el cuerpo se viera abandonado del alma y en destrucción.

Deseamos ser sobrevestidos sin ser despojados, pero como no puede ser esto sin la muerte, se desea y abraza la muerte para llegar a la vida gloriosa y a la felicidad con la visión de Dios (3). Ciertamente que aun lo excesivo de ese miedo de la naturaleza es por falta de fe viva y de confianza en nuestro Padre Celestial, y es muy perjudicial al alma. No quiere el Señor dejemos que se prolongue ese miedo ni que se apodere de la voluntad; ni este temor es agradable a la Virgen ni al Angel de la Guarda. Por eso se le debe rechazar y vencer con un acto de fe viva y de entrega al Señor. Ya nos dijo San Juan Evangelista que el *amor echa afuera todo temor* (4). Dios nos llama a

su confianza y quien suscita y fomenta el miedo desmedido a la muerte que al fin siempre resulta ser miedo a Dioses el enemigo del alma. Sabe muy bien este adversario el daño y estrago que con ello ocasiona a las almas, al mismo tiempo que las tortura con inquietud y sufrimientos.

El miedo es desconfianza en Dios y temor a caer en el infierno. La fe es antorcha de certeza y de luz contra el temor. Todo lo ilumina y embellece la luz de la fe, y cuando ésta se amortigua o se extingue, la espesa niebla de la incertidumbre y el miedo a la muerte, que es miedo a Dios, envuelve el alma en confusión y tristeza.

Ese miedo no puede contribuir directamente a la gloria de Dios ni al bien de las almas. Lejos de producir mérito, lo impide y causa tormento.

La *Imitación de Cristo* nos dice : «Todo, pues, es vanidad, sino amar a Dios; porque los que aman a Dios de todo corazón, no temen la muerte, ni el tormento, ni juicio, ni el infierno» (5). La fe es confianza en el Señor y delicadeza de conciencia y de amor en todos los actos. La fe viva es aquiescencia de humildad en el reconocimiento de la propia nada y en alabanza de la infinita grandeza y misericordia del Señor. La fe viva es la llama del amor, que todo lo ilumina y embellece, que enseña que Dios es el amor mismo y la verdad esencial. La fe pone humilde contrición en el alma y la dispone para que el amor divino la llene, la sobrenaturalice y la transforme.

Aun cuando un alma hubiera sido, por desgracia, rebelde a Dios, desobedeciendo y quebrantando sus mandamientos; aun cuando hubiera despreciado temerariamente su amor y sus misericordiosas llamadas, la fe nos repite e inculca esta verdad, como queriendo se nos grabe indeleblemente en lo íntimo de nuestra alma y que la tengamos siempre presente en nuestra memoria: *que Dios es misericordioso sobre toda misericordia* (6). El mayor pecado y la ofensa más terrible a Dios es rechazar o no admitir su misericordia infinita.

Es gravísimo pecado no creer que Dios perdone o la sola duda de que quiera perdonar. Sólo exige la contrición, o sea pedirle perdón de corazón, como enseña la Iglesia Católica. Cuando se tiene contrición, Dios lo perdona todo y lo perdona siempre. Jamás ha condenado ni rechazado, ni jamás rechazará o dejará de perdonar a ningún arrepentido. Sólo se pierde para siempre el que no quiere arrepentirse ni ponerse en las manos de Dios. Podrá una madre olvidarse de su hijo o arrojarlo de sus brazos, pero Dios no arroja de los suyos a quien se pone en ellos y le pide su amor .

Mi alma, Dios mío, os pide vuestro amor y confía en vuestra misericordia. La soberbia y la pertinacia son nubarrones que se interponen entre Dios y el alma y no dejan llegue hasta ella la luz de la gracia; atan la voluntad del hombre para que no quiera ir a Dios ni ponerse en sus brazos. La soberbia es falta de verdad

y en todo opuesta a Dios, porque Dios es la verdad misma y esencial, así como *la humildad es andar en verdad* (7), según frase muy acertada de Santa Teresa y por esto tan agradable y cercana a Dios.

La persona arrepentida no tiene ya razón fundada para temer la muerte y sobrecogerse de espanto ante la inseguridad de su salvación, aunque desee más larga vida para hacer penitencia y reparar sus males pasados, pues es doctrina cierta que el arrepentimiento abre las puertas del cielo y que Dios a todos ofrece el perdón e infunde muy santa contrición a quien se la implora.

No deja de ser muy peligroso para el pecador arrepentido desear larga vida con el fin de hacer penitencia; porque el hábito y la inclinación al mal no desaparecen con el arrepentimiento, y en lugar de hacer penitencia, puede volver a incurrir en los mismos pecados.

Si los buenos sienten el temor a la muerte, mucho más el arrepentido por el juicio que de su vida ha de hacer el Señor y por el tremendo purgatorio que teme sufrir como pena de su mala vida pasada. Son las dos causas que más acongojan al alma buena. ¿Cómo no han de ser opresión para la que fue mala? ¿Quién no ha de temer el juicio? Veo todos mis pecados; los cometí en la presencia de Dios y no puedo dar otra excusa que mi malicia. Oh Dios mío, *pequé;* no busco excusa, pues no la tengo. Me valga la pasión de vuestro Santísimo Hijo y Redentor mío Jesucristo

y vuestra infinita misericordia; ellas me han de salvar dándome la gracia y la perseverancia. Tened piedad de mí. La Iglesia me enseña y exhorta a confiar en la misericordia del Señor y a pedírsela con esta súplica: N *o entres, Señor, en juicio con este vuestro siervo. Ante los pecados que he cometido me estremezco y me lleno de vergüenza. . . Oh Señor, no me juzgues según mis obras, pues no he hecho nada que sea digno en tu presencia; por lo tanto, suplico a tu inmensa grandeza que Tú mismo borres mis pecados. Cuando vengas a mí, ten misericordia de mí* (8).

Se ha de hacer el juicio más exacto y minucioso, más justo y equitativo de todos mis actos, mis intenciones y mis deseos. Se pesarán todos mis vicios y mis virtudes; veré toda mi incuria o el amor que en cada obra ponía. Cuanto la vida sea más larga, si no es santa, más tremendo será el juicio y mayor el número de faltas. Y si es santa... los Santos deseaban morir e ir pronto a ver a Dios.

Ni dejó de hacer ya esta observación San Agustín, y así escribe: «Se teme vehementísimamente la muerte... Cuanto más conoce el alma... la diferencia que hay entre el alma pura y la manchada, tanto más teme que, al abandonar este cuerpo, Dios la pueda menos soportar manchada que ella se soporta a sí misma» (9).

Al fundado temor por el juicio se une el miedo por el largo tiempo que se haya de pasar en las tremendas penas del purgatorio.

Esta reflexión es muy buena para que los santos y los penitentes deseen que su existencia sobre la tierra sea lo más larga posible, pues con sus virtudes, su amor y mortificaciones de tal manera se acrisolan que no se encontrará en ellos nada que purificar y sí muchísimos méritos. Pero precisamente los santos son los que sienten prisa por ir al cielo. Porque en los no santos, a la purificación terrible, y quizá larga, merecida por las ofensas pasadas, se añadirán las faltas que se cometen cada día con la vida cómoda y disipada, con la cual, lejos de purificarse el alma, se va empañando y manchando más y con ello se añade causa de mayor purgatorio. El correr de los años hace ver que pocas veces el alma está más despegada de las cosas terrenales y de sus apetitos a medida que pasan los años, exceptuando el tiempo de la juventud, en el que, si no es muy santa, no suele estar exenta de muchas imprudencias y locuras, que desaparecen con los años de la madurez.

Pero ¿cuántos trabajan por santificarse en la edad madura, si no lo habían hecho antes en la juventud? ¿No procuran más bien la vida cómoda y que no falte nada a los gustos del cuerpo? ¿cuál de las almas buenas no se ve retratada en las preguntas que se hacia Santa Teresa de Jesús a sí misma cuando escribía las siguientes palabras: «Mas ¿quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy a servir no hallo cosa que me satisfaga, para pagar algo de lo mucho que debo. . . Cuando bien considero mi

miseria, veo que no puedo hacer nada que sea bueno, si no me lo dais Vos. ¡Oh Dios mío y misericordia mía! ¿Qué haré para que no deshaga yo las grandezas que Vos hacéis conmigo...?

»Mas, ¡ay Dios mío! , ¿cómo podré yo saber cierto que no estoy apartada de Vos? ¡Oh vida mía, que has de vivir con tan poca seguridad en cosa tan importante! ¿Quién te deseará, pues la ganancia que de ti se puede esperar, que es contentar a Dios, está tan llena de peligros?» (10).

¡Cuántos encontrarán que en sus años pasados fueron más fieles al Señor y estaban más desprendidos de las cosas de la tierra que al presente!

No es la vida la que purifica, sino la vida santa. Pero la vida santa siente deseos de pronta y santa muerte, sed de Dios y desprendimiento del mundo.

Es un consuelo que, a pesar de que le parezca al alma verse más imperfecta pasados los años, no deja de haber merecido y aumentado en la gracia si es cuidadosa de la virtud; no ocurre esto al alma abandonada en la religión y apartada de Dios, que crece siempre en el mal y en las ofensas.

Lo que más abrevia la purificación del alma y por completo la hermosea y limpia, es aceptar la muerte y ofrecer la vida al Señor. Este ofrecimiento es de grandísimo mérito y muy agradable a Dios. Es no sólo un acto de amor, sino el acto por excelencia; con ello no sólo se despega de lo terreno, sino de mí misma; se da totalmente a Dios en amor, y como el amor

es el que purifica, con esta oblación de la propia vida a su Criador gana más y adelanta más que si estuviera muchos años haciendo grandes penitencias y limosnas. Y si el Señor quiere que continúe su peregrinación sobre la tierra, vive esta alma en continuo acto de obediencia y amor, que es vivir en la santidad. Jesús y la Virgen Santísima estuvieron en continuo ofrecimiento de su vida.

A la luz de la fe, bajo todos los aspectos, se nos presenta la muerte hermosa y se hace deseable; pues el acto de dar la vida, acrecienta el amor y purifica más que duras penitencias o actos de piedad.

Tan maravillosa es la obra de Dios en los que le aman.

No temas, alma mía, iré a tu Señor por grandes que hayan sido tus pecados; ponte llena de amor y arrepentida en sus brazos; entra humilde y confiada en el Océano, sin fondo y sin riberas, de su misericordia.

Dios mío, eres mi Padre y yo, arrepentido de no haber sido fiel a tu amor, te pido perdón y quiero ir a Ti. No lo merezco; pero sé que me perdonas y no me negarás vivir Contigo en tu gloria. Os ofrezco mi vida, porque os amo y por mis pasadas infidelidades.

Si determináis que aún continúe algún tiempo viviendo sobre la tierra, sea para llorar mis culpas y para emplearla toda en tributo de amor. Tengan miedo -y con razón- a la muerte las almas soberbias o las que no quieren obedecer ni amar a Dios ni venir a sus

brazos contritas. Pero a los arrepentidos les da santa muerte y les lleva al cielo después de haber sido purificados.

¡Qué dulce es morir en el amor de Dios y en sus brazos y ofrecerle todos los años que nos pudiera conceder sobre la tierra! El abrazo a la muerte, en obsequio a Dios, redime y purifica al alma de sus culpas, la levanta en el amor y la toma más hermosa.

Grande debe ser la alegría y gratitud del alma, que en el pasado vivió lejos de Dios y le fue infiel, poder ofrecerle su vida voluntariamente y por amor, con el más humilde arrepentimiento y ponerla en sus manos ya su servicio proclamando a Dios, su Padre. Aunque tarde, confiada y sin reservas, como un día San Agustín, irradia fuego y amor, y, con la Magdalena, derrama el perfume de su vida a los pies del Maestro.

Un acto de contrición perfecta pone inmediatamente en el cielo.

(I) *Salmo* 24, 2.
(2) San Pablo: II, *A los Corintios,* VIl, I.
(3) San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* canción XI.
(4) San Juan, *Epístola* I, IV, 18.
(5) La *Imitación de Cristo,* lib. I, cap. XXIV
(6) *Salmo* 102, 8.
(7) Santa Teresa de Jesús. *Moradas,* VI. cap. X.
(8) *Responsorio del Oficio de difuntos.*
(9) San Agustín, *De quantitate Animae,* cap. XXXIII, núm. 73.
(10) Santa Teresa de Jesús, *Exclamaciones,* 1.

CAPITULO XXIII

MIEDO PERJUDICIAL QUE SE TIENE A LA MUERTE

Leemos en la *Imitación de Cristo:* «Cuando el hombre quisiere ser más espiritual, tanto más amarga se le hará la vida; porque conoce mejor y ve más claro los defectos de la corrupción humana.» « ...¡Ay de los que aman esta miserable y corruptible vida! Porque hay algunos tan abrazados con ella, que aunque con mucha dificultad, trabajando o mendigando, tengan lo necesario, si pudiesen vivir aquí siempre, no cuidarían del reino de Dios» (I).

Esto se explica en los malos. Pero ¿por qué no querrá el alma buena ir pronto a la casa del cielo y a su Dios? ¿Por qué temerá la muerte y deseará prolongar los días de su vida sobre la tierra, aunque los viva dolorosamente?

Y llamo almas buenas a todas las que llevan una vida ordinariamente al servicio de Dios dentro de su estado, a las que cumplen los mandamientos y reciben los Sacramentos, Muchísimas son, por la gracia de Dios, estas almas buenas, y muchas de ellas son muy fervorosas, agradables a los ojos de Dios, de mucha vida espiritual, de grandes virtudes y con hermosura y riqueza ante el Señor.

Un número muy crecido de estas hermosas almas

hasta se han consagrado casi exclusivamente a Dios en vida muy espiritual en el mundo o totalmente se inmolaron en la vida religiosa. Lo único que no han desechado de sí es un desmedido miedo a la muerte y un ansia de prolongar sus días sobre la tierra, aun cuando sean días tristes y no tengan otro atractivo que el sufrimiento y el pensar serán mejores los venideros. Tienen verdadero miedo -a veces terror- a la muerte, temiendo no salvarse.

Cuán lejos están estas almas de los horizontes de luz y belleza de las ansias de vida sin sombras, que describe San Juan de la Cruz tratando de las almas que aman: «¿Cómo puedes, dice, perseverar en esta vida de carne, pues te es muerte y privación de aquella vida verdadera espiritual de Dios, en que por esencia, amor y deseo más verdaderamente que en el cuerpo vives? Y ya que esto no fuese causa para que salieses y librases del cuerpo de esta muerte para vivir y gozar la vida de tu Dios, ¿cómo todavía puedes perseverar en el cuerpo tan frágil?...» «Es de saber que el alma más vive donde ama que en el cuerpo donde anima. . . Pero además de esta vida de amor, por el cual vive en Dios el alma que le ama, tiene el alma su vida natural en Dios por el ser que en El tiene, y también su vida espiritual por el amor con que le ama, quéjase y lastímase que puede tanto una vida tan frágil en cuerpo mortal, que la impide gozar una vida tan fuerte, verdadera y sabrosa como vive en Dios por naturaleza y amor» (2).

Cómo quisiera yo hacer ver a las almas dominadas por el miedo cuán infundado, cuán contra la virtud de la fe y contra la misma razón natural es el demasiado temor a la muerte y cuán perjudicial para la misma alma y de cuánto bien la priva, y, por ello, no puede ser agradable a Dios.

Se dirá que es efecto de la naturaleza, la cual sufre el castigo impuesto por el mismo Dios; pero también el Señor nos ha dado la fe y la esperanza y nos da la gracia sobrenatural para sobreponernos al temor de la naturaleza.

Ciertamente que nadie, de suyo, puede merecer el cielo. No hay obra alguna de pura criatura por alta, noble y excelente que sea, que pueda por sí sola merecer la visión de la esencia de Dios y conseguir la gloria.

Pero Dios ha prometido hacer participante de su misma sabiduría y de su misma vida a todas las almas que le obedecen y le aman, que le buscan y se le ofrecen.

El alma buena ama a Dios más de lo que ella piensa. Dios la tiene en su amistad, la enriquece con su gracia, y ha determinado darla por premio y herencia el cielo, o lo que es lo mismo, darse a Sí mismo, infinito y omnipotente como es. Por un misterio precioso, Dios se hace propiedad del alma y su gozo.

El horror a la muerte no viene a ser otra cosa que miedo a Dios, y es tentación malísima para el alma. Con apariencia de bien, reconoce su indignidad y sus

infidelidades, admira la infinita y soberana hermosura de Dios, pero al desconfiar de su misericordia comete la acción más desagradable al mismo Dios, no fiándose ni de la palabra que el Señor ha dado, ni de la Pasión y muerte que Jesús sufrió con infinito amor por las almas.

Si Dios *ama a los que le aman* (3), si ha creado el cielo para los que le aman, si El ha prometido ser el premio y la herencia de los que le aman, dándose a Sí mismo, ¿qué puede temer el alma que busca a Dios, a pesar de su pequeñez? ¿No será prenda segura y suficiente la palabra de Dios y la sangre de Cristo?

Déjase traslucir por ello que el alma pospone la felicidad del cielo a lo risueño de la tierra y la compañía y felicidad de Dios a la de los hombres.

Porque el horror a la muerte es como rechazar el altísimo fin para que Dios nos ha creado. «Échese uno a pensar por mil años, decía Nieremberg, perfecciones y hermosuras; no podrá llegar a pensar alguna tal que no la exceda infinitamente la hermosura de Dios» (4).

«Bien se pudiera pensar una hermosura tal, que por solo verse un instante se pudiera padecer eternamente los tormentos del infierno; pues esto se puede pensar, y Dios es más de lo que se puede pensar, bien merece su hermosura que los pocos años que puede durar la vida hagamos alguna penitencia, o suframos algún trabajo por gozarla eternamente» (5).

¿No es contra toda razón y contra el instinto de la

propia naturaleza y del propio perfeccionamiento sentir horror a la muerte, que nos pone en Dios, y no desear salir de esta ignorancia, miseria y tristeza del mundo para ir a la alegría y gozo de Dios en el Cielo?

Mi fin es el cielo; el mismo Creador. Yo os deseo, Dios mío.

¿Qué tengo yo que esperar en la tierra o qué puede ella darme? ¿Acaso deseo vivir por ver los acontecimientos del mundo y los adelantos e inventos de la ciencia? Los acontecimientos suelen ser las guerras y destrucciones y no ignoro que todos los inventos que pueden hacerse hasta el fin del mundo y toda la ciencia de los hombres es pura ignorancia y un total no saber ante la sabiduría de Dios. ¿Y no sé que en el mismo momento que vea al Señor conoceré y veré en El, en un instante, sin trabajo alguno, sin error ni engaño, con sumo gozo, todos los inventos de los hombres, todas las ciencias y los adelantos más revolucionarios y sorprendentes que puedan hacer los sabios más eminentes hasta el fin del mundo, y lo sabré en la luz de Dios y en el deleite de su verdad? ¿No sé que toda la sabiduría y todas las ciencias de la tierra y de los hombres son ignorancia para lo que allí en un instante se me infundirá y veré en la divina esencia? ¿Qué puedo, pues, esperar yo aquí sino pediros, Dios mío, que me llevéis pronto a vuestra soberana luz y con Vos? ¡Oh felicidad y hermosura de cielo!, grande ansia tengo de Ti.

Sería menospreciar a Dios no desearle con ansia y no suplicarle me lleve pronto a ver en su hermosura. Sé que no lo merezco, pero todos los días le repito las palabras que El mismo me enseñó por su Profeta David: *Una sola cosa he pedido al Señor, ésta solicitaré; y es que yo pueda vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar las delicias del Señor* (6). Confío, por la sacratísima pasión de Jesucristo, que el Señor, que conoce mis deseos, me meterá en su gloria.

Es el espíritu malo quien suscita en el alma estos temores tan molestos y daniños. Quiere el demonio, en su maldad y envidia, que sufra el alma y no adquiera méritos; que desconfíe de Dios y no ame; que se aferre a estas tinieblas y dolor de la tierra y no desee volar a la luz sin ocaso. Pretende que esté el alma alejada de Dios y aún en la posibilidad de perderse bajo su astucia. Desea el maligno que no ame a Dios, ni se le ofrezca ni se le entregue.

¡Cuán perjudicial y nocivo es para el alma la tentación del miedo a la muerte! ¡Cuán hermoso y meritorio es amar a Dios sobre todas las cosas y abandonarse en El!

¿Y si me pierdo para siempre ? Es la pregunta y la congoja del alma.

¡Oh Padre mío! Por vuestra misericordia infinita, salvadme, Jesús, mi Redentor, no permitáis que me pierda. *Una sola cosa he pedido al Señor, ésta solicitaré; y es el que yo pueda vivir en la casa del*

Señor. Pero, alma mía, reflexiona sobre el tiempo y reflexiona sobre la eternidad. En todo deseas conocer el término de las cosas; Dios ha puesto en la naturaleza humana la curiosidad de saber. Deseas el desenlace y la solución de todo, desde un simple hecho a un problema superior. ¿Por qué no tendrás prisa por saber lo que haya de ser de ti para siempre? ¿Por qué no tener mayor interés en ver lo que sigue a nuestro Último momento sobre la tierra?

Se desea larga vida, por si acaso no nos salváramos. Comparemos de nuevo el tiempo y la eternidad. Dijimos que la vida más larga comparada con la eternidad es menos que un: átomo comparado con todo el universo, menos que una respiración del hombre comparada con una larga vida.

¿Qué importa una respiración más o un segundo menos en los dos mil ciento sesenta millones trescientos veinte mil segundos de una vida de setenta años? Y mucho menor es la proporción de la vida humana comparada con la eternidad. ¿Pues que será un día más? ¿Qué importa vivir un día más, aunque me perdiese para siempre, lo que Dios no quiera? Deseo que llegue pronto la muerte y con ella conocer el dichoso desenlace y la Solución de mi vida. Quiero llegar a Dios, y en El ver mi dicha para toda la eternidad. En el Señor veré lo sumamente breve de esta vida y la ganancia encerrada en desear gozarle.

Mostraría yo carecer de razón si escogiese la incertidumbre de la tierra y su inseguridad peligrosa

a la seguridad del gozo eterno. Sólo es explicable y muy justo desear seguir viviendo, cuando interviene alguna obra de la gloria de Dios o en favor de las almas. Si Dios es más glorificado, escogeré vivir aunque sea hasta el fin de los siglos, como enseñaba San Ignacio.

En Dios conoceré las ciencias por modo soberano y con inexplicable gozo; conoceré los secretos de los mundos creados y aun de muchos creables, pero que nunca tendrán existencia. En Dios veré la ciencia de las ciencias, la suprema verdad, ante la cual todo es oscuridad y no saber. Veré a Dios y en El todas las cosas según haya sido mi amor, el cual es como la antorcha para iluminar la inteligencia. San Pablo me enseña: *Al presente no vemos a Dios sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras; pero entonces le veremos cara a cara. Yo no le conozco ahora sino imperfectamente; mas entonces le conoceré con una visión clara, a la manera que soy conocido* (7).

Ya no habrá oscuridad de ignorancia para mí; estaré revestido de radiante hermosura y lleno de sabiduría. Sueña, alma mía, en tan maravillosa misericordia como es ver a Dios y para la cual te ha creado. Desea y pide al Señor llegue ya el momento dichoso de entrar en posesión de tan inmenso bien. Tiende tu vuelo por los luminosos e ilimitados espacios de la felicidad, de la sabiduría y del gozo perfecto, que el Señor te tiene preparado en el cielo. Mientras ese momento llega, labra tu cielo eterno

viviendo el amor. Entrégate a El en retiro, sacrificio y silencio; vive toda siempre y sola para Dios una vida santa.

Sé muy bien que no soy digno de tanta dicha. También David se veía indigno de tanta ventura, y se la pedía al Señor, que se gozaba en la petición del Profeta y en su deseo. Con sus mismas palabras os digo yo, Dios mío: *Está mi alma sumamente perturbada; pero Tú, Señor, ¿hasta cuándo? Vuélvete a mí y libra mi alma. Sálvame por tu misericordia. ¿Qué cosa puedo yo apetecer del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Ti, Dios mío?* (8).

Y mucho gozo en repetir con San Juan de la Cruz: «¿A dónde te escondiste, Amado? Y es como si dijera: Esposo mío, muéstrame el lugar donde estás escondido: en lo cual le pide la manifestación de su esencia, porque el lugar donde está escondido el Hijo de Dios es, como dice San Juan, el seno del Padre, que es la esencia divina» (9).

(I) La *Imitación de Cristo,* Lib. I, cap. XXII.
(2) San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* canción VIII.
(3) *Proverbios,* VIII, 17.
(4) *De la hermosura de Dios y su Amabilidad por las infinitas perfecciones del Ser Divino, compuesto por el v. P. Eusebio Nieremberg de la Compañía de Jesús.* Lib. I, cap. IV, pár. II.
(5) Idem, id., lib. I., cap. VI, pár. II.
(6) *Salmo* 26, 4.
(7) San Pablo; I, *A los Corintios,* XIII, 12.
(8) *Salmos* 6 y 72.
(9) San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* canción I.

CAPITULO XXIV

MERITO DEL ALMA QUE, VENCIENDO EL TEMOR A LA MUERTE, SE OFRECE A DIOS

Muera mi alma con la muerte de los justos, y que sea mi fin semejante al suyo (I), exclamaba Balaam cuando bendecía al pueblo de Dios; porque el justo espera en la muerte y que no le tocará sentir el dolor de la misma; porque la muerte del justo es preciosa, llena de inefable paz.

La muerte es sonrisa de esperanza de un alborear eterno.

Dulcemente añoraba este momento Fray Luis de León, cuando escribía pensando con sumo regalo en la Patria eterna:

Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
Mi *alma, que a tu alteza*
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel, baja, oscura?

****

¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,

Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?

****

¡Ay!, despertad, mortales;
Mirad con atención en vuestro daño;
Las almas inmortales
Hechas a bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombra y sólo engaño?

¡Ay!, levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los antojos
De aquesa lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
A aqueste gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

****

¿Quien es el que esto mira
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira
Por romper lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz; aquí sentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De honra y deleites rodeado.
Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda; y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamás anochece;
Eterna primavera aquí florece (2).

Qué dulcísimamente han cantado y deseado la muerte las almas de luz.

En dos grupos se pueden dividir y estudiar las almas buenas que tienen demasiado miedo a la muerte y en ninguna de ellas dejará de cumplirse la sentencia ya transcrita de la Sagrada Escritura; que es preciosa y muy dulce la muerte de los buenos y que *la ganancia suprema es morir* (3).

El origen del miedo unas veces es el mismo amor, pero un amor imperfecto y poco confiado. El amor perfecto, dijo San Juan, aleja todo temor; estas almas no acaban de fiarse del Señor. Otras veces procede de que, como ya dijimos, la muerte es castigo de la naturaleza humana y como castigo afecta al hombre. Por esto se deseará la muerte, se la considerará lo más ventajoso y bello, pero impresiona y parece que el alma tiene que desgarrarse del cuerpo y hacerse heroica violencia, sintiendo esto junto con el deseo y

la alegría de que muere y de que va a Dios. Si no se sintiera, parece dejaría de ser castigo, y en estas almas obra más la pobre naturaleza que la gracia especial del Señor.

Procede en otras ocasiones el temor de las pruebas especiales, por las que Dios hace pasar al alma para su mayor bien y purificación. Todas se vencen con las virtudes teologales.

En la vida espiritual y en el camino de la perfección, cuanto más ama el alma a Dios, con mayor claridad ve que merece ser infinitamente amado. Desea amarle con amor infinito si la fuese posible; ya que no puede, aspira con deseo ardiente a amarle del modo más puro y con todas las fuerzas del corazón, como mandó el Señor.

Cuanto más delicado es el amor a Dios, mayor claridad comunica al alma, haciéndola ver cuán lejos está su pequeñez de la infinita perfección e infinita grandeza de Dios. El alma clarísimamente se ve a sí misma indigna del amor divino, pequeña, nada; y al mismo tiempo y con la misma luz, ve inmenso e incomparable el poder y la majestad de Dios. Entonces, llenándose de íntima humildad y abrazándose con su nada, alaba y reverencia a Dios infinito.

Del mismo modo que mirando a los cielos en noche serena maravilla el número sinnúmero de astros y las inmensas distancias que a simple vista se ven, anonadándose el entendimiento ante tan inexplicable grandeza; pero si se mira con un telescopio

aumentan los astros y las distancias según sea la perfección del aparato; de semejante modo se agranda el asombro y el acatamiento en el alma, cuando con luz superior se ve a sí misma y ve la inmensidad y omnipotencia de *Dios.*

El camino de virtudes, de amor a *Dios* y el conocimiento de la propia nada por donde van las almas buenas, es ruta segura, que indefectiblemente guía a la perfección; cuantas por esta senda caminan, lejos de sentir pena y acobardarse como *si* fueran perdidas en la niebla, . deben alegrarse y dar gracias al Señor, porque El *mismo* es su guía. Confíen cada vez más en el Padre Celestial y en las llamadas que las hace. No importa que de momento no lo comprendan ni vean claro, pero ese es el camino de los elegidos.

Para mejor afianzamiento de estas almas en la humildad -la cual es siempre la base segura de la vida espiritual-, las hace el Señor se vean con una claridad sutilísima a la luz especial que sobre ellas proyecta, y ven *hasta las motas del aire* (4), o sea sus más pequeñas imperfecciones. No se desanimen, repito, ni se entristezan por esas faltas involuntarias en sus obras buenas.

Mientras una gracia especial no las haga desaparecer, se verán humilladas con ellas; porque en todos los actos humanos se encuentran imperfecciones. Durante nuestra peregrinación por la tierra no somos ángeles ni obramos a la manera de los ángeles, sino hombres, pagando por ello el tributo impuesto a la

flaqueza humana. Las almas buenas caminan hacia Dios con sus virtudes y con el conocimiento de sí mismas, pero reciben el polvo del camino y la humillación de los inevitables desaciertos e ignorancias.

Abrázate, alma buena, con estas humillaciones ; ama y confía, que de ese modo crecerás en el amor y adelantarás en sus caminos. No te entristezcas ni desalientes. No des entrada al temor, sino entrégate confiada a tu Dios.

El recuerdo de las ofensas e infidelidades pasadas es el mayor tormento del alma y a veces hace apreciar mal la justicia de Dios y temer la muerte; las ofensas pasadas cuanto más duelen y más se lloran, más torturan y parece que nunca se acaban de perdonar; este sentimiento engendra desconfianza y son necesarios actos de fe y de contrición juntamente para auyentar este temor. Arrepentimiento y fe unidos hacen renacer la confianza en Dios y la esperanza de conseguir el cielo, recuerdan la rebeldía del pasado contra el Creador, lo que fuimos por nuestra desgracia, y ahora perderíamos mil vidas que tuviéramos por no ser como fuimos. De estos actos sale el alma más humillada, más ansiosa y encendida en el amor divino y con mayor firmeza en los propósitos de una continua oblación.

El acto que hace el alma de confianza en Dios y la renovación de su ofrecimiento ante el temor que la atormenba, es una nueva misericordia divina para mayor bien y hermosura del alma.

En el segundo grupo de almas buenas están comprendidas aquellas a las cuales el Señor hace pasar por una especial purificación dejándolas a oscuras o en espesa niebla de dudas, en la cual se hallan como desorientadas y perdidas. El fin de esta purificación es hermosear y santificar a las almas que la sufren. En este tiempo permite el Señor que vengan sobre el alma los mayores temores e incertidumbres sobre su salvación y, por esto, su miedo a la muerte.

De la misma manera que se exprime y estruja una esponja para no dejar en ella ni una gota de agua, así exprime el Señor a estas almas y las limpia de toda falta, permitiendo vean sólo tristezas presentes y futuras. Es el momento de la purificación más aquilatada. Cuando Dios quiere poner nueva hermosura y preparar para mucho más esplendorosa gloria, . permite sea el alma presa de temores sobre su salvación y sobre su estado actual, de donde procede su miedo tremendo a morir.

Porque las almas en este estado, a pesar del esmero heroico que ponen para realizar con perfección todos sus actos, sólo ven -y las parece verlo clarísimamente y como palparlo- un enorme vado de toda obra buena y una completa inutilidad de su vida. Las parece que nada han hecho bien y que actualmente nada hacen de provecho ni digno de recompensa, creyendo que todo es para mayor castigo.

Cierren estas aln1as los ojos al discurso mientras tales angustias padezcan y ábranlos a la fe, para

guiarse sólo por ella, para ofrecerse más perfectamente a Dios y abandonarse más ciegamente en sus manos. Escojan un prudente confesor, si pueden, porque a veces cierra el Señor también este camino, no encontrando ninguno para que no reciban ni este consuelo, y así hagan actos de ciega y sobrenatural fe y confianza, proponiendo continuar su vida con la mayor delicadeza y fidelidad de amor que las sea posible. Si han de condenarse para siempre, como temen, conságrense al amor de Dios en esta vida. y lejos de condenarse, crecerán en santidad, y cuando el sol de la misericordia divina haya ahuyentado las nieblas que las envolvían, se llenarán de gozo.

Esta dura prueba de temer la pérdida del cielo es para muy grande mérito y delicada prueba del amor de Dios. Por lo mismo que el alma ama a Dios, Dios la ama a ella con muy especial ternura y la prueba maravillosamente para glorificarla más.

Alma dichosa, que has merecido pasar por ese estado; el Señor por Sí mismo te enseñará a realizar los actos más perfectos, de la más grande abnegación y de la mayor confianza en El. Continúa amando delicadamente a tu Dios, pues con tanta predilección te ama El.

Dichosa de ti, si perseveras, pues te halló el Señor digna de tan fino crisol. Desecha tus temores, ya que el mismo Dios te tiene en Sí, te guarda y te labra.

Pues si el Señor no edifica la casa, en vano trabajó.

Cuando pasaba las noches delante del Sagrario ofreciendo esta angustia de temer que se perdería para siempre, oyó la Hermana Mariana de los Angeles que la decía el Señor: *Mientras tú seas mi nada, yo seré tu todo* (5).

Desean tales almas hacer actos de amor de Dios con la mayor intensidad y frecuencia, se abrazan a la muerte en obsequio al Señor, y nunca dejan de tener muerte dulcísima, tanto más dulce cuanto más fuerte fue la prueba. Fiel es el Señor a cuantos le aman y sólo El puede medir el amor que estas almas le tienen. Antes de que les llegue la muerte, se la hace presentir la Virgen Santísima, con una alegría y conformidad no esperada, como anticipo de la luz eterna que pronto las envolverá.

También en ellas se cumple y más perfectamente la promesa de que en la hora de la muerte no las llegará sobresalto ni dolor, sino suavidad y alegría. Su muerte es preciosísima a los ojos de Dios y sirve de consuelo a cuantos la presencian.

La voluntaria y gustosa aceptación de la muerte es del mayor mérito para el alma. Junto con el ofrecimiento de la propia vida puede presentar a Dios como obsequio de amor y de expiación la bondad y el amor infinito del mismo Dios y la vida y pasión de Jesucristo, que vale más que las obras practicadas por el hombre y que todo lo creado. Jesús da al alma Sus merecimientos para que los tome y ofrezca como suyos al Señor y para que se enriquezca y hermosee

como esposa suya queridísima, con lo cual desaparecen cuantos temores pudiera tener y se ve llena de confianza y gozo. Allí está también la Virgen prestándola su ayuda de Madre.

No abandona el Señor a sus almas en momentos tan decisivos ni las deja morir en el desconsuelo interior ni exterior. Y aunque el ideal del alma santa sería morir como Jesús en la Cruz, saboreando la hiel en sus labios, el Señor las trata en este instante como tiernas y regaladísimas hijas.

Por todo esto arrójate, alma, en los brazos de tu Dios. ¿No habías procurado siempre obedecerle y amarle? ¿No te esmeraste en recibir los Sacramentos y vivir conforme a su Ley? ¿No suspirabas por El y deseabas cada día amarle más? ¿No lo dejaste todo, alma religiosa, para ser toda suya y pensar sólo en El? ¿No le amabas y se lo decías en tus largas horas de intimidad con El, en recogimiento y soledad? ¿No dejabas las complacencias mundanas y conversaciones de los hombres por estar sola con El? He aquí que ahora viene ya para llevarte Consigo a su gloria y darte cuanto te tenía prometido; *que las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria* (6). Sal, pues, al encuentro de tu Dios. Arrójate gozosa y confiada en sus brazos. La fe te enseñó que Dios viene a buscar a cuantos le amaron. Gózate ahora en El, porque te conduce a su gloria.

En tus brazos, Señor mío y Dios mío, me pongo.

Mi alma clama a Ti, te espera y te desea. En tus brazos pongo mi vida, mi espíritu, mi salvación, mi postrer momento sobre la tierra. Sé que no seré confundido. Venid, Señor. Que yo vea vuestro rostro.

¡Oh muerte amable, que tan delicadamente me pones en los brazos de mi Dios!

(1) *Números,* 23. 10.
(2) Fray Luis de León, *Poesías, Noche serena,* toda ella preciosísima.
(3) San Pablo: *A los Filipenses,* I, 21.
(4) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* caps. XX y XXIX.
(5) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, c. D., tomo I, día 29 de enero.
(6) San Pablo, II *A los Corintíos,* IV, 17.

CAPITULO XXV

SERENA ALEGRIA EN LA MUERTE DE LOS QUE AMARON A DIOS

El alma que se deja guiar ciegamente por la fe va hacia Dios por esplendentes campos de luz y floridos jardines de seguridad; la fe la conduce en alas del ansia de Dios, de la vida eterna, de la sabiduría divina y va rauda y gozosa vestida con ella y haciéndose invisible al demonio y volando por encima de sus asechanzas.

Antes de que llegue el momento de partir de la tierra, el Señor borra ordinariamente los temores de las almas que los padecían, ya fueran pruebas especiales del mismo Dios, y a temor de la naturaleza.

Al aproximarse el tiempo de la llegada del Esposo, El hace presentir al alma, por modo desconocido, que va a amanecer, que ya se presenta el alborear de la aurora del Sol eterno, para iluminarla perpetuamente con su luz de gloria.

Esta es la hora en que Dios da realidad a sus palabras de que no tocará a los justos el temor de la muerte y de que espera el justo su muerte con alegría y confianza.

¿Cómo no ha de venir el Señor en busca del que le sirvió, lo dejó todo por El y le amó sobre todas las cosas durante su vida? ¿Cómo no ha de venir por el

alma arrepentida y penitente? ¿Cuál no será el gozo del alma que ve llegada la hora de entrar en el goce de Dios?

Vemos con harta frecuencia que los hombres no corresponden y hasta desprecian el amor de quien les ama. El amor a Dios nunca deja de ser correspondido. El pastor conoce a sus ovejas y sabe la fidelidad con que le siguen y jamás deja de dar pastos sabrosos. Dios no sólo no se aparta del alma que le ama, sino que la atrae hacia Sí, la da nuevas fuerzas para más grande amor, la funde con El y la llena de Sí mismo empapándola, al fin, de su gloria. De ningún amor se puede decir con tanta exactitud como del amor de Dios, Que a Quien le ama le hace una cosa con El. Dios ilumina con una luz muy especial de consuelo y de gozo y de algo Que no se sabe decir, anunciando su venida. Esa paz del alma se transparenta algo en los sentidos.

Como cantan los pajarillos con renovados trinos en las mañanas de mayo a la llegada del nuevo día y llenos de gozo de lo que presienten se deshacen en filigranas de arpegios a los primeros rayos del sol, olvidando el encogimiento de la noche, así el alma, dentro de sí misma, libre ya de los temores pasados, ante el presentimiento de la inmortalidad gloriosa que Dios la empieza a comunicar, entona un cántico nuevo que anuncia la luz del Sol eterno. Va humilde, gozosa, ataviada con el rutilante vestido de la gracia, regalado por el mismo Dios, para las bodas eternas.

La naturaleza se hermosea y rejuvenece en los amaneceres primaverales y revive con frescor y armonías para recibir dignamente la luz del sol, y el alma se anticipa en gozo, por una especial gracia e inspiración divina, para recibir la luz inextinguible. Bendito instante tan esperado a lo largo de la vida. Llegó la hora feliz del encuentro con el Esposo y del regalado banquete en las mansiones celestes. Feliz el alma que se encuentra con la lámpara encendida y con las ropas nupciales para entrar sin espera al banquete y mucho más feliz si conserva limpia la blanca estola bautismal.

Sólo quiero recordar algunas muertes de almas buenas, que partieron con el gozo de los santos, a pesar de tener una posición social muy poco propicia para tal muerte.

Todo le sonreía al Príncipe don Juan, hijo de Isabel la Católica. Educado con todo esmero en las ciencias y en la virtud, heredero de un reino que cada día se agrandaba más, para llegar a ser el primero del mundo en aquel tiempo, se había casado con una Princesa de cualidades brillantes: doña Margarita de Austria. Al medio año de matrimonio, al pasar por Salamanca, unas calenturas le llevaron al sepulcro.

Estando gravísimo, ya sin esperanza de vida, ausente doña Isabel y acabando de llegar para despedirle su padre don Fernando, le decía: «Hijo muy amado, tened paciencia, pues que os llama Dios, que es mayor Rey que ninguno otro, y tiene otros reinos

y señoríos mayores y mejores que no éstos que vos teníais y esperabais, que os durarán para siempre jamás.» Y el joven Príncipe, de dieciocho años de edad, que era la esperanza de todo el reino, contestó: «Padre, no tengo pena por mí, que muero contento.» Dejaba las esperanzas terrenas por las realidades celestiales (I) el 14 de octubre de 1497.

Sin salir de esta misma familia de Isabel la Católica (cuyo reinado fue de tanta prosperidad que, en frase de su biógrafo, fue *el mayor empinamiento,* que España había conocido), su hija mayor, de nombre Isabel, como la madre, Reina de Portugal y heredera de España, moría un año más tarde que su hermano el Príncipe don Juan, en el mes de agosto de 1498. Habiendo llamado al Cardenal Cisneros, confesor de la madre y de la hija, únicamente le decía: «Consolad a mis padres para que no mueran de pena con mi muerte, después de la de mi hermano.» Ella moría contenta y dejaba la tierra con todas sus ilusiones de juventud para ir a Dios, que tan grabado llevaba en el alma. Algunos años antes había pensado ser religiosa y consagrarse totalmente a Dios y se casó cediendo a la razón de Estado. Prefería volar a Dios, inocente y hermosa, a sentir las grandezas y honores terrenos y las responsabilidades del trono (2).

La misma madre de los dos Príncipes, la grande y sin igual Isabel la Católica, desahuciada en Medina del Campo, sabiendo que sus pueblos hacían rogativas y procesiones de pública penitencia por su

vida, mandó decir que no pidiesen por su salud, sino por su salvación, y moría a los cincuenta y cuatro años, en la cumbre de su esplendor y grandeza, admirada y amada de su pueblo, sin pesadumbre por dejar la tierra y con la alegría de ir con su Dios.

He recogido la muerte de estos personajes, que cuando estaban en la mayor prosperidad, en la cual parece mucho más difícil morir sin pesadumbre, murieron serenos, para mostrar cómo, gracias a Dios, son muchísimas las muertes de almas buenas en la paz del Señor, todas con el sello de la confianza y alegría serena.

Dejando la historia, que está llena de muertes consoladoras, y que producen santa envidia, quiero poner no más de tres casos actuales, conocidos por mí y que yo sepa no publicados.

Moría en Segovia en el año de 1930 una señora buena y piadosa como por la gracia de Dios hay tantas. En los últimos días de su enfermedad, queriendo sus familiares animarla a morir con confianza en el Señor -error casi general juzgar que el enfermo está triste y desconfiado-, fue ella quien dio alientos a cuantos la rodeaban, diciendo: *No podía yo creer que fuera tan dulce morir después de haber amado a Dios.*

Otra muerte como para envidiarla fue la de don Emilio González Orúe. Vivía en Toledo. Era médico, conocido de toda la ciudad por su apacible carácter, su mucha piedad y mucha virtud.

En las más contrarias situaciones no dejó de ser el mismo, bueno, sereno, piadoso. Durante la guerra civil de España contra el socialismo-comunismo-ateo, de 1936 a 1939, Toledo estuvo dominada por los socialistas-comunistas durante tres meses y vio caer segado por el odio religioso e ímpio de los gobernantes comunistas a todos sus sacerdotes y religiosos, con poquísimas excepciones, a. toda la flor de los caballeros buenos y de la juventud católica masculina . ya una valiente y buenísima jóven. Fueron muchos los mártires. Don Emilio estaba sentenciado a muerte por ser destacadamente bueno, aunque sumamente pacífico; pero retrasaban su ejecución porque le necesitaban los comunistas para curar sus enfermos. No dejó de confesar a Dios ni aun de hacer la señal de la cruz en la calle cuando pasaba por delante de las iglesias, en aquellos días sin Santísimo.

En su casa se habían refugiado los religiosos Carmelitas, que sufrieron martirio, pero a él no le había destinado el Señor para mártir con derramamiento de sangre.

Liberada Toledo por las tropas nacionales, acudían a pedir favor a don Emilio los mismos que le habían perseguido y le tenían sentenciado; a nadie negó hacer el favor que pudo, ni dejó de amparar a sus mismos enemigos.

Después de dolorosa enfermedad, llevada santamente y sin quejarse, recibía con todo su conoci-

miento y fervor el Santo Viático durante los días de la Novena de la Virgen del Carmen. Cuando se hubo terminado el acto, reunió a sus hijos y nietos y les dijo: «Tenemos que celebrar este día como el más grande de mi vida. He recibido a Dios por Viático. Ya El me acompaña y viene a buscarme para llevarme Consigo al cielo. Celebremos gozosos esta bondad de Dios conmigo.» y en compañía de la familia, mandando tomasen algún extraordinario, dentro de la santa moderación que siempre tuvo, lo celebró y con alegría y confianza esperó la muerte.

Quiero terminar narrando el caso de un alma probada cierto tiempo con el miedo a la muerte por temor de condenarse, y que murió con santa paz.

Vivió en el convento de San José, de Avila, una Carmelita muy fervorosa, que fue durante muchos años Maestra de Novicias y Superiora; consuelo de todas las religiosas y aliento de fervor y de consejo para toda virtud y heroísmo. Todas las religiosas querían a la Madre María Teresa del Espíritu Santo como a Madre y como a Santa, porque lo uno y lo otro habían visto siempre en ella. Su carácter era abierto, sumamente dulce y santamente alegre. Hacía amable la penitencia con alegría, como buena Carmelita.

Ya bien entrada en años, la apretó la mano del Señor para purificarla más delicadamente y hacerla crecer más en santidad. Empezó a sentir una inquietud grande por su vida pasada, y aunque desde

pequeña fue muy virtuosa, Dios permitía que entonces viera ella su vida mala y desaprovechada (mala, como la ven los santos, que van a especificar los pecados y no los encuentran, sirviéndoles esto mismo para mayor tormento). A esto se unió el temor de que no se salvaría. Estaba en inconsolable angustia y todo la daba nueva fuerza para superarse a sí misma en ejercitar las virtudes y clamar a Dios. Con esta pena, fácil de decir, pero tremenda de pasar, vivió algún tiempo temiendo qué sería de ella cuando se la acercase la hora de morir. No podía creer lo que la decían, que tendría un final muy dulce.

Meses antes de su muerte, cuando había pasado la mano purificadora del Señor, desaparecieron por sí solos los temores y angustias y apareció de nuevo en su espíritu la serenidad, la alegría y la confianza en Dios, que siempre había tenido, y así murió ya muy anciana, a los ochenta y cuatro años de edad, el 16 de diciembre de 1948. Cumplióse en ella lo que el Señor dijo a Santa Teresa de Jesús: «... que tuviese por cierto que a todas las monjas que muriesen en estos monasterios, que El las ampararía, y que no hubiesen miedo de tentaciones a la hora de la muerte» (3).

¡Ah, si yo sintiera la serenidad y la confianza que sentían esas almas!... Esta exclamación brotará espontánea de tus labios cuando esto lees. Es la exclamación que también brota de los míos. La confianza la da el amor. ¡Si yo viera que amaba!... ¡Si el

amor a Dios fuera mi vida!... Pero estoy muy lejos de verlo. Recuerdo ahora el encanto con que mi espíritu escuchaba las muy dulces reflexiones que el ermitaño santo me hacía sobre la belleza de la muerte y la alegría con que la esperaba el alma santa. Mientras tan gustosamente le escuchaba también me parecía verla rodeada de luz, de belleza y atracción. Me parecerá ver ya sus brazos acogedores, que blanda y amorosamente me cogían para ponerme en el reino de la dicha, todo luminoso y lleno de delicia. También yo amaba y deseaba la muerte y no sé si la llamaba con ternura.

Mas pasaron las palabras persuasivas y regaladas del apacible, bondadoso y amable ermitaño, dejé de ver su modesta y subyugadora mirada y renació en mí el temor a la muerte. ¡Ya no se me presentaba tan atrayente y tan gozoso aquel momento! ¡La muerte, y ya para siempre! ¡Para siempre¡...

Creo y abrazo firmísimamente los principios de la fe que me hablan de que Dios me ha creado para el cielo. Recuerdo aquí muchas razones y ejemplos alentadores de los que se despedían de este valle de lágrimas gozosos porque iban a Dios, fuente de toda delicia; iban a la vida de dicha y bienandanza. Pero un poso de temor, de incógnita, de estremecimiento, se movía en mi alma y no permitía que la alegría iluminara claramente mi espíritu.

Deseé en mi interior y pedí al Señor se me proporcionara ver de nuevo a aquel ermitaño de senci-

llez encantadora y de palabras mágicas y convincentes para exponerle mis temores. y el Señor, en su bondad para conmigo, me presentó la ocasión dé ver y hablar confidencialmente con aquel hombre, que se me presentaba como la. imagen de la bondad y de la serenidad, y en el encanto y fluidez de sus palabras me parecía escuchar la sabiduría y la santidad juntas. Sola su presencia me atrajo para que le abriera mi alma y le expusiera mi zozobra. Nunca podré dar gracias a Dios por la apacible bondad con que me acogió y escuchó, alejando de mí el temor de serle pesado. Sentado en una sencilla piedra cerca de su pobrísima habitación a la sombra de los cipreses, muy cerca de él como un hijo que consulta a su propio padre y alentado por el mismo rumor callado de la naturaleza, encaucé mi conversación hacia el tema de nuestro encuentro con Dios. Un relámpago de súbito gozo inundó su rostro. Sólo la palabra de encontrar a Dios transformaba sus facciones y las iluminaba. Toda su vida era tratar con Dios y de Dios.

Yo le dije con sencillez: «¡Cuándo veremos esa hermosura infinita de Dios va en el cielo como la buscamos y nos la enseña la fe! ¿Quién la verá? ¿Cómo puede estar el ánimo sereno y gozoso, seguro de que la conseguirá? ¿Cómo será posible desechar el temor a la muerte? Porque con todo lo admirable que antes le oí de la hermosura de la muerte, no puedo verme libre de temores ya veces muy fuertes. Es verdad que mi ilusión, mi fin y mi deseo es el

cielo. ¡Oh cielo! ¡Oh Dios mío infinito! ¡Cómo te desea mi alma! ¡Cuánto temo no llegar a poseerte eternamente! » Sonriéndome me miró y envueltos en hilos de dulcísima miel salieron sus palabras de santo y sus pensamientos de sabio.

«Ya otra vez -me dijo- te indiqué que mientras vivimos en este valle de lágrimas y de pruebas no podemos prescindir por completo del temor a la muerte, unos mas intensamente que otros, aun cuando la deseemos. Estamos en la tierra como a oscuras; porque la fe, que, es nuestro gula seguro, es oscura; porque el porvenir de eternidad es incierto y nuestros ojos no le ven y quisiéramos verle con todo detalle y con toda seguridad. Inmensamente deseo yo la posesión del cielo y ver ya cara a cara a Dios en su luz, y fomento todos los días este deseo. Pero también yo me veo asaltado de la inseguridad y del temor.

»Antes de venir a esta soledad, dejándolo todo y procurando dejarme a mí mismo para mejor ser de Dios y encontrarle más perfecta y prontamente, busqué afanoso el saber, y no sólo escuché a hombres de letras, sino que me dediqué a la lectura de libros sabios para adquirir más conocimiento de Dios y de su hermosura y omnipotencia. Mi principal ansia era saber mucho de Dios para amarle mucho. Como tú ahora me expones, deseaba yo también la seguridad de mi salvación, la seguridad de entrar en el cielo.

»También yo preguntaba a cuantos creí me podrían dar luz. Un apacible día se me proporcionó

hablar detenidamente con un hombre de notable sabiduría y santidad. La prudencia y la claridad brotaban dulcemente del inagotable manantial de sus labios. No era el lugar tan solitario y acogedor como este en que la naturaleza nos habla de Dios muy a las claras. Pero yo le dije con confianza: «¿Por qué todos los hombres tememos la muerte?» Bondadoso él y siempre complaciente, me dijo: «No todos temen la muerte; pero son muy pocos los que reciben de Dios el don de no temerla, aun cuando la desean y desean y aman a Dios.»

»Fue entonces cuando yo aprendí de aquel sabio este relato. No sé si tú le conocerás. No creo a mí se me olvide nunca y mucho me enseñó. Pudiéramos llamarle *la muerte del Amigo que murió de amor por el Amado.* Para que no estés pendiente y algo desazonado, te diré que el Amigo era el alma buena y el Amado era Dios. Y el Amigo, aunque amaba intensamente, aún temía la muerte.

»El Hombre sabio me contó que había un Amigo sumamente enamorado del Amado. El recuerdo del Amigo ininterrumpidamente estaba en el Amado; el afecto del Amigo no se apartaba del Amado, y la mirada de su inteligencia siempre atendía al Amado. Era tanto su amor, que el Amigo enfermó de amor por el Amado.

»Y decía el Amigo: Mi *Amado está en mi memoria, en mi entendimiento y en mi amar; El reside en mis movimientos, en mi lengua, en mi oído, en mi*

vista. . , en mis suspiros y en mis enfermedades y llantos. El amor no le dejaba dormir ni aun descansar. El Amigo llamó al médico de amor, que le recetó una medicina que le hiciera hablar como un loco de amor; porque sólo consiguen la salud de amor los que hablan de amor sin medida. Con la medicina de amor, el Amigo se sintió atormentado de amor, mas vivamente que antes, en tanto grado que pedía al Amado acabase de matarle de amor, pues prefería morir a Soportar los incendios del amor.

»Pero el Amado condenó al Amigo a morir muerte de amor. Y en esta descripción que el hombre sabio me hacía del Amigo tan enamorado de Dios me llamaba mi atención para que advirtiese que muriendo muerte de amor, vería en la continuación de la historia que aun el Amigo temía la muerte.

»Porque sabiendo el Amigo que su Amado le había condenado a muerte de amor, hizo su testamento ante un notario de amor, que escribió en papel y con tinta de amor esta decisión última del Amigo: «Dejo a mi Amado mi memoria para que este siempre con su recuerdo; mi entendimiento, para que esté siempre mirándole y comprendiéndole, y mi voluntad, para que no haga otra cosa que amarle.»

»Hecho el testamento, suplicó el Amigo al Amado le diese tiempo para hacer oración antes de morir, y concedido, *se puso el Amigo en estado de pureza para rogar y adorar a su Amado; porque el que suplica y adora a un Amado tan amable y pode-*

roso debe estar limpio y el que va a morir no debe descuidar el fin principal y último y rogar a Dios por este fin, El Amigo doblegó su cuerpo arrodillándose; elevó su corazón con suspiros para amar a su Amado, su memoria para recordar las misericordias del Amado; su entendimiento para comprender la justicia de su Amado; levantó las manos al cielo en espera de la gracia del perdón y con sinceridad y humildad dijo: Amado, la oración es la petición que el hombre dirige a Dios para conseguir gracia y perdón; El que pide a Dios que le conceda la bienaventuranza y la gloria eterna, no puede desear un don más grande. Amado, concededme la gloria eterna y perdonadme todas mis culpas.

»*Ahora, en este trance de muerte,* yo *os doy todo mi amor para amar vuestra bondad, y si Vos queréis prolongar mi vida, yo deseo poderos alabar, suplicar y bendecir hasta la muerte. La razón y el derecho exigen, oh Amado mío, que me otorguéis gracia y perd6n, porque si así no lo hacéis, resultaría yo más justo en mi súplica y en mi amor que Vos en vuestros dones y en vuestras gradas, lo cual es imposible.* y *como es imposible, yo no puedo desesperar de vuestra gracia y de vuestro perdón.*

»Amado, tú me has concedido el ser humano, que tantas perfecciones encierra, y me diste esta vida que tengo por tu bondad sin yo pedírtela. Si ahora, en este momento de mi muerte, no me concedieras tu perdón y tu gloria, cuando te lo estoy suplicando, parecerías

más generoso dador cuando no se te pide que cuando se te suplica y que eras más magnánimo en dar mercedes en este mundo, cuando nada valen, que en el otro para el cual me criaste trocando tu modo de obrar, y como esto no lo puedo creer en Ti, espero en tu amor y bondad me concedas tu amor y tu gloria.

»Amado, tú te has puesto en mi memoria y en mi entendimiento y en mi voluntad para que te esté amando aquí en la tierra. Si tú no me quieres conceder tu gloria y tu perdón, llena ahora mis potencias de tu amor para recordarte, y tenerte presente, y amarte y entenderte; pero mostrarlas que eras magnánimo en esta vida de la tierra y prefieres que te ame aquí, a serlo en el cielo y que te esté amando allí, porque si me condeno allí, es que no quieres te ame allí ni en la eternidad, y como tu bondad y tu amor y tu justicia no te consienten esto, confío en que tú me perdonarás y me llevarás a tu gloria como te lo suplico con toda mi voluntad.

»Y en el momento de acabar de pronunciar estas palabras, el Amigo entreabrió los labios sonriente e inclinó la cabeza para expirar de amor (4).

»Ves en esta muerte de amor del alma enamorada, cómo todavía el temor hace su efecto, se humilla, pide perdón y, por misericordia, el cielo. y al cielo entra de la mano de Jesús.»

»Esta historia que me narró el varón sabio he querido recordarte, pues en ella encontrarás la respuesta justa y consoladora para tu inquietud

» ¡Oh Jesús! Por tu sacratísima pasión, confío en que me darás el perdón y me llevarás al cielo. Espero que mi último momento sea de amor y en tus manos.»

Así me habló el ermitaño y yo vi que el temor a la muerte en la tierra es castigo de la naturaleza por el pecado original y causa de mayor mérito para el cielo. La muerte del que ama es muerte de amor, aun cuando tenga signos de prueba. La amable muerte nos pone en los brazos de Dios en el cielo.

(I) *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel,* escrita por el Bachiller Andrés Bemáldez, cap. CL V. Pedro Mártir en *El Príncipe que murió de amor,* del Duque de Maura.
(2) *Historia del Cardenal Don Francisco Ximénez,* lib. I, pág. 102, por el Ilmo, y Rvdmo. Sr. Esprit Flechier, Obispo de Nimes.
(3) Santa Teresa de Jesús, *Fundaciones,* capítulo XXVII.
(4) *Arbor Philosophiae Amoris.* Raimundi Lullii. Todo el libro.

CAPITULO XXVI

LA SANTISIMA VIRGEN CON SU ESCAPULARIO ES ALEGRIA EN LA MUERTE

El Señor nos ha dado a los cristianos otra fuente de alegría y consuelo en la última hora.

La muerte es el nacimiento para el cielo, y por eso la iglesia celebra el día de la muerte de los Santos como su natalicio, por serlo para la vida verdadera, que jamás fenece.

Tener seguridad de conseguir esa vida, sería el mayor consuelo en la tierra. Pero mientras vivimos aquí, no podemos tener esa certeza y hemos de labrar nuestra santificación con temor y temblor (I). Quizá por la seguridad que ponía el amor de Dios en Santa Teresa de Jesús cantaba con alto y delicado lirismo:

Pues todos temen la muerte,
¿cómo te es dulce morir ?
¡Oh, que voy para vivir
en más encumbrada suerte! (2).

De la misma manera que no podemos saber con certeza si estamos o no revestidos de la divina gracia, tampoco podemos tener seguridad de nuestra salvación, no pudiendo ser completo nuestro gozo aquí.

Pero Dios nos ha dado a la Virgen Santísima para que sea nuestro puerto seguro.

Todos los días la pedimos en la Salve que *nos muestre a Jesús;* que nos guíe seguros a la visión eterna de Dios; se lo pedimos a Ella, Madre de misericordia y refugio de pecadores. Dios, haciéndola mediadora de todas las gracias y abogada de los hombres para obtenernos todo ien, *la* ha nombrado puerta *del cielo,* y yo estoy seguro de que *la* Virgen me ama e intercede por mi salvación ante *el* Señor. En tus manos, Madre mía, he puesto yo mi alma.

Llamar a *la* Madre de Dios Madre mía pone confianza y *consuelo* en mi alma. *Ella* me salvará si yo quiero *sal*varme, si soy *fiel* a sus insinuaciones y coopero a *las* gracias que me obtiene.

Me gozo en repetir *la* frase de San *Alfonso* María de Ligorio: *El verdadero devoto de la Virgen se salva* (3). El amor filial a *la* Madre de Dios, es señal de predestinación y pone limpieza en el alma, fortaleza en la voluntad, luz en el entendimiento y ansias de gracia y virtudes en todo el ser. El amor a la Virgen comunica santidad, acerca a Dios y asegura la confianza de alcanzar las promesas de Jesucristo por su mediación: como en las bodas de Caná, se llenarán nuestros vasos por su ayuda.

Fomentar sólidamente la devoción a la Virgen es dar gloria a Dios, crecer en divino amor y vivir intensamente la vida espiritual. Es la seguridad del ósculo del Señor en la suprema hora.

La Virgen sin mancilla, con su intercesión, nos alcanzó del Señor un signo externo de pureza o de arrepentimiento en la hora de la muerte. *Es su Escapulario del Carmen.* El alma piadosa se recrea amando a la Virgen y repitiendo con ternura sus palabras: *El que muera con él no se condenará.* ¡Oh Madre! Me salvarás. Te amo. La Virgen me enseña a amar a Dios con todo mi corazón ya perder todas las cosas antes que ofenderle. Amo a la Virgen, Madre mía, y Ella ha prometido salvarme. Bendita seas. Que no me haga yo indigno de tu amor.

El 16 de julio de 1251, la Virgen Santísima entregó por Sí misma, en visión de protección y amor, el Santo Escapulario a San Simón Stock, prometiéndole que quien le llevara digna y legítimamente puesto sobre sí en el momento de la muerte, moriría en la gracia de Dios y no se condenaría. Cuantos sienten cordial entusiasmo y tierna devoción a la Madre de Dios procuran asegurar el cielo llevando sobre su pecho continuamente tan preciosa joya, que es salud en los peligros, prenda segura de salvación y signo exterior del amor que arde dentro del alma. La Virgen ayuda con protección singularísima a quien lo lleva devotamente, y si en el momento de la muerte está vestido con él, se arrepentirá de todos sus pecados y morirá en la gracia y amor de Dios.

La Iglesia no sólo ha aprobado, sino que fomenta muchísimo esta devoción, y el Papa actual, Pío XII,

aconseja se predique sobre el Santo Escapulario del Carmen, y ha dicho de sí mismo que ni un momento de su vida se lo quita. ¿Quién no desea asegurar su salvación y morir en los brazos de María ?

El Santo Escapulario de la Virgen del Carmen nos recuerda las grandes verdades de nuestra religión, las tiernas misericordias y llamadas de la Virgen Santísima y la esperanza del cielo. El Santo Escapulario enciende en el alma grandes deseos de virtud y de amor a Dios y da seguridad de conseguir la eterna gloria, *porque el que muera con él no padecerá las llamas del fuego eterno.*

Además de asegurar la salvación, comunica el Escapulario del Carmen otra muy consoladora esperanza a quien le viste.

La Madre de misericordia quiere también acortar por medio de él a sus devotos el tiempo de la purificación dolorosa.

En el año 1322 se apareció al Papa Juan XXII, mandándole que enriqueciera su Escapulario del Carmen con lo que llamamos el *Privilegio Sabatino;* o sea, que la Santísima Virgen sacará del Purgatorio a cuantos vistieron su Escapulario y cumplieron las condiciones ordenadas, bajando ella, a más tardar, el primer sábado después de su muerte, y los llevará al cielo.

Dos condiciones son necesarias para ganar este Privilegio tan singular. Que llevándole legítimamente impuesto, se guarde castidad según el estado en

que se vive, no impidiendo ser casado. O sea, que no se falte gravemente contra el sexto mandamiento de la Ley de Dios. La segunda condición es que se cumplan los rezos y sacrificios prescritos; estos son el *Oficio Parvo* y la abstinencia de carnes los miércoles y sábados. Si no se pudiese, por alguna causa, cumplir esto, rezando las devociones en que lo conmute un confesor, sea al imponer el Escapulario o en otro momento dentro o fuera de la confesión.

No podían pensarse Privilegios más grandes y consoladores para las almas que estos dos. Por el primero sabemos que el alma que murió con el escapulario estaba en gracia y se salvó. El Escapulario de María no da la gracia, pero es el signo de que se muere en ella. Por el segundo se abrevia el tiempo de estar en el purgatorio, observando las condiciones prescritas.

Los cristianos fervorosos, humildes y agradecidos, abrazan con amor el Santo Escapulario y llenos de gozo le estrechan contra su pecho sin jamás apartarlo de sí, siguiendo el consejo y el ejemplo de S. S. Pío XII.

Las almas de fe y anhelosas del cielo siempre le visten con dignidad, devoción y amor, y encuentran en él, según las palabras de la Virgen, la ayuda para no ofender a Dios, la seguridad de un sincero arrepentimiento y la esperanza de morir en gracia. Para ello se esmeran en cumplir las devociones, y la Virgen, Madre graciosa, bajará a buscarlas para conducirlas a su celestial morada.

Para estas almas desaparecieron, en parte, los miedos excesivos a la muerte; sólo en parte, porque cuando el Señor manda sus pruebas, todo se olvida y sólo se ve la propia nada y la incertidumbre futura. Pero durante el tiempo ordinario, en lugar de temores, tienen la confianza de que el Señor, por su misericordia y por la intercesión de su Santísima Madre, las llevará al cielo. Cuando se ven con su Escapulario a la hora de la muerte sienten el gozo de la protección que la Virgen ha prometido.

Muchos casos milagrosos hay escritos en libros y revistas sobre la protección de la Virgen con su Escapulario en vida y a la hora de la muerte. Sólo quiero recordar dos, entre los muchos que personalmente he conocido.

Un Terciario Carmelita de La Habana, muy fervoroso y especialísimo devoto de la Virgen del Carmen, había recibido muchos favores por medio del Escapulario, que siempre llevaba sobre su pecho; algunos favores eran tan fuera de lo ordinario, que más parecían verdaderos milagros. Estando ya para morir, mostraba en sus palabras, semblante y modo de comportarse grande alegría, y decía a su familia: «¿Cómo no he de estar contento, si la Virgen me va a llevar a ver a Dios?» Añadiendo: «Pónganme el Escapulario nuevo para presentarme a la Señora con uniforme de gala.» Lleno de alegría y confianza murió con su escapulario nuevo.

Este segundo hecho me lo contaba, y me lo dio

por escrito a petición mía, el bueno de don Matías Gilarranz, Párroco de Valverde del Majano, pueblecillo próximo a Segovia, admirado de la protección que la Santísima Virgen concede por su Escapulario.

Sucedió el 14 de julio de 1929. Un feligrés suyo, muy religioso y bueno fuera de lo corriente, modelo del pueblo y muy amigo del Párroco, llamado Gregorio Illana, enfermó de gravedad y dispusieron recibiera los Sacramentos. Don Matías fue a visitarle para prepararle a morir santamente, lo que esperaba hiciera muy gustoso el enfermo, pues su vida había sido muy santa. Le notificaron al enfermo su llegada y dijo que no le recibieran y que no estaba dispuesto a recibir los Sacramentos. Don Matías, extrañado, no se explicaba aquella conducta en hombre siempre tan respetuoso con él y tan fervoroso. Le suplicó le recibiese como amigo que era, y hablando con el enfermo le confirmó que no estaba dispuesto a recibir los Sacramentos y que le agradecería se fuese, sin dar razón alguna. Entonces el Párroco le suplicó que, por la amistad que siempre habían tenido, le permitiera imponerle el Santo Escapulario del Carmen, de quien había sido muy devoto, pero que sin saber por qué nunca se lo había impuesto. Accedió a ello el enfermo y recibió la imposición con el respeto habitual en él. Terminado de imponérsele le añade el Párroco: «Ahora le confesaré y daré los otros Sacramentos», y el enfermo contesta: «Sí; vamos, y prepáreme bien para una muerte santa», y

le pidió perdón. Amablemente instado por el Párroco del porqué había contestado antes de aquel modo, habiendo sido siempre tan bueno, tan amigo y tan respetuoso, no sabía dar ninguna razón, diciendo que él mismo no se lo explicaba, pero que le perdonase en su nombre y en el de Dios. Y gozoso, estrechando su Escapulario, vivió los pocos días que aún le quedaron, y lleno de alegría y de confianza en la Santísima Virgen, murió con la muerte de los justos.

Decía el Párroco que miraba esto como una gracia y una llamada de la Santísima Virgen para que un cristiano fervoroso no muriera sin haberse impuesto su Santo Escapulario.

Con tan poderoso escudo no producirá tristeza la muerte, sino gozo; en este momento se cumplen de modo especial las palabras de David: *Nació la luz para el justo y la alegría para los buenos de corazón* (4).

Siente que la Virgen *ruega por él en la hora de la muerte* como se lo había pedido en el *Avemaría,* y experimenta lo que Santo Tomás de Villanueva decía: «...que la Virgen es perfecta abogada; perfecta, porque es purísima; perfecta, porque es sumamente acepta a Dios; perfecta, porque es purísima. Todo esto es necesario para ser perfecta abogada. Ea, pues, Abogada nuestra: Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos. A ti recurrimos en nuestras necesidades. Cumple conmigo tu oficio y ejercita en mí tu obra de abogada» (5).

La hora de la muerte será el momento en el cual la Virgen sin mancilla me mostrará para siempre a Jesús bendito. Espero que la Virgen, Madre mía, me concederá una muerte dulcísima.

(1) San Pablo, *A los de E/eso,* 6, 5.
(2) Santa Teresa de Jesús, *Poesías,* XXI. Si el pa*decer con amor*
(3) San Alfonso María de *Ligorio, La Monja Santa,* cap. XXI.
(4) *Salmo* 96.
(5) Santo Tomás de Villanueva. Sermón I de la Asunción.

CAPITULO XXVII

CUANDO ES BUENO DESEAR PARA SI Y PARA LOS DEMAS LA MUERTE

San Juan Crisóstomo, con su abundancia y sencillez de palabra y su ímpetu característico, nos exhorta a que *no queramos temer la muerte. El alma tiene por naturaleza el deseo de vivir... Cuando a Dios le pluguiere mandarnos la muerte, ni la huyamos ni la tengamos miedo, sino que la abracemos con ánimo y escojamos vivir la vida futura mejor que la presente* (I).

¿Conque Dios llama a la muerte favor y tú te lamentas?... Si *lamentarse conviene, Satanás es quien debe lamentarse. Duélase él, laméntese él de que caminemos hacia otros bienes mejores. Bien dice ese llanto con su perversidad, no contigo, que vas a reposar y ser coronado. . .*

La muerte es un puerto tranquilo... ¿Por qué haces que otros teman y tiemblen de la muerte?... Dirás: esa es la naturaleza. De eso no tiene la culpa la naturaleza ni el curso de las cosas, sino nosotros, que todo lo transtornarmos de arriba abajo, que nos hemos hecho afeminados y hacemos traición a nuestra nobleza y de ese modo empeoramos a los infieles. En efecto: ¿cómo hablaremos a otro acerca de la inmortalidad? ¿Cómo persuadiremos al gentil si tenemos más miedo

y horror a la muerte que él? (2). No debe el hombre tener miedo a la muerte, sino a la mala vida y a la soberbia y desorden, que traen necesariamente mal fin. La mala muerte sí que *es pésima ante la presencia del Señor* (3); y es mal terrible de irremediables consecuencias para siempre. Para siempre aparta del último fin y de la bienaventuranza al hombre y le hunde en la desgracia eterna.

El soldado hace alarde de valor y se lanza en la guerra a una muerte casi segura, ordinariamente sin la preparación espiritual debida. Si muere, la patria no puede pagárselo en la eternidad, ni ha de sacarle de la terribilísima desgracia si para siempre pierde su alma. Aun cuando los hombres alaben su heroísmo, es muerte para poner pavor si no va en gracia. Porque, ¿conduce esa muerte a Dios? ¿Muere siempre el soldado por amor a Dios en cumplimiento de su deber y con limpia conciencia ? ¿Mira en su arrojo también a la patria verdadera? ¡Triste paga la que puedan ofrecerle los hombres o la historia si no da su vida en gracia de Dios!

El criminal, bandolero o atracador desprecia insensatamente su vida y expone impíamente sus dos vidas: la del alma y la del cuerpo; la del tiempo y la de la eternidad. Se arroja a la muerte perpetua de desesperación y tristeza, para estar siempre privado de la luz de Dios.

Estos desgraciados sí que deben temer la muerte, porque pierden para siempre la felicidad. Pero yo,

cristiano, con la fe, que camino hacia el cielo, no debo tener miedo especial a la muerte. Por ella paso a la luz. *La muerte,* me dice Santo Tomás, *es odiable, pero deseable y codiciable, porque lleva a la bienaventuranza* (4). Amamos lo que nos conduce a la dicha que soñamos; la propia debilidad nos tiene en constante peligro y la muerte nos asegura el cielo. Bien decía San Agustín que «con la ciencia de la propia debilidad crece el dolor, nostalgia de su peregrinación, y aumentan los anhelos por arribar a la patria feliz de su Dios y Hacedor» (5).

Es equivocación muy común y completamente errónea estimar como falta y obra mala el desearse la muerte a sí mismo o deseársela a otro; pero ni es falta ni mala obra, si no hay mala voluntad.

En lo que sí se falta y no dejaremos de sufrir mucho purgatorio es en el terrible apego que tenemos a la tierra, en el desmedido deseo de querer vivir muy larga vida sobre la tierra y en el anhelo de no querer salir de este destierro, aunque amargo y duro, ni desear ir al eterno banquete de Nuestro Padre Celestial. En lo que sí se falta es en el poco aprecio y estima que hacemos de Dios, no queriendo ir a El por estarnos en este mundo de zozobras y trabajos, pero que ni aun con todo eso le queremos dejar. ¡Oh Dios mío, Omnipotente y buenísimo! ¿Por qué no querremos ir a tu felicidad y a tu paraíso? ¿Por qué prácticamente preferiremos la tierra a tu feliz cielo ?

Es ésta una equivocación fatal y un error de muy

perjudiciales consecuencias, porque es posponer la hermosura y felicidad de Dios a la pobreza y miseria de las criaturas, es menospreciar a Dios infinito en toda perfección y nuestro último fin y obrar contra nuestro más alto y noble bien, ya que el último fin es el bien perfecto e ilimitado y la bienaventuranza plena; es el bien que los encierra todos, que necesariamente tenemos que amar, y para el cual hemos sido creados.

Todos los cristianos sabemos que la pena más terrible del Purgatorio es la *pena de daño,* la cual no es otra cosa que el deseo vehementísimo de ver a Dios y el no poder verle, teniendo que permanecer alejados de El. Muchos tendrán que padecer esta pena, por no haber tenido en la tierra deseos de ir a Dios, y algunos opinan que para ciertas almas será esta la única pena que padezcan algún tiempo, pero que es la más terrible (6).

No es malo, antes bueno y santo, desearse la muerte a sí mismo y desearla a los demás cuando el deseo y fin es bueno. No deben andar angustiadas las almas pensando que obran mal cuando se desean la muerte o se la desean a los demás, pues no podemos desear mayor bien a las personas que amamos.

Antes de Jesucristo no existía la razón principal y más santa para desearse la muerte y era santo procurar larga vida, porque no se podía ver a Dios ni entrar en su reino hasta que se obrase la Redención y Nuestro Señor abriera las puertas del cielo. Pero en

la era de gracia, el mayor bien es desear ver a Dios y vivir muy santamente para verle enseguida, porque estando el alma sin mancha, inmediatamente empezará su gloria. Así que desear la muerte es desear todo bien y la seguridad de que ya no se perderá el cielo; es, sobre todo, desear la visión de la esencia divina y vernos ya libres de todos los males, dolores, inquietudes y desazones presentes. ¿Cómo ha de ser esto malo, cuando precisamente para esto nos ha creado el Señor? ¿Cómo ha de ser malo, cuando nada hay ni puede haber, ni aun puede pensarse semejante a Dios ni aun que remotísimamente pueda compararse a El? ¿Cómo puede ser malo desear y pedir la posesión del último fin?

Lo que sí es malo- y lo sabemos los cristianos desde que aprendimos el catecismo de la doctrina cristiana- es desearnos la muerte a nosotros por despecho, por soberbia, por impaciencia, y deseársela a los demás por esto mismo por venganza, o por cualquier otro fin malo; esto es gran pecado y muchísimo mayor atentar contra la propia vida o la ajena.

La vida sólo es de Dios y no puedo disponer de ella como propietario, sino como administrador, y mucho menos podré disponer de la vida de otro. Dios me ha dado mi vida para que yo la viva y nada hay más mío que mi propia vida; pero sólo soy usufructuario para adquirir con ella santidad, virtudes, gracia de Dios y vida eterna sin tener derecho a deshacerme de ella. Eso se lo ha reservado Dios para sí, y

disponer yo de ella sería quitar al Señor sus derechos inalienables. Sólo El puede dármela, prolongarla o pedirla.

Dios nos ha dado una alma inmortal. El que intenta quitarse la vida no deja de existir. Es arrebatado de la compañía y de la vista de los hombres; se separa temporalmente el alma del cuerpo, pero continúa viviendo en la eternidad. Desaparece de la tierra, para su desgracia, y se labra a sí mismo la condenación eterna.

En el momento en que Dios lo determine, mi alma se separará de mi cuerpo temporalmente. Pero Dios me ha creado para la inmortalidad y mi eternidad será lo que yo ahora me labre en este mundo. Si escojo por amigo a los hombres malos y sus malas obras, ellos serán los que eternamente me acompañen y rodeen, con el castigo y sufrimiento desesperante de su perversidad.

Si practico la virtud y me abrazo con una vida santa, viviré eternamente en Dios y en el gozo de los buenos, los cuales serán mis compañeros y con ellos alabaré a Dios en perpetuo regocijo. Me concede el Señor esta vida del mundo para que yo acumule aquí tesoros de eternidad; administrador y usufructuario de mi vida, tendré que dar cuenta de ella al Señor.

Es terrible pecado quitarse la vida o el atentar contra ella. Es crimen quitársela a otro o atentar contra ella.

Pero desear la muerte propia y la muerte de los

demás por un principio de caridad, no sólo no es malo, sino bueno y tan perfecto y santo como sea la caridad con que se desea. Es bueno desear la muerte propia o ajena como término de la ignorancia y de la incertidumbre de caer en el mal y poder perder la vida verdadera; y aun para verse libre de los dolores y disgustos temiendo no saberlos santificar y que por flaqueza falte la perseverancia; desear la muerte para entrar en la compañía de los bienaventurados y adquirir la sabiduría y el amor eternos, desearla para llegar a la visión de Dios y recibir la gloria y la posesión del último fin para el cual hemos sido creados, es el mayor y hasta el más perfecto bien que puedo desearme a mí y que puedo desear a los demás. Es desearos a Vos, Dios mío, Bien infinito, Creador y manantial de todo bien; mi alma suspira por Vos con todas sus fuerzas y anhela desearos más cada día. Tengo sed ardiente de veros y prisa por entrar en vuestra gloria. y *ciertamente, ¿qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Ti, oh Dios mío? ¡Ahl* Mi *carne y mi corazón desfallecen. ¡Oh Dios de mi corazón, Dios, que eres la herencia mía por toda la eternidad¡* (7). No puedo disponer de mi vida, pero os la ofrezco de todo corazón.

Vimos que las almas santas sufrirán un examen por el mismo Dios, que es la claridad suma y halla mancha en los ángeles, según dice Job; pero confían que las examinará del amor y ellas le habían amado

con todas sus fuerzas y tenían ofrecida su vida por amor. Deseaban impacientes que llegara ese momento, porque es un Padre más bueno que todos los padres quien las iba a juzgar y las examinaba con el deseo de poderlas dar hermosísimo premio. San Juan de la Cruz se gozaba pensando que le examinaría su Padre Celestial y le daría gozo ver cuánto le había amado. Así decía: *En la tarde (de la vida) te examinarán en el amor* (8). Muchas almas fervorosas han tenido sus delicias meditando tan preciosa verdad. El mismo gozo experimentaba Santa Teresa de Jesús cuando escribía: «Será de gran cosa a la hora de la muerte ver que vamos a ser juzgados de quien habernos amado sobre todas las cosas. Seguras podemos ir con el pleito de nuestras deudas; no será ir a tierra extraña, sino propia, pues es a la de quien tanto amamos y nos ama» (9). Quizá la razón por la que muchos y muy grandes Santos han muerto jóvenes es que pidieron a Dios les llevara Consigo al cielo, pues no podían estar lejos del amor. En la flor de su juventud y en entrega amorosa mueren tantas jovencitas inocentes consagradas al Señor en el recogimiento del claustro. Las corta el Amado para ornato del cielo.

La Hermana Catalina de Cristo vimos que, preguntada por su madre, también religiosa en el mismo convento de Ubeda, la contestó: *Quiero morir* (10), y en sus brazos, dulcísimamente, a los veintitrés años, entregó su alma al Esposo.

La Hermana María Teresa de Jesús, en su última enfermedad, al ser preguntada qué hacía día y noche, pues no dormía, respondió: «Estoy amando desinteresadamente a Dios y en este amor desinteresado quiero morir. Dios mío, ¿en qué me detengo? » (II). Y a los diecinueve años se extinguió de amor.

La sierva de Dios Isabel de la Trinidad hizo muy jovencilla una peregrinación para pedir a la Virgen morir joven, y moría en el Carmelo de Dijón a los veintiséis años (12).

¿Quién no siente emoción delicadísima leyendo en la *Historia de un alma* cómo Santa Teresa del Niño Jesús recordaba al Señor que viniera a robarla y moría a los veinticuatro años ? (13). Pero dejemos esto para más adelante.

En la encantadora Vida de Santa Teresa del Niño Jesús, escrita por ella misma, leemos, seducidos por la hechicera sencillez con que está dicho, que siendo aún muy niña deseaba la muerte a su padre ya su madre para que se fueran al cielo (14). Su ingenuidad infantil intuyó el mayor bien que podía desearles.

Quien desea morir temiendo le falte la paciencia para sobrellevar pruebas y trabajos, muy buena cosa desea, y si con este mismo fin alto lo quiere para los demás, obra bien.

Doña Blanca de Navarra repetía a su hijo, que había de ser San Luis, Rey de Francia: «Mucho, hijo, te quiero; pero prefiero verte muerto a que cometas un pecado mortal.»

Tan perfectamente aprendió San Luis la lección de su madre, que siendo ya rey, preguntó a uno de sus vasallos, con quien tenía gran confianza, si escogería antes pasar una gran enfermedad que cometer un pecado mortal, y como el caballero le respondiese que prefería cometer muchos pecados mortales antes que padecer la enfermedad, entristecido el rey le dijo: «Oh, cómo se ve que no conoces lo que es un pecado mortal» (15). Un año antes de llevar el Señor Consigo a Santa Lutgarda, la dijo en una visión: «Ya se va acercando el tiempo en que has de recibir el premio de tus trabajos y estar eternamente Conmigo; quiero que hagas tres cosas en este año. La primera, que me des muchas gracias por las mercedes que has recibido y pidas a los Santos que hagan lo mismo por ti. La segunda) que ruegues con grande afecto por los pecadores a mi Eterno Padre. *La tercera, que, dejando todos los otros cuidados, con grande ansia desees venir a* Mí (16).

Si nos diéramos cuenta de lo que es Dios, si tuviéramos idea de la infinita hermosura, majestad y omnipotencia del Señor, sentiríamos sed insaciable de El, de gozar sin traba ni velo alguno que lo encubra, su vida divina. No sería apenas posible vivir estando lejos de Dios si meditásemos en su grandeza.

Pero en la tierra no podemos darnos cuenta de la diferencia infinita que hay entre los bienes del cielo y los terrenales, o, como decía Santa Teresa de Jesús,

lo que va del Criador a la criatura. Si lo viéramos desearíamos, como deseaba ella la muerte cuando decía : «Gócese de esos goces (de Dios); admírese de sus grandezas; no tema perder la vida de beber tanto, que sea sobre la flaqueza de su natural ¡Muérase en ese paraíso de deleites! ¡Bienaventurada muerte, que así hace vivir!» (17). El Carmelita sevillano Padre Juan de Jesús María nos dice de sí mismo: «Muy mucho deseaba mi alma ver a Dios al descubierto y gozar de su divina presencia, y como esto no pudiera alcanzarlo sino muriendo primero, de aquí es que con grandes deseos desearía morirme para conseguir este fin y amarle y gozarle. y digo de verdad, que cuando no siento en mí estos deseos, me da grandísima pena y grandes temores de que no amo a Dios, porque digo: ¿Cómo es posible que yo ame a Dios de veras y que no esté con grandes ansias de morirme por verlo?» (18).

(I) San Juan Crisóstomo, *Homilía* 84 *sobre el Capítulo* 19 *de San Juan.*
(2) San Juan Crisóstomo, *Homilía* 31 *sobre San Mateo,* IX.
(3) *Salmo* 33, 2.
(4) Santo Tomás de Aquino, *Summa,* I, IIae, Q. V, a. 3; y III, Q. 46, a. 6 ad 4.

(5) San Agustín, *De Trinitate,* lib. IV, Proemio, núm.l.
(6) *De la hermosura de Dios y Su amabilidad,* por el P. I. E. Nieremberg, lib. 11, cap. XI, pár. II.
(7) *Salmo* 72, 25
(8) San Juan de la Cruz, *Avisos,* 56.
(9) Santa Teresa de Jesús, *Camino de Perfección,* cap. XL.
(10) *Año Cristiano Carmelitano* por el Padre Dámaso de la Presentación. C. D. Tomo I, día 21 de enero.
(11) Idem, íd., día 29 de abril.
(12) Id., íd., tomo III, día 9 de noviembre.
(13) Santa Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma.* cap. XI.
(14) Idem, íd., cap. I.
(15) *Leyendas de Oro,* por el P. Pedro de Rivadeneira, S. I. Véase extenso en Ioiville.
(16) *Leyendas de Oro,* por el P. Pedro de Rivadeneira, S. J., día 17 de julio.
(17) Santa Teresa de Jesús, *Conceptos del amor de Dios.* cap. VI.
(18) *Año Cristiano Carmelitano,* por el Padre Dámaso de la Presentación, c. D. Tomo I, día 10 de abril.

CAPITULO XXVIII

INSPIRACIONES Y LUCES DE DIOS AL ALMA ESPIRITUAL

¿Qué será Dios? Preciosa y al alcance de todos es la respuesta del *catecismo de la Doctrina cristiana: Es la cosa más admirable que se puede decir ni pensar; un Ser infinitamente bueno, poderoso, sabio, justo; principio y fin de todas las cosas; premiador de los buenos y castigador de los malos.* Aun sin tener estudios de ninguna clase, todos pueden entender muy bien esta definición. Ni la teología dice más. Dios es Creador y último fin, es sobre todas las cosas y está todo en todo. Dios es la altísima y bellísima verdad por esencia y tan soberano bien, que la inteligencia criada más alta, aunque sea de un Serafín, no puede formarse idea proporcionada del Señor. Dios es el bien total y actual. Ni el mismo entendimiento divino puede pensar nada ni perfección alguna que actualmente no tenga.

¿Qué luz pondrá Dios en las inteligencias cuando las ilumina para darlas conocimiento especial de sus atributos y perfecciones? ¿Qué efectos producirá la mirada de Dios en el alma? ¿Qué sentirá de Dios y de sí misma el alma con esta luz?

Los hombres doctos, para enseñar, explican las

ciencias, que ellos mismos aprendieron de otros maestros y de la experiencia; siembran conocimientos en los discípulos que les siguen. Pero los hombres no pueden dar inteligencia a quien no la tiene, ni pueden aumentar la capacidad de entender más de lo que el Señor haya dado, ni ellos mismos pueden enseñar, con frecuencia, más que opiniones, no verdades ciertas, porque no alcanza su entender a dominar la verdad. Es muy corto el entendimiento del hombre, aún del que parece más capacitado.

Sólo Dios es poderoso y sólo El es la sabiduría y la verdad.

Las comunicaciones de Dios no pueden tener comparación apropiada con otras comunicaciones; sólo por analogía y muy impropiamente pueden com. pararse con otras noticias criadas, como solamente así pueden estudiarse las ideas que el hombre llega a tener de Dios. Las comunicaciones de Dios son verdad y misericordia, son luz y vida de amor. Como Dios es infinitamente mayor y mejor de lo que se puede pensar, del mismo modo las comunicaciones de Dios a las almas son sobre cuanto se puede soñar.

El Rey David cantaba la maravilla de estas divinas misericordias diciendo: *Alabarte he, oh Señor, en medio de los pueblos, y te cantaré himnos entre las naciones. Porque es más grande que los cielos tu misericordia y más elevada que las nubes la verdad tuya* (I). El mismo David pedía al Señor: *Haz brillar de un modo maravilloso tus misericordias, oh*

Salvador de los que en Ti esperan (2), y daba gracias diciendo: *Bendito sea el Señor que ha ostentado maravillosamente sus misericordias para conmigo* (3).

Dios comunica maravillosamente sus misericordias más altas a sus Santos.

Las almas escogidas que han recibido alguno de estos favores especiales, los han estimado sobre todos los honores y tesoros de la tierra; se han deshecho en acción de gracias al Señor por esa inmensa bondad, y, algunas veces, intentaron darlas a conocer, pero no encontraban palabras para expresar su grandeza y suavidad ni modo de compararlo con las bellezas de la tierra. Viviendo esas misericordias de Dios, se consideraban felices, pero con ello sentían crecer en sí las ansias de llegar pronto a la posesión de toda felicidad en el cielo.

Cuáles serán los efectos de las misericordias del Señor? Santa Teresa de Jesús nos dice de su experiencia que la alegría y el goce que se siente por sola una lágrima vertida en la oración por amor de Dios no pueden comprarse con todos los trabajos del mundo (4). ¿Qué altas y cuán llenas de luz no estarán las noticias de inteligencia que Dios pone en el alma y qué intensidad y dulcedumbre de amor no producirán?

Y cómo ha de ser posible comparar la ciencia encerrada en los libros de los hombres con la ciencia enseñada por Dios? ¿Qué puede ser la sabiduría humana, casi siempre vacilante, siempre rectificándose

sin salir de errores, ante la ciencia comunicada por Dios, toda verdad clarísima y esencial?

Muy grande y firme era la ciencia de Santo Tomás de Aquino. Su entendimiento ha sido quizá el más vigoroso y ordenado, el más profundo y claro, el más disciplinado y transparente. Pues cuando Santo Tomás de Aquino se encontraba en la cumbre de la ciencia, en toda la activa plenitud de su entendimiento portentoso, con el dominio del idioma para la expresión más exacta de sus ideas y en plena madurez y pujanza, recibió una noche en la capilla donde acudía a orar delante del Señor, en el silencio y oscuridad de recogida y profunda oración, recibió, digo, una ráfaga de luz celestial o especial noticia de ciencia divina comunicada por el mismo Dios, y ante la claridad y mundos nuevos de la ciencia desconocida, ante la belleza y altísima verdad divina y calor de vida amorosa nunca pensada, que en ese momento recibió y brilló en su entendimiento, vió y sintió -y así lo dijo- que cuanto hasta entonces había aprendido, entendido, explicado y escrito (con ser tan profundo y encerrar las más altas y hondas verdades de la teología y de la filosofía) era todo como paja sin sustancia ni peso, y se llenó de tanto asombro ante tanta luz y tanta magnificencia, que no se atrevió a escribir más de la ciencia humana ni del conocimiento de Dios, dejando sin concluir su *Suma de Teología,* tan maravillosa y admirada de los hombres de todos los tiempos, para entregarse totalmente a la

ciencia práctica del amor de Dios en el continuado ejercicio de recogimiento y oración (5).

Sus enseñanzas y explicaciones en el corto tiempo que después vivió eran las lágrimas de devoción que frecuentemente derramaba y el estarse de rodillas orando ante el Sagrario y el casi continuo embelesamiento. ¡Tanto enseñan las lecciones dadas por el Señor! Sólo en el recogido y devoto silencio y quietud del espíritu pueden gustarse y agradecerse las altas y suavísimas noticias e inexplicables misericordias que Dios comunica amorosamente a las almas.

Aun el conocimiento de los mismos atributos divinos y su número, de tal manera se agranda, multiplica y embellece, que su expresión no cabe en el lenguaje de los hombres, y cuanto de alto y profundo enseña la teología, con ser la más encumbrada ciencia, es como oscura sombra ante esta luz de Dios, y el entendimiento, anonadado, sólo puede expresarse con admiraciones de alabanza.

El deleite que en el alma producen estas iluminaciones y noticias es proporcionado a la luz recibida; es gozo infinito en cuanto puede caber en el alma creada. San Pablo, recordando las noticias que Dios le había comunicado, no sabía decir cómo había sido, ni sabía cómo explicarlas; sólo podía admirarlas, alabarlas y agradecerlas, diciendo que *ni ojo alguno vio, ni oído oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que nos que aman* (6).

Santa Teresa de Jesús expresaba la misma admiración y gratitud cuando hablaba de esta inefable luz y gozo que Dios pone en el alma, diciendo: «Allá se avengan los del mundo con sus señoríos y con sus riquezas, y con sus deleites, y con sus honras, y con sus manjares; que si todo lo pudieran gozar sin los trabajos que traen consigo, lo que es imposible, no llegara en mil años al contento que en un momento tiene un alma a quien el Señor llega aquí. San Pablo dice que *no son dignos todos los trabajos del mundo de la gloria que esperamos;* yo digo que no son dignos, ni pueden merecer una hora de esta satisfacción, que aquí da Dios al alma, y gozo y deleite» (7).

Altísimo es el conocimiento de Dios que ponen estas noticias, y no es menor el gozo que producen. San Juan de la Cruz nos lo dice así: «El deleite que causan en ella (en el alma) estas (noticias) que son de Dios, no hay cosa a qué le poder comparar, ni vocablos ni términos con qué le poder decir; porque son noticias del mismo Dios y deleite del mismo Dios, que, como dice David, *no hay como El cosa alguna.* Porque acaecen estas noticias derechamente acerca de Dios, sintiendo altísimamente de algún atributo de Dios, ahora de su omnipotencia, ahora de su fortaleza, ahora de su bondad y dulzura, etc.; y todas las veces que se siente, se pega en el alma aquello que se siente. Que por cuanto es pura contemplación, ve claro el alma que no hay cómo poder decir algo de ello, si no fuese decir algunos términos generales,

que la abundancia del deleite y bien que allí sintieron, les hace decir a las almas por quien pasa; más para que en ellos se pueda acabar de entender lo que allí el alma gustó y sintió» (8).

«Consiste el tenerlas (estas noticias) en cierto toque que se hace del alma en la divinidad, y así el mismo Dios es el que allí es sentido y gustado. y aunque no manifiesta y claramente, como en la gloria, pero es tan subido y alto toque de noticia y sabor, que penetra la sustancia del alma, que el demonio no puede entrometer ni hacer otro semejante; porque aquellas noticias saben a esencia divina y vida eterna, y el demonio no puede fingir cosa tan alta» (9).

El Santo hace resaltar que Dios llena al alma de Sí mismo y la comunica maravillosamente sus atributos, junto con un gozo insuperable. Aquí enriquece al alma con singulares perfecciones, detalladas y concretas. «Pues como quiera que estas virtudes y atributos de Dios sean lámparas encendidas y resplandecientes, estando tan cerca del alma, como habemos dicho, no podrán dejar de tocarla con sus sombras, las cuales también han de ser encendidas y resplandecientes al talle de las lámparas que las hacen, y así estas sombras serán resplandores. De manera que, según esto, la sombra que hace al alma la lámpara de la hermosura de Dios será otra hermosura al talle y propiedad de aquella hermosura de Dios, y la sombra que hace la fortaleza será otra fortaleza al talle de la de Dios, y la sombra que la hace la sabiduría de Dios,

será otra sabiduría de Dios, al talle de la de Dios, y así las demás lámparas, o, por mejor decir, será la misma sabiduría y la misma hermosura y la misma fortaleza de Dios en sombra, porque el alma acá perfectamente no lo puede comprender. La cual sombra, por ser ella tan al talle y propiedad de Dios, que es el mismo Dios, en sombra conoce bien el alma la excelencia de Dios» (10).

No son sólo San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús quienes hablan de estos subidísimos regalos que el alma conoce y gusta de Dios; son todos los autores que tratan de la vida íntima espiritual y de sus claridades y hermosura. Así, Fray Luis de Granada, haciendo referencia a San Bernardo, dice con el primor y galanura de lenguaje que él sabe que «el ánima, que ya una vez aprendió del Señor a entrar dentro de sí misma por su presencia ya gozar de ella, en su manera, no sé si se tomaría antes por partido padecer por algún tiempo las penas sensitivas del infierno que ser desterrada y carecer de la dulzura de estos pechos divinos y quedar obligada a volver otra vez a buscar recreaciones sensuales en las cosas humanas» (11).

El Venerable P. Juan Eusebio Nieremberg no dudaba en decir que «bien se pudiera pensar una hermosura tal, que por sólo verse un instante se podían padecer eternamente los tormentos del infierno; pues esto se puede pensar y Dios es más de lo que se puede pensar» (12); a tan hermosa reflexión llega el entusiasmo de dicho escritor.

Pero las almas místicas que lo vivieron y gustaron no se expresan con vaguedad, sino que lo describen con toda precisión y detalle y lo cantan como el sentimiento más noble y real que han vivido y pueden aspirar a vivir.

No sólo la prosa de San Juan de la Cruz, sino su poesía, cantaba dulcísimamente, remontando el vuelo a la luz y conocimiento de Dios, esta gloria vivida por el alma y que sólo Dios puede dar. Una estrofa recordaba Menéndez y Pelayo con profunda admiración, y decía era aún más sublime que por su belleza literaria por su contenido teológico:

Y *es de tan alta excelencia*
aqueste sumo saber,
que no hay facultad ni ciencia
que le puedan comprender .

Y *si lo queréis oír ,*
consiste esta suma ciencia
en un subido sentir
de la divinal esencia;
es obra de su clemencia
hacer quedar no entendiendo
toda ciencia trascendiendo (13).

(1) *Salmos* 107, 5; 56, 11, y 35, 5.
(2) *Salmo* 16, 7.
(3) *Salmo* 30, 22.r
(4) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. V.
(5) *Síntesis biográfica de Santo Tomás de Aquino,* por el P. Santiago Ramírez, O. P., pár.
(6) San Pablo, II *A los Corintios,* II, 9.
(7) Santa Teresa de Jesús, *Conceptos del amor de Dios,* cap, IV.
(8) San Juan de la Cruz, *Subida,* lib. II, cap. XXVI.
(9) San Juan de la Cruz, *Subida,* lib. II, cap. XXVI.
(10) San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva,* canción I.
(11) Fray Luis de Granada, *Adiciones al Memorial de la Vida Cristiana,* cap. IV.
(12) P. I. E. Nieremberg, *De la hermosura de Dios,* lib. I, cap. VI. páx. II.
(13) San Juan de la Cruz, *Poesías: Coplas hechas sobre un éxtasis.*

CAPITULO XXIX

LAS NOTICIAS DE DIOS ENCIENDEN EN DESEOS DE VERLE

Dios comunica su luz a las almas humildes,. que se le entregan en *divino silencio de profunda soledad,* la cual se transforma en suavísimas claridades y en la más dulce compañía.

Dios se da a Sí mismo de un modo maravilloso al alma que lo ha dejado todo y se renunció a sí misma por poseer a Dios en más perfecto amor, y la hace participante de su vida infinita, comunicándola luz de soberana gloria.

El Señor puede y quiere hacer un cielo del alma fiel, que todo lo ha dejado por su amor y sólo quiere seguirle a El; que abandonó el mundo y el trato de criaturas; que renunció hasta a tener deseo de las cosas y aun a la ciencia, para sólo conocerle a El y estar continuamente amando muy a solas al Amado.

La soledad es la íntima y dulce compañía y el continuo trato del Esposo con el alma enamorada que lo perdió todo, por El.

No se puede explicar lo que estas almas gozan de la intimidad a solas con Dios y lo que El tan soberana y paternalmente las enseña y comunica. Ni puede el entendimiento de quien no lo ha vivido formar-

se idea de la altísima sabiduría con que Dios las hermosea, ni la lengua lo sabe decir.

Los filósofos descreídos no están capacitados para comprender la existencia de esta verdad. Por mucha erudición que tengan y muy detallado análisis que hagan de las cosas y de las palabras; por elegante que sea la forma con que expresen esas ideas en exquisita dicción, siempre estarán a ras de tierra sin poderse remontar a la contemplación ni al estudio de la verdad suprema; vivirán fuera de la auténtica filosofía, sin llegar a ver la causa origen de todo cuanto existe. Desde los griegos para acá, siempre se llamaron filósofos los amantes de la sabiduría y la verdad, los que indagan la causa de los seres; y sofistas los que juegan con las palabras vacías de verdad.

Quien niega o no admite la verdad de Dios personal e infinito con perfecciones infinitas, no puede llegar a ver la causa primera y creadora de todos los seres y verdades que existen, ni es propiamente filósofo. Que no es filosofía la que enseña el error como verdad.

Esa seudo-filosofía no tendrá poder ni fuerza para pasar del *rocoso promontorio* duro, árido e inhabitable, desde el cual sólo será posible vislumbrar entre brumas algo de una más alta y misteriosa verdad, y después de vivir como ateos, lo más que llegan es a decir, con el alma helada y muerta al amor eterno, las palabras de triste nostalgia *Dios a la vista.* Pero ni conocen a Dios, ni quieren estudiarle, ni aman al

Padre de infinito amor y de luz eterna, iluminadora de todos los seres.

Si no admiten a Dios infinito y personal, ¿cómo han de amarle? ¿Cómo han de admirar ni entender sus perfecciones? ¿Cómo han de saborear lo más alto, bello y delicado que existe? ¿Cómo han de tener esperanza de gozar de la felicidad eterna? ¿Cómo es posible puedan entregarle su vida y su Corazón? Bien decía ya San Agustín de los *falsos filósofos:* «¡Ay de aquellos que te abandonan a Ti, que eres su guía, oh luz divina, y que se extravían en sus caminos; que aman tus huellas, en vez de amarte a Ti mismo, y que se olvidan de tus enseñanzas! ¡Oh dulcísima luz, sabiduría del alma pura! Tú no cesas en efecto de insinuarnos cuál es tu naturaleza y cuán grande cosa eres y que tus huellas Son la hermosura de las criaturas... Los que aman tus obras en vez de amarte a Ti Son semejantes a aquellos que, oyendo a un sabio de grande facundía, pierden el contenido principal de sus pensamientos, cuyos signos Son las palabras que oyen, por poner demasiada atención y avidez en lo suave de su voz y en la estructura cadenciosa de los períodos

»¡Ay de los que se retiran de tu luz y se adhieren dulcemente a su propia oscuridad! Como si te volvieran las espaldas, hacen asiento en las obras de la carne, como en su propia sombra, y, sin embargo, aun lo mismo que allí les causa placer, lo reciben del resplandor de tu luz. Pero las sombras, cuando se

aman, causan más debilidad en los ojos del alma y las hacen más incapaz de gozar de tu vista, por lo cual tanto más y más se hunde el hombre en las tinieblas cuanto con más gusto sigue todo aquello que más dulcemente acoge su debilidad, y de aquí que comience a no poder ver lo que es el Bien Sumo ya no poder considerar como un mal lo que engaña su imprudencia, o seduce su entendimiento, o le atormenta en su esclavitud, bien que todo lo padezca en justo castigo de su perversión» (I).

Dios se comunica a los humildes, tiene su complacencia en poner su luz inextinguible de verdad suprema en el alma de los sencillos, que le buscan llenos de amor, se le entregan confiadamente, le acompañan en silencio y le prestan toda su atención, dejando todo otro cuidado y todas las demás cosas por estar a solas con El.

Bienaventurada el alma a quien Dios por Si mismo enseña. Con toda verdad repite gozosa las palabras de David: *He comprendido yo más que todos mis maestras, porque tus mandamientos son mi meditación continua. Supe más que los ancianos, porque fui investigando tus preceptos* (2).

Nuestro Señor Jesucristo, complaciéndose en la sabiduría y experiencia de cielo que Dios pone en estas almas humildes -sabiduría que no pueden alcanzar ni la ciencia ni la erudición descreída ni aun la ciencia meramente curiosa-, daba gracias a Dios por tal misericordia diciendo: *Yo te glorifico, Padre*

mío, Señor de cielos y tierra, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes del siglo, y las has revelado a los pequeñuelos. Sí, Padre mío, alabado seas por haber sido de tu agrado que fuese así (3).

Bienaventuradas las almas a las cuales Dios enseña por Sí mismo, porque las comunica la ciencia que de ninguno otro pueden aprender; que enciende en amor e inflama el conocimiento sobrenatural. Según sea esta sabiduría recibida del Señor, sabrán de El y de los seres de la creación, en Dios.

Dice también San Agustín : «¡Infeliz, en verdad, del hombre que sabiendo todas (las ciencias humanas) te ignora a Ti, y feliz, en cambio, quien te conoce, aunque ignore aquéllas. En cuanto a aquel que te conoce a Ti ya aquéllas, no es más feliz por causa de éstas, sino únicamente es feliz por Ti, si, conociéndote, te glorifica como a tal y te da gracias y no se envanece en sus pensamientos» (4).

Bienaventuradas las almas que tienen fuerza de volluntad para aislarse del mundo y atender a las enseñanzas de Dios, en humilde silencio y continuada oración. Dios las llena de su sabiduría. «Estando una vez en oración -dice Santa Teresa de Jesús- se me representó muy en breve, sin ver cosa formada, mas fue una representación con toda claridad, cómo se ven en Dios todas las cosas y cómo las tiene todas en Sí. Saber escribir esto, yo no lo sé, mas quedó muy impreso en mi alma» (5).

«La gloria que entonces en mí sentí no se puede escribir ni aun decir, ni la podrá pensar quien no hubiere pasado por esto. Entendí estar allí todo junto lo que se puede desear, y no vi nada. Dijéronme, y no sé quién, que lo que allí podía hacer era entender que no podía entender nada, y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello» (6). Con estas altas noticias de sabiduría divina sobre la majestad y perfecciones de Dios comunicadas por El mismo, se convierte el alma en un ciego de felicidad y deleite, y siente crecer impetuoso anhelo por llegar pronto a la total y gloriosa posesión de Dios. Pues si sólo vislumbrar esa luz da tanto gozo, ¿qué será entrar en su posesión? ¿Qué luz, ni qué belleza, ni qué alegría o contento pueden compararse a ello? ¿Quién podrá enseñarle verdades más altas, más hermosas que las que ha aprendido en el mismo Dios? ¿Quién podrá comunicarle nada más cierto, más íntimo ni más espiritual?

Dichosa y mil veces dichosa el alma a quien Dios por Sí mismo enseña. La fe la descubre mundos nuevos y altísimos de hermosura no conocida.

No es posible que haya en las cosas meramente naturales y terrenas alegría ni contento que ni de lejos puedan compararse con este gozo sobrenatural, que sólo Dios puede comunicar y que pone en lo íntimo y más delicado del alma, haciendo nacer una nueva vida, que no se conocerá en la tierra, pues es de cielo. Cuando el alma espera preparada con virtu-

des, humilde y constante en la oración, ofreciéndose en amor y diciendo con la Virgen sin mancilla: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (7), el Señor acude siempre con sus dones.

La teología y la filosofía discurren sobre los atributos divinos y con razones firmes demuestran que son lo sumo de la perfección y que sus efectos son maravillosos; pero no pasan de ser meras razones científicas que no tienen la virtud de calentar el corazón. Cuando Dios comunica sus noticias sobre estas mismas perfecciones, las almas que las han recibido se deshacen en admiración y alabanzas al Señor, no encontrando términos para expresar sus magnificencias y el gozo de que se han inundado ante la Luz divina y se encuentran decididas a dar *mil* vidas en los mayores tormentos porque Dios sea alabado de todos y por tener el gusto de confesarle con su vida por el martirio. Se ven en el mundo como solas con Dios, envueltas en su luz y en su amor. Sólo aspiran a llegar a su total visión en el cielo rotos los lazos del cuerpo.

Cuando las plumas van cubriendo a los pajarillos recién nacidos y sus alas se hacen resistentes para volar, empiezan a moverse y ensayar el vuelo aspirando a la anchura de la atmósfera y no se están quietos hasta conseguirlo; de semejante modo se mueve y suspira esta alma por volar a la vida de sobrenatural belleza, y no puede dejar de desearlo, encontrando nido opresor este mundo.

Bellamente lo dice Santa Teresa de Jesús: «La palomica o mariposilla... siempre gime y anda llorosa... Es la causa, que como va conociendo más y más las grandezas de su Dios, y se ve estar tan ausente y apartada de gozarle, crece mucho más el deseo; porque también crece el amor mientras más se descubre lo que merece ser amado este gran Dios y Señor» (8).

Y San Juan de la Cruz, que lo vivía y era poeta, dirigiéndose al Señor, le dice:

Acaba ya si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.

«Pues eres la divina luz de mi entendimiento con que te puedo ya mirar;... la fortaleza de mi voluntad con que te puedo amar y gozar; eres la gloria y deleite y anchura de ella; ...acaba ya de consumar conmigo perfectamente el matrimonio espiritual con tu visión beatífica. . .

»Pero son tales las asomadas de gloria y de amor, que en estos toques se traslucen quedar por entrar a la puerta del alma, no cabiendo por la angostura de la casa terrestre, que antes sería poco amor no pedir entrada en aquella perfección y cumplimiento de amor» (9).

El alma iluminada con la luz de Dios y habiendo gustado algo de la suavidad divina, no puede menos de desear, y desear ardientemente morir, que es ir a Dios y «muere porque no muere» o se siente «tan

deseosa de gozarle del todo... que vive con harto tormento, aunque sabroso» (10).

Porque toda la alegría que puede recibirse del mundo y de las criaturas no puede ser sino muy limitada, muy pobre, muy deficiente y pasajera; alegría pintada, no viva.

El goce que Dios comunica al alma que le trata es alegría del mismo Dios, puesta directamente por El; es obra del Paráclito para encender la llama de la divina caridad, placer de ángeles que supera toda aspiración y que ha sido puesta en el centro del alma, inundándola toda.

Nunca puede haber comparación proporcionada entre la criatura y el Criador; siempre permanece la diferencia infinita. Sin embargo, Dios levanta al alma hasta el abrazo de su amor.

Anda, pues, alma mía; esfuérzate por emprender el vuelo muy animosa, como las avecicas tiernas, para subir en alas de la humildad y del recogimiento hasta tu Dios. Pídele que venga por ti para llevarte y ponerte en su luz, pues para tanta dicha has sido criada y especialmente elegida. La fe te enseña ser tan alto tu fin. Que llegue, pues, el día en que se rompa el capullito en que estás encerrada y sujeta, y, transformada por la misericordia divina de gusano en bella mariposa, volarás hacia la luz de Dios.

¿Cuándo será esto, Dios mío ?

(1) San Agustín, *Del libre albedrío,* lib. II, capítulo XVI; traducción del P. Evaristo Seijas, agustino.
(2) *Salmos* 118, 99, 100.
(3) *San Mareo,* XI, 25.
(4) San Agustín: *Confesiones,* lib. V, cap. IV.
(5) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XL.
(6) Santa Teresa de Jesús. *Vida,* cap. XXXIX.
(7) *San Lucas,* I, 38.
(8) Santa Teresa de Jesús: *Moradas,* VI, cap. XI.
(9) San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva,* can. I.
(10) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VI, cap*ítulo* VI.

CAPITULO XXX

LA HERMOSURA Y BONDAD DE DIOS ACRECIENTAN LOS DESEOS DE VERLE

Las alegrías de los sentidos son tan dispares de los goces del espíritu, que quien procura el placer de aquéllos no es posible pueda figurarse lo que es el contento espiritual y la alegría comunicada por Dios al alma. La tierra no da flores de cielo, ni en el ruido y agitación mundanas se perciben las armonías de los coros angélicos. Las flores del cielo se marchitan en la tierra y los acordes de los ángeles han de oírse en total silencio. Mas quien se recoge callado en lo íntimo de su espíritu, a solas con Dios, que habla allí, no ocupándose de su ruidosa, inquieta y presumida nada, «quien se niegue a sí mismo» (I), ése recibirá del Señor alegrías inefables, que saben a gloria eterna; experimentará que el abrazo divino es incomparablemente superior a cuanta felicidad se pueda soñar y trasciende toda ciencia. Y no es de extrañar sabiendo que es noticia comunicada por Dios en puro espíritu, que *sabe a esencia de Dios y a vida eterna.* ¿Cómo se ha de soñar que la tierra pueda comprender al cielo? La tierra no pasará de ser tierra y el cielo ha sido creado por Dios para ser dicha y felicidad.

El alma que, por la gracia y misericordia divina,

gusta algo de Dios, encuentra insípido y vacío todo lo del mundo; y cuando se ha entreabierto la ventana y con un rayo de luz celeste vio algo de las perfecciones divinas, no puede complacerse con menos que con el mismo Dios. Gime el alma encerrada en la cárcel del cuerpo con gemidos hondos, suspirando por la anchura y claridad del cielo.

Son los Santos los testigos experimentados y veraces, y los únicos que nos pueden notificar este hecho. De la Sagrada Escritura y de los Santos tomaremos las palabras para expresarlo. No brota flor tan perfumada y primorosa en nuestra tierra; es la mano de Dios quien da fragancia y color. Ya nos advierte la *Imitación de Cristo,* para que seamos agradecidos: «Hijo, cuando sientes en ti algún deseo de la bienaventuranza, y deseas salir de la cárcel del cuerpo para poder contemplar mi claridad sin sombra de mudanza, dilata tu corazón y recibe con todo amor esta santa inspiración» (2). El profeta David nos dejó un precioso Salmo, que diariamente repite el alma que vive el amor: *¿Qué hay para mí en el cielo ni en la tierra fuera de Ti, Dios mío?* (3).

Esta misma idea la expresaba San Juan de la Cruz en sus versos :

Que estando la voluntad
de divinidad tocada,
no puede quedar pagada
sino con divinidad (4).

Las almas que sienten en sí el calor del fuego divino, o que han recibido un atisbo de las bellezas eternales Con iluminación de la luz sobrenatural, tienen sed ardiente e insaciable de ver a Dios y no pueden menos de desahogar su pecho en suspiros pidiendo al Señor que les sacie su sed.

No es ficción de la poesía o lirismo de los que cantan la hermosura de la naturaleza o de los seres, sino la inspiración del profeta David (superior a todo poeta), quien cantó estas ansias y deseos del alma enamorada, y diariamente lo repiten cuantos se abrasan en la hoguera del Espíritu Santo: *Como brama el sediento ciervo por las fuentes de aguas, así, oh Dios, clama por Ti el alma mía. Sedienta está mi alma del Dios vivo y fuerte. ¿Cuándo me será concedido que yo llegue y me presente ante la cara de Dios?* (5).

No es Fray Luis de León, que dice a la solitaria cima con muy hondo sentimiento:

Recíbeme en tu cumbre
y do está más sereno
el aire me coloca (6).

Es el mismo David quien veía la cumbre de los collados eternos en el Verbo y decía a Dios: *Escóndeme en lo escondido de tu rostro,* que es el Verbo, *y a Ti dice el alma mía; buscaré la luz de tu rostro* (7).

No puede prescindir se de ese sentimiento, pues, como ya vimos, «todos los hombres coinciden en el deseo, que llevan en su misma naturaleza de conseguir el último fin, y todos anhelan por alcanzar su perfección, y la perfección total es el último fin» (8), «porque la bienaventuranza es la perfección total ya conseguida y que excluye todo defecto de quien la consiguió» (9), dice con la precisión y profundidad de siempre Santo Tomás, sin que ni un solo deseo quede insatisfecho. Más aún: en esta misma vida de la tierra saciará Dios los grandes deseos de divino amor.

Por eso las almas de trato íntimo con *Dios* desean con alegría la muerte. Le recuerdan constantemente que no olvide que las creó para tenerlas Consigo en el cielo y hacerlas participantes de su gloria, y le piden que tenga a bien, en su misericordia, no prolongarlas mucho su destierro, sino que las mire con amor y venga pronto a llevarlas a su compañía.

Santa Teresa de Jesús, como gran enamorada, vuelve a decírnoslo: «Queda el alma tan deseosa de gozarle del todo... que vive unas ansias grandísimas de morirse, y así, con lágrimas muy ordinarias, pide a Dios la saque de este destierro. Todo la cansa cuanto ve en él» (10). Y «el entendimiento está tan vivo para entender la razón que hay que sentir de estar aquel alma ausente de Dios; y ayuda Su Majestad con una tan viva noticia de Sí en aquel tiempo de manera que hace crecer la pena en tanto grado, que procede quien la tiene en dar grandes gritos» (II).

Desean volar ya libres de todo lazo a la atmósfera de luz, al foco de toda sabiduría, al manantial inexhausto del amor, al origen de toda vida ya la plenitud de todo bien. Desean que venga pronto la muerte para entrar en seguida en la vida feliz que es «juntura de todos los bienes» (12).

Lejos de parecerles triste la muerte, la ven vestida de esplendorosa belleza, y la esperan con más ilusión que los niños a los Magos de Oriente.

La muerte es salir de entre *ponzoñosas sabandijas,* que en la oscuridad continuamente sobresaltan y asustan, a la compañía dulcísima de los bienaventurados del cielo en la luz inextinguible. La muerte es dejar la pesadez, los dolores y la torpeza del cuerpo, para vestirse de la claridad, sutileza y radiante hermosura; es dejar este mundo de ambiciones e injusticias, de guerras y amenazas, de incertidumbres y duelos, para entrar en el reino de la paz, de la abundancia, del amor y vivir en la resplandeciente morada de la Sabiduría; quedar libre de la crueldad de hombres duros, para ser acogido en los regalados y suavísimos brazos del Padre Celestial.

«¡Oh muerte! -me decía el solitario sentado junto al ciprés de su ermita y mirando dulcemente al cielo. ¡Oh muerte amable!; en esta soledad miro por si llega hasta mí la luz que anuncia tu presencia para entonar el cántico de alabanza. Eres la mensajera que anuncia al Señor.»

La muerte es la trasformación de esta vida de tie-

rra en vida de luz; es recibir el dulcísimo abrazo en el pecho de Dios. ¿Quién no deseará despojarse de los harapos del cuerpo para vestirse de la claridad y hermosura celeste?

No resisto a la tentación de transcribir la bellísima muerte del justo, descrita por Fray Luis de Granada: «*El que desea ser desatado y verse con Cristo,* no se ha de decir de él que muere con paciencia, sino que vive con paciencia y muere con alegría. Así que el justo no tiene por que entristecerse m temer la muerte, antes con mucha razón se dice de él que muere cantando como cisne, dando gloria a Dios por su llamamiento. No teme la muerte, porque al justo la muerte no es muerte, sino sueño; no muerte, sino mudanza; no muerte, sino último día de sus trabajos; no muerte, sino camino para la vida y escalón para la inmortalidad, porque entiende que después que la muerte pasó por el minero de la vida, perdió los resabios que tenía de muerte y cobró dulzura de vida» (13). El amor es la capacidad de conocimiento de Dios, y, por tanto, de la gloria que será capaz de recibir, del mismo modo que el deseo es la capacidad del amor.

El alma iluminada y esclarecida por el amor agranda también la capacidad para conocer y recibir la luz de Dios, y recibe más conocimiento vivo y más sabiduría sustancial de lo infinito de las perfecciones divinas. Lo recibe ahora en la tierra por la esperanza cierta que la da la fe; y la verdad enseñada por la fe

es mucho más segura y más clara en su oscuridad que las verdades que enseña la ciencia humana y la misma teología. y recibe también la sabiduría por las noticias especiales y comunicaciones que dijimos ponía el mismo Dios en la esencia del alma, irradiando destellos de luz increada sobre el entendimiento de aquellos que le aman de todo corazón, le obedecen con fidelidad, le tratan en perseverante oración y viven en ejercicio de continuado amor.

Guiado el espíritu por la viva fe y con estas noticias especialísimas que Dios le ha infundido en total silencio de sus potencias, pero que le ha dejado lleno de una luz más clara que la que da la teología sobre Dios y sus innumerables y altísimos atributos, no puede ya soñar con nada mejor ni tener ideal más elevado que a Dios mismo con su hermosura y su gloria. Porque toda otra ciencia, todo otro trato y todo Otro ideal, es oscuridad, imperfección y pequeñez ante lo que ha visto y conoce en Dios.

San Pablo, recordando lo que se le había mostrado, decía: *En cotejo del sublime conocimiento de Jesucristo miro todas las cosas como basura por ganar a Cristo* (14).

Una vez más cito a Santa Teresa de Jesús, Maestra la más segura en estas ciencias experimentales de las obras de Dios en el alma, la cual corrobora lo que dijo San Pablo. Dice la Santa (que como buena mujer no olvida flores y perfumes): «Cuando veo alguna cosa hermosa, rica, como agua, campo, flores, olo-

res, músicas, etc., paréceme no lo quería ver ni oír: tanta es la diferencia de ello a lo que yo suelo ver, y así se me quita la gana de verlo...; esto me parece basura» (15).

¿Cómo ha de haber ni atrevimiento siquiera para comparar lo terrenal con las perfecciones de Dios? ¿Cómo los que gustaron algo de la dulzura divina no .han de hallar amarga la tierra?

Dios, Dios, Dios infinito y glorificador es el ideal del alma enamorada y su ardoroso y único deseo. Bien dice la *Imitación:* «Por eso es poco e insuficiente cualquier cosa que me das, o prometes, o me descubres de Ti mismo, no viéndote ni poseyéndote cumplidamente... Miserable soy como encarcelado y preso con grillos hasta que Tú me recrees con la luz de tu presencia» (16).

El anhelo y el ansía es que llegue ya la clara visión de lo infinito enseñado por la fe o por las ilustracíones especíales del Señor. Resaltando el ansía de poseer ya esta hermosura escríbía San Basílío :

«¿Qué hay, me pregunto, más admírable que la dívína hermosura? ¿Ní qué ídea puede concebírse más agradable que la majestad de Díos? ¿Quién podrá ímagínarse un deseo semejante al que se produce dívínamente en las almas límpías de todo defecto? ¿Ní dónde se dará un deseo tan vehemente y tan acucíante? .

»Cíertamente del alma así afectada se puede decír con toda propíedad : *Yo desfallezco de amor y me*

encuentro herida de amor. Los resplandores que manan y saltan de aquella bríllantísíma fuente de la dívína belleza exceden completamente toda explícacíón y no pueden descríbírse, no hay palabra que dígnamente los exprese ní oído que pueda comprenderlo. Porque aun cuando lo expresaras con más esplendor que tíene el muy bríllante lucero de la mañana, con más blancura que la luz de la Luna o que la deslumbrante del mismo Sol, comparado con el brillo de la divina hermosura todo sería como pura oscuridad y su valor es como nada si queremos acercarlo a la grandeza de esta divina hermosura. La diferencia que hay de ellos a la luz verdadera de Dios excede inmensamente a la que hay entre las negras tinieblas de la profunda noche y la clarísima luz del mediodía, ni se pueden parangonar.

»No es posible que alguno vea con los ojos del cuerpo la majestad de esta altísima hermosura. Cuando alguna vez llega a verse., sólo puede alcanzarse con el espíritu y con el pensamiento.

»Y si, por gracia especialísima de Dios, envuelve esta hermosura divina a algún alma por algún tiempo, imprime en ella un ardiente y como insufrible deseo, que la hace expresar con vehemencia el tedio que la produce vivir aún esta vida de tierra, y suelen exclamar: *¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro!* y *¿cuándo vendré y me presentaré ante el rostro del Señor?* Y *deseo ser desatado y estar gozosamente con Cristo.* Y *mi alma tuvo sed de Dios vivo.*

«Esas almas santas aborrecían terriblemente esta vida, como se aborrece una cárcel abominable, en tanto grado que se las hacía difícil conformarse a vivir aquí cuando ya tenían su pensamiento lleno de la hermosura del amor de Dios. y ardiendo en un insaciable deseo de ver la belleza divina, la pedían y que se les concediese, ya que su entendimiento fortalecido con la luz de la gloria pudiese ver la feliz y eterna vida de Dios en sí misma y les sacase del camino de esta vida» (17).

Mientras llega esa hora, vive el alma en vigilante silencio. La Virgen vivió en altísima soledad y es la guía preciosa y fecunda de las almas interiores. Dios era para ella todo, y ella toda para su Dios. Altísima soledad, sublime, llena con la fe.

(I) *San Maleo,* XVI, 24.
(2) La *Imitación de Cristo,* Iib. III, cap. XLIX.
(3) *Salmo* 72, 25.
(4) San Juan de la Cruz: *Poesías. Glosa a lo Divino.*
(5) *Salmo* 41.
(6) Fray Luis de León: *Poesias: El Apartamiento.*
(7) *Salmos* 30, 21, y 26, 8.
(8) Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica,* I.II... Q. I, a. VII.
(9) Santo Tomás de Aquino: *Suma Teológica,* I.II... Q. V, a. 4, ad. 1.
(10) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VI, cap. VI.
(11) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VI, cap. XI.
(12) San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva,* canción III, de Boecio
(13) Fray Luis de Granada, *Gula de pecadores,* lib. I, part. II, cap. XXIV, pár. I.
(14) San Pablo, *A los Filipenses,* III, 8.
(15) Santa Teresa de Jesús, *Relaciones,* I. *Vida,* cap. XIX.
(16) La *Imitación de Cristo,* lib. III, cap. XXI.
(17) San Basilio; Ex lib. Regl. fusius disp. in Resp. ad ipterrog. 2.

CAPITULO XXXI

ALEGRE ANSIA DEL ALMA POR IR A VER A DIOS

Las almas no pueden encontrar su descanso hasta haber entrado en la posesión de Dios en el cielo, como no puede estar una enorme piedra suspendida en la atmósfera sin sentir la atracción hacia la tierra.

Si el alma naturalmente no puede tener la paz total sin llegar a la posesión de Dios en el cielo, el alma de vida espiritual siente una atracción irresistible hacia su centro, que es Dios. Ni puede querer otra cosa y esto lo estima como gracia especialísima y, en verdad, es superior a otras gracias y principio de todas.

Yo sé, y tengo certeza por la fe, que mientras estoy en la tierra vivo en el Señor; que Dios está en mí, infinito, perfecto, personal; que está en lo íntimo mío y en la esencia de mi alma, simplismo e inmenso, y que está por esencia, presencia y potencia dándome el ser y cuanto tengo; que yo no conozco la esencia de mi alma ni de mi ser, pero Dios me la ha creado y está en ella conociéndome y continuamente mirándome; que estoy envuelto y sumergido en la inmensidad y en la omnipotencia y luz de Dios; que si estoy en gracia, Dios me ama con especialísimo

amor, como yo no sé ni puedo amarle a El, aunque le ofreciera mil vidas si las tuviera; pero la impotencia de mi cuerpo no me deja ver a Dios, ni vislumbrar la hermosura del cielo, y me detiene en las tinieblas de este destierro; por esto os suplico, Dios mío, por el amor que me tenéis, descorráis este velo del cuerpo en que vivo, me iluminéis con la luz de la gloria y os manifestéis a mi alma; vea yo, Señor, aunque indigno, vea yo ya la luz de vuestra esencia. Ciérrense mis ojos para que os vea mi alma.

Deseen otros no salir de este mundo. Mi alma dice con la *Imitación de Cristo:* «¿y cómo se puede amar una vida llena de tantas amarguras, sujeta a tantas calamidades y miserias? ¿Y cómo se puede llamar vida la que engendra tantas calamidades y pestes? Con todo esto se ama y muchos la quieren para deleitarse en ella» (I). Mi alma os suplica vivamente, Señor, que abráis ya, con una santa muerte, la puerta por donde ha de venirme vuestra luz y por la que he de entrar a la visión de vuestra gloria, y viéndoos a Vos, tomaré posesión de los tesoros infinitos vuestros, que .son vuestras perfecciones y misericordias. Diciendo misa el Carmelita sevillano Padre Juan de Jesús María, miraba fervorosamente y lleno de fe la Sagrada Forma durante el *memento de difuntos,* y oye que Jesús le dice, escondido en el Sacramento que tiene ante sus ojos: *¿Quieres que corra los velos?*, y el Padre contestó con humildad y agradecimiento, lleno de ansias de verle y poseerle total-

mente en la gloria: «No, Señor, si no es para siempre» (2).

Es propio del alma enamorada desear, como San Pablo, verse libre del cuerpo y estar para siempre en la celestial Jerusalén.

Sabía bien este religioso, y así lo había experimentado y escrito, que «no hay cosa de mayor deleite que estarse a solas en un rinconcito con Dios. Pero en esto, añadía, no hago nada; porque Sobrepujan los deleites y gustos que allí siento a cuantos el mundo y la carne y todas las criaturas de la tierra pueden dar». Sólo podía saciar su deseo y sus anhelos viendo a Dios en la gloria yeso suplicó humildemente.

Quien vive en gracia de Dios, está envuelto en la segura y riente luz de la fe y de la esperanza, vive lleno de grandes deseos del mismo Dios y confía que irá a la felicidad eterna y quizás muy pronto. La confianza será tan firme como sea fuerte su amor.

El espiritual encuentra su solaz en considerarse bajo la mirada de Dios, pero amorosa y continuamente atento a Dios y disfrutando de su compañía. Como el cazador espera sin moverse la salida de la codiciada pieza, así espera él la hora en que el Señor llegue para llevarle consigo a la clara visión, recordándole, mientras espera, que le ha prometido venir pronto a buscarle, saltando su corazón de gozo cuando percibe algunos indicios de la llegada.

Ni parece se pueda uno figurar la emoción tan henchida de gozo y el dulce sobresalto, al sentir- el

rumor de los pasos del Amado: *He aquí que llega el Esposo,* y con voz suavísima dice: *Mira que vengo en seguida.* Fuera de sí el alma por el gozo, contesta humildísima : *Venid, Señor, que estoy esperando* (3). No cabe ya más alegría en mí que oír vuestra voz; hasta que lleguéis, estoy haciendo mi obra, que es la vuestra : estoy amándoos.

Y como la obra de Dios es amar, hace su obra en el alma amándola en la oración. En un *divino silencio* de palabras, está Dios maravillosamente escondido en el centro del alma, enseñándola en oscuridad de fe y vistiéndola de claridad de gloria, haciendo de ella un verdadero cielo; mientras el alma, también en silencio, recibe tantas maravillas y riquezas, mira a su Dios y le ofrece su vida.

De este modo lo vivía la Hermana Teresa de San Juan de la Cruz días antes de llegar su partida, en el convento de Carmelitas Descalzas de Sevilla. Al sentir una especial fragancia dijo: «Estos son los olores de mi Esposo, que viene a llevarme. ¡Qué Pascuas tan felices voy a tener!» y al notificarle que era su última hora, exclamó: «Pero ¿es posible, Dios mío? ¿Es verdad que me voy a morir? ¿De dónde este favor? ¡Qué beneficio tan grande! » (4).

No es raro este caso de muerte tan jubilosa. ¿Quién no se llena de apacible consuelo cuando Santa Teresa del Niño Jesús le recordaba al Señor con palabras de la Sagrada Escritura que viniera pronto a robarla? y la Sierva de Dios Isabel de la

Trinidad, al oír las campanas tocando a gloria, sentía se la dilataba el corazón y creía morir de alegría oyendo su llamada.

Recordemos las palabras de Santa Teresa de Jesús, porque son palabras que han hecho suyas muchas almas: «¿Hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene en la tierra para tener algún descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad!, ¡qué sin remedio! ¿Cuándo, Señor, cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Qué haré, Bien mío, qué haré? ¿Por ventura desearé no desearos?.. Alma tan encarcelada desea su libertad... Quered, gloria mía, que crezca su pena o remediad la del todo. ¡Muerte, muerte! ¡No sé quién te teme, pues está en ti la vida! ¿Mas quién no temerá habiendo gastado parte de ella en no amar a su Dios?» (5).

y San Juan de la Cruz, remontándose hasta la esfera de la luz divina en vuelo de fe, decía en explosión de incontenible amor: «Señor, Dios mío y única esperanza mía:

Acaba ya si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.»

«Sintiéndose. . . el alma a la sazón. . . tan al canto de salir a poseer acabada y perfectamente su reino, en las abundancias de que se ve estar enriquecida. . . y como no falta nada más que romper esta flaca tela

de vida natural, en que se siente enredada, presa e impedida su libertad, con deseo de verse desatada y verse con Cristo, haciéndole lástima que una vida tan baja y flaca la impida otra tan alta y fuerte, pide que se rompa diciendo: «Rompe ya la tela de este dulce encuentro» (6).

Se dirá que ésta es la muerte de los Santos, y es verdad. Sirven de modelo, porque aspiraron a Dios con todo su corazón y le amaron con fidelidad muy delicada.

La muerte de los pecadores y de los tibios no se describe aquí, porque ellos ni quieren vivir amando a Dios ni, por esto mismo, piensan en la muerte ni entienden que pueda ser hermosa y vestida de luz. Es verdad clarísima que quien desecha a Dios y se abraza con su amor propio y el pecado, no quiere nada con el Señor ni desea su venida. Pero tú. y yo, sí, ciertamente deseamos que nos lleve el Señor a su gloria, y nos complacemos en pensar cuán amables serán los momentos de la muerte y cuán llenos de hermosura, pues viene el Esposo a llevarnos con El, y nos gusta recordar cómo las almas santas, con su recogimiento y esfuerzo, llegaron al abrazo del amor, y llamaban a la muerte para que las llevase a vivir con Dios transformadas y gloriosas.

San Francisco de Asís pasaba noches enteras repitiendo el *Dios mío y todas las cosas.* Todo lo veía en el Criador y abrazaba la belleza de todas las criaturas en el abrazo de Dios.

San Francisco de Paula se quedará largos ratos suspendido y atento a Dios, repitiendo y gustando la palabra *amor*, *divina caridad,* mientras sus ojos están fijos en el cielo, que le atrae y hace gozar de la otra luz.

Santa Catalina de Sena no se cansaba de repetir su palabra favorita de *Verdad, Eterna Verdad,* y en ella lo verá y lo encontrará todo.

Será su mensajera y llorará porque aún no entra a poseerla en su misma fuente.

Y remontando su corazón sobre los hombres y sobre la naturaleza, gustará Santa María Magdalena de Pazzis de pronunciar una y otra vez: *¡Oh Verbo! ¡Oh Sabiduría Eterna! ¡Oh Amor!,* y con asombro y pena decía: *No es amado el Amor,* para entregarse ella por todos los hombres a amar y ofrecerse a su Dios. Y San Andrés Apóstol entonará el himno triunfal y vibrante a la vista de la cruz en que va a ser suspendido y entregar su vida a Dios, porque de los brazos de la cruz saltará victorioso y glorificado a gozar eternamente del Señor a quien amaba y por quien daba su vida.

Y San Juan de la Cruz se dirigirá suplicante al Verbo, preguntándole: *¿A dónde te escondiste, Amado?,* para contestarse y consolarse a sí mismo, diciendo: «Pues estás escondido en el seno del Padre, que es la esencia divina, muéstrame esa esencia; y como no puede ser viviendo en la tierra, llévame contigo al cielo.»

Es ésta el ansia en todos los enamorados del divino amor.

No es de extrañar que encontremos con relativa frecuencia maravillas en la muerte de los Santos, y que aún externamente cuantos les acompañan vean una suavidad y una luz de cielo que sobrenaturaliza el ambiente y que se trasparenta en el rostro ya casi sin vida, pero sereno. Esta apacible alegría llena de paz sobrecoge a todos los que rodean al moribundo y es la aurora dichosa del Sol divino, que empieza a proyectar la vida eterna y las armonías que no conoce el mundo, pero que día y noche había presentido el que muere mirando a Dios en el centro del alma. Las oyó Santa Catalina de Sena, cuando llegó a las puertas del cielo, como las oyeron aún externamente todos los que presenciaron la muerte de Santa Isabel de Hungría.

(I) La *Imitación de Cristo,* lib. 11,cap. XX..
(2) *Año Cristiano Carmelitano,* por el Padre Dámaso de la Presentación, C. D., tomo I, día 10 de abril.
(3) *Apocalipsis,* 22, 20.
(4) *Año Cristiano Carmelitano,* por el Padre Dámaso de la Presentación, C. D., tomo III, día 29 de diciembre
(5) Santa Teresa de Jesús, *Exclamaciones VI.*
(6) San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva.* c. I.

CAPITULO XXXII

SANTA TERESA Y LOS SANTOS NOS ENSEÑARON A DESEAR LA MUERTE

Al cerrar los ojos del cuerpo en la tierra y abrir los del alma, empezamos a recibir luz de la gloria.

«En tu luz, oh Dios mío, veremos la luz» (I).

Al presente no vemos a Dios sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras ; pero entonces le veremos cara a cara. Yo no le conozco ahora sino imperfectamente; mas entonces le conoceré con una visón clara a la manera que soy conocido (2).

El alma vive donde ama, y si tiene puesto todo su amor en Dios, la muerte hará que el alma vaya a gozar del Amado sin limitaciones y para siempre.

Sueña, alma mía, sueña en la hora del encuentro con el Esposo de soberanas perfecciones. Sueñen otros con quimeras de riquezas, de ciencia, de hermosura; tú, alma mía, sueña con aquel momento felicísimo de la muerte, cuando los ojos divinos se fijen en ti y tú, levantada a la luz de la gloria, veas la infinita belleza de Dios y seas sumergida en un océano de sabiduría y felicidad. Gózate en aquel momento y sube muy alta en alas de la humildad y de la fe hasta tu Dios; pide a tu Criador que te meta ya en su luz y te dé a beber de la fuente de aguas vivas. Pero

has de tener en la tierra vida de amor para que estés limpia en aquel momento; practica ahora las virtudes, para que llegues purificada a entrar sin espera a los brazos del Señor, porque sólo *los limpios de corazón verán a Dios.*

Si las almas fieles a las llamadas del amor vivían tan iluminadas por la fe y con el corazón fuera de las cosas y aficiones del mundo, ¿no habían de desear la muerte? ¿Qué hacían ya en la tierra, sino esperar y acabar de reunir nuevos tesoros de virtudes y amor para ir al Amor ? ¿ Qué se les daba ya de lo criado, sino de que todos amasen a su Dios y de vivir totalmente para El? Mientras les llegaba su hora, que es la de. su muerte, vivían llenas de divina impaciencia. Se deshacían en gozo pensando en la hora de entrar, aunque indignas, en la Patria prometida.

Cuando una noche Santa Teresa del Niño Jesús sintió en su tierna juventud un vómito de sangre, nos dice con candor : «Creí que me iba a morir y mi corazón se partió de alegría» (3). Ya líneas antes había escrito: «Gozaba entonces de una fe tan viva, que el pensamiento del cielo hacía toda mi dicha y me transportaba de alegría la esperanza de ir al cielo.»

En la misma *Historia de un alma* hay una escena preciosísima de la Santa, ya casi moribunda. El padre Capellán me ha dicho: «¿Está resignada a morir?», y yo le he contestado: «¡Ah, Padre mío!, creo que sólo se necesita resignación para vivir... Para morir lo que experimento es alegría» (4).

¿Cómo podría ni aun ocurrírseles a los «amantes del Señor querer prolongar unos días más el destierro en este mundo ante la eternidad gloriosa del cielo? San Estanislao, Obispo de Cracovia, hizo en su vida un milagro delante de todo el pueblo, para defenderse de una acusación hecha por el mismo rey contra él. Necesitaba poner por testigo a un hombre muerto hacía ya tres años, llamado Pedro. Recogido en oración y súplica al Señor durante unos días, se fue a la sepultura del difunto, le mandó salir y le llevó para que declarase ante el rey.

Habiendo el resucitado hecho su declaración a favor del Obispo, con estupefacción del pueblo y del soberano, preguntó el Santo a Pedro si quería continuar viviendo algunos años, que se lo alcanzaría del Señor; mas Pedro le respondió que no; que estaba ya terminando sus penas del Purgatorio y prefería aquella seguridad a la vida (5).

¡Cómo se consuela y alienta mi espíritu leyendo las vidas de los Santos!

¡Cuán dulce y delicadamente cantaban su himno de agradecimiento a Dios cuando sabían ya cierto que los llevaría enseguida consigo! Los ejemplos se agolpan en la hagiografía cristiana. Pregunta el Señor a San Eustasio si prefería vivir treinta días lleno de dolor sin alivio ninguno, o cuarenta sin dolor alguno, y respondió humilde el Santo que escoge vivir sólo treinta días lleno de dolores (6).

San Esperanza ha pasado cuarenta años ciego,

llevándolo con la mayor paciencia y recobrando la vista muy poco antes de su muerte; manda reunir a los monjes y canta el himno de gracias a Dios con el mayor fervor, porque le llega la hora de gozar del cielo.

Doña Sancha de Carrillo, rica y hermosa dama, ha pasado su juventud muy retirada y en penitencia extraordinaria. Un día, siendo joven aún, la comunica el Señor que de allí a un año exacto moriría, y la santa joven, preguntada por su hermano sacerdote por qué se lamentaba y estaba triste, le contesta que no podía llevar se tardara tanto en venir la hora de su muerte; antes, pensaba que de un día a otro moriría, pero ahora, al saber que faltaba todo un año, le pareció demasiado largo el tiempo por las ansias vehementes que tenía de ir al cielo y daba amorosas quejas al Señor por su prolongado destierro (7).

La sierva de Dios Isabel de la Trinidad, apenas salida de la niñez, hizo una peregrinación a la Virgen del Estanque por haber oído que concedía la primera gracia que se la pidiera. y la suplicó morir joven.

Pocos días antes de su muerte estaba con su Priora y oye tocar las campanas de la ciudad anunciando la fiesta de Todos los Santos. Este toque de gloria la impresionó hondamente, considerándolo como su partida para el cielo, y dice conmovida a la Superiora: «Oh Madre mía, esas campanas me dilatan el espíritu; tocan para mi partida. Van a hacerme morir de alegría. Vámonos.»

A los pocos días, con la última sonrisa y entreabriendo los ojos como quien mira un objeto precioso, pudo aún pronunciar con su último aliento: «Voy a la luz, al amor, a la vida» (8).

«¿De dónde a mí este favor de morir?», se pregunta el alma que va a Dios como se preguntaba la Hermana María Teresa de San Juan de la Cruz.

Como la vida de los santos era pura y apta para recibir las gracias del Señor, la fe obraba maravillosamente en ellos y vivían llenos de divina ilusión mientras se les acercaba esa hora tan deseada.

Siempre pensaban en la luminosa hora de despegar hacia el cielo y en la llegada a Dios; en entrar en la luz infinita. Santa Teresa lo gustaba en sus recuerdos y lo vivía gozosa. « Sólo mirar al cielo recoge el alma. . ., y acaéceme algunas veces ser los que me acompañan y con los que me consuelo los que sé que allá viven, y parécenme aquéllos verdaderamente vivos, y los que acá viven tan muertos, que todo el mundo me parece no me hace compañía.

»Todo me parece sueño lo que veo, y que es burla, con los ojos del cuerpo; lo que he visto con los del alma es lo que deseo, y como se ve lejos, este es el morir» (9).

Para no alargar estas páginas, quiero reunir los deseos de todos los Santos en los deseos y enseñanzas celestiales de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz. Ellos sabrán ilustrar nuestro entendimiento y poner dulcísimas mieles en nuestro pala-

dar para que codiciemos, como ellos, tanta hermosura y tanto bien. .

Los dos Santos Carmelitas hablan con tanto entusiasmo y vehemencia de sus ansias de morir, de irse a Dios, y nos presentan la muerte tan llena de luz y de encanto, como mensajera de bien tan perfecto y de riqueza tan colmada, que el ánimo se deja contagiar muy gustoso, e insensiblemente tiende los brazos a tan espiritual belleza y desea también entrar en los inmensurables goces de Dios, ofreciéndose confiadamente a la bondad divina.

¿Cuándo, Dios mío, me vestiréis de vuestra luz y me introduciréis en vuestro reino de amor y me sumergiréis en vuestra infinita hermosura ? i Cuán delicioso, santo y meritorio es desear y pedir tal muerte y ofrecerse al Amor divino !

¡Cuán bueno eres Padre mío, para los que te aman y ponen su vida en tus manos! ¡Cómo levantas a inmensa gloria las almas que voluntaria y amorosamente se te entregan!

Santa Teresa deseaba su muerte y la pedía al Señor. Muchísimos son los textos de sus obras que lo expresan. Sólo pondré unos pocos. Parece en ella este deseo como una santa obsesión: «¡Oh vida enemiga de mi bien, y quién tuviese licencia para acabarte! ¡Súfrote, porque te sufre Dios...Con todo esto, ¡ay de mí, Señor, que mi destierro es largo!.. ¡Oh, cuándo será aquel dichoso día que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la suma verdad! » (10).

Su pensamiento y su deseo es ver a Dios y entonces se olvida de todos los peligros del infierno o del purgatorio ; como ama, sólo piensa en el Señor : «Toda la ansia, escribe, es morirme entonces; ni me acuerdo de purgatorio, ni de los grandes pecados que he hecho, por donde merecía el infierno. Todo se me olvida con aquel ansia de ver a Dios» (II).

Pide al Señor la dé algún remedio para sobrellevar el verse apartada en este destierro de El y de los Bienaventurados, con quienes ya en cierta manera convive, y «ningún remedio ve sino la muerte, que con ésta piensa gozar del todo a su Bien" (12). y en otra parte dice: « Yo estaba pensando cuán recio era el vivir que nos privaba de no estar así siempre en aquella admirable compañía, y dije entre mí : Señor, dad me algún medio para que yo pueda llevar esta vida» (13). «El remedio es la muerte, y ésta no puedo tomarla.» Sólo piensa «irse luego a la muerte» y no es poca misericordia del Señor hallar quien se la dé (14), «ya que mis deseos son morir por El» (15).

Lleva tan grabada esta idea en el alma, que no puede verse libre de ella, ni dejar de desear sobre todas las cosas a Dios y la felicidad eterna. De un horno encendido sólo pueden salir bocanadas de calor y llamaradas de fuego. Las plantas crecen y se desarrollan hacia arriba en busca de la luz y tienden a su floración perfecta; la piedra no puede estar sin gravitar hacia el centro de la tierra y el corazón del que ama a Dios tiende hacia El y no puede estar sin desearle.

Y lo procura no como algo triste y el vacío; no es eso el Señor, sino como la cumbre y suma de toda alegría y plenitud de todo bien, como el alborear de la luz y de todo gozo y felicidad, como la atmósfera del amor soñado y ya a punto de conseguir, y por eso gusta de la muerte como de dulcísimo regalo. No sólo no ve en ella horror, sino dulzura inmensa, y su recuerdo hace saborear el principio de todo bien, pues por ella empieza, De aquí que la broten estas palabras: *No sabe de dónde pudo merecer tanto bien, vese con un deseo de alabar al Señor, que se querría deshacer, y de morir por El mil muertes* (16). «Queda el alma tan deseosa de gozar del todo al (Señor)... *que vive con harto tormento, aunque sabroso; unas ansias grandísimas de morirse, y así, con lágrimas muy ordinarias pide a Dios la saque de este destierro*» (17).

Y, por fin, en los *Conceptos del Amor de Dios* escribe: «No tema perder la vida de beber tanto, que sea sobre la flaqueza de su natural. ¡Muérase en ese paraíso de deleites! ¡Bienaventurada tal muerte que así hace vivir! » (18).

Morir, deseos inextinguibles de morir, de gustar la muerte, es la obsesión del alma enamorada de Dios. ¿Cuál no será la belleza encerrada en la muerte? ¿Qué hermosura no verá esa alma al entregarse u ofrecerse a Dios? Todo lo demás lo olvida, como se olvida una lamparilla cuando luce el sol espléndido. Lo dice Santa Teresa de Jesús, lo confirman las

muertes de los Santos. Ni piensa entonces que puede condenarse, aunque estuviese persuadida que ha merecido el infierno. Una contrición íntima y un dolor de corazón vivificados por el amor y por la confianza en Dios y en la pasión de Jesucristo, la enseñan a ponerse en las manos divinas y a mirar a Dios como Padre amorosísimo y misericordioso, como se había sentido antes hija fidelísima. Le ama con todo el corazón y con todas las fuerzas y le ve como a Padre de infinito amor. Ni el Señor quiere ser mirado de otro modo.

Mira con seguridad -con la certeza que da el amor y la humildad- el camino luminoso del cielo. Muere ofrecida al amor de Dios y va confiada en poseerle plenamente. Llama con ternura *Padre* al Señor y va a cantar las misericordias y bondades suyas para siempre en su compañía, con los ángeles y los bienaventurados. ¡Hermoso y meritorio es desear ir al cielo!

Bien nos lo expresaba Raimundo Lulio cuando decía del Amigo: «Pensaba el Amigo en la muerte y temió mucho hasta que se acordó de la noble ciudad de su Amado, de la cual son puerta y entrada la muerte y el amor» (19).

Mientras llega ese ansiado momento, se goza el alma pensando en Dios y en el instante en que la ha de tomar en sus brazos; alaba a Dios repitiendo las palabras de la Iglesia: *Porque sólo he amado al Autor de la vida y El me ha mostrado tesoros incom-*

parables, y hermoseó mis mejillas con su propia sangre y ha unido su cuerpo a mi cuerpo (20).

Porque Dios, en amor inapreciable, la había mostrado algo de sus infinitas perfecciones, decía: «Estos grandes deseos de ver a Nuestro Señor aprietan algunas veces tanto, que es menester no ayudar a ellos» (21).

Así pedía :

Venga ya la dulce muerte,
el morir venga muy ligero,
que muero porque no muero (22).

Y nos expone que, como el mayor sacrificio que podía hacer, ofreció al Señor continuar viviendo en la tierra desterrada del cielo (23).

(I) *Salmo,* 110.
(2) San Pablo. I *A los Corintios,* XIII. 12.
(3) Santa Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma,* cap. IX.
(4) Santa Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma,* cap. XII.
(5) *Lecciones del Breviario,* mayo.
(6) *Año Cristiano,* 29 de marzo, y *Leyendas de Oro.*
(7) *Vida y maravillosas virtudes de Doña Sancha de Carrillo,* por el P. Martín Roa, de la Compañía de Jesús, lib. II, cap. IX

(8) M. M. Philippon, O. P., *La Doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad,* cap. I, pár. III. *Año Cristiano Carmelitano,* por el Padre Dámaso de la Presentación, C. D;, tomo III, día 9 de noviembre.
(9) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XXXVIII.
(10) Santa Teresa de Jesús. *Exclamaciones XVII.*
(11) Santa Teresa de Jesús, *Vida, cap. XX.*
(12) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XXIX.
(13) Santa Teresa de Jesús, *Relación,* 56
(14) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VII, cap. IV.
(15) Santa Teresa de Jesús, *Relaciones,* III.
(16) *Moradas.* V. cap. II.
(17) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VI, cap. VI.
(18) Santa Teresa de Jesús, *Conceptos del Amor de Dios,* cap. VI.
(19) Raimundo Lulio. *Libro del Amigo y del Amado,* núm. 334c
(20) *Breviario.* Oficio de Santa Inés, 21 de enero.
(21) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* VI, cap. VIII.
(22) Santa Teresa de Jesús. *Poesias,* I. *Vivo sin vivir en mi.*
(23) Santa Teresa de Jesús, *Relaciones* Y la mayor cosa que yo ofrezco a Dios por gran servicio, es cómo siéndome tan penoso estar apartada de El, por su amor quiero vivir II, *Relación,* III y XXI.

CAPITULO XXXIII

EL INSTANTE DE LA MUERTE, VISION DE GLORIA

Y no es que los Santos deseen la destrucción del cuerpo, ni aun separarle del alma. Nadie que esté equilibrado en sus facultades puede desear su propia destrucción. Santa Teresa señala como una causa del temor natural a la muerte el sentimiento de la separación del alma y del cuerpo, donde parece que el cuerpo pide auxilio para no ser abandonado. Llevamos en la naturaleza el deseo de ser, de estar mejor, de vivir más perfectamente, como la planta nace, crece y tiende a la hermosura de su floración y de su fruto.

Con hondo sentimiento poético y realidad cristiana cantaba Gabriel y Galán poco antes de su muerte:

¡Quiero vivir! Dios es vida

****

¡Quiero vivir! A Dios voy
y a Dios no se va muriendo (I).

El mismo San Juan de la Cruz, hablando del deseo que se tiene de morir y del gozo que en ello se sien-

te, nos recuerda que desear la muerte es imperfección natural. La naturaleza no aspira nunca a morir, sino, como acabo de decir, al mejoramiento, a llegar a la perfección, a la transformación y permanencia sin pasar por la muerte si fuera posible. Mas como esto no puede ser, prevalece el deseo de ir a Dios, y pide la muerte, para llegar a la vida que siempre florece y nunca se marchita.

Esta es la causa por la cual en la antigua ley nadie Quería ni pedía la muerte por amor a Dios, como en la ley de gracia; porque entonces no podían entrar en el cielo ni ver a Dios hasta que se obrase la Redención, teniendo que esperar en el limbo de los justos, seguros ya -es cierto- de no faltar ni perder el cielo, pero sin poder gozar de Dios ni colmar las ansias principales del alma.

Los Santos no deseaban perecer, sino transformarse en vida más perfecta. Porque tenían conocimiento más claro de lo que es la vida feliz e inmortal; porque veían que la terrena no es nada más que principio de vida y deseaban con mayor vehemencia tenerla perfecta y llegar al total desarrollo, pedían la muerte para ser transformados y levantados y entrar en la vida eterna absoluta, sin sombras ni imperfección alguna. Sólo Dios es la flor perenne de felicidad. Sólo Dios es la grandeza, la majestad y el amor. Mi alma desea luz, horizontes infinitos, campo ilimitado de seguro amor y perpetua felicidad; y como todo esto es Dios, deseo con todas mis fuerzas

verle y vivir en El. Quiero la muerte para beber las aguas de la hermosura infinita y gozarme alabando al Señor. Me veo ahora como lámpara apagada, con el filamento negruzco, en espera de que el fluido de la gloria llegue, y entonces se tornará brillante, incandescente y luminoso, con la luz perpetua comunicada por Dios. Esto llena de ansias mi alma, anhelosa de perfección. Esto cantaba rebosando gozo Santa Teresa, como antes San Pablo, como los Santos todos.

No cantan los cautivos en su destierro duro y sombrío. David ponía en los judíos cautivos de Babilonia estas palabras: *Allí colgamos de los sauces nuestros instrumentos músicos. . . ¿Cómo hemos de cantar (dijimos) en tierra extraña? ¡Ah!* Si *me olvidaré yo de ti, oh Jerusalén, seca quede mi mano diestra. Pegada quede al paladar la lengua mía, si no me acordare de ti* (2).

Y el piadoso Calderón de la Barca ponía en boca de los cristianos cautivos en Africa estos versos:

Pues sólo un rudo animal
sin discurso racional
canta alegre en la prisión (3).

No cantan los cautivos en su dolor, cantan cuando reciben la suprema libertad o cuando con certeza la ven llegar. Cautiva se ve el alma en la tierra, y cuando recibe la noticia de que la muerte viene a sacarla

del destierro para que vaya a su Patria del cielo, entona el himno de júbilo.

Santa Teresa cantaba de mil distintas maneras sus deseos y esperanzas. Dios la había mostrado algunos bellísimos rayos del Sol eterno y de la inenarrable hermosura suya, que tiene guardada para el cielo, y cantaba la felicidad de la vida futura y de los años eternos :

¿Quién es el que teme
la muerte del cuerpo
si con ello logra
un placer inmenso?

****

En vano mi alma
te busca, oh mi Dueño;
Tú, siempre invisible,
no alivias mi anhelo.
¡Ay!, eso la inflama
hasta prorrumpir:
Ansiosa de verte,
deseo morir (4).

y se remonta en subido lirismo a con
templar aquel momento soberano :

¡Qué gozo nos dará el verte!
¿Qué será cuando veamos
a la eterna Majestad?

Pues todos temen la muerte,
¿cómo te es dulce morir?
¡Oh, que voy para vivir
en más encumbrada suerte! (5).

Es aquél el instante de empezar la dicha inacabable y no puede menos de deshacerse el corazón en gozo, pensando que el abrazo de la muerte es el ósculo de Dios, que se llega al alma y la dice al oído: *felicidad eterna.*

Entonces se abre la hermosa flor del alma con toda su belleza y todo su aroma; empieza a lucir con luz hermosísima el foco que estaba como apagado hasta ese instante.

¿Qué será ese momento? ¿Qué será Dios? ¿Qué será la felicidad para siempre? Todo lo, creado y toda la penetración de la inteligencia más poderosa, aun de los ángeles, y todo el conocimiento que pudieran tener todos los hombres unidos, pensando millones de años, es nada ante lo infinito de Dios y lo que en ese instante verá el alma en Dios. Recordemos lo que vio Santa Teresa de Jesús y no tiene comparación con lo que allí se verá, porque aquí fue visión y en la muerte será sobrenatural realidad: «Se me representó muy en breve, sin ver cosa formada, mas fue una representación con toda claridad, cómo se ven en Dios todas las cosas, y cómo las tiene todas en Sí... La gloria que entonces sentí, no se puede escribir ni aun decir... Entendí estar allí todo junto lo que se

puede desear... y mirar lo nonada que era todo en comparación de aquello» (6).

Con la muerte, ya no es una visión, es la realidad de ver a Dios en su gloria y poderse comunicar con los demás bienaventurados en lenguaje de cielo. Dios glorificará al alma y con la luz de la gloria la dará capacidad para poderle ver a El, que no sólo se hará presente al alma, sino que la saturará de Sí. En la luz de Dios veremos a Dios.

Veremos lo que nunca podíamos haber soñado. Mundos nuevos, luz nueva, belleza nueva en Dios. El entendimiento, siempre avaro de saber y conocer, quedará entonces saturado, y la potencia de amar, siempre insaciable, quedará llena, no en una ociosa pasividad, sino en la actividad más alta, más deliciosa y descansada, como ahora no es posible imaginar.

Siempre estará el alma viendo la esencia de Dios con novedad infinita; sin esfuerzo ni fatiga, siempre estará gozándose con nuevo gozo en las verdades nuevas. Siempre en deleite y admiración de alabanza y agradecimiento a Dios infinito; y por variadísimas novedades que el alma vea, siempre más sorprendentes, nunca podrá llegar a comprender las infinitas perfecciones ni todas las obras que Dios pudiera hacer.

¿Qué será Dios? ¿Qué verá y conocerá la inteligencia robustecida y agrandada de manera tan maravillosa ? El entendimiento creado del alma de Cristo ve y comprende más en un momento que todos los

entendimientos de todas las criaturas juntas, por su unión hipostática con el Verbo, y su amor es incomparablemente mayor y de más felicidad que todos los amores de todos los seres reunidos. El entendimiento humano de Jesucristo, tan inmenso como es, estará eternamente viendo novedades altísimas de Dios infinito, de la omnipotencia, sabiduría y hermosura de la esencia infinita de Dios, y su voluntad humana, de tan inmensa capacidad de amor, estará sintiendo un gozo y una intensidad de amor que sólo Dios y Jesús pueden comprender y sentir.

Este altísimo entendimiento humano del Verbo hecho carne, viendo siempre dilatadísimas, altísimas y hermosísimas verdades de Dios, no dejará eternamente de gozar nuevas magnificencias y grandezas, nuevas hermosuras y perfecciones, y así eternamente, sin llegar a conocer todas las perfecciones de Dios, porque es infinito, y está continuamente llenando a todos ya cada uno según su capacidad; y cada uno comprenderá o gozará el amor que tuvo a Dios en la tierra y según las virtudes que practicó y lo que deseó hacer y amar. Sólo Dios puede ser comprendido por Sí mismo; porque lo infinito no es posible que llegue a ser *totalmente comprendido* por lo finito. Dios se comprende a Sí mismo siempre, total, y actualmente, teniéndolo todo presente, y se ama también con amor infinito en infinita felicidad y novedad eterna.

Dios hará participante al alma de esos tesoros ine-

fables y eternos en el momento que se encuentre en su gloria.

Para el alma totalmente limpia y purificada, la muerte es el momento de la entrada en el Cielo y de la visión de Dios, y así como el foco irradia la cantidad de luz en proporción a su filamento, así el alma brillará y será feliz según la intensidad de su amor a Dios.

Desde ese dichoso momento el alma estará viviendo siempre en toda la plenitud el goce que su capacidad pueda recibir y en felicísima y variadísima felicidad. La muerte santa nos pone en Dios y El nos llenará de su luz.

Sueña y gózate, alma mía, pensando en tan precioso instante. Remóntate y sube sobre toda belleza creada, sobre toda luz, sobre toda armonía, sobre todo humano saber, porque más verás y más serás tú. Esfuérzate en conseguir vida limpia, de abnegación, de caridad y divino amor, porque según sean tus virtudes será tu gloria y la sabiduría y la felicidad que para siempre disfrutes. Lucha para tener vida santa con esperanza de cielo, para que al llegar esa hora bendita te encuentres limpia y purificada e inmediatamente te comunique el Señor su visión. Tu Dios viene en el momento de la muerte por ti a examinarte en su amor. Si estás preparada, te transformará en luz, sabiduría y felicidad eterna. «¿Y qué será cuando veamos a la eterna Majestad?»

Canta, alma mía, canta gozosa tanta gloria, tanta ventura.

Ven, muerte libertadora, y méteme ya en el infinito saber e infinito gozar de mi Dios y mi glorificador.

(1) José María Gabriel y Galán, *Poesías. Canción.*
(2) *Salmo* 136.
(3) Pedro Calderón de la Barca, *El Príncipe constante.* Jornada I, escena I.
(4) Santa Teresa de Jesús, *Poesías,* VII. *Cuán triste es vivir, Dios mío:* (Véase entera en los Apéndices.)
(5) Santa Teresa de Jesús, XXI. Si *el padecer con amor.* (Véase entera en los Apéndices.
(6) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* caps. XL y XXXIX.

CAPITULO XXXIV

EL ALMA DE AMOR PIDE A DIOS LA MUERTE

San Juan de la Cruz, tan lleno de dulce y callada mansedumbre, hace resaltar el vehemente deseo que tienen de la muerte algunas almas y la grandeza y gloria de aquel trascendental momento, de una manera tan delicada, tan luminosa, con tanta belleza y tan vehemente amor, que ensancha el corazón de alegría y pone fuego en el espíritu, presentando el encanto de la muerte y el gozo con que la esperan y reciben esas almas ofrecidas al Señor.

En sus poesías, de extraordinaria belleza, alaba el Santo la suavidad de la muerte, y con no menor unción y realismo y más categóricamente la describe en prosa.

Y contrasta y sorprende su firmeza y atrevimiento con la mansedumbre y dulzura de su persona y con el dominio que tenía de su palabra. Son en esto sus afirmaciones más atrevidas y más vehementes que las de Santa Teresa de Jesús, con tener ella carácter más vivo y abierto e impetuoso.

Cuando San Juan de la Cruz habla del amor de Dios y de la atracción de sus altísimas perfecciones, es pura ascua que irradia fuego en sus palabras; pare-

ce que sale de sí mismo y se desborda de entusiasmo radiante por el conocimiento que tenía de la grandeza de Dios e inflamado por el ansia de poseer el cielo.

El amor que hacía brotar estos deseos le hacía ver también toda la hermosura de la muerte santa y pide al Señor que se la mande pronto para entrar por esta puerta maravillosa en la posesión de la infinita sabiduría.

El fuego del divino amor, que abrasaba su corazón, le hace ser santa y confiadamente osado en sus peticiones al Señor; el cariño da atrevimiento y seguridad. San Juan de la Cruz ama con todas sus fuerzas al Creador; no puede estar ya separado, de El. Le seduce, está enamorado de la hermosura infinita, nada puede compararse a la atracción de la belleza y del amor divino.

El Santo deja salir de sus labios un himno dulcísimo a la muerte, como Santa Teresa, pero con mayor fuerza y vehemencia y con más decisión.

Con frase atrevida y cortante, que casi parece increíble conociendo al Santo, todo humildad y dulzura, dice al Señor :

Oye, mi Dios, lo que digo,
que esta vida no la quiero.

Describe luego la maravilla y belleza de la muerte, como regustando de antemano la dulzura que le

espera, y con pensamiento de ángel más que de poeta entona el canto más sentido y alto a la muerte envidiable de las almas que se extinguen de amor. Dice suplicante :

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que muero por verte,
y mi mal es tan entero
que muero porque no muero.
Lloraré mi muerte ya
y lamentaré mi vida
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios¡ ¿Cuándo será
cuando yo diga de vero
vivo ya porque no muero? (I).

Gustemos ahora nosotros de las enseñanzas que nos da sobre las circunstancias de la muerte de amor. Veamos cómo la siente él, la desea, la describe y se la pide al Señor.

El alma, dice, se siente *herida muriendo con heridas de amor. Se llaman heridas espirituales de amor, las cuales son al alma sabrosísimas y deseables; por lo cual querría ella estar siempre muriendo mil muertes a estas lanzadas, porque la hace salir de sí*

y entrar en Dios (2). Esta alma se queja amorosamente a Dios *no porque la hubo herido..., sino porque la dejó así penando de amor y no la hirió más valerosamente, acabándola de matar para verse y juntarse con El en vida de amor perfecto* (3).

De muy buena gana se iba el alma del cuerpo en aquel vuelo espiritual, pensando que se la acababa ya la vida y que pudiera gozar de su Esposo para siempre y quedarse al descubierto con El (4).

El Santo ha gustado, por modo maravilloso y muy extraordinario, *el abisal deleite* del trato con Dios y quedó empapado y ebrio en tan sobrenatural e indecible dulcedumbre. Había recibido noticias intelectuales de puro espíritu en la esencia de su alma, comunicadas por el mismo Dios, sobre las perfecciones divinas. No tenían los sentidos capacidad para recibir tan altas y luminosas verdades, y menos para exteriorizarlas con ideas y palabras humanas.

Queriendo comunicar los efectos tan sublimes que producen en el alma, no se contenta con decir que causan un *abisal deleite,* sino que anota cómo el alma ya apenas puede continuar viviendo en la tierra, atraída y subyugada por la tan sobre-excedente hermosura y grandeza de Dios. Todo lo de la tierra *mucho bajo le parece* y lo encuentra oscuro y feo ante el destello de beldad y de luz comunicado por Dios.

Mientras llega la visita del Señor, busca su compañía en la soledad, para estarle totalmente ofrecida y en continuo ejercicio de perfecto amor.

(I) San Juan de la Cruz, *Poesías. Coplas del alma que pena por ver a Dios.* (Véase íntegra en los Apéndices.)
(2) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* canción I.
(3) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* canción I.
(4) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* canción XIII.

CAPITULO XXXV

SAN JUAN DE LA CRUZ DESCRIBE LA DULCISIMA MUERTE DE AMOR DE DIOS

¡Qué pálida e incolora parece la muerte del *hombre prudente,* tan bellamente fantaseada por Platón, y qué pobres las aspiraciones del alma inmortal puestas en boca de Sócrates, con ser tan hermosas, ante la muerte descrita por San Juan de la Cruz del alma que ama a Dios y muere de amor divino! Platón, como pagano, no conoció la verdad revelada, y hablaba con incertidumbres, con discurso natural no exento de errores. No tuvo conocimiento de lo que era la gloria verdadera y esencial de la visión de Dios, ni de la verdad de la resurrección que los cuerpos gloriosos. Adivinó que si «se llegase a contemplar la belleza en sí misma», eso sería la vida verdadera y produciría las virtudes (I). Pero ni aun esto aplicó a la muerte de Sócrates.

San Juan de la Cruz habla con la certeza de la verdad revelada y con la profundidad del amor sobrenatural con que Dios enriquece al alma en gracia. Habla del desenvolvimiento maravilloso de las doctrinas del Evangelio acerca de los misterios y verdades de la vida eterna de amor, que Dios comunicará a los

Santos, sus escogidos. Sabe que la gloria esencial es precisamente *la visión de la esencia de Dios,* y que por la muerte se entra a esa visión ya vivir en El y participar de su vida, y que en Dios estarán unidos, se verán y tratarán todos los buenos del cielo.

Las palabras de San Juan de la Cruz son insustituibles tratando de la muerte. Sería necesario transcribir todo el comentario que el Santo hace a la estrofa once del *Cántico Espiritual;* pero sólo trasladaré aquí lo más imprescindible, recomendando al lector el texto, íntegro :

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura; mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura.

En el comentario a esta estrofa, habla tan prodigiosamente de la hermosura de la muerte y del gozo de morir, Que el ánimo suspira por ella. El Santo dice de modo inimitable cuanto yo Quisiera decir, y con el peso de su autoridad, hoy por nadie discutida.

«Deseando, pues, el alma verse poseída de este gran Dios, de cuyo amor se siente robado y llagado el corazón, no pudiéndolo ya sufrir, pide en esta canción determinadamente le descubra y muestre su hermosura, que es su divina esencia, y que la mate con esta vista desatándola de la carne (pues en ella no

puede verle y gozarle como desea), poniéndole por delante la dolencia y ansia de su corazón, en que persevera penando por su amor, sin poder tener remedio con menos que esta gloriosa vista de su esencia. Síguese el verso :

Descubre tu presencia.

»Trata de cómo está Dios presente en el alma de tres modos. *El primero, por esencia,* dando el ser, y está de esta manera en todos los seres y personas buenas y malas. *El segundo, por gracia,* y es cuando Dios está agradado del alma ; de este modo está sólo en las almas que viven en gracia de Dios. *El tercer modo es por afición espiritual* y está, en distinto grado, en muchísimas almas piadosas. »Pero así estas presencias espirituales como las demás, todas son encubiertas, porque no se muestra Dios en ellas como es, porque no lo sufre la condición de esta vida; y así de cualquiera de ellas se puede entender el verso susodicho, es a saber: *Descubre tu presencia.* Por cuanto esta alma anda en fervores y aficiones de amor de Dios, habernos de entender que esta *presencia* que aquí pide el Amado que *le descubra,* principalmente se entiende de cierta presencia afectiva que de sí hizo el Amado del alma; la cual fue tan alta, que le pareció al alma y sintió estar allí un inmenso ser encubierto, del cual le comunica Dios ciertos *visos entre oscuros* de su divina hermosura; y

hacen tal efecto en el alma, que hace codiciar y desfallecer en deseo de aquello que siente encubierto allí, en aquella presencia, que es conforme a aquello que sentía David cuando dijo: *Codicia y desfallece mi alma en las entradas del Señor* .

»Porque a este tiempo desfallece el alma con deseo de engolfarse en aquel Sumo Bien, que siente presente y encubierto, porque, aunque está encubierto, muy notablemente siente presente el bien y deleite que allí hay. y por eso con más fuerza es atraída el alma y arrebatada de este bien, que ninguna cosa natural de su centro; y con esa codicia y entrañable apetito, no pudiendo más Contenerse el alma dice :

Descubre tu presencia.

»...Pues tanto es el deleite de la vista de tu ser y hermosura, que no la puede sufrir el alma, sino que tengo de morir en viéndola :

Máteme tu vista y hermosura.

»... No hace mucho aquí el alma en querer morir a la vista de la hermosura de Dios para gozarla para siempre; pues si el alma tuviese un solo barrunto de la alteza y hermosura de Dios, no sólo una muerte apetecería por verla ya para siempre, como aquí desea, sino mil acerbísimas muertes pasaría por verla sólo un momento, y después de haberla visto, pediría padecer otras tantas por verla otro tanto.

»... No le puede ser, al alma que ama, amarga la muerte, pues en ella halla todas las dulzuras y deleites de amor. No le puede ser triste su memoria, pues en ella halla junta la alegría; ni le puede ser pesada y penosa, pues es el remate de todas sus pesadumbres y penas y principio de todo su bien; tiénela por amiga y esposa, y con su memoria se goza como en el día de su desposorio y bodas, y más desea aquel día y aquella hora en que ha de venir su muerte, que los reyes de la tierra desearon los reinos y principados.

»... Cuánto mejor será (la muerte)... para el alma que está necesitada de amor) como ésta, que está clamando por más amor, pues que no sólo no la despojará del que tenía, sino antes la será causa del cumplimiento de amor, que deseaba, y satisfacción de todas sus necesidades.

Máteme tu vista y hermosura.

»Pues sabe que en aquel mismo punto que la viese, sería ella arrebatada a la misma hermosura, y absorta en la misma hermosura, y transformada en la misma hermosura, y ser ella hermosa como la misma hermosura. Que por eso dice David que *la muerte de los santos es preciosa en la presencia del Señor* . Lo cual no sería si no participasen sus mismas grandezas, porque delante de Dios no hay nada precioso, sino lo que El es en Sí mismo. Por eso el alma no teme morir cuando ama, antes lo desea.

»El alma que ama a Dios, más vive en la otra vida que en ésta; porque más vive el alma donde ama que donde anima, y así tiene en poco esta vida temporal; por eso dice :

Máteme tu vista, etc. (2).

Vuelve el Santo a tratar de esta muerte en la *Llama,* y se entretiene en explicar el tránsito del que muere de amor. La descripción es complemento de la anterior y en ella nos dice que el alma ha pedido a Dios *rompiera la tela de este dulce encuentro,* que le mandara ya la muerte para entrar en el reino de los cielos y verle a El y vivir en su amor. Sólo falta acabar la vida sensitiva, y ya es tan delgada, por el deseo que tiene de ver a Dios y de estar en el cielo, que puede fácilmente romperse, y lo pide para llegar a esa dulcísima entrevista. Esta alma muere gustosa, y aunque la condición de su muerte, en cuanto al natural, es semejante a las demás, pero en la causa y en el modo de morir hay mucha diferencia. Porque si las otras muertes fueron causadas por enfermedad o por longura de días, en éstas no las arranca el alma, sino algún ímpetu de amor mucho más subido que los pasados, y tan fuerte que logra *romper la tela* y llevarse la joya del alma.

«Y así, la muerte de semejantes almas es muy suave y muy dulce, más que les fue la vida espiritual toda su vida; pues que mueren con más subidos ím-

petus y encuentros sabrosos de amor, siendo ellas como el cisne, que canta más suavemente cuando se muere.

»Que por eso dijo David que era *preciosa la muerte de los santos en el acatamiento de Dios;* porque por aquí vienen en uno a juntarse todas las riquezas del alma, y van allí a entrar los ríos del amor del alma en la mar; los cuales están allí ya tan anchos y represados, que parecen mares; juntándose allí lo primero y lo postrero de sus tesoros para acompañar al justo, que va y parte para su reino, oyéndose ya las alabanzas desde los fines de la tierra, que, como dice Isaías, son glorias del justo» (3).

El alma en el momento de la muerte está en la cumbre de la montaña; de la parte de acá quedan lágrimas, espinas y sombras; del otro lado aparecen los tesoros del reino de los cielos, la luz de la gloria, cuyos rayos ya bañan su frente. El alma radiante extiende su mirada con más contento que Moisés al ver la tierra prometida desde lo alto del monte, para desde la cumbre contemplar la belleza y la luz del Reino, que por la misericordia de Dios llega, y allí entona el cántico nuevo (4). Es la última y la más grande emoción de toda la vida. El alma espiritual se recoge en sí misma con su Dios, recuerda que el reino de los cielos está dentro del alma (5) y con humildad y alegría dirá, con San Juan: *Entra el alma en el gozo de su Señor*, en los cielos nuevos, y canta con Fray Luis de León:

Allí a mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido,
Veré distinto y junto
Lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

****

Veré, sin movimiento,
En la más alta esfera, las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas .

****

¿Quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra,
y no gime y suspira
Por romper lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?

****

Inmensa hermosura,
Aquí se muestra toda; y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamás anochece;
Eterna primavera aquí florece (6).

Ya llega a Dios, a su último fin, a la gloriosa meta. Aquí ve los tesoros de virtudes, de dolores y trabajos que había acumulado durante los años del vivir y recoge, transportada en gozo, la paga del Señor.

Se dirá que ésta es la muerte del alma santa y, ciertamente, es así; pero es también la muerte de todas las almas que mueren en gracia de Dios y viven en su amor; si externamente no se presenta en todos con signos especiales, en lo sustancial es muerte santa ante los ojos de Dios. No tendrá ímpetus y transportes externos causados por un extraordinario amor, pero íntimamente la oración obra lo mismo en lo secreto y céntrico del alma y la muerte del cristiano es feliz y gloriosa. Esas almas mueren en Dios y al calor de su amor, y después de su purificación, según hayan sido sus faltas y su remisión en amar al Señor, entran también en Dios y en su gloria. ¿No amaremos y desearemos tú y yo ese momento, como el más dichoso? Mi alma, Dios mío, te deseaba.

Lo que nos importa a ti y a mí es vivir muy santamente, en continuo y vivo amor de Dios y en el ejercicio constante de las virtudes, para llegar al final de la carrera con el alma totalmente limpia de tierra, purificada y muy enriquecida. Nos importa vivir muy santamente, para tener toda la eternidad muy grande capacidad de recibir mucha gloria y no quedarnos en menguados vasos.

Que por lo demás, como nos dice Santa Teresa, «en vuestras manos está vivir y morir con ella (paz y

alegría), como veis que mueren las que hemos visto morir en estas casas» (7).

Y en verdad que no le fue amarga, sino dulcísima, la muerte a San Juan de la Cruz. Tan dulcísima como la había descrito en sus obras.

Bien probado del Señor por fuertes sufrimiento interiores y exteriores, para mayor ganancia y mas semejanza con Jesucristo, le anunciaron sus hermanos los religiosos que ya era llegada la hora de su partida. Era la noticia más agradable que podían darle y, sonriendo con paz y encanto de cielo, les respondió con palabras de David: *¡Oh, qué hermosa noticia se me da! ¡Que ya me voy a la casa de mi Padre Celestial!* En este día se le cumplió el fin de su destierro.

Un reflejo de beatitud y apacibilidad bañó su rostro. Estaba como paladeando su llegada al gozo de Dios.

Pregunta a las once y media de la noche qué hora es y dice: «Ya se va acercando la hora; llame a los padres». y cuando llegan todos les dice: «¿Quieren que digamos el salmo *De Profundis,* que estoy muy valiente?» Terminada la recitación, que ha hecho él muy pausadamente, pide que le traigan el Santísimo para adorarle. Un globo de luz sobrenatural ha aparecido e iluminado al enfermo. Adora al Santísimo con fervorosas jaculatorias, pregunta qué hora es y al responderle que aún no son las doce, añade él: «A esa hora estaré yo delante de Dios Nuestro Señor

diciendo Maitines.» Pide le lean *El Cantar de los Cantares,* comentando: «¡ Qué preciosas margaritas! » Al dar las doce pregunta :

«¿A qué tañen?» Le dicen que a Maitines y exclama gozoso: «¡Gloria a Dios, que al cielo los iré a decir! » Pone sus labios en el crucifijo que tiene en sus manos, y dice pausadamente: *In manus tuas, Dómine, commendo spiritum meum,* y se fue al cielo a cantar las misericordias del Señor el día 16 de diciembre de 1591 (8).

(I) Platón, *El Convite,* XXIX
(2) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* canción XI.
(3) San Juan de la Cruz, *Llama de Amor viva.* canción I, verso sexto.
(4) *Apocalipsis,* XIV,4
(5) Luc. XVII, 21.
(6) Fray Luis de León. *Poesías. A Felipe Ruiz.*
(7) Santa Teresa de Jesús, *Fundaciones,* capítulo XXVII.
(8) *Bibliografía de San Juan de la Cruz,* por el Padre Crisógono de Jesús, cap. XX.

CAPITULO XXXVI

DELICIOSAS MUERTES DE ALMAS SANTAS

Bien está que sintamos algún temor a la muerte, porque nunca se puede tener la seguridad completa de salvarse; pero no se obra conforme a la razón cuando se deja que domine un temor excesivo y cuando se rechaza la muerte. Pidámosla a Dios santa y hagamos actos de ofrecimiento de nuestra vida, siempre con humildad, amor y contrición, que *Dios no rechaza el corazón contrito y humillado* (I).

Se narra en la historia del Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, que momentos antes de entrar en una batalla muy difícil, y con todas las probabilidades de ser derrotado con consecuencias fatales, le aconsejaron desistiese; pero él, que empezaba todas las operaciones rezando con su ejército un *Avemaría* de rodillas a la Virgen implorando su protección, alentado por su valor, contestó con heroico ánimo: «Prefiero perder la vida dando tres pasos adelante, que vivir cien años dando uno atrás» (2). Su genio guerrero le dio la victoria, pero posponía la vida a la fama. ¿ y no abrazaré yo gustoso la muerte, que me da, no ya un triunfo en los campos de batalla, sino la gran victoria del mundo y de mí mismo, cuyo botín

son los tesoros de Dios? Porque la muerte santa me lleva a la gran conquista de la gloria ya los grandes honores del cielo.

Los Santos tuvieron muerte dulcísima; unos, entre dolores, a semejanza de Jesucristo; muchos, con sensible dulzura. Pero todos habían deseado la muerte; habían pedido a Dios pusiera fin a su destierro y los llevara a su Reino.

Cantaban los mártires entre dolores, con una alegría que no comprendían los tiranos, ni los verdugos, ni los espectadores; y es que el mártir ofrecía su vida a Dios confesándolo con amor heroico, y la muerte era trofeo que le abría la puerta para entrar radiante y triunfador a recibir la corona.

En la literatura cristiana he recogido este bello rasgo en Calderón de la Barca, que presenta al Príncipe don Fernando de Portugal, cautivo en Africa después de su derrota, en poder del Rey mahometano, y ya agotado por los trabajos le dice :

Mi *señor y mi Rey, escucha:*

****

No quiero compadecerte
con mis lágrimas y angustias
para que me des la vida,
que mi voz no la procura;
que bien sé que he de morir .

¿Qué aguarda quien esto oye?
Quien esto sabe, ¿qué busca?
Claro está que no será
la vida: no admite duda;
la muerte sí: ésta te pido
porque los cielos me cumplan
un deseo de morir
por la fe; que, aunque presumas
que esto es desesperación
porque el vivir me disgusta, no,
no es sino afecto de dar
la vida en defensa justa
de la fe y sacrificar a Dios
vida y alma juntas;
y así, aunque pida la muerte,
el afecto me disculpa
y si *la piedad no puede*
vencerte, el rigor presuma
obligarte...

****

... Por que yo
aunque más tormentos sufra,
aunque mas rigores vea,
aunque llore más angustias,
aunque mas miserias pase,
aunque halle más desventuras,
aunque más hambre padezca,

aunque mis carnes no cubran
estas ropas, y aunque sea
mi esfera esta estancia sucia,
firme he de estar en la fe ;
porque es el sol que me alumbra,
porque es la luz que me guía,
es el laurel que me ilustra.
No has de triunfar de la Iglesia;
de mí, si quieres, triunfa:
Dios defenderá mi causa,
pues yo defiendo la suya (3).

Pero esto no pasa de ser literatura ; la realidad es mucho más conmovedora. La grandeza está en el heroísmo y en la alegría del mártir. Los dolores y la muerte le eran dulces a San Isaac de Córdoba, como a todos los mártires, cuando eran llevados a la cárcel y de ella al patíbulo, por confesar a Cristo; esto le llenaba de gozo, porque al fin Dios le concedía lo que tanto le había pedido: dar su vida por El.

Gozosa hablaba Santa Cecilia durante los tres días que estuvo moribunda con el cuello casi cortado, confortando a todos en la fe, porque estaba para recibir el abrazo del Esposo. Santa Inés se regocija como los niños Justo y Pastor, porque daban su vida a Dios e iban al cielo.

Cuando notificaron que era ya llegado el momento de la muerte a los franciscanos San Pedro de Alcántara, San Diego de Alcalá, San Francisco

Solano y otros incontables, pronunciaron, como San Juan de la Cruz, las palabras del Rey David: *Qué hermosa noticia se me ha dado; que me voy a la casa de mi Padre Celestial* (4).

¿Puede soñarse acto más regalado y más codificable, ni más glorioso que el de ponerse en los brazos de Dios, amor infinito, para vivir ya eternamente en la misma luz divina y ser vida de Dios? ¿ N o es para desear tanta hermosura y para ofrecerse voluntario y alegre al Señor?

Esto cantaba David, iluminado por el Espíritu Santo cuando mirando al cielo decía: Mi *alma está desmayada esperando tu salud, porque he esperado en tu palabra... Haz brillar, Señor, sobre tu siervo la luz de tu divino rostro o Verbo* (5). David cantó con inspiración divina los sentimientos de todas las almas que viven el Amor y las almas de amor se han apropiado y repetido las palabras y los afectos del Salmista con inmensa ternura a través de los siglos.

Gustaban de repetir: Mi *alma tuvo sed de Dios vivo y poderoso. ¿Cuándo me será dado que yo me presente ante el rostro de mi Dios?* (6), y han gustado también las dulzuras de la muerte.

Hemos visto cuán apacible y suavemente morían los que amaron al Señor. Ahora quiero recordar otras almas de muy grandes virtudes muertas santamente, en cuanto la mirada humana puede comprender, aunque no están canonizadas.

Las religiosas Carmelitas Descalzas de Madrid,

que acompañaban en sus últimos momentos a la Madre Beatriz de Jesús, sobrina de Santa Teresa, viéndola rebosar alegría la preguntaron por qué en aquella hora estaba tan contenta; y ella respondió: «Porque voy de bodas. Esposa de Jesucristo, a quien he estado consagrada, me conduce ahora al cielo a vivir ya en Dios. ¿No he de estar contenta?» (7)

En Ubeda enfermaba, en 1613, el Padre Miguel de los Angeles, y diciéndole los religiosos que era llegada la hora de su partida al cielo, volviéndose él al Señor, le dice: «Bastan, Señor, cincuenta años de destierro. Vamos a ver esa vuestra casa buena; venga, no se dilate.» y con grande confianza y contento repetía: «¡Qué tengo de ver a Dios! . . .

¡Que tengo de gozar sin fin! ... ¡Que tengo de alabarle para siempre! » y en estas alabanzas y en esta confianza murió (8).

Como le pusieran algún reparo a su confianza, respondió: «Si mi salvación estuviera en manos de mi padre o de mi madre, seguro estaría de ella, no dándoseme ningún cuidado de que lo había de conseguir. ¿Pues cuánto más segura está en manos de Dios, que infinitamente me tiene más amor que mi padre y que mi madre? ¿Cuánto más segura está en manos de Dios que en las mías, pues me quiere más y desea que me salve más que yo puedo querer y desear mi bien?»

Esta misma razón de su gloria dio la Hermana Catalina de Jesús, cuando admirándola las religiosas

a la hora de la muerte, acaecida en Beas en 1586, y diciéndola que estaba tan contenta porque siempre había sido muy fiel a Dios, ella respondió sonriente y con gran humildad: «No confío más en eso que el mayor salteador de caminos puede confiar en su acciones para salvarse, sino que veo al hijo de Dios enclavado en una Cruz por mi remedio ya mí vestida del hábito de su Madre y en su casa; porque es honra de los príncipes amparar a los criados de sus padre y defenderlos de sus enemigos» (9).

En la misericordia del Señor y en la pasión de Jesucristo e intercesión de la Virgen confiaba para salvarse como todos los Santos y como hemos de confiar nosotros. Ellos tenían esta admirable confianza, porque ésta es la tranquilidad propia del que ama y el premio del bien hacer y del mucho amar.

Solía decir el Padre Andrés de Jesús a sus hermanos los religiosos: «Por la misericordia de Dios, yo espero que la muerte en ninguna parte me cogerá desprevenido; porque desde que visto el hábito, no ha habido ni un instante que no la esté aguardando y deseo morir con brevedad para no ser molesto a mis hermanos.»

Dios le concedió una muerte encantadora y rapidísima como lo deseaba y se lo había pedido. Durante el tiempo de recreo de la Comunidad, estuvo hablando a los religiosos en conversación familiar, maravillas espirituales y celestiales. Al terminar ese rato de expansión ordenado por la Ley, le dio una

apoplejía. A la insinuación de su gravedad, *que* le hicieron los religiosos, les dijo: «Nada tengo que confesar. Hoy dije la misa como quien había luego de morir. Tráiganme el Oleo Santo, que no hay lugar de más, porque me muero.» Pidió perdón a todos, les dio las gracias porque no les había molestado con enfermedad, se despidió y su alma voló a la claridad y dicha de la mansión eterna tanto tiempo deseada. y se fue a vivir en Dios (10). En 1628 moría en las Carmelitas de Ubeda Catalina María de Jesús, de veintitrés años. Esta hermana había dejado, por consagrarse a Dios en el frescor de su juventud, muchos bienes y había renunciado a su nobleza.

En el mismo convento entró religiosa, siguiendo sus pasos, su propia madre. Enferma Catalina María, gravísima y ya muy cercana a su fin, la asistía su madre, ya la hora de la muerte, con todo el cariño maternal, le pregunta: «¿Qué quieres, hija?» y la Hermana Catalina María le respondió muy serena y gozosa : «Madre, quiero morir para entrar ya en el cielo con Jesucristo y ver a Dios y gozar eternamente de El» (11).

Lo había dejado todo por Dios y ahora ofrecía alegre su vida para ir al Señor. La Hermana Isabel de Jesús decía a las religiosas de Segovia que la rodeaban en su enfermedad: «Déjenme sola; no me priven de estar sola con Dios, a quien siempre he seguido y amado, y está ahora conmigo, siendo mi consuelo y mi mejor compañía; no me impidan estar a solas con

El, gustando de su intimidad para morir de amor.»

Quien ama a Dios y ha vivido en ejercicio y trato amoroso con El, termina su vida repitiendo con los labios o con el corazón y saboreando en el espíritu las preciosas jaculatorias: «Os doy el corazón y el alma mía; si más tuviera, más os daría.»

Me voy al eterno amor y al eterno gozo, *donde no habrá ni llanto, ni alarido, ni habrá dolor. Vaya la Ciudad que no necesita sol ni luna que alumbren en ella; porque la claridad de Dios la tiene iluminada y su lumbrera es el Cordero... y verán su cara (de Dios) y tendrán el nombre de El sobre sus frentes.* Y *allí no habrá jamás noche, ni necesitarán de antorcha ni luz de sol, por cuanto el Señor Dios los alumbra; y reinarán por los siglos de los siglos* (12). Millares de casos semejantes a estos hay en todas las historias de las Ordenes religiosas de hombres y mujeres. Se pueden citar miles de Santos, franciscanos, dominicos, jesuitas y de cualquiera otra Orden. No son menos admirables y frecuentes estas muertes en los que vivieron retirados en los desiertos, muchas de las cuales leemos en los *Años Cristianos.* Ahora quiero terminar con la muerte de Santa Teresa de Jesús.

Era la noche del 4 de octubre de 1582 en Alba de Tormes. La acompañaba en su agonía la Beata Ana de San Bartolomé, y era tan grande el amor que tenía a la Santa y tan grande la pena que entonces sintió, que nos dice ella misma: «yo era más muerta que

viva» viendo y sabiendo que se moría, pues la había dicho la propia Santa: «Hija, ya ha llegado la hora de mi muerte.»

«Como el Señor es tan bueno, dice la Beata Ana de San Bartolomé, y veía mi poca paciencia para llevar esta cruz, se me mostró con toda la majestad y compañía de bienaventurados sobre los pies de su cama, que venía por su alma.» Cambió tanto la Beata en su manera de pensar y de sentir con esta momentánea visión de la majestad de Dios y de la gloria que esperaba a la Santa, que dijo al Señor: «Señor, si Vuestra Majestad me la quisiera dejar para mi consuelo, os pidiera, ahora que he visto su gloria, que no la dejáis un momento» (13). No consentía su amor retrasarle ni un momento la inmensa gloria que la estaba preparada.

¡Cuál no sería el gozo de la muerte de Santa Teresa!

¿Cuál no será la alegría en la hora de la muerte de las almas buenas cuando entren en la infinita hermosura y bondad de Dios? ¿Cuál no será el deseo del alma, que ha recibido noticias y comunicaciones de lo infinito de Dios, por verle ya en toda su infinita perfección? Mucho había deseado Santa Teresa y pedido al Señor la llevara consigo. Cuando en su última enfermedad la traían el Viático, con la grandísima fe en la presencia de Jesús en la Eucaristía y el inmenso deseo de poseerle ya en la gloria, no dudando era el mismo el que allí la traían y el que estaba en el cielo,

al verle entrar le saluda con una exclamación propia de su carácter abierto hasta en aquella hora y de su corazón abrasado de amor, y le dice, quejándose tiernamente de la tardanza y de lo mucho que la había hecho esperar en este destierro: *"Señor, ya era hora de que nos viéramos.* Os he esperado y deseado mucho. Ahora, venís. Llevadme ya con Vos a vuestro cielo, donde ya no me separe más".

Y en su último momento exclamó: *Para siempre, ya cantaré las misericordia del Señor* (14).

A pesar de sus muchos años, se puso su rostro todo encendido y como lleno de gloria, reflejando gozosa inmortalidad, hasta que varias horas más tarde expiró y entró su alma en la gloria con los bienaventurados.

Dichosa y envidiable muerte, como había sido su vida, como lo había deseado tantos años.

A santa vida, santa muerte.

(I) *Salmo* 50.
(2) *Historia General de España,* compuesta por el P. Juan de Mariana, de la Compañía de Jesús, lib. XXVIII, cap. V. Don Modesto de la Fuente, *Historia General de España,* lib. IV, cap. XVIII.
(3) Pedro Calderón de la Barca. *El Príncipe constante.* Jornada UI. escena VU.
(4) *Salmo* 121.
(5) *Salmo* 118, 85.
(6) *Salmo* 41
(7) *Reforma de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen,* por el R. P. Manuel de San Jerónimo, c. D. Tomo Y, lib. XXI, cap. 33.
(8) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D. Tomo I. día 11 de febrero.
(9) *Año Cristiano Carmelitano.* por el P. Dárnaso de la Presentación, C. D. Tomo I, día 24 de febrero.
(10) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D. Tomo I, 26 de abril.
(11) *Año Cristiano Carmelitano.* Tomo I. día 21 de enero.
(12) *Apocalipsis,* XXI, 4.
(13) *La Beata Ana de San Bartolomé.* por el Padre Florencio del Niño Jesús, C. D., cap. XII.

CAPITULO XXXVII

HORIZONTES DE LUZ INEXTINGUIBLE

Alguno verá como nuevas y algo extrañas ciertas ideas que aquí he hecho resaltar; pero no hay nada nuevo, y todo lo someto a la censura de la Iglesia. Ni son ideas originales mías, son verdades de la teología, expuestas en los autores ascéticos, aunque pocas veces consideradas bajo el aspecto que aquí aparecen. La alegría de Jesucristo en sus sufrimientos llevó a su Madre bendita y lleva a sus Santos por el sufrimiento gozoso. ¿Qué autor ascético no ensalza el regalo del dolor? Si le gozaron los Santos, ninguno tanto como Jesús en su vida y Pasión.

Tampoco yo reparaba apenas en esta alegría de Jesús ni en la alegría de misma muerte. Fue la providencia amorosa del Señor quien guió mis pasos a aquella pobre y santa ermita medio escondida entre follaje, donde vivía el bueno del solitario, que era santo y sabio; dulcemente me habló de estas verdades y me dijo cuanto voy a recopilar en estas últimas páginas, pero con una suavidad y encanto que yo no podré expresar. Vamos a la soledad, junto a la fuentecica, que mana gota a gota, ya la sombra de unos madroños escuchemos sus enseñanzas.

«Amar es darse, es ofrecerse, es estar al servicio

del Amado, es entregarse en correspondencia de agradecimiento y amor. Uno se da y se ofrece según la intensidad del cariño.»

«A esta soledad me vine, lo dejé todo y me ofrecí a Dios sólo, Veía era todo nada ante Dios, y sólo El me importaba, y yo quise ser todo suyo. En El tengo mi pensamiento y mi corazón. Por abrazarme con Dios en vida, escogí morir a todo y acepté la muerte antes de que llegase.»

«Esta soledad viva es mi mundo para mí, y no quiero otro, sino es el cielo, ni le hay de mayor belleza ni de más alegre luz. Vivo en Dios y para Dios; El me llena. Mi alma voluntariamente se ofreció al Señor y se ofrece continuamente a El, encendida en amor. Porque nadie hay semejante a El, le ofrezco mi vida con todo cuanto me pertenece y he recibido de su misericordiosa mano, pero le ofrezco principalmente mi vida.» «Ofrecer a Dios la vida, es, además de vivir para El solo, abrazar la muerte y como instada a que venga para ser transformados en gloria y ver claramente la infinita perfección.»

«Aquí ofrezco continuamente mi vida a Dios en agradecimiento a que El me la ha dado, ya todos cuantos beneficios me ha hecho ya que me ha creado para su cielo, lo cual será vivir perpetuamente en Dios mismo. La vida que aquí gozo es la más parecida a la eterna, porque aquí veo que estoy en Dios y Dios está en mí; que amo a Dios y El me ama como en el cielo.»

«Ofrezco mi vida a Dios, porque quiero amarle con amor perfecto, vivir de amor de cielo y gustar de las inefables misericordias y perfecciones del Señor.» «Aquí ofrezco continuamente mi vida presente y millones de vida que tuviera; todas juntas las pondría en sus manos, y siento la ilusión, bendita ilusión, de poderle ofrecer el martirio en testimonio de amor, para alabanza y gloria suya y para que todos le amen. No me canso de repetir: Oh Amor, que todos te amen.»

«¡Qué dulce me es saborear en este silencio los salmos de David: *Alma mía, alaba al Señor, porque es tan bueno, porque es eterna su misericordia)}* (I). *Ensalzarte, he, oh Dios mío y Rey mío, y bendeciré tu santo nombre desde ahora, y por los siglos de los siglos... Las generaciones todas celebrarán tus obras y pregonarán tu poder infinito... A boca llena de continuo hablarán de la abundancia de tu suavidad inefable* y *saltarán de alegría por tu justicia... Cantará mi boca las alabanzas del Señor* (2). Todo bendiga al Señor y yo le ofrezco mi vida, como el don más preciado que tengo y como señal de que El es mi Único amor.»

«Dios se comunica inefablemente al alma que hace el silencio en su corazón y quiere oírle y llena más al alma que con más perfección se le ha ofrecido y que se ha puesto en sus manos más determinada y confiadamente.»

«Dios se comunica al alma por gracia y por amor,

y con su gracia pone en el alma el principio de la vida eterna.» «Pero cuando Dios se entrega al alma del todo es en la muerte. Por ella Dios llena al alma totalmente de su perfección y la hace sentir lo divino de su gloria. El alma empieza en la muerte una vida nueva, es levantada a un conocimiento nuevo y dotada de una actividad desconocida, sin trabajo y con altísimo deleite. Es el momento de entrar en la gloria, y en ese mismo instante verá a Dios y empieza a conocer con un conocimiento nuevo tan sobre todo lo que se puede soñar en la tierra, que no es posible formar comparación ni idea proporcionada de El.». «Estaba el alma atada, prisionera en la oscuridad y sufrimiento de la cárcel, y Dios rompe las ligaduras y la levanta a su luz y a su gloria. Con la muerte empieza la vida dichosa de sabiduría y de triunfo. El alma se dio a Dios ofreciendo su vida, y el Señor, al aceptarla, la llena de Sí, de su luz y de su amor infinito.»

«En la *Imitación de Cristo* leemos esta misma verdad: «Miserable soy como encarcelado y preso con grillos, hasta que tú me recrees con la luz de tu presencia y me pongas en libertad y me muestres tu amigable rostro» (3).

«He venido a gustar las dulzuras de esta soledad, escogiendo morir al mundo ya todos sus bienes y noticias; muerte voluntaria a. lo que disipa y apega a lo terrenal para vivir las grandes verdades de Dios y su amor. Aquí la vida es hermosísima si de verdad se

dejan las cosas y aficiones de la tierra. Por esta voluntaria muerte se aparta uno de las amistades y compañía de los hombres, y dejando los bienes materiales, se llega a vivir con el mismo Dios.»

«Aquí deseo y pido al Señor que mi último acto en la tierra sea de amor a El realizado con todas mis fuerzas».

«Aquí, mi recuerdo son los habitantes del cielo; ellos me acompañan y Dios me llena el corazón. ¡Bendito sea el Señor, que me trajo a la soledad! »

«Por la muerte del cuerpo, Dios me recibirá en su gloria y me dará gozo infinito. ¡Cómo deseo y pido ese momento ! ¡Oh muerte! , ¿cuándo me sonreirás y te oiré decir: *Vente conmigo?* Yo te diré: «Bien venida seas, que me conduces a Dios.» El Señor me recibirá como la madre a su pequeñín, para llenarle de besos y caricias; para calentarle en su pecho y transmitirle su vida. Goza la madre prodigando cariño a su hijo y dándole alimento de su pecho, y Dios, en su infinita bondad, me comunicará de su infinito gozo, me vestirá de su luz, teniéndome en El y llenándome de su amor. Dios me recibe en la muerte para transformarme, para sobrenaturalizarme.»

« ¡Oh amable muerte! ¿Cuándo me cobijarás en los pliegues de tu manto y estrechándome en tus brazos me llevarás a mi Dios ? ¿Cuándo, Dios mío, veré la luz de tu rostro y entraré en tu gloria ? »

«Alábente, Señor, todas tus misericordias y bendígante todos tus santos. Ellos publicarán la glo-

ria de tu reino y anunciarán tu poder infinito (4). Mi alma eternamente te alabará y cantará tus infinitas misericordias en compañía de tus bienaventurados. Con la muerte de este cuerpo mío, que ahora se mortifica, empezará la vida gloriosa de mí alma y mi felicidad completa. Con la muerte temporal, empezará la vida eterna y feliz.»

«¡Qué amable es la muerte! La fe me la presenta llena de atractivos y encantos. El amor me la pinta como es: llena de luz y belleza.»

«Muerte, tus labios besaron los de Jesús y tus dedos cerraron cariñosos los ojos de María. Ellos te sonrieron y tú los abrazaste. Abrázame a mí con aquel mismo abrazo y con el mismo amor.»

«¿Se puede huir del abrazo que el padre bueno da a su hijo, ausente durante largo tiempo, cuando vuelve de cumplir un encargo del padre, llamado por él para hacerle entrega de su cuantiosa herencia y tenerle con él en su mismo palacio, recibiendo honores y viviendo su misma vida de amor?»

«¿Se horroriza, por ventura, la esposa cuando llega el momento de vivir ya con el esposo escogido, que es todo bondad, para habitar en el más suntuoso palacio y con inmensas riquezas? ¿No lo deseaba y su anuncio la llena de un contento que no puede reprimir ni ocultar?»

«¿Se entristece, acaso, el viajero culto, que busca maravillas de ciencia o de arte, cuando le conducen por caminos nuevos y de sorprendente belleza a

colecciones artísticas fabulosas o a laboratorios perfectísimos?»

« Y al que ha luchado en los duros trabajos de una mina, ¿no le salta el corazón cuando llega el momento de tener en sus manos el codiciado mineral o las piedras preciosas? »

«Y cuando el joven rey va a ser coronado entre el aplauso y las aclamaciones de su pueblo, ¿ no marcha lleno de ilusiones a su reino y al trono? »

«¡Oh muerte buena y amable! Más desea tu llegada el alma amante que el avaro los tesoros y el hombre de mundo las comodidades, los honores, los aplausos y la salud. Porque tú llevas a Dios y por ti comunica el Señor la sabiduría y la felicidad eterna.»

«El momento de la muerte es el de recoger el fruto multiplicado de cuanto durante la vida se sembró; la eternidad es la riquísima y continua recolección.» « ¡Oh mi Dios, infinito amor, que a través de la muerte vienes por mí para llevarme a Ti! ¡Cómo te desea el alma mía! »

«Quiero, en cuanto de mi nada depende, daros la gloria que yo pueda tributar, ofreciéndoos esta joya de mi vida, que no dudo la guardaréis en el cielo con vuestros tesoros.»

«Con el Profeta David digo: *Alma mía, bendice a tu Dios y todo cuanto en mí hay bendiga al Señor. Bendice al Señor, alma mía, y no quieras olvidar ninguno de sus beneficios* (5). *Bendígante, Dios mío, tus misericordias.*»

«Mi alma codicia ser ya toda vuestra y para Vos y canta con los bienaventurados vuestra gloria. Quiero, en mi pequeñez, entonar, Dios mío, mi alabanza, unida al himno de amor y de agradecimiento de Jesucristo y unir mi amor al suyo. »

«Como El os ofreció por amor su vida de riqueza inapreciable, en acción de gracias por la creación entera y en expiación de los pecados del mundo, os ofrezco yo la mía por sus manos, y unido a El quiero cantaros el himno de la expiación, de la inmolación y del agradecimiento. Es todo lo que tengo. Recibídmelo de las manos de Jesús, que os lo ofrece por mí y conmigo la Virgen sin mancilla, Madre mía. »

«No dudo que Vos lo recibiréis en expiación de mis pecados y que me conduciréis a vuestra gloria. Bendito seáis.»

« Viviré feliz para siempre. En vuestra misericordia confío. Con mi muerte en vuestro amor, empieza mi verdadera vida y los años eternos. ¡Quiero amaros ahora con todas mis fuerzas para amaros más y conoceros mejor eternamente!»

Allí a mi Vida junto
y *en luz resplandeciente convertido* (6).

«Este mi pobre entendimiento será inmensamente levantado y enriquecido por el poder y sabiduría infinita y entenderá lo que al presente no le es posible y conocerá ya clarísimamente sin dudas ni vacilacio-

nes. Allí verá siempre la luz nueva, altísimas verdades y bellezas de Dios y también las verdades del mundo que nunca llegarán a alcanzar los sabios en la tierra. Allí viviré en la luz de Dios, iluminado por El. Allí empezaré a entender con esa luz mundos nuevos y hermosuras nuevas; conoceré la sutil belleza de la esencia de las cosas, ahora por todos ignoradas, y conoceré sus más recónditas propiedades y misterios; las causas que rigen el universo y los cami*nos* de la Providencia para gobernarles. Allí tendré clarísimo conocimiento de la belleza y magnitud de las almas y del mundo del espíritu; mi entendimiento verá y admirará con esta luz divina, en el mayor gozo, insondables magnificencias de los inescrutables misterios de Dios. Allí estaré viendo siempre y comprendiendo siempre con toda seguridad y certeza, con descansadísimo y deleitable gozo, preciosas y altísimas verdades de Dios y nuevas maravillas de sus obras.»

«Oh amable muerte, por ti me pone el Señor en la vida verdadera y eterna ; me introduce en la hermosura de la verdad y en el gozo del amor. Desde el momento de tu visita, si estoy preparado, empezaré mi vida; saldré de la oscuridad y entraré en la luz; dejaré la ignorancia y seré lleno de sabiduría; dejaré los hombres, muchas veces egoístas e incomprensivos, y entraré en la amistad de los bienaventurados, con los cuales todo es armonía y caridad; dejo este valle de lágrimas y entraré en la Patria feliz. »

«El altísimo entendimiento del alma de Jesucristo, en soberano entender, inmensamente superior a todos los entendimientos creados, estará siempre viendo más a Dios.»

«El entendimiento de la Virgen, por. que tuvo más santidad, más humildad, más amor a Dios que todos los demás hombres, entenderá y verá en la luz de Dios inmensamente más que los otros entendimientos criados, después del entendimiento de Jesús. Verán las inteligencias angélicas y las de los bienaventurados tan dilatadamente y con tanta felicidad, cuanta sea la capacidad que tengan, y ésta será en los ángeles según las perfecciones que Dios les dio, y en los bienaventurados, según las virtudes que practicaron y el amor y la santidad que adquirieron en la tierra. El más santo, más conocerá y gozara mas.»

«¡Cómo quiero yo, Dios mío, amaros con todas mis fuerzas! Ayuda y fortalece mi voluntad. También mi entendimiento, aunque pobre ahora, será levantado e iluminado y verá las magnificencias de tus misericordias; al entrar en la gloria veré ese mundo sobrenatural, beberé inteligencia de Ti mismo, fuente de toda verdad. También yo entenderé en el cielo, no según hayan sido mis estudios y aficiones, sino según haya sido mi amor al Señor; me uniré al entender y al amar de mi Señor Jesucristo y de la Virgen, su Madre, y de todos sus escogidos. ¡Oh dichosa compañía! Te amaré y entenderé, Dios mío, eterna-

mente, y todas las cosas en Ti. Dame aquí amor sin límites para verte allí sin medida. Alma mía, ama a tu Dios, vive las virtudes. Al entrar en la gloria, después de la muerte, empezará mi vida en Ti, oh padre Celestial, y en Ti seré feliz toda la eternidad.»

«Ahora me enseña la fe y la teología que Dios está en mí, infinito como es ; está en todas las cosas todo y perfectísimo y está en mi alma. Sé que Dios me ama y que estoy en Dios. Pero nada veo y nada siento. Roto dichosamente el velo de mi cuerpo por la muerte santa, seré levantado, transformado, y lleno de luz del cielo, me veré ya glorioso en Dios, me sentiré feliz en el infinito gozo de Dios, beberé placeres de la esencia divina.»

« ¡Qué sobrenatural y sin igual grandeza será la entrada en el cielo con la muerte santa! »

«Ahora, Dios mío, has tenido la bondad y predilección de escogerme para que me ofrezca a Ti, viva sólo para Ti, y te alabe en el desierto. Te adoro, Señor, te adoro, te alabo y te pido por mí y por todos los hombres, mis hermanos. No me pertenezco ya; soy tuyo y de las almas necesitadas. Me has escogido para ofrecerte, en esta soledad y silencio, mis oraciones y tu sacrificio por la salvación de todos y para tu gloria.»

«Ahora sólo te veo en la oscuridad de la fe; no tengo tu luz, pero sé que tu omnipotencia está conmigo. Has tenido la especial delicadeza de escogerme para servirte y amarte aquí en tu presencia y estar

en este recogido silencio en Ti y amando Contigo por todos los que no te aman. Muy pronto llegará la esperada muerte a romper el hilo que me ata y volaré a Ti y seré entonces iluminado con tu gracia, te verá mi alma, te alabaré ya delante de tu rostro descubierto, y empezará mi dicha. ¡Oh muerte!, cómo te desea el amor para llegar y poseer el Amor. Mi alma suspira por tu llegada.»

«He venido a este retiro amoroso para prepararme mejor y estar mas atento a la llamada de Dios. Tú, oh Señor, en divino silencio me acompañas, vives en mi corazón y pones verdades y sentimientos que trascienden a cielo. Te amo; para Ti es todo mi corazón. ¡Oh dulcísima compañía la tuya!» «Despiértanme en este silencio de paz, en los amaneceres primaverales, innumerables pajarillos que madrugan para alabarte a Ti; aquí recogen mi espíritu y me despiertan a tu amor los callados rumores de la naturaleza y el susurro de los árboles y las aguas del cercano riachuelo. Todos cantan tus alabanzas con alegría. ¿y no te cantaré yo lleno de gozo, Señor?

»Cantan las aves el paso de la oscuridad a la luz por la misteriosa alegría que en la naturaleza pone la llegada de los primeros rayos del sol. ¿ y no te cantaré yo, Sol eterno de mi alma ? De ellos aprendí a entonar alabanzas, oh Señor mío, ya esperarte con ardiente deseo.

»Aquí aprendí con la naturaleza, enseñado por Ti, la grandiosidad y hermosura encerradas en el

momento de la muerte; y que no es la muerte triste, sino amable y preciosa con belleza de virgen y con ternura de madre.

»Aquí me comunicaste el deseo no merecido de ir a Ti, de ver tu hermosura y de entrar en tu gloria.

»A Ti canta mi alma, Dios mío; canta tu bondad y grandeza y te espera. A Ti bendice mi alma, porque con la muerte me sacarás de esta oscuridad para levantarme hasta tu luz.

»¡Oh Bondad infinita, Amor eterno y siempre nuevo! Con el salmista digo : *¡Dios mío, oh mi Dios!, a Ti aspiro y me dirijo desde que apunta la aurora. De Ti está sedienta el alma mía. . . ¡Y de cuántas maneras lo está también este cuerpo mío! . . Más apreciable es que mil vidas tu misericordia; por esto se ocuparán mis labios de alabarte continuamente»* (7).

«Mandad pronto, Criador mío, vuestra mensajera para que me lleve a Vos y me revistáis de vuestra luz, me deis de vuestra vida y colméis de gozo.»

«¿Quién no te amará, bienhechora muerte, pues nos trasladas a tan alta vida?»

«Es sobremanera dulce y consolador morir en gracia, reclinar la cabeza sobre el seno acogedor de la muerte, invocando a Dios y haciéndole actos de amor y de entrega, para despertar en el claro día de la eternidad entre las alabanzas de los bienaventurados que cantan a su Criador.»

«Nada hay en la tierra más halagüeño y placente-

ro, nada de mayor ilusión y grandeza que pensar en la entrada triunfante en la gloriosa patria y ser introducidos en la luz inmarcesible y perenne, hundiéndose felicísimamente y para siempre en la claridad de Dios, piélago de toda perfección, para siempre amar con gozo exultante.»

«El placer de morir amando a Dios es tan inmenso, que sólo los enamorados del Señor, iluminados por la luz de la fe y fortalecidos por una gracia especial, pueden vislumbrarlo. Lleno de contento, me encanta repetir con San Juan de la Cruz: «El alma no sólo una muerte apetecería por verla (la grandeza y hermosura de Dios) para siempre, pero mil acerbísimas muertes pasaría muy alegre por verla sólo un momento, y después de haberla visto, pediría padecer otras tantas por verla otro tanto» (8). Y con Santa Teresa de Jesús, mi madre: «Muérase en ese paraíso de deleites. Bienáventurada tal muerte, que así hace vivir» (9), o con el Venerable Padre Nieremberg: «La Majestad (de Dios) es sobre todo pensamiento, y su hermosura es mayor de lo que se puede pensar. Bien se puede pensar una hermosura tal, que por sólo verse un instante se podían padecer eternamente los tormentos del infierno; pues si esto se puede pensar, y Dios es más de lo que se puede pensar» (10), ¿no merece su hermosura amar la muerte?

«Yo aquí, en silencio y admiración, te amo, Dios mío; te amo más que a todas las cosas y más que a mí mismo. Por Ti lo he dejado todo. La vida religiosa

es morir al mundo ya todos para vivir en Dios. Por Ti, porque fueses conocido y amado de todos, por ir a Ti y vivir la luz de tu misericordia en el goce de la verdad, mil vidas que tuviera las pondría todas juntas en tus manos y desearía darte la vida por el martirio en testimonio de mi amor heroico. Te amo; para Ti es mi corazón. Porque sois infinitamente amable e inmensamente bueno, poderoso y justo, os ofrezco mi vida, y mil vidas que tuviera pondría en Tus manos.»

«Muera yo en Ti, Señor, para que reciba tu vida, para que venga tu luz y me envuelva, me ilumine y transforme.»

«Dentro de mi alma tengo escrito por el Espíritu Santo cómo enseñáis lo inmenso e inefable de vuestras perfecciones a los que os aman y mueren por veros; cómo les mostráis que nada puede haber semejante a Vos y les hacéis sentir que sois infinito en suavidad, para luego de abrasarles en ansias de poseeros, decirles estas regaladas palabras que hacen presentir el cielo de verdad; siendo como soy, tan sobre todo cuanto puede existir, «yo soy tuyo y para Ti, y gusto de ser tal cual soy para ser tuyo y para darme a Ti» (11). «¿Se podrá considerar el gozo, alegría y deleite que el alma tendrá con este tal prisionero, pues tanto tiempo había que lo era ella de El, andando de El enamorada?» (12).

«Llenad, Dios mío, mis potencias y mi alma toda de Vos ; haced que siempre esté ardiendo en vuestro

amor. Quiero, enseñada por vuestra luz, repetiros siempre: *¿Quién como Vos? Todo para Vos. Sólo para Vos.* Desearía, si fuera para vuestra gloria, ser millones de veces mejor de lo que soy, para poderos ofrecer más, y tal cual soy y cual pudiera ser, gozo en ser para Vos y totalmente vuestro.»

Así me hablaba el santo ermitaño ; así me encendía en deseos de amar a Dios, y así en su compañía le ofrecí yo mi vida, y calladito dentro de mi corazón repetía sus palabras: « y o soy por vuestra misericordia vuestro y quiero ser siempre vuestro. Lo soy aquí, en mi retiro, sintiéndome, en mi nada, más grande que el mundo y quiero ser vuestro en el cielo. Gustosísimo os ofrezco todos mis actos, mi entendimiento, mi voluntad, mi vida, mi cuerpo, mi alma. Espero aquí, en vela de amor, a vuestra mensajera la muerte, heraldo de vuestra llegada.»

«Vos, Padre mío celestial, llevaréis mi nada al cielo. Os la ofrezco y pongo en vuestras manos por medio de Jesús y de la Virgen mi Madre.»

¡Recíbeme, Señor! Hoy, que piadosa
te ofrezco los afectos de mi amor ,
tiendeme ya tu diestra generosa,
¡recíbeme, Señor!

****

Que en mí, Señor, se cumplan las palabras
que impulso dieron a mi ardiente fe;

con ellas, ¡dulce bien!, mi dicha labras,
y hasta que un día la gloria me abras
con ellas viviré.

No sea confundida en mi esperanza,
ya que he cifrado en Ti todo mi amor;
y pues quien fía en Ti todo lo *alcanza,*
recíbeme en tus brazos sin tardanza,
¡recíbeme, Señor! (13).

(I) *Salmo* 106.
(2) *Salmo* 144.
(3) La *Imitación de Cristo,* lib. III. Cap. XXXI.
(4) *Salmo* 106
(5) *Salmo* 102
(6) Fray Luis de León. *A Felipe Ruiz. (Poesías.)*
(7) *Salmo* 62.
(8) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual,* canción XI.
(9) Santa Teresa de Jesús, *Conceptos del amor de Dios,* cap. VI.
(10) V. P. Juan Eusebio Nieremberg, *De la hermosura de Dios* y *su Amabilidad por las infinitas perfecciones del Ser divino.* Lib. II cap. V, pág. .II.
(11) San Juan de la Cruz. *Llama de amor viva,* canción III.
(12) San Juan de la *Cruz. Cántico Espiritual,* canción XXXI.
(13) José Santaló, *A su hermana Carmelita, Hermana María Luisa Gonzaga*

SUPLICA PIDIENDO AL SEÑOR LA SALVACION

Pero yo, Señor, soy un pobre pecador. Pequé contra Ti, Dios mío, y he merecido ser para siempre condenado. ¿Cómo podré mirar al cielo con la confianza de las almas inocentes? ¿Cómo no temeré la muerte, temblando de perder el goce de la vida eterna?

Dios mío, heme aquí ya arrepentido y humilde. A Vos recurro pidiendo perdón de mi pasado, gracias para le presente y perseverancia para el futuro. Perdonadme, Señor mío, y dad me vuestra gracia. Mirad que Jesucristo, vuestro Santísimo Hijo, os ha ofrecido su vida y su pasión dolorosa por mí, y desde la cruz os pide mi salvación. En el amor de mi Señor Jesucristo y en su pasión sacratísima y en vuestra misericordia infinita confío. Os ofrezco el gozo de Jesús al dar su vida en alabanza vuestra, padre mío.

María, Madre de misericordia, Madre mía, Virgen llena de amor; pues Dios os nombró intercesora y medianera de todas las gracias, no abandonéis a vuestro hijo, que se confía a Vos. Mirad me con misericordia ahora y asistidme en la hora de mi muerte como Madre. Os lo pido como hijo arrepentido y confiado. Señor, Dios mío; pues me habéis

criado para el cielo y Jesucristo os ofreció su vida por mi salvación, perdonad me mis ofensas y desvíos y, mirándome con ojos de misericordia, salvad me. Ahora, con vuestra ayuda, pongo mi alma en vuestras manos y quiero ponerla en la hora de mi muerte y no seré confundido. Acogisteis benigno a la Magdalena y al buen ladrón y les disteis vuestra paz y vuestro cielo. También me lo daréis a mí, arrepentido. Os doy gracias, porque me habéis esperado para hacer penitencia y me habéis llamado a vuestro amor. Os amo; quiero amaros eternamente.

Padre mío, confiado en vuestra misericordia, espero que mi última mirada sea poner mis ojos con amor en vuestros ojos, mis labios en el crucifijo y que me recogeréis en vuestro cielo. Disponed de mi vida.

Así os lo pido, y así lo espero, por Jesucristo, vuestro Hijo y mi Redentor.

APENDICES

Quiero terminar este pequeño libro con el magnífico párrafo que el Venerable Padre Fray Luis de Granada escribe sobre la muerte del justo, ya continuación unas poesías de Santa Teresa de Jesús, de San Juan de la Cruz, de la Madre Gregoria Francisca de Santa Teresa y del Padre Florencio del Niño Jesús, para que nos digan ellos, almas espirituales y poetas, sus sentimientos sobre la muerte.

Agrego a las hermosísimas poesías, que tan vehementemente cantan el deseo de morir para ir a Dios, otras de autores distintos. en las cuales se ensalza la belleza de la muerte; pero como los autores no tienen vida tan llena de espíritu, no sube su entusiasmo ni su mérito a la altura de las primeras. y otra en que se muestra la tristeza de quien desea la muerte que no lleva a Dios.

I

MUERTE PRECIOSA DEL JUSTO

GUIA DE PECADORES, por *Fr. Luis de Granada,* de la Orden de Santo Domingo, -Libro I, Parte II, Cap. XXVII, Pár, I, (1504-1588,)

Más... la muerte de los justos, ¡cuán ajena está de todos estos males! Porque así como el malo recibe aquí el castigo de sus maldades, así el bueno el galard6n de sus merecimientos, según aquello del *Eclesiástico,* que dice : *Al que teme a Dios irá bien en sus postrimerías, y en la hora de la muerte será bendito,'* esto es, será enriquecido y galardonado por sus trabajos, y esto es lo que más claramente significó el evangelista San Juan en el *Apocalipsis,* El cual dice que *oyó una voz del cielo que le dijo que escribiese,* y las palabras que le mand6 escribir eran éstas: *¡Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor! Porque luego les dice el Espíritu Santo que descansen ya de sus trabajos, porque sus obras buenas van en seguimiento de ellos.* Pues el justo que esta palabra tiene de Dios, ¿cómo desmayará en esta hora, viendo que va a recibir lo que procuró toda la vida ? Pues por esto se escribe en el *Libro de Job,* ha-

blando del justo, que *a la hora de la tarde le saldrá el resplandor del mediodía,* y *cuando le pareciese que estaba consumido, resplandecerá como lucero.* Sobre las cuales palabras dice San Gregorio: «Que por esto amanece este resplandor al justo en la hora de la tarde, porque a la hora de la muerte reconoce la claridad y gloria que le está aparejada, y así, en el tiempo que los otros se entristecen y desmayan, está él en Dios consolado y confiado. Así lo testifica Salomón en sus *Proverbios,* diciendo: *Por su malicia será desechado el malo; mas el justo, a la hora de su muerte, estará confiado.*

Si no, dime: ¿ Qué mayor confianza que la que el bienaventurado San Martín tenía a la hora de su muerte? El cual, viendo ante sí al demonio, dijo estas palabras: «Qué haces aquí, bestia sangrienta ? No hallarás en mí cosa muerta en que te puedas cebar, y por esto el seno de Abraham me recibirá en paz." ¿Qué mayor confianza, otrosí, que la que en este mismo paso tenía nuestro Padre Santo Domingo? El cual, viendo a sus frailes llorar por su partida y por la falta que les hacía, los consoló y esforzó, diciendo: « No os desconsoléis, hijos míos, porque en el lugar donde voy os seré más provecho». Pues ¿cómo podía en aquel trance desconsolarse ni temer la muerte quien tenía la gloria por tan suya, que no sólo esperaba alcanzarla para sí, sino también para sus hijos? Pues por esta causa los justos no tienen por qué temer la muerte; antes mueren alabando y dando gra-

cia a Dios por su acabamiento, pues en él acaban sus trabajos y comienza su felicidad. y así dice San Agustín sobre la *Epístola* de San Juan: «El que desea ser desatado y verse con Cristo, no se ha de decir de él que muere con paciencia, sino que vive con paciencia y muere con alegría.» Así que el justo no tiene por qué entristecerse ni temer a la muerte; antes, con mucha razón se dice de él que muere cantando como cisne dando gloria a Dios por su llamamiento

No teme la muerte, porque temió a Dios, y quien a este Señor teme, no tiene más que temer. No teme la muerte, porque temió la vida ; porque los temores de la muerte efecto son de mala vida. No teme la muerte, porque la vida gastó en aprender a morir y en aparejarse para morir; y el hombre bien a percibido no tiene por qué temer a su enemigo. No teme la muerte, porque ninguna otra cosa hizo en la vida sino buscar ayudadores y buenas obras. No teme la muerte, porque tiene al Juez granjeado y propicio con muchos servicios que le ha hecho. Finalmente, no teme la muerte, porque al justo la muerte no es muerte, sino sueño; no es muerte, sino mudanza; no muerte, sino último día de trabajos; no muerte, sino camino para la vida y escalón para la inmortalidad; porque entiende que después que la muerte pasó por el minero de la Vida, perdió los resabios que tenía de muerte y cobró dulzura de vida.

«Ni tampoco desmaya por todos los otros accidentes y compañeros de este paso. Porque sabe que

estos son dolores de parto con que nace para la eternidad, por cuyo amor tuvo siempre la muerte en deseo y la vida en paciencia. No desmaya con la memoria de los pecados, porque tiene a Cristo por Redentor, a quien siempre agradó; no por rigor del Juicio divino, porque le tiene por abogado; no por la presencia de los demonios, porque le tiene por Capitán; no por el horror de la sepultura, porque sabe que allí *siembra el cuerpo animal para que después nazca espiritual.* Pues al fin se canta la gloria, y el postrer día, como dice muy bien Séneca, juzga de todos los otros días, y da sentencias sobre toda la vida pasada, porque él es el que justifica o condena todos los pasos de ella, y tan pacífico y quieto es el fin de los buenos y tan congojoso y peligroso el de los malos. ¿Qué más era menester que esta sola diferencia, para escupir la mala vida y abrazar la buena? ¿Qué montan todos los placeres, toda la prosperidad, y todas las riquezas. y todos los regalos y señoríos del mundo, si en el fin vengo a ser despeñado en el infierno? ¿Y qué me pueden dañar todas las miserias de esta vida, acabando en paz y tranquilidad y llevando prendas de la gloria advenidera? Sea el malo cuan sabio quisiere en saber vivir, ¿para qué presta este saber, sino para saber adquirir cosas con que te hagas más soberbio, más vano, más regalado, más poderoso para el mal, más inhábil para el bien, y para que te sea tanto más amarga la muerte cuanto era más dulce la vida?

Si hay eso en la tierra, no hay otro mayor que saber ordenar convenientemente los medios para su fin. Por donde si es sabio médico el que sabe ordenar la medicina para la salud, que es el fin de esa medicina, aquél será perfecto y absolutamente sabio que supiera ordenar su vida para la muerte; esto es, para la cuenta que se ha de dar en ella, a la cual se debe ordenar toda la vida.

II

VIVO SIN VIVIR EN MI

(Santa Teresa de Jesús, C. D. 1515-1582.)

Vivo sin vivir en mi,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para Sí.
Cuando el corazón le di
puse en él este letrero:
que muero porque no muero.

Esta divina prisión
del amor con que yo vivo

ha hecho a Dios mi cautivo,
y libre mi corazón ;
y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
Esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida.
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué vida tan amarga
do no se goza el Señor¡
Porque si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga;
más pesada que de acero,
quíteme Dios esta carga,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo el vivir
me asegura mi esperanza;
muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
vida, no me seas molesta,
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte ;
venga ya la dulce muerte,
el morir venga muy ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,
que es la vida verdadera,
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva;
muerte, no me seas esquiva;
viva muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
a mi Dios, que vive en mí,
si no es el perderte a ti
para merecer ganarte?
Quiero, muriendo, alcanzarte,
pues tanto a mi Amado quiero,
que muero porque no muero.

III

COPLAS DEL ALMA QUE PENA POR VER A DIOS

(San Juan de la Cruz, 1542-1591.)

Vivo sin vivir en mi,
y *de tal manera espero,*
que muero porque no muero.

En mí yo no vivo ya,
y sin Dios vivir no puedo;
pues sin El y sin mí quedo.

Este vivir, ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero
muriendo porque no muero.

Esta vida que yo vivo
es privación de vivir ;
y así es continuo morir
hasta que viva Contigo;
oye, mi Dios, lo que digo,
que esta vida no la quiero;
que muero porque no muero.

Estando ausente de Ti,
¿qué vida puedo tener,
sino muerte padecer,
la mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
pues de suerte persevero,
que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
aun de alivio no carece,
que en la muerte que padece
al fin la muerte le vale.
¿Qué muerte habrá que se
iguale a mi vivir lastimero,
pues si más vivo más muero?

Cuando me pienso aliviar
de verte en el Sacramento,
háceme más sentimiento
el no te poder gozar.
Todo es para más penar,
por no verte como quiero,
y muero porque no muero.

Y si me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
en ver que puedo perderte,
se me dobla mi dolor.
Viviendo en tanto pavor,

y esperando como espero,
muérome porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que peno por verte,
y mi mal es tan entero,
que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
y lamentaré mi vida,
en tanto que detenida
por mis pecados está.
¡Oh mi Dios, ¿cuándo será
cuando yo diga de vero:
Vivo ya, porque no muero?

IV

¡CUAN TRISTE ES, DIOS MIO...!

(Santa Teresa de Jesús.)

¡Cuán triste es, Dios mío,
la vida sin Ti!

Ansiosa de verte
deseo morir.
Carrera muy larga
es la de este suelo,
morada penosa,
muy duro destierro.
Oh Dueño adorado!,
sácame de aquí.
Ansiosa de verte deseo morir.

Lúgubre es la vida,
amarga en extremo;
que no vive el alma
que está de Ti lejos.
¡Oh dulce bien mío,
que soy infeliz!
Ansiosa de verte deseo morir.

¡Oh muerte benigna, Socorre mis penas!
Tus golpes son dulces, que el alma libertan.
¡Qué dicha, oh mi Amado, estar junto a Ti !
Ansiosa de verte
deseo morir.

El amor mundano
apega a esta vida ;
el amor divino
por la otra suspira.
Sin Ti, Dios eterno,
¿quién puede vivir?

Ansiosa de verte
deseo morir.
La vida terrena
es continuo duelo;
vida verdadera
la hay sólo en el cielo.
Permite, Dios mío,
que viva yo allí.
Ansiosa de verte
deseo morir.

¿Quién es el que teme
la muerte del cuerpo,
si con ella logra
un placer inmenso?

Haz, Señor,
que acabe tan larga agonía;
socorre a tu sierva,
que por Ti suspira.
Rompe aquestos hierros
y sea feliz.
Ansiosa de verte
deseo morir.

Que expíe mis yerros,
que es justo padezca ;
que expíe mis yerros,
mis culpas inmensas.

¡Ay!, logren mis lágrimas
te dignes oír,
que ansiosa de
verte deseo morir.

V

SI EL PADECER CON AMOR...

(Santa Teresa de Jesús.)

Si el padecer con amor
puede dar tan gran deleite,
¡qué gozo nos dará el verte!

¿Qué será cuando veamos
a la Eterna Majestad?
Pues de ver Andrés la cruz
se pudo tanto alegrar.

¡Oh, que no puede faltar en el padecer deleite!
¡Qué gozo nos
dará el verte¡

El amor cuando es crecido
no puede estar sin obrar,
ni el fuerte sin pelear
por amor de su Querido.

Con esto le habrá vencido,
y querrá que en todo acierte.
¡Qué gozó nos dará el verte!

Pues todos temen la muerte,
¿cómo te es dulce el morir?
¡Oh, que voy para vivir
en más encumbrada suerte!

¡Oh, mi Dios!, que con tu muerte
al más flaco hiciste fuerte.
¡Qué gozo nos dará el verte!

¡Oh Cruz!, madero precioso,
lleno de gran majestad,
pues siendo de despreciar
tomaste a Dios por esposo.

A Ti vengo muy gozoso,
sin merecer el quererte:
esme muy gran gozo el verte.

VI

EL PAJARILLO

(M. Gregoria Francisca de Santa Teresa, C. D. 1653-1736.)

Celos me da un pajarillo
que remontándose al cielo
tanto en sí mismo se excede
que deja burlado el viento.

Enamorado del sol,
sus plumas bate ligero,
y escalando el aire bajo
toca la región del fuego.

¡Oh, quién imitar pudiera,
juguete hermoso del viento,
de tu natural impulso
el acelerado vuelo¡

Mi amor ansioso te sigue
con impacientes afectos,
que es dura prisión del alma
la cárcel triste del cuerpo.

Del sol más supremo soy
mariposa, en cuyo incendio

deseo abrasarme cuando
sus luces amante bebo.

Avecilla soy en jaula
que al ver del sol los reflejos
son sus gorjeos endechas,
son sus trinados lamentos.

Envidio tu libertad,
y abrasándome tus celos
quisiera ser salamandra
para vivir en su fuego.

Los rayos del sol divino
hieren en mi amante pecho,
siendo halago en la prisión
lo que en la prisión tormento.

Vuela, feliz pajarillo,
cuando yo presa me quedo,
y viendo que al cielo subes
me llevas el alma al cielo.

Por amante y por cautiva
dos veces presa padezco,
¡oh, quién quebrantar pudiera
de las cadenas el hierro!

Oh tú, que con blandas plumas

giras el vago elemento,
sube muy alto si puedes
y serás mi mensajero¡

Darás de mis tristes penas
un amoroso recuerdo
a la Luz inaccesible
del Sol de justicia eterno.

Dile que sus resplandores
me tienen de amor muriendo,
porque a la luz de mi fe
descubro sus rayos bellos...

Dile que de mí se duela,
que rompa el vital aliento,
que desate las prisiones de
tan dilatado tiempo.

Que el mirarme por resquicios
es del amor más tormento,
pues al herirme sus rayos
más me abrasa y más me quemo.

Pajarillo, si de mi amor
has gustado los efectos,
lastímate de mis ansias,
duélete de mis tormentos.
Mi libertad solicita

con mi dulce Amante dueño,
y de tus alas me presta
plumas que vuelen al cielo.

Salga de esta dura cárcel,
de este largo cautiverio,
donde triste gimo y lloro
mi prolongado destierro.

Donde advirtiendo tus dichas
tan infeliz me contemplo,
cuanto es mi amor impaciente
y más divino mi objeto.

VII

LA ZAGALEJA

(De la misma autora.)

Cuando alegre el alba ríe,
una amante zagaleja
llora en aquel arrabal
y tiernamente se queja.

Suspiros exhala ardientes
entre amorosas endechas,
que penetrando los cielos,
enternecen las estrellas.

Por las fuentes de sus ojos
aquestos ecos resuenan:

¡Ay de mí!, que mi destierro
se dilata y atormenta.
juzgando imposible el bien
de gozar mi amada prenda.

Al gusto toda insensible
sólo me asientan tristezas,
soledades me acompañan
y lágrimas me alimentan.

En Babilonia cautiva,
lloro con lágrimas tiernas
la ausencia de mi querido
y de mi patria la ausencia.

¡Oh Dios mío! ¡Oh gloria mía!
Vea este rostro, vea
esta alma que os adora
la alegría sempiterna.

Mis gemidos amorosos
a vuestros oídos sean aceptos;
mirad, Amado,
que desfallecen las fuerzas.

Aquí, exhalando un suspiro
con abundancia de perlas,

siendo dogal el dolor,
rindo el aliento a la pena.

Reclinada sobre un tronco
y cesando las querellas,
en un silencio hablador
al mar de amor dio las velas.

VIII

SUSPIROS POR VER A DIOS (1)

(Anónimo, siglo XVI.)

Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno;
véante mis ojos,
muérame yo luego.

Vea quien quisiera
rosas y jazmines,
que si yo te viere
veré mil jardines.

Flor de Serafines,
Jesús Nazareno,
véante mis ojos,
muérame yo luego.

Veóme cautivo
sin tal compañía;
muerte es la que vivo
sin Vos, Vida mía.
¿Cuándo será el día
que alcéis mi destierro?
Véante mis ojos,
muérame yo luego.

No quiero contento,
mi Jesús ausente;
que todo es tormento
a quien esto siente.
Sólo me sustente
tu amor y deseo.
Véante mis ojos,
muérame yo luego.

Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno.
Véante mis ojos,
muérame yo luego.

(1) El autor, desconocido, de esta poesía canta el ardiente deseo de ir a ver a Dios y codicia la muerte para conseguir tanta dicha. La Hermana Isabel, en una recreación del mes de noviembre de 1571, la cantó delante de Santa Teresa de Jesús, y acrecentó tanto las ansias de morir que Santa Teresa ya sentía, que produjo en ella los efectos que narra en *Las Moradas,* VI, cap. XI, y en *La Relación* XV, poniéndola a las puertas de la muerte, en éxtasis, en que perdió los sentidos y la dejó embebida en esta verdad y deseo por varios días.

IX

A LA MUERTE

(Francisco de Quevedo, 1580-1645.)

Ya formidable y espantoso suena
dentro del corazón el postrer día,
y la última hora, negra y fría,
se acerca de temor y sombras llena.

Si agradable descanso, paz serena,
la muerte en traje de dolor envía,
señas da su desdén de cortesía :
más tiene de caricia que de pena.

¿Qué pretende el temor desacordado
de la que a rescatar piadosa viene
Espíritu en miserias añudado?

Llegue rogada, pues mi bien previene;
hálleme agradecido, no asustado;
mi vida acabe y mi vivir ordene.

X

DULCE ES MORIR

(Mercedes Marín del Solar, chilena, 1804-1866.)

Dulce es morir cuando en la edad primera,
Con la aureola feliz de la inocencia,
Parece del Señor en la presencia
El alma juvenil.

Como cándida flor de la pradera,
Que para ornar al templo soberano
Separó diestra, cuidadosa mano,
De su tallo gentil.

Dulce es morir cuando una fe sublime
Al hombre le revela su destino,
y de flores y palmas el camino
Le siembra la cruz.

Y al débil ser que en este mundo gime
Agobiado de penas y dolores,
Transforma de la muerte los horrores
En apacible luz.

Dulce es morir cuando, en la edad temprana,
El alma, como cándida paloma,
Vuela desde los montes de la aroma,
En pos del Serafín;

Diáfana exhalación, que en la mañana,
Matizada con tinte de oro y rosa,
Se disuelve brillante y pudorosa
Del cielo en el confín.

XI

A LA MUERTE

(Federico Balart, 1831-1905.)

Yo te saludo, oh muerte redentora,
Y en tu esperanza mi dolor mitigo,
Obra de Dios perfecta ; no castigo,
Sino don de su mano bienhechora.

¡Oh de un día mejor, celeste aurora.
Que al alma ofreces perdurable abrigo,
Yo tu rayo benéfico bendigo,
Y lo aguardo impaciente de hora en hora!

¡Ante las plagas del linaje humano,
Cuando toda virtud se rinde inerte,
Cuando todo rencor fermenta insano,

Cuando al débil oprime inicuo el fuerte,
Horroriza pensar, Dios soberano,
Lo que fuera la vida sin la muerte¡

XII

¡DESESPERACION!

(Julia Montes de Oca, cubana. muerta 1875.)
(Pesimista sin la fe.)

Tengo partida el alma en mil pedazos;
Estoy cansada ya de suspirar,
y de mi llanto la abundosa fuente,
De tanto que ha llorado, seca está.

No puedo revolver en mi memoria
Sino recuerdos que destilan hiel;
Que yo en el corazón de los humanos
Solamente perfidias encontré.

¡Oh, qué terrible padecer, Dios justo!
De mi estéril jornada, acerca el fin;
Porque para vivir sin esperanza,
Sueño de eterna paz quiero dormir.

El astro de mis dulces ilusiones
En ocaso profundo se ocultó;
Y está mi mente envuelta en tinieblas
Que cubren este valle de dolor.

¡Oh tiempo, tiempo amargo de la vida!
¡Qué lento te deslizas para mí !
No me dejes beber más desengaños .
¡Corre veloz, que es hora de morir!

XIII

LLAMADA DE DIOS AL ALMA

(Fr. Florencio del Niño Jesús, C. D., 1877-1939.)
(Del *Castillo de Almabuena,* pár. XLV.)

Dijo la voz del Amado
desde el célico vergel:
«Levántate, Esposa mía,
ven del Líbano otra vez;
vuelve, que ya el Carmelo
todo vuelve a florecer.

Levántate, que es de día;
levántate luego, y ven,
que en el Carmen de la
gloria los tus ojos quieren ver.

¿No ves la luz de la aurora
al ruiseñor del Edén?
¡Es el heraldo que anuncia
el eterno amanecer!

¿No ves la luz de la aurora
penetrar por el cancel?
¡Es la aurora sin celajes
de perenne rosicler!

¿No ves las nubes doradas
formando bello dosel?
¡Es el dosel de tu gloria,
que yo mismo preparé!

Levántante, Esposa mía,
levántate luego y ven
hacia mí, Sol de las almas
do eternamente has de arder.)

XIV

ANSIAS DE VIDA

(P. Justo Pérez de Urbel, 1895. Del libro "In terra pax».)

¡Oh muerte, muerte amable y redentora!
Quien espantosa te pintó y airada,
con el ceño feroz en la mirada
y en las manos el arma segadora,

no entiende de la vida; si una hora
sintiera del dolor la aguda espada,
te pintara cual bella desposada
que sonreía gentil, fascinadora.

Eres para mí recuerdo hermoso,
rayito de esperanza y de consuelo

en mi sendero triste y tenebroso.
Eso eres para mí, muerte querida ;
por eso yo te aguardo con anhelo,
porque eres principio de la vida.

L.D.V. M.

INDICE

Dedicatoria 3

Lector 5

CAPITULO I 7
Placidez y Esperanza de la Muerte de Sócrates
CAPITULO II 12
La muerte es arco triunfal para el cielo
CAPITULO III 16
La humana naturaleza desea la vida y rechaza la muerte
CAPITULO IV 20
Ciencia de las cosas en Dios
CAPITULO V 24
¿Por qué teme más la muerte el bueno que el malo?
CAPITULO VI 29
La muerte, mensaje de alegría
CAPITULO VII 33
Ansias de la vida perfecta
CAPITULO VIII 39
San Pablo, y con el las almas santas, deseaban y pedian la muerte
CAPITULO IX 51
La muerte es tránsito para entrar en la felicidad eterna

CAPITULO XX 56
La esperanza del cielo hace deseabla el momento de ir a Dios
CAPITULO XI 72
Alegría del justo al aproximarse la hora de ir a Dios
CAPITULO XII 89
Gozo del alma en los deseos de volar a Dios
CAPITULO XIII 93
Ansias de ver a Dios en el cielo y gozo de acompañarle en la tierra
CAPITULO XIV 105
Dios, en la oración, comunica su luz
CAPITULO XV 115
El mayor bien propio que el alma puede dar a Dios es el ofrecimiento de la vida
CAPITULO XVI 131
Porque Dios me amo, me dio el ser
CAPITULO XVII 135
Grandeza y mérito de los sufrimientos; gozo que causan
CAPITULO XVIII 144
Ofrecimiento a Dios de la propia vida y del ser
CAPITULO XIX 149
Por que sintió gozo el alma de Jesucristo en el ofrecimiento de su vida

CAPITULO XX 157
Gozo inmenso del alma de Jesucristo dando a Dios, con el ofrecimiento de su vida, la mayor gloria de la creación
CAPITULO XXI 169
La muerte física es apacible y serena
CAPITULO XXII 177
Mérito y alegría del alma arrepentida en ofrecerse a Dios
CAPITULO XXIII 187
Miedo perjudicial que se tiene a la muerte
CAPITULO XXIV 196
Mérito del alma que, venciendo el temor a la muerte, se ofrece a Dios
CAPITULO XXV 207
Serena alegría en la muerte de los que amaron a Dios
CAPITULO XXVI 223
La Santísima Virgen con su escapulario es alegría en la muerte
CAPITULO XXVII 233
Cuando es bueno desear para sí y para los demás la muerte
CAPITULO XXVIII 245
Inspiraciones y luces de Dios al alma espiritual
CAPITULO XXIX 255
Las noticias de Dios encienden en deseos de verle

CAPITULO XXX 265
La Hermosura y bondad de Dios
acrecienta los deseos de verle
CAPITULO XXXI 276
Alegre ansia del alma por ir a ver a Dios
CAPITULO XXXII 284
Santa Teresa y los santos nos enseñaron
a desear la muerte
CAPITULO XXXIII 295
El instante de la muerte, visión de gloria
CAPITULO XXXIV 304
El alma de amor pide a Dios la muerte
CAPITULO XXXV 309
San Juan de la Cruz describe la dulcísima
muerte de amor de Dios
CAPITULO XXXVI 320
Deliciosas muertes de almas santas
CAPITULO XXXVII 332
Horizontes de luz inextinguible

SUPLICA PIDIENDO A DIOS LA
SALVACION 349

APENDICES 351

INDICE 381